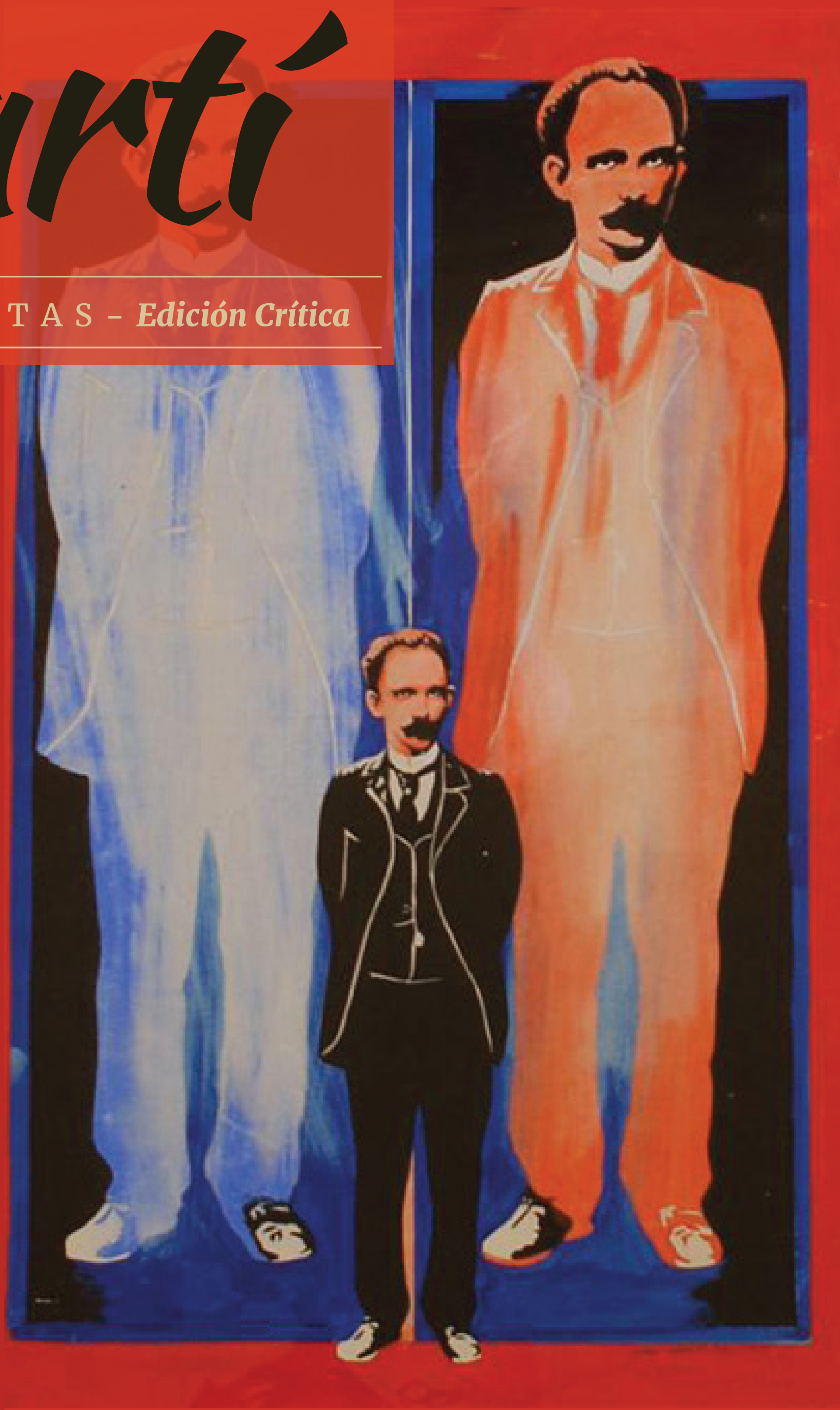
José Martí

OBRAS COMPLETAS – *Edición Crítica*

1881-1882 (volumen 3)

Estados Unidos

11



CEM | Centro de Estudios Martianos

Ministerio de Cultura
de la República de Cuba

CLACSO

 | ISBN 959-7006-08-1 obra completa

Imagen de cubierta: detalle de *Martí*, Raúl Martínez, 1971. Colección del Centro de Estudios Martianos

Centro de Estudios Martianos
Ministerio de Cultura
de la República de Cuba

Calzada 807, esquina a 4, El Vedado | 10400
La Habana, Cuba
Tel. [53 7] 836-4966/69 | Fax [53 7] 833-3721
<cem@josemarti.co.cu> | <www.josemarti.cu>

Equipo
Dr. Pedro Pablo Rodríguez (director general)
Lic. Aida Martín Fernández (directora editorial)
Dra. Carmen Suárez León (investigadora titular)
Dr. Rodolfo Sarracino Magriñat (investigador titular)
Dra. Marta Cruz Valdés (investigadora)
Msc. Marlene Vázquez Pérez (investigadora)
Lic. Yisel Bernardes Martínez (investigadora)
Lic. Lourdes Ocampo Andina (investigadora)
Lic. Niurka Alfonso Baños (editora)
Lic. Rubén Javier Pérez Bosquets (investigador)
Lic. Mariana Pérez Ruiz (adiestrada)
Lic. Miladis Cabrera Bess (asistente de dirección)
Marlén Santiesteban (operadora digital)

Desarrollo Libre de Aplicaciones
Luis Alberto Morera Fernández, Dayron Rámida Coll, Ariel Armas Ramos

CLACSO 50 AÑOS
Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales

Estados Unidos 1168 | C1101AAX
Ciudad de Buenos Aires, Argentina
Tel. [54 11] 4304-9145 | Fax [54 11] 4305-0875
<clacsoinst@clacso.edu.ar> | <www.clacso.org>

Secretario Ejecutivo
Pablo Gentili

Directora Académica
Fernanda Saforcada

Coordinador Editorial
Lucas Sablich

Coordinador de Arte
Marcelo Giardino

Arte de Tapa
Jimena Zazas

**Revisión Técnica
de la Presente Edición**
Gonzalo Mingorance

1882

Escenas europeas

CARTA DE NUEVA YORK EXPRESAMENTE ESCRITA PARA *LA OPINIÓN NACIONAL*

Francia.—Victorien Sardou.—*Odette*.—El vodevil y el teatro de los vodeviles.—«¡Sardou es plagiario!»—Rochefort.—Un proceso por calumnia.—Gambetta en el Senado.—Cómicos y cruces.—Un gallardo Ministro.

Nueva York, diciembre 24 de 1881

Señor Director de *La Opinión Nacional:*

La inteligencia tiene sus hombres sinceros, que no llevan a la mente sino lo que nace del alma, y estos son como los obreros generosos que con grandísimas labores arrancan el diamante a las entrañas de la tierra: y tiene sus hombres ligeros y risueños, que dan forma mental a todo lo que brilla, luce y choca, y estos son como los que fabrican abalorios. Los unos son como reyes de veras, y los otros como reyes de teatro: con el fulgor de las joyas efímeras pasa la majestad del rey a quien engalanan: ha de tenerse la majestad en lo hondo, para que los tiempos inquietos y caprichosos no den con ella demasiado presto en tierra. Sardou es gran zurcidor de tramas, y tiene aguja fina y borda con hilo de oro, y con seda de colores: mas no borda sobre el alma. Gusta de cautivar, de arrebatar, de deleitar, de lastimar, de sorprender; mas cuida poco de poner en los caracteres de sus personajes savia humana, savia permanente, esencial, rica. Copia rasgos de seres, no seres durables e íntegros; presenta con arte que pasma un estado frenético del espíritu, o un estado ridículo, y maneja con la misma facilidad la gran hacha de armas dramáticas, que el sutil dardo cómico; mas no evoca en la sombra una criatura completa, ni la arma de fuerte armadura, ni la calienta con la fantasía enamorada, ni la amolda y perfecciona con manos diestras y espíritu amoroso, ni pone de su vida en el personaje

que crea, ni lo echa a andar en las tablas, así luminoso, ardiente y vivo. No son sus personajes criaturas propias, que van pensando y sintiendo por sí mismas; y perduran por sus propios méritos, sino hábiles conversadores y diestros mensajeros de una gran crítica que, en sus horas de honrada independencia, flagela con el látigo de François de Villon, que es viejo y buen látigo galo, a los pobretes envanecidos, a los neorricos extravagantes, a las damas de alteza dudosa, a los galanes de palco, paseo y danza, a los ridículos, a los soberbios y a los inútiles; y en sus horas de mercader, que las tiene abundantes, dispone situaciones conmovedoras y brillantes, encaminadas a cegar con las lágrimas en los ojos el juicio de la mente, y a acallar con la emoción la censura, y viste con magnífica riqueza y arte eximio, personajes asendereados y maltrechos, de puro estar usados en manos de autores de drama y de novela, y con ese cortejo de sentidores recién vestidos y de escenas maravillosas y culminantes, echa a andar la pieza mercantil. El público, conmovido, aplaude; seducido por aquella lengua rica, escucha con delicia, y sin esfuerzo paga: aquel es el buen chiste francés, ligero y rosado como la espuma del Borgoña, agudo como la punta de un puñal montenegrino, brillante como una chispa pálida. Mas el honrado sentidor desdeña esas urdimbres frágiles, y esos tráficos con las altezas del espíritu, y no ve en el drama de Sardou recia jarra etrusca, ni sonante copa de bronce boloñesa, sino vaso de lustrosa y perecedera mayólica: barro hervido y abrillantado, no cosa de hierro, mármol y oro.

Sardou imita el arte de Scribe, de aquel Scribe fecundo, cuyo teatro llena estantes; pero su pluma, que hiere más hondo, no corre con la femenil soltura, ciego denuedo, y movimientos y brillo de mariposa con que la pluma mágica de Scribe corría. Son sus obras como vodeviles aristocráticos, no aquellos vodeviles del siglo XVII en que a modo de baladas satirizaban los poetas a los grandes y famosos del día, ni aquellas comedietas cantadas que les siguieron y tomaron su nombre, sino esas comedias dramáticas a veces, con intermedios de

canto, ya en un acto, en acatamiento de la antigua usanza, ya en varios actos. Grata al oído, si no a la mente juiciosa, es la mezcla del habla y el canto; pero no es tanto ella lo que da carácter a los vodeviles franceses, cuanto el chiste infatigable, candoroso, intrépido; el chiste agudo, heridor, inquieto, que como duende rojo, entra y sale más diestro que el camello de la Escritura, por todos los escondrijos, quiebras y pliegues del drama. Es un chiste doméstico, más parisiense que humano: desnudo, despreocupado, burlón, sin velo. De esa naturaleza, en grado excelente, es el chiste de Sardou. Cuando ataca a cosas máximas, o a enemigos grandiosos, parece tábano de alas pesadas, que más molesta que pica al león que persigue: cuando se revuelve contra los caballeros servidores, y las damas recién llegadas, y los ambiciosos vulgares, y los aristócratas ridículos, como que los perseguidos están al nivel que alcanzan sus alas, hinca en ellos su aspa tajante y matadora. Su vena no es ancha y torrentosa, como la de Lope, sino empujada, y hecha amplia a fuerza de labor. Parecen sus obras, no ya flor de selva, que entonces tendrían la grandeza que les falta, ni flor de jardín, lo que sólo a las veces semejan, sino rosa de estufa. Son árboles injertos, ya del deseo de probar tesis sobre la escena, que es como ir dando muerte al drama que se hace, ya del propósito de asegurar éxito y ganancia, que avillana y desfigura la obra teatral.

Ahora acaba de estrenar un drama ruidoso, no enderezado, como en *Rabagas*, a poner en vergüenza a los prohombres de la República; ni como en *Daniel Rochart*, dirigido a poner en escena, y con mano de maestro en la forma, y timidez de principiante en el pensamiento, el problema, actual en Francia, del divorcio: su último drama es *Odette* un drama de pasiones, bien urdido y lujosamente trabajado, donde la frase parece filigrana, y el chiste florete de Italia, donde hay soplos de aurora y relámpagos celestes; donde están sacados a la luz ciertos antros sombríos, de puerta de oro, de la vida francesa; donde los bellacos son tratados conforme a sus merecimientos, y una culpa terrible y común halla un castigo tremendo y desusado, pero donde

falta aquella lealtad y castidad de la mente, que repelen todo recurso violento, o solución casual, o brillo pasajero, o medio que desdiga de esa hermosa sobriedad señal de fuerza de los poetas verdaderamente extraordinarios. Es un drama compuesto, no es un drama sentido. Es trabajo de artesano, hecho con tal finura que parece obra de artista. No ha nacido de espontáneo impulso de dar forma hablada y múltiple a un cuadro que el alma ha visto, sino de la voluntad de un dramaturgo poderoso de hacer un nuevo drama. Lo cual llena las arcas, mas no la de la fama.

Odette es una mísera criatura, alzada por la mano de un conde benévolo, a despecho de un general, su hermano, y de cuantos la aman, —a señora de propio palacio y posición de dama ilustre en Francia. Mas el enaltecimiento que obliga a los fuertes, y los mejora y aquilata,—ciega a los débiles,—Odette es una criatura de París, en quien el alma centellea apenas, como lucecilla escondida, en el fondo de la carne. Presenta el drama la traición desnuda: el amante entra en las habitaciones sombrías donde el esposo, a quien no se aguardaba, le sorprende. Se siente el frío de la noche, y el de la culpa,—el de la culpa sin grandeza. Es una falta vulgar y ruin, una falta de hábito, ¡no excusada por los combates magníficos, la sed ardiente y la influencia purificadora de un verdadero amor! Odette acababa de besar a su hija, y en la noche terrible, la echan sola, «como mujer que no necesita ya de ser acompañada, de la casa donde su hija duerme:» Berengére, ¡una niña de tres años! ¿A dónde va la loca criatura? A casa de su amante, a quien por saciar el concepto del honor ajeno, porque no queda herido el propio honor del esposo a quien su esposa aleve engaña—provoca a duelo el conde. Y no para en esos brazos, como no para frecuentemente quien da una vez en ellos, sino que cambia de dueño con sus caprichos y sus necesidades; y sin más salvaguardia que el título de condesa que conserva, ni esperanza de recobrar a su hija que los tribunales le niegan, ni más consuelo que el de verla de vez en cuando en casa de la familia del conde,—viene Odette a ser al fin una de esas mujeres

de aventura que, de brazo de un rufián o de un tahúr, de esos que calzan guante, hablan lengua meliflua y visten a manera de miembros de casa real, atraen incautos y seducen reacios a grandes casas de juego que, como las de Baden-Baden un día, gozan hoy fama en Mónaco y en Niza. En una, que es en apariencia casa de salud, reina Odette como la hada de la casa. Y allí se desenvuelve el drama triste, salpicado de cómicos diálogos, que sirven para poner de relieve a esos falsos caballeros, y ricos pretenciosos, y bribones enmascarados que, merced a su fe en sí y a sus artes sociales, acuden en busca de placer fácil o de mayor fortuna, como acude la hez del mar removido a la superficie, cuando, hurtando los cuerpos elegantes de los calores del estío, o sentándose en los carros ligeros de la moda, emprenden vía de Italia las ricas damas y desocupados galanes del alto mundo europeo. La hija de Odette, ama a un joven duque, rico en méritos, y en deseos de hacer a Berengére esposa suya, a lo que se opone la madre del duque, a menos que Odette no renuncie a toda futura tentativa de ver a su hija, y a llamarse condesa. Mas ni a aquel título, que la libra de la última infamia, ni a ver a Berengére renuncia Odette: el tahúr que la acompaña hace de ella verdadera mujer de tahúr, golpeada, vejada, paseada como trofeo y como anzuelo; pero ella, que para aturdir su miseria absorbe copiosas dosis de morfina, ve flotar en el humo azulado de sus sueños a una niña angélica que le tiende los brazos amorosos: ¿cómo ha de renunciar a ella? En vano le ruega el conde mismo, en escena vigorosísima y desgarradora, construida con destreza suma, que el público admira, que mueva su corazón al remedio de la desdicha que ha causado: que ayude a hacer creer a Berengére que su madre ha muerto; que acceda en bien de su hija, a este sacrificio digno del heroico amor de madre.

—«¿Acceder a ser madre para dejar de serlo? ¡Es de monstruos pedir cosas monstruosas!» exclama fieramente aquella mujer triste, en quien la carne, roída ya y consumida, da al fin paso al alma: «Si no tengo ya hija, ¿por qué me dices que me muestre madre? Y si soy

madre, ¿por qué me niegas mi hija? ¡Le escribiré, le revelaré que es mi hija!»

—«¡No! ¡Yo te la traeré, y te avergonzarás de ser su madre!»

Y esto acontece en los días en que el tahúr cae preso, porque le han sorprendido con las barajas preparadas en las manos, y en que Odette misma está a punto de ser llevada como estafadora a los tribunales de justicia.

Berengére entra alegre porque va a ver a una buena señora, que conoció a su madre; y cuenta a Odette sus tristezas y como su madre ha muerto, su madre que era una señora excelente, muy fiel a su buen padre, muy llena de virtudes. ¡Con sus mismas manos va ella todos los domingos a poner flores en la tumba de su madre! Le enseña los retratos que de ella conserva, borrados por los besos; y menudencias de su uso, que guarda como un tesoro; y una miniatura, que lleva siempre en su seno. ¡Su madre era tan virtuosa! Y Odette que, viva aún, está sabiendo ya lo que es morir, le habla de una separación que ella conoce, que es peor que la muerte, de una pobre mujer de la vecindad que ha vivido durante años separada por la justicia de su marido y de su hija.

—«¡Era una mala mujer, pues!» exclama Berengére.

—»¡Oh, no, era muy infortunada!» dice Odette.

—»¿Y no intentó nunca que volviera a quererla su marido?»

—«¡Él no hubiera querido verla!»

—«¿Y su hija?»

—«Su padre tenía el derecho de tenerla».

—«¿Por qué pensaban que ella no sería una buena madre?»

—«¡Oh, estaban equivocados!

—¿Y ella se resignó a eso?»

—«¿Qué había de hacer sino resignarse?»

—«¿Sin hacer ningún esfuerzo para volver a ganar la confianza de su marido y el amor de su hija?»

—«¿Qué podía ella hacer?»

—«¡Podía haberse hecho tan buena, tan diferente de lo que era, que ellos se hubieran visto obligados al fin a perdonarla! ¡Pero no hablemos más de esa malvada mujer: hablemos de mamá, de mi buena mamá, señora!»

La confesión dulce muere ahogada en los labios de la madre culpable, de tan terrible e involuntaria manera castigada por su hija: y con su confusión su vida expira; va a un viaje de recreo por el Mediterráneo, y en él se echa al mar, no más hondo ni más vasto que su pena, y así muere. Tal es el nuevo drama. Sus méritos y deméritos, ahí quedan apuntados. Los parisienses llenan, ansiosos de ver la obra del dramaturgo favorito, la linda sala del teatro del vodevil, donde Sardou ha recibido en otros tiempos honores de monarca bien ganados, donde *Rabagas*, enconado y bajo, escandalizó a republicanos y deleitó a realistas; donde se representó *Dora*, obra en que el poeta puso más que en otra alguna de las suyas, caudal de observación propia, donde burló con *L'Oncle Sam* las costumbres de Norteamérica, y donde salió a luz una comedia suya, tenida por maravilla de arte y obra que ha de quedar entre los clásicos de Francia: *La Famille Benoiton.* Por cierto que hacía gracia a los parisienses el desenfado con que Dumas decía que era su *Mr. Alphonse*; arreglada con gracia al teatro español por dos jóvenes ingenios de la hermosa México—superior al *L'Oncle Sam* de Sardou, porque Sardou había oído siete veces con atención de devoto, *Mr. Alphonse* —y él no había podido resignarse a oír una sola vez *L'Oncle Sam*: con lo que repetía, en modo ameno, la censura de violencia hecha a la obra. Suele Sardou dialogar caricaturas, y ofrecerlas como drama. Sabe con lo que hiere: no sabe tan bien con lo que cura ni con lo que eleva.

Y es el caso que toda obra de Sardou despierta acusaciones de plagio y reclamaciones calurosas. No bien se representó, entre anatemas y censuras, *Daniel Rochart*, un poeta conocido Mr. Théodore Vibert, que lleva el nombre de un pintor de Francia que hace muy hermosos y acabados cuadros de costumbres de España, y

pinta con elegante pulcritud curas de aldea, desenvueltas gitanas y mayorales desalmados y lindos toreros, acusó a Sardou de haber tomado el argumento de *Rochart* de «Martura o Un matrimonio civil», un poema suyo.

Ahora se presenta en las bulliciosas columnas del *Fígaro* un reclamante más acreditado, que casó, con poca fortuna una actriz que hace con gracia suma papeles de viuda joven, Magdalena de Brohan, y que, sobre las novelas que lleva ya publicadas y aplaudidas, puso en escena con éxito el drama *Fiammina* del cual mantiene que Sardou ha tomado las situaciones que con más calor celebra hoy el público en *Odette*. De plagiarios, no está tierra alguna exenta, y autor de dramas hay, no enemigo de quien estas crónicas pergeña, que ha visto escenas enteras de drama suyo representadas antes de que saliera su obrilla del saludable olvido en que la tenía el autor desdeñoso sepultada. Pero sí está exenta la noble tierra para quien estas crónicas se escriben, de esas tremendas luchas, de esas desembozadas pasiones, de esos peligrosos escenarios, que dan de sí como flores de tumba, esas obras violentas y malsanas. No pasea *Odette* por las faldas del Paseo Guzmán Blanco.

Días ha, conmovía a Roma el proceso de un periodista, a quien sus correligionarios ofrecieron luego, como en desaprobación del veredicto que le declaraba culpable de ofensa al Pontífice, un suntuoso y animado banquete: ahora, el proceso de otro periodista, acaba, más que de conmover, de sorprender a París. Rochefort era el procesado, el hombre iracundo, siervo del odio, que ha quebrado todas las plumas con que se alaba y defiende, y ha afilado todas aquellas con que se injuria y se ataca; el hombre frenético, en quien un vago amor a los débiles está desfigurado por la cegadora cólera y la encarnizada furia con que acomete a cuantos gozan en la vida de la calma, la gloria o el respeto que él no goza. Y de sus errores se venga fingiendo o exagerando errores en los demás. Escribe como pelea en duelo. Enseñaban una vez a un experto español, el buen esgrimidor Ezpeleta, dos espadas de desafío, y conoció al punto, en lo

mellada y golpeada, la que había servido a Rochefort. Maneja pluma y espada como maza. Cuando acusa, espanta. De ninguna villanía duda y todos son para él capaces de cometerla. En un tiempo le poseyó la ira juvenil, que lleva a cosas nobles, y rasgó con la pluma de Juvenal el manto de abeja de los Napoleones. Hoy le posee una ira tremenda; la ira de los vencidos, la ira de los ancianos; la ira de aquellos que ponen su ambición en altura a que no alcanzan sus medios de satisfacerla, una ira lívida. Muévele, sobre todo, a enojo la buena fortuna de los prohombres republicanos. De querer ir por sobre todos, le ha venido el quedar tras de todos. No quiere en política nada seguro, visible y compacto, ni defiende el triunfo de ideas que calmen y rediman. Quiere el descrédito de sus adversarios. Le enojan con su fama, y sacude, como un manto de áspides, su enojo. Cuanta acusación violenta quiera hacerse a los republicanos vencedores, halla casa en el periódico de este republicano vencido. Le sobra personalidad, pero le falta personalidad amante.

Se sabía en París que León Renault, exprefecto de policía de la ciudad, había ido a Túnez, tres meses antes del comienzo de la guerra, a negocios de Bolsa y comercio. Decían especuladores notables que había obtenido del bey concesiones para el establecimiento de un Monte de Piedad y un Banco nacional, para la administración de los faros de Túnez, para el monopolio del esparto, para la explotación del mármol tunecino y para el disfrute de sus haciendas que habían de dedicarse al cultivo de la vid. Pública era ya la existencia de la sociedad marsellesa, la Compañía Bone-Guelma, y la sociedad de los Batignolles, que habían, a lo que se decía, conseguido favores del bey para la construcción de ferrocarriles y muelles, el laboreo de minas, y la apertura de canales. Vino a esto la expedición a Túnez, y con ella vinieron los desaciertos del gobierno de Ferry, cuyo representante en Túnez era un caballero Roustan, muy estimado entre sus correligionarios, y a quien parece reservado no lejano encumbramiento. Comenzó entonces a rumorearse que Roustan era, a más de agente diplomático de Francia, agente de

negocios de las compañías francesas que se proponen la explotación de Túnez; enviáronse a Rochefort datos que le parecieron suficientes, y una mañana leía París con asombro un artículo acusador y violento, que publicaba Henry Rochefort en *El Intransigente*: «El secreto de la cuestión de Túnez», en que sostenía que era la causa de la guerra una causa meramente pecuniaria, y que tenían partes en las empresas que en Túnez se querían proyectar, personas que gozan toda la estima del Gobierno, y que con poderes de él trabajan.

En nombre de Roustan, denunció el periódico el buen amigo de Thiers, e imperfecto ministro Barthélemy Saint-Hilaire. Exigió el Tribunal que, si en defensa de Roustan se hacía la denuncia, Roustan debía hacerla y no el Ministerio. Roustan volvió de Túnez e inició el proceso. El anciano Saint-Hilaire lo defendió en el Tribunal con calor. Lesseps, Waddington y Contouly, Ministro ya de Francia en México, tuvieron para Roustan altos elogios; nada venía a dar fundamento a las acusaciones de Rochefort, contra quien se aguardaba próxima sentencia. Mas de súbito, el Tribunal anuncia la absolución de Rochefort, por él mismo inesperada.

Qué ha sido, aún no se sabe! ¿Precipitó tal vez la decisión de los jueces la lectura de una carta en que se daban detalles minuciosos de los hábitos de dos cónyuges de alcurnia, que recibían sumas a cambio de los favores que alcanzaban de la Regencia, cuyos cónyuges vivían en estrecha amistad con Roustan? ¿Ha querido el gobierno, influyendo sobre el Tribunal, quitar a Rochefort el derecho de las víctimas, de que se preparaba a usar, seguro de su sentencia? ¿Ha querido mostrarse el gobierno en total y provechosa independencia del poder judicial, y no traer sobre sí el descrédito de apoyar, por solidaridad habitual y dañosa, a un empleado culpable? ¿Ha parecido bien al Ministerio nuevo desembarazarse de este modo indirecto de las responsabilidades que el veredicto del Tribunal echa encima de los Ministros anteriores? ¿Por qué se denunciaba a Rochefort por haber acusado falsamente al agente del gobierno en negocios impuros, a Roustan? Si de esto acusó y en esto se ha ratificado, y no se le juzga

culpable de abuso, es porque el Tribunal estima justa la acusación, y culpable a Roustan, y cómplice al anterior Ministerio. ¿O estaba formado acaso el Tribunal de partidarios de Rochefort? ¿O no desea el Ministerio de Gambetta traer sobre sí la acusación de que encadena, en plena era de voceada reforma, la libertad de la prensa? ¡Varios y numerosos motivos, entre los cuales no se alcanza aún, a través del cable, a ver lo cierto! Mas ya los periódicos republicanos de nota y respeto anuncian, lo que no parece incierto, que la opinión reprueba el fallo del Tribunal, y que caso de ser removido Roustan de su empleo en Túnez, será remunerado, porque su fama no padezca, con otro de mayor estima. Bien le viene—que ha perdido con costas su proceso.—Loable es, y deseable, en la fundación de las Repúblicas el empleo del talento crítico,—mas de la crítica bondadosa. Se debe, aun cuando se destruye, tener la mira puesta en la manera de fundar. No hace más el ingenio de Rochefort que hacer más odioso su odio. Si es justo, lo es de tal manera que no lo parece. Mas no: que la justicia no ha menester de ser violenta. Como está segura de sí, es sabia.

Este debate de las cosas de Túnez ha sido durante esta quincena en mayor grado que las rencillas domésticas, la ocupación de periodistas y políticos y dio ocasión a Gambetta para establecer, de manera más clara, sus propósitos en el caso tunecino, que tan mal preparado le viene, y tancon intentar conquistas, halagaban a su pueblo, fantástico o batallador; y he ahí que hallan, no ya aquellas huestes ciegas que morían decenas de años ha de oftalmía en Egipto y de cansancio en Rusia, y morían alegres, como los hindús bajo las plantas del elefante sacro, bajo los cascos del corcel de batalla del recio Bonaparte, sino una nación sencilla, cuerda y trabajadora. Luchará, mas por defender su suelo, no por adquirir el ajeno. Ni ha de defender la extrema libertad propia, para ir a oprimir con extrema opresión, la libertad ajena. Declaró Gambetta en el Senado, que no estaba obligado en lo de Túnez por los actos y propósitos del Ministerio precedente, y anunció la presentación de un proyecto de administración en Túnez, para cuando el país esté pacificado, lo que

ha de ser en febrero, en cuyo proyecto habrán de verse las honradas intenciones de la Francia, y su conducta abierta. En cuanto a la deuda de Túnez, desea Gambetta, que quede garantizada como quedó la deuda de Egipto. Si mantiene Francia sus armas en la Regencia africana, mantiénelas porque a eso la obliga el tratado de Bardo, que ha de rehacerse a su tiempo de manera que Francia quede amparada; y Túnez independiente, y los pueblos de Europa seguros de la política amistosa y sensata de la República francesa. A mil y cien hombres, y no a más, ascienden hasta hoy las pérdidas de Francia en Túnez. Ya el gobierno ha llamado a los destacamentos que han padecido más en la expedición, y a su encuentro caminan las tropas que han de reemplazarlos. De una parte Sidi Alí, hermano del bey, y presunto heredero del trono de Túnez, acusa a Roustan, y se niega a entenderse con enviado alguno del gobierno de Francia, pues a este, y no a enviados, desea detallar su acusación: de otra parte Roustan recibe felicitaciones de los colonos tunecinos. Y el Senado vota nuevos créditos para los gastos de la expedición. Y cuarenta mil familias árabes han ido a ampararse del gobierno de Marruecos.

Así quedan las cosas de Túnez, en tanto que Waldeck-Rousseau se enajena las voluntades de los negociantes políticos con una circular en que recomienda que se den los empleos públicos, no como premio de pasados, o gaje de futuros servicios de partido, ni en obediencia a instigaciones de parciales, sino cuando el empleo sea necesario, y el candidato plenamente apto. Gallarda es la política de Anthonin Proust, el Ministro de Artes; y severa la de Paul Bert, que con el mismo empeño examina los órganos respiratorios de los cocodrilos, que se da al estudio y recordación de las leyes que obligan a los obispos de Francia a no alejarse de sus diócesis sin previo conocimiento del Gobierno. No quiere hacer Paul Bert nada que esté más allá de la ley escrita, ni consentir a los empleados de la Iglesia acto alguno contrario a la ley: lo que es cuerdo en hombre tachado de excesivo anhelo de acometimiento y novedad. Su severidad propia consiste en ser ejecutor firme de la severidad ajena.

A vuelta de algunas murmuraciones de diputados económicos, muy temerosos de gastos nuevos, ya tienen aprobación de las Cámaras los dos útiles Ministerios nuevos: el de Agricultura, cuya creación es idea ejemplar, y el de Bellas Artes, a cuya cabeza han puesto a un artista. Del cultivo de las artes industriales ha venido gran fama a Francia, y gran provecho a Inglaterra, y ya Proust anuncia su propósito de convocar sin demora una Exposición de artes industriales. Hace bien a los hombres quien se ocupa de procurar dar bella forma a los objetos que han de rodearlos. El lujo es un placer, no por sí mismo, que fuera entonces placer vulgar y abominable, sino por las bellezas que acaudala. Ayuda a vivir una casita limpia y bien aderezada. A eso se encaminan las artes industriales: a dar apariencia hermosa, y contornos elegantes, a las cosas de uso: a saborear café en una taza donde asome el sombrero opulento de un mosquetero de Meissonier; a vaciar en esbelta copa el agua que viene a la mesa en alta jarra estrecha, cercada de pámpanos lujosos, y rematada, a modo de asa, por un curioso ángel, que mira en la jarra honda, empinado sobre la hoja frondosa, con las dos alas tendidas, como nuestros hijos deben mirar en nuestras almas. Y ha hecho también Proust un acto de justicia. Coquelin, el actor elocuente, ha reclamado con energía para los comediantes, el derecho a artistas de otras artes concedido, de lucir en el ojal del frac la cinta roja. Es bueno, aunque no lo parezca a espíritus ligeros, que los hombres anhelen poseer para sus actos y merecimientos la sanción de la patria. Mas hasta ahora se venía negando a los actores, como remembranza de los tiempos en que se negaba a sus cadáveres sepultura eclesiástica, el honor de ser condecorados con la insignia de la Legión. Got, el actor excelente, hubo al fin del Ministerio Ferry, su cinta roja, mas no como comediante, sino como maestro de comediantes, la que fue distinción singular. Y Proust, ahora que pertenece a la humanidad nueva; y a aquella legión de hombres estéticos y áticos que ha surgido con la joven República, escribe, como en satisfacción de la dilatada injusticia a los que tanto hacen por la gloria de Francia, una carta generosa y

afable, en la que muestra el asombro con que siempre ha visto que se niegue una recompensa honrosa al que interpreta el genio patrio en forma viva y contribuye con la creación de tipos heroicos, a la grandeza nacional, cuando el premio anhelado se concede a los que interpretan iguales creaciones en lienzo o en mármol.

Y si se toma de aquí y de allí cuenta de las menudas noticias del cable, se ve que Charles Blanc, que entre otros libros deliciosos, ha escrito uno de gran valía *La Gramática del arte*, está a punto de morir, y de dejar caer de la mano la pluma con que escribe ese hermosísimo periódico que se llama *La Gaceta de las Bellas Artes,* porque un cáncer hambriento le roe el rostro. Se ve que, a lo que se dice, el príncipe Rolando Bonaparte ha vendido en 920 000 libras esterlinas, el derecho que por su esposa tiene en Mónaco, la villa del juego: que el tenaz Naquet ha logrado que la Cámara de Representantes tome en consideración su proyecto de divorcio: que Naquet mismo ha formado con Lockroy, Floquet, y diputados de no menor fama, un nuevo grupo parlamentario, que cuenta sesenta y ocho miembros, unidos bajo el nombre de Izquierda Radical, para servir como de intermediarios entre el actual gobierno, y los irreconciliables intransigentes.

Challemel-Lacour, amigo de Gambetta, que lleva a su política severa aires marciales, ha iniciado en París su proceso contra Rochefort: el Gobierno, a quien se supone deseoso de privar de popularidad al procesado, persigue a *L'Evenement,* por haber dado cuenta excesiva de las sesiones del proceso de Roustan, para evitar con este anuncio que la prensa dé ahora cuenta mayor del proceso de Challemel-Lacour. Y Lulliers, un comunista, de sangre ardorosa, injuria de modo mortal a Sibour, sobrino del Arzobispo de París a quien los comunistas dieron muerte. Y el público contento aplaude a Odette y saborea los chistes bocaccianos de la linda Manola y el buen Don de Gómez, personajes alegres de una nueva opereta, que hemos de ver en la quincena próxima, si place a *La Opinión Nacional* darnos asiento.

La Opinión Nacional. Caracas, 9 de enero de 1882.

[Mf. en CEM]

CARTA DE NUEVA YORK EXPRESAMENTE ESCRITA PARA *LA OPINIÓN NACIONAL*

Italia.—Benjamín Mecalusso.—Loco de hambre.—«Los nobles deben encabezar la democracia».—Buena reina Margarita.—Quirinal y Vaticano.—Despedida de los prelados.

Nueva York, diciembre 24 de 1881

Señor Director de *La Opinión Nacional:*

Italia es tierra de pobres resignados, de nobles que venden en silencio reliquias de familia, que han venido a ser reliquias de arte, de alegres zíngaros, para los cuales la luz del sol, la sombra de los árboles y el beso de la mujer amada son alimento. Allí la cólera hierve, como en pecho de moro, y se desvanece, como cólera de mujer. Allí parece el amor ley suave, benéfica y perpetua. Allí se mata de exceso de cariño, no de exceso de odio. Los bandoleros mismos son a veces azote, y a veces amparo, de las míseras aldeas. La pobreza es una buena compañera, y se vive en paz con ella. El hambre es una menguada sierpecilla, a quien se adormece al son del órgano o del arpa. Hay consuelo en los efluvios de aquella perfumada naturaleza, en los coloquios melodiosos de aquellas arboledas musicales, en la paz soberana de aquellas vastas playas límpidas, en la imponente majestad del mar sereno. La desesperación no es de aquella tierra plácida, donde los hombres pálidos del Norte van a deshacer, al sol de Nápoles, las brumas frías que traen, como alas de ave fúnebre, asidas a la frente. Allí donde la penuria es hábito, no se concibe que sea ira. Por esto se vio con extrañeza y como hecho nimio, el de Benjamino Mecalusso, un mísero, que en medio de animada sesión en la Cámara de Representantes lanzó un revólver al aire, y exclamó con un grito impotente: «¡A Depretis!» Más que

crimen, fue aquel acto una queja. Más que queja, la concepción enfermiza de un vagabundo.

«Estaba loco»—dice—«no de odio, sino de miseria. Pedí socorro a la policía, y la policía no quiso socorrerme. De larga pobreza y de escasez de alimentos me vino el valor necesario para este acto mío».

Ni enternecido, ni convencido, pidió el fiscal siete años de prisión para Benjamino; pero el tribunal, generoso, ya porque certificase la penuria del vagabundo, ya por más altas razones, entre las que tal vez no haya sido la menor la utilidad de la clemencia,—desoyó al fiscal rudo, y ha sentenciado al preso, culpable de atentado contra el Presidente del Consejo de ministros, a un año de reclusión, y un año de libertad previa en la isla de Ischia, más doscientas liras de multa. No parece que fuera Mecalusso culpable en realidad de propósito de crimen contra el anciano y meritorio Depretis, sino buscador de escándalo, y hombre sin lazos ni respetos hecho a prisiones, no contento con la pobreza que no sabía vencer con su labor honesta, ni desagradado de saciar ruidosamente sus rencores. Así imaginan la venganza los espíritus ruines: quieren vengar en los demás impotencias propias, de que debieran en sí tomar venganza. Parece a estos bellacos que la vida les debe premios y regalos, y no se paran a ver que en la tierra no hay más que un goce real—el de labrarse a sí propio, el de cavarse en la roca hueco holgado, el de triunfar de la casualidad indiferente, el de ser criatura de sí mismo.

Y en esa Cámara de Diputados, cuyos debates detuvo un momento el revólver de Mecalusso, se han dicho estos días cosas excelentes, tales como las que dijo el marqués Alfieri, que estima indispensable que las clases directoras encabecen las huestes democráticas, no para oponerse a ellas, ni extraviarlas, ni engañarlas, sino para hacerlas ir por sendas útiles, no por aquellas en que claman, y se fatigan y perecen en vano, azuzadas de coléricos y de fanáticos, o en seguimiento de fantasmas. ¡Qué tacto se ha menester para llevar un pueblo de un mundo a otro! Del Gobierno de los Este y de los Borbones a aquella república que preparó Guillermo de Orange, o a

esta en que ahora prosperan, libres de reyes, de perezosos y de advenedizos que medren a su arrimo, los cantones suizos! Así los ciegos avarientos de luz, suelen enfermar de nuevo, de darse al goce de la luz sin cordura ni medida. Y a los pueblos, como a los corceles indómitos, ha de dirigírseles sin que ellos entiendan que se les dirige. Mostrarles la obra, es perderla. El patriota bueno ha de hacer a su patria, en vida al menos, el sacrificio de su mayor gloria. Con tal cautela y juicio parece que guían a la renaciente Italia el generoso Humberto y sus Ministros.

En tanto, la amable Reina, que ve en el trono más que propia hacienda casual y pasajero beneficio, abre con asombro unas cajas colosales que encaminadas a ella han ido de América, y con sus elegantes manos hojea llena de gozo aquí una novela de Cooper, allá un estudio sobre los grandes hombres de Emerson, de este lado la historia de Bancroft, de este la admirable *Historia de Holanda* que escribió Motley, y el «Hiawatha», poema indiano de Longfellow, y el «Thanatopsis», meditación filosófica de Bryant, y un discurso de Webster, y otro de Clay, y «El Cuervo», creación magna de Edgar Poe, e Irving, y Greeley, y Prescott, y Payne; y toda la cohorte de pensadores y poetas de la Unión Americana:—que dicen que la Reina preguntó con gracioso mohín, como de persona discreta que duda sobre la existencia real de la literatura de los Estados Unidos, a un poderoso americano, y el poderoso le envía en esas colosales cajas su respuesta. La reina, agradecida, aprende: no hay joya que le guste como un libro.

Más sombras que en el Quirinal hay en el Vaticano, a cuyo anciano Jefe fatigan, más que los dolores de su cuerpo, las amarguras de la Iglesia. A veces pasean tristemente, poniendo en contraste el rostro apenado con el alegre vestido de franjas rojas, amarillas y negras que inventó Rafael para ellos—los fieles alabarderos del Pontífice; y es que esos días se murmura en Palacio que el papa León XIII sufre con más viveza de sus males. En esta semana ha visto con pesar cómo lo más granado de Roma celebraba, en memorable banquete, al caballero

Mario, condenado días antes a multa y prisión por estimarse injuriosos al Pontífice varios artículos que publicó en la *Lega della Democrazia*; mantenedores de la monarquía y de la República se unieron en esta faena de plácemes, y en torno a la brillante mesa se juntaron radicales, republicanos, y anticlericales, sin que fuera aquella fiesta desordenada ni bulliciosa, sino propósito grave y deliberado, nacido de mentes poderosas, y puesto en acción por personas de popular renombre y fama de sensatos. Ya ha bendecido el Pontífice una capilla nueva, en honor de los santos de Italia y de Francia que canonizó poco ha y, cuando vio reunidos en redor de su trono, a los altos dignatarios de la Iglesia que volvían, rematadas ya las fiestas, a sus diócesis, les pidió,—como si respondiese con su súplica a secreta queja, y diese cuenta pública del enconado cisma que reveló el canónigo Campoello,—gran paz y fraternal armonía, por ser más que nunca necesarias a la cura de la Iglesia las amistades de sus hijos. «En estos muros»—les decía— «puso Dios el poder de contener a las masas encrespadas, y en estas manos débiles ha puesto, como en las de todos sus vicarios, la fortaleza necesaria para embridar las pasiones de los hombres. ¡Ved cómo injurian a nuestra Iglesia, a despecho de estos poderes con que protege y salva! ¡Con locura y audacia nos niegan estos beneficios que hacemos, de refrenar y de calmar! ¡Pueda Italia algún día entender a qué la obliga su amor a la libertad, y pueda llegar a creer que el Papa sólo ha de traerle prosperidad, y no riesgos!»

José Martí

La Opinión Nacional. Caracas, 10 de enero de 1882.
[Mf. en CEM]

CARTA DE NUEVA YORK EXPRESAMENTE ESCRITA PARA *LA OPINIÓN NACIONAL*

España.—Puertos y porteños.—Tres periodistas excomulgados.—Árabes a Arabia.—Rey joven y embajador anciano.—Mayoría rebelde.

Nueva York, diciembre 24 de 1881

Señor Director de *La Opinión Nacional:*

Hay al norte de España un pueblo de gente recia, como norteña y laboriosa, que por una parte extiende al borde de la mar un amplio muelle y elegantes casas, y por la otra encarama sobre picos y cerros una poblacioncilla de pescadores que con sus casuchas, retorcidas calles y ásperos pedregales da al rico puerto aire de ruin villorrio:—es Santander. En Santander, que vive de las harinas que embarca a Cuba, forzada a recibirlas, y de los azúcares que de Cuba le llegan, vence en los meses de invierno, a la llegada de los vapores—correos que vuelven de La Habana rebosantes de soldados, ejércitos de mozas, que como muchedumbre de moscas de colores revolotean en botecillos negros en torno de los buques colosales, más que de curiosidad, movidas del deseo de llevarse de huéspedes a sus casuchas, a los buenos soldados, que como van de cumplir sus años de servicio, llevan en su caja de latón la licencia absoluta, y en sus bolsas de listado una que otra dobla de oro que luce como maravilla y gala fantástica a los ojos negros de las robustas santanderinas. En Santander, como mieses que van a ser segadas, o corderillos que triscan inocentes, camino de la casa de morir, embárcanse en vía de América, niñuelos sonrosados que parten con la venia de padres ignorantes, o con el anhelo de escapar a las quintas venideras, o deslumbrados por las promesas criminales de los agentes de emigración, camino de aquel El Dorado en cuya busca fatigaron caballos y abollaron arneses los soldados de Spira y de Urre. ¡Aún

creen en El Dorado los buenos vizcaínos y gallegos! En Santander salió de manos del pulcro hablista y batallador católico Pereda, armado con todos sus arreos de pelear, contra los hijos del siglo, el brioso justador y celebrado hombre de letras Menéndez Pelayo. De Santander son las bandadas de mujeres trabajadoras que con el agua a la rodilla, cargan o descargan de los buques haces de bacalao que manejan diestramente; las hermosas aguadoras, que sin más sostén que su linda cabeza, mantienen en alto el grueso cántaro, caminito de la fuente; la alameda melancólica, cuyos árboles pujantes se alzan y juntan en majestuosa bóveda, cual si con ellos hubiese querido hacer naturaleza excelso templo, y el bullicioso Sardinero, lindo pueblo de baños, con sus alegres damas veraniegas, que parecen sueños o magas marinas, vestidas no de trajes ligeros, sino de las espumas de la mar. Y de Santander han sido ahora tres excomuniones de periodistas liberales, con que el Obispo del lugar ha puesto en agitación y zozobra a la comarca. Unos sacerdotes leyeron desde el púlpito la excomunión episcopal, y otros, por no estimarla acertada, o por no traer sobre sí a sus airados feligreses, rehusaron leerla.

Se funda el anatema en que los periódicos cuyos directores han sido excomulgados, han atacado sin mesura al clero,—mas es sabido que España anda ahora en escaramuzas religiosas, azuzadas por los conservadores vencidos, que quisieran echar a Sagasta del lado de los revolucionarios incrédulos, y recabar para sí toda la valía que tiene el apoyo de los católicos en nación católica. De modo que no se ha visto el acto del obispo como caso aislado ni como accidente local, ni como pena a determinadas culpas dogmáticas de los periódicos santanderinos, sino como acción de guerra, librada con la mira de provocar a represalia e ira a los gobernantes liberales, que ya anuncian, con reposada firmeza, la investigación del Gobierno en estos súbitos anatemas del Obispo. Ha sido esta, para España, ocasión de agrios debates; y para los porteños del norte,—más hechos a cosas de comercio y a embarrilar harinas de Valladolid, y catar gustosos vinos de Lecanda, que a estos alardes y revueltas,—

motivos de desusada animación, y de corrillos en la pintoresca y embaldosada calle de San Francisco, y de animadas contiendas en las lujosas casas de la plaza de la Libertad, y de más exaltado vocerío en el café suizo, donde discuten los provincianos españoles como en la plaza pública los griegos, ya los merecimientos del torero, ya la gracia de la actriz, ya la virtud de la dama, ya los precios del mercado, ya los riesgos y la política de la nación.

No es sólo Valladolid, ciudad famosa, que tiene ahora, a par de sus palacios solariegos, espléndido teatro; ni es sólo el pueblo en que se habla, como el francés en Tours, con más precisión y fuerza la lengua de Castilla; ni es sólo, en suma, tierra de riquísimos trigales y afamados viñedos,—que es también morada de hombres generosos que acaban de abogar con su habla rica porque haga de manera el Gobierno de España, que, porque acabe la vergüenza para los españoles, acabe la ignominia que la existencia de la esclavitud echa sobre los que se aprovechan de ella. Que la elocuencia de los tribunos es más que gala, crimen, cuando se lamentan, a modo de Boabdiles, desde los escaños de la casa de las Leyes, de un mal bochornoso con que pudieran dar en tierra, con reducir a ley sincera sus lamentos. Pero es ¡ay! de temer ¡ay! que cubiertos de grillos y de harapos saltarán luengos años acequias y cercas, con sus aperos de labor al hombro, los infortunados esclavos de Cuba. Es hermoso decir bien y alzar la voz en la solemne Cámara como sonido de arpa melodiosa. ¡Oh!, qué buen discurso fuera echar a andar en el salón de Cortes a una de esas manadas de esclavos!

Como cuarenta mil familias árabes han salido de tierras tunecinas a pedir amparo al sultán marroquí Muley-Hassan, y como tiene España, para empresas futuras, y como quien ve a lo propio, puestos los ojos en Marruecos, esta cuestión que bulle ahora como nueva, y parece cercana a violentas soluciones, preocupa a los políticos de España. Teme Francia a Marruecos, porque pudiera ser que los árabes de la comarca diesen auxilio a los árabes que se alzan, con el estandarte de Mahoma, contra el poder francés en Túnez. Ve Italia como

hacienda suya esas tierras de moros, que juzga necesarias a su mantenimiento y rango de nación. No quiere Inglaterra que venga a menos el dominio espiritual que en los marroquíes ejerce, ni que vayan naciones de Europa a hacerse dueñas de una tierra que pudiera dejarle libre, o cerrarle el paso a la India. Ni ve España con ojos serenos tentativa alguna encaminada a levantar, por el prestigio y dominación ajena, obstáculos al absoluto señorío que en secreto prepara y con ansia anhela en territorio que ve como prolongación del actual de España, y como llave de futuro maestrazgo en las revueltas luchas de que han de ser teatro entre naturales e invasores, y entre conquistadores diversos, los pueblos del norte de África, y las aguas coléricas del Mediterráneo, hechas ya a batallas. ¡A qué ha venido la raza de Mahomed! ¡Sobre qué floja cabalgadura flota ahora el manto de Solimán el Magnífico! ¡Qué bulliciosas y sangrientas algaradas aguardan a las tierras donde el *rawi* canta sus trovas relucientes, como si las palabras de su canto fuesen joyas, y abre el *kaki* sus flores míticas! ¡Cuánto tardan en resolverse los problemas históricos! aún está el conquistador de Asia a las puertas de Constantinopla.

Contener quiso primero, y repeler quiere ahora la tierra de Jafet a la tierra de Sem. Quiérese a toda costa, como en venganza de su oriental paseo de siglos, volver los brillantes árabes a Arabia.

Y no dominan los árabes con menos dificultad a sus indómitos corceles, que Sagasta a su rebelde y murmuradora mayoría de Diputados. ¿Pues qué es el triunfo político, para esos cazadores de empleo, sino la entrada a la vida muelle y al goce de los bienes públicos? ¡Hacer política es cambiar servicios, y se forma en las filas de un caudillo, dándole apariencia de señor de muchos hombres, y dueño de muchas voluntades, ¡no ha de ser gratísimamente, sino a cargo de la prebenda que se aguarda del caudillo en el día de la victoria! Las ideas son para tela de bandera cosa magnífica; pero para tela de gabán son muy ruin cosa. Y esto quieren los caballeros diputados: tela de gabán. Tiene Sagasta muchos grandes tenientes, de nombres grandes como Balaguer, Navarro Rodrigo, Romero Ortiz,

Linares Rivas, Pelayo Cuesta; y en torno a cada teniente se agrupa una pequeña cohorte, y de la junta de estas está hecho el partido sagastino. Mas como las tenencias son tantas, no tiene el Ministerio tienda para todas; y quieren los sectarios de esos hombres políticos afamados que de ellos, de quienes esperan recompensa, sea la cartera ministerial, que está llena de ellas; y no de los que ahora la poseen, que por ser especialmente adictos a Sagasta, miran más al bien de este que al de los tenientes y sus cohortes. Los diputados descontentos mantienen que deben ser Ministros, Cuesta, Romero y Navarro, y otros como ellos, en vez de León y Castillo, el de voz voluminosa; Albareda, hábil en negocios y atenciones de fomento; y el abogado Alonso Martínez. Pero Sagasta anuncia que sostendrá a León, porque le hacen falta sus bríos para arrancar leyes benévolas para los esclavos; y a Albareda, porque él ha de rematar el ferrocarril nuevo a Francia; y a Martínez, porque él sirve al Gobierno de mampuesto contra los católicos, que no han de llamar irreligioso a un Gabinete en que este abogado bueno, y buen hijo de la Iglesia, tiene asiento.

Y a la vez que se anuncia la salida del general Serrano para Francia, adonde va a reemplazar al duque de Fernán Núñez, que goza hoy la Embajada española,—el anciano Hannibal Hanlin entra en carroza de oro, tirada de arrogantes caballos coronados de plumas, por las puertas del Palacio de Oriente, donde resuenan músicas triunfales, e inclina su cabeza llena de canas, en nombre del Gobierno de los Estados Unidos que le envía con palabras de amistad, ante el rey joven, que le recibe con singular benevolencia.

JOSÉ MARTÍ

La Opinión Nacional. Caracas, 11 de enero de 1882.
[Mf. en CEM]

CARTA DE NUEVA YORK EXPRESAMENTE ESCRITA PARA *LA OPINIÓN NACIONAL*

Francia.—El invierno en París.—Elecciones en la Academia Francesa.—Sully Prudhomme, poeta.—Cherbuliez.—Pasteur.—Candidatos y vencedores.—Obedeced a César.—Gambetta y Vitelio.—Triunfos que son derrotas.—Batalla política.—Batalla parisiense.

Nueva York, 7 de enero de 1882

Señor Director de *La Opinión Nacional*:

Con el invierno vuelve París a su existencia mágica. Con los copos de nieve vienen las elecciones académicas, las contiendas parlamentarias, las bodas famosas, los libros nuevos, los dramas pergeñados durante el cálido verano a la sombra de los naranjos de Italia, de los tilos alemanes, de las casas blancas de Bougival, de los álamos severos de Argenteuil. De la costa, de Pau y Niza, de Mónaco, de los feudos familiares, de las aldehuelas perfumadas y sonrientes, tornan los parisienses, no bien da a los vientos de octubre el rudo San Huberto, los sones impetuosos de su trompa de caza, y puéblanse de sus contertulios los cafés de los bulevares; de profesores sabios la Sorbona; el Odeón de sus actores nuevos; de sus alegres aprendices, encaramados en altos caballetes, el museo del Louvre; de su solemne público la sala dorada de la Gran Ópera; de nuevas salas los diarios, y de extranjeros ávidos, que parecerán a poco frutas estrujadas, los vastos hoteles. Durante el verano, París está como casa habitada por la servidumbre en las vacaciones de sus dueños, que anda toda confusa y mal servida, y como vivida por quien no cura de ella. Los fiacres, como que se arrastran. Los teatros, como que dormitan. Las gentes, como que andan contra su voluntad. Mas no bien soplan los vientos nivosos, aderezan los sirvientes la casa abandonada, para que no hallen falta en ella los opulentos dueños, y éntrase con noviembre

a un palacio encantado, donde danzan a la par, de invierno a estío, las Musas y las Hadas. En estos días de ahora, fue la mayor fiesta en la Academia Francesa, por cuyos asientos luchan hoy los caballeros de las letras como por la esbelta Alicia o la ardiente Hildegunda encaraban bridones y quebraban lanzas los recios caballeros de otros tiempos. Con la muerte de Littré, quedó vacío de espíritu profundo un cuerpo humano, y vacante un sillón de la Academia. Y como ha poco murieron Dufaure y Duvergier d'Hauranne, eran tres los nombramientos que había de hacer la corporación célebre y fueron grandes, como de mortales que se sienten dioses y aspiran a tener un cubierto y mesa donde Mercurio ríe, Júpiter fulgura y Hebe escancia, los esfuerzos de los ansiosos candidatos para alcanzar esta suma honra. Que pasa con los nombramientos de las Academias lo que con los títulos de nobleza, y con las uvas de la parra de la fábula: no hay cosa que se reciba mejor, ni dé más gozo, ni que se afecte más tener en menos. A bien que hay algo que disgusta en las prácticas de la Academia Francesa. No llama ella al candidato, sino que el candidato ha de llamar a ella. No concede el honor, sino que obliga al honorable a que se confiese suficientemente vanidoso para creerse digno de él, y suficientemente pueril para demandarlo. ¡Bien se estén los honores donde están, si es que hay que ir a buscarlos! Ha de impetrar el candidato la venia de los miembros de la Academia: ha de llamar a las puertas de cada uno de ellos, expresarle sus deseos, y encomendarse a su bondad: ha de pedir apoyo a este Ministro, que es persona de predicamento entre los académicos, y a aquella dama, que los reúne a saborear Moka, y dar muestra de su ingenio en su salón lujoso: ha de hacerse de la amistad de Julieta Lambert, que impera por sus méritos, y los de sus gracias, entre los académicos republicanos, y del amparo de la baronesa de Poilly que es persona que brilla y puede con su mandato, o su sonrisa, que es mandato, granjearse el voto de los académicos monárquicos. Porque no se entra comúnmente a la Academia por lo que se lleve de merecimiento, sino por lo que éstos vayan acompañados de razones

políticas y recomendaciones; por lo que se ve que Maxime du Camp, que muestra brío en el ataque de las avarientas clases nuevas, es preferido a Paul Deroulède, que le excede grandemente en lo brioso, y usa de su arpa para engastarla como empuñadura a su inquieto sable de soldado,—de soldado que quiere morir del lado allá del Rin, luego de haber hendido y puesto en tierra el casco germánico; y se ve que donde se sientan vivos, que parecen muertos, porque han dado poco de sí, y ya no dan más, como Cuvillier-Fleury, Marmier y Champagny, faltan franceses, que aún después de muertos, estarán vivos como el austero Louis Blanc, que ama con igual ternura la República inmaculada y la hermosísima lengua gala. Y Alphonse Daudet que ha escrito *Fromont jeune et Risler aîne*, que es una excelentísima novela, que parece, en lo agitada, un drama; en lo severa, una historia; y en lo exacta, análisis de anatomía. Y tantos otros, que valen hoy lo que valió Gustave Flaubert, que escribió, no con pluma, sino con estilo de oro, y nunca fue académico,—sin que su prosa pueda compararse por lo nítida y robusta a más que a los versos de Charles Baudelaire, ni haya en la lengua de la moderna Francia cosa mejor que *Salambo* y *Bouvard et Pécuchet*».

Una elección de académico es espectáculo animadísimo. Cuentan y recuentan los periódicos los votos que suponen que habrán de favorecer a cada candidato: refieren las visitas de estos; con lenguaje embozado, o sin embozo, cronican las amistades y enemistades de los pretendientes, cuyas obras sacan a relucir y a ser de nuevo pesadas, comentadas y parangonadas. Con cada día, salen a luz cálculos nuevos. A este le añaden el voto que quitan de aquel. Escudriñan la intención de los caballeros académicos, que han de elegir a sus copartícipes en la honra. Esta vez contendía gente ilustre. Henry Bornier, con sus dos hermosos dramas bajo el brazo, *Attila* y *La Fille de Roland*, que han vuelto a hablar a los franceses la lengua altiva y sonora de Corneille, llamaba humildemente a las puertas de la Academia. François Coppèe que ha escrito *Le Passant* y *Les Humbles*, y hace versos con aquella elegancia y menudez con que

Cellini cincelaba copas, aspiraba a una de las tres sillas vacías. Disputábanselas además el médico Pasteur, que ha hecho menores los misterios de la naturaleza humana. Eugenio Manuel, el poeta de los pobres; Paul Janet, el filósofo perspicaz y amable; Augusto Maquet, que con Alejandro Dumas, el padre, aderezaba aquellas novelas de historia y caballería, que son nidal de dramas y a modo de epopeya perdurable de los tiempos que retratan: Víctor Cherbuliez, el novelista suizo, que no acierta a dar a los tipos que observa felizmente en actos aislados, aquella consistencia y parecer carnal necesarios a toda obra de ficción que aspire a vida larga; Sully Prudhomme, el poeta amado de Víctor Hugo, que cree que las alas del espíritu son cosa que no debe arrastrarse por la tierra, y las lleva soberbiamente en alto, a riesgo de que no sean vistas por los hombres; y Charles de Mazade, que es como decano de la crítica, que ha puesto a su servicio pluma ágil y mente avisada, y toma nota de los tiempos, y les extiende acta de vida, en su mesa de redactor de la meritoria *Revista de Ambos Mundos*.—Parecía a los hombres de letras que era más propia la candidatura de Pasteur para una academia de histólogos, que para la de los mayores letrados de Francia; abogaban unos diarios por Coppèe, que es poeta favorito, como Catulle Mendes, y otros abogaban por Sully Prudhomme, que es poeta tierno, grave y sincero, en quien hallan los críticos rudos excelencias tales, que juzgan que sólo las exceden las del secular Víctor Hugo; mantenían los favorecedores de La *Revista* que bien podía Mazade, que es el ujier y coronador de los talentos franceses, entrar, donde entró hace dos años el anciano Labiche que es el monarca del vodevil retozón y maligno, y como un Paul de Kock del teatro; con Paul Janet, que da forma deleitosa a ideas profundas y pone en luz, con singular acierto, el hondo propósito humano que engendra y empuja a la forma la obra profética de los poetas, estaba la Sorbona, hecha a aplaudirlos; Bornier, que ha cautivado dos veces el ánimo inquieto de los parisienses con sus versos vengadores, sonoros y robustos, en sus dramas en que parece que se escuchan el caer de los puentes

levadizos y el andar del centinela en las almenas,—llevaba a la Academia sobrado séquito de afectos para hacer probable su victoria y sobrado sentido republicano para no ponerla en riesgo en casa que la da aún gustosa a los tiempos viejos, y ve como burdos y mal nacidos a los nuevos tiempos, que no van a recoger yerbas en los alrededores de Versalles, calzados, como el benévolo Jussien, de zapatos de seda, sino que cobijado el rostro bajo el fieltro rudo, y puesto el pie viril en el surco de labor, y la mano fornida en el arado, descuajan la tierra, y le piden fruto a par de flores, porque de estas sobradas ha habido en las casacas lucientes de los cortesanos, y de aquellos harto tiempo han escaseado en las cabañas de los pobres! Y Bornier no fue electo, sino Sully Prudhomme, autor del «Vase Brisé» y de «Justice»; y, Cherbuliez, y Pasteur. El médico sucede a Littré, que vio en el alma humana, con ojos de médico; el poeta, sucede a Duvergier de Hauranne; y al severo Dufaure, el novelista suizo. No ha dicho París, por cierto, que no merecía Pasteur esta honra, puesto que le es debida, en pago de la que acaba él de dar a Francia en el Congreso de médicos de Londres, en que fue reconocido como descubridor magno y benéfico, y jefe natural de los congregados, y en que recabó innumeras alabanzas por sus hallazgos felicísimos en sus estudios de fermentación, de generación espontánea, de enfermedades hasta él desconocidas, y por él conocidas, que venían afligiendo a hombres y a brutos, y de los modos con que en los tejidos de unos y otros se propagan, llevados por esos animalitos infusorios que pueden vivir sin oxígeno, males rápidos y terribles.—Pasteur ama a la ciencia como a hija. La estudia con fidelidad, con ansia y con esmero. Daría por ella su vida, y ha estado ya a punto de darla. Entraba su amigo a darle noticia de su elección en la Academia, y no lo halló trémulo de deseo, como autor nuevo que espera noticias en la noche del estreno de su drama, sino sentado ante una vasija de agua, bañándose los bordes de una peligrosa herida que acababa de hacerse en su laboratorio.—Y eso cuestan todos los triunfos: sangre. De las venas, o del alma.

Mucho se ha hablado de estas elecciones en París, que hace, como ningún otro pueblo, gala amorosa de los merecimientos de sus hombres de letras, a quienes corteja, acaricia y sonríe;—mas no se ha hablado de ellas tanto como de una ráfaga de cólera que brilló, cual relámpago nacido de nube negra, en la Cámara de Representantes. El odio es un tósigo: ofusca, si no mata, a aquel a quien invade. Y hacen algunos de los impacientes innovadores que se llaman en la política de Francia *radicales*, política de odio. Ven con ojos de ira, no ya, que esto fuera entendible, a cuantos altos militares dieron remate con su energía y sus armas, a la Comuna, sino a todos aquellos hombres de guerra de quienes aguar-dan los partidos pacíficos vigor y amparo en días no improbables de revueltas populares. De estos militares, son el mariscal Canrobert, que lleva nombre famoso; el general Gallifet, notorio por sí, y por la gallardía e ingenio de su esposa; y el general de Miribel, a quien, en los días en que se tuvo por cierto que el general Mac Mahon intentaba dar, con un golpe de Estado otro de muerte a la República de Francia, se nombró, como si se le creyese peculiarmente capacitado, Jefe de Estado Mayor, del que, por nombramiento del nuevo Gobierno, vuelve a ser jefe ahora. Y como a este nombramiento han acompañado el de Gallifet y Canrobert para miembros del Consejo Superior de Guerra, los airados radicales alzaron sus clamores en el Parlamento.

De Marsella vienen en Francia las tormentas; de Marsella tomó nombre el himno de la libertad batalladora; de Marsella fueron a París aquellas brillantes e impacientes turbas que acampaban, a los ojos del animoso Lafayette, en el colosal Campo de Marte, y pactaban la federación, y celebraban con gozos y alardes que recuerdan la plaza griega, el día en que, con la Bastilla, vino a tierra, cual cáscara roída que da paso al águila naciente, el tenebroso mundo viejo. Y de Marsella ha venido Clovis Hugues, el diputado joven y ardiente, que exaltó con sus recriminaciones coléricas los ánimos de la Cámara Francesa.—«Decidme, general Campenon, cómo habéis osado poner tal suma de poder ejecutivo, del que dependen vida y paz, en manos

de un soldado que no tiene más méritos que el de obedecer ciegamente la orden que recibe, aunque sea esta la de dar muerte a un diputado!» «¡Decidme qué república defendéis, cuando os rodeáis así de reaccionarios sospechosos, y negáis esos puestos a militares republicanos!»—«Sepa el diputado de Marsella que cuido más de reorganizar el ejército francés que de impedir con distinciones mezquinas su reorganización. Necesito de hombres probados y me rodeo de ellos. No les pido consejo para la aceptación del puesto militar que les asigno: soy su jefe, y se lo ordeno. Respondo de mis actos, y estoy contento de este. ¡No he de responder más a estas preguntas!»—«¡Así ofendéis a los militares republicanos, general Campenon, que les negáis toda aptitud, y sólo la concedéis a los reaccionarios!» A este punto estaba encendida ya la cólera. Dícese que Campenon, trémulo de ira, se lanzaba a la tribuna a responder al diputado marsellés; que Gambetta, con ademán imperativo y desdeñoso, le intimó que no respondiese a Clovis Hugues; que Henry Maret, radical como el de Marsella, gritó a esto: «¡Obedeced a César!»—«¡Os pido, señor Presidente, decía con voz inflamada y tonante el tribuno, que llaméis al orden a ese injuriador!» «¡Pues os llamaré Vitelio, si no os place César!» «No he oído al señor diputado!», dice el Presidente. «¡Repetid, Maret: repetid si os atrevéis, lo que habéis dicho!», exclama Gambetta. Pero Maret no lo repite; se oye en la sala como ruido de ola: olas son los hombres, y mar subida. —El Presidente dio el suceso por acabado,—mas no los diarios, que al alba próxima ostentaban ya, desde sus kioscos de los bulevares, tomada de Tácito sobrio y tremendo, la historia de Vitelio. Como Gambetta dirige la república pujante, intenta Jules Simon hacerse jefe de la república resistente. Ambos aderezan sus campos de batalla, y alzan sus tiendas, y preparan sus ejércitos, para la venidera elección presidencial, y el *Gaulois* de Jules Simon fue de los diarios de París el más fiel a Tácito, y como hace parte de la leyenda gambettista un caballero Trompette, que es cocinero de Gambetta, y servidor muy fiel, trajo a cuenta el periódico hostil aquel cocinero de Vitelio, en

cuya compañía huyó el emperador romano de la revuelta que amenazaba su vida, y echó al fin su cuerpo muerto al Tíber.—¡Da dolor, ver a grandes almas ir por sendas pequeñas! Eso acontece cuando se olvida el bien ajeno, y se piensa en el propio.—Para deslucirse, no hay más que amarse.

Más que a triunfo, que en realidad lo ha sido para el Ministerio, han tenido los radicales a derrota la súbita exculpación de Rochefort de los cargos de calumnia que contra él hizo Roustan. Cuando se acusa a un gobierno de absorbedor de los poderes públicos, y un poder público obra respecto de los acusadores con independencia de los intereses de los gobernantes, y contra ellos, la acusación queda sin crédito, y el Gobierno lo gana de respetador e imparcial. Esas mismas injurias de Rochefort, alcanzaron a Challemel-Lacour, hombre que tiene puesta la vista en lo futuro, y es hoy Ministro en Londres, a quien acusó de haber sido en las empresas de los capitalistas franceses en Túnez, lo que fue el duque de Morny cerca de Napoleón en los reclamos criminales de Jecker contra México: un corredor criminal. Challemel Lacour ha abierto proceso a Rochefort, mas citó en la acusación la ley en que la fundaba, y no la citó íntegra como es de orden en los tribunales franceses, por lo que se dio por no hecha, y se mandó que se iniciase el proceso de nuevo. No hay medida mejor de la superioridad de un adversario que la cólera de sus enemigos. Creyeron hallar los radicales causa de escándalo en el proceso de Rochefort y Roustan, y derecho a clamar contra la intervención de Gambetta en el poder judicial del que esperaban sentencia contra Rochefort, y este fue absuelto, con lo que los alegadores de cesarismo quedaron mohínos. Quieren empujar al Ministerio de Gambetta de modo que caiga en sus filas radicales por su deseo de conservar la popularidad de que goza en las clases humildes, con lo que perdería el apoyo de las clases medias y altas o se refugie en las filas conservadoras, con lo que se daría golpe de muerte, porque dejaría vacante, a que la ocupasen los radicales, la jefatura de las clases humildes que con su deserción abandonaría:—y ven que con

grave modo, y como quien obra de acuerdo con propósitos prehechos, y no se los deja quebrantar, ni se espanta de injurias y vocerías, el Gobierno da por una parte al caballero Castagnary, que es Consejero de Estado, la misión temporal de proponer la nueva forma del Ministerio de Cultos, con los cambios que a su juicio deban intentarse en las leyes que lo rigen, y sanciona sin vacilar el proyecto de Paul Bert, que pide a la Cámara que confirme enérgicamente los mandatos de la Convención entre la Iglesia y Francia, que son la ley única y presente que está obligada a cumplir en asuntos religiosos la República y establezca penas para la falta de cumplimiento de estos mandatos. Y de otra parte, captándose con aquel acto el apoyo de los innovadores osados, y con este el de los reformadores pacíficos, o conservadores asustadizos, entregase con el leal Campenon a la tarea de hacer del ejército de Francia, no levadura de motines, ni masa de rebeliones, sino organización formidable y compacta que dé en tierra con todo propósito de guerra interior a que pudieran azuzar aquellos que ven más al triunfo inmediato de sus odios o sus ambiciones, o sus teorías, que al triunfo lento y definitivo de la patria. Hay un dulce martirio en inmolar las propias aspiraciones al bien público. Hay un modo de hacer guerra: favorecer la paz.

En lo interior de Francia, andan a una las querellas positivas y las empresas de mejora. Los unos quieren sembrar la vid en Túnez, para no haber de recurrir a Italia y a España por vinos, que salen luego de los puertos de Francia como vinos franceses; los otros mantienen que, siendo las cosechas menguadas y riesgosas, deben los capitales buscar más rápida ganancia en los juegos azarosos de la Bolsa, y se crean nuevas empresas por acciones, y entran en ellas con ansia igual pobres y ricos. Los previsores, con razón sobradísima, acusan de artificiales y perniciosos estos juegos de Bolsa; y aconsejan al pueblo de los campos, que afluye con sus ahorros a las ciudades, que se dejen de bellas tiendas y tentadores cupones, y vuelva a sus trigales y a sus vides. El Havre que ya parece por la rudeza de sus hijos puerto inglés, añade ahora a sus riquezas, y a sus canales que le dan

aire de ciudad de Holanda, y a sus atrevidos muelles que entran, como profundo cabo, en la revuelta mar,—otro muelle excelente que puede albergar a sus costados los grandes vapores que cruzan el Atlántico: y esta mejora pone de fiesta a la ciudad que ostenta frente a su Museo, rico por cierto en cosas de la vieja América, las estatuas de sus dos hijos ilustres, que escribieron las honradas *Mesenias* y las páginas puras y trémulas de *Pablo y Virginia.*

París, en tanto, vive su vida febril, impaciente y suntuosa. París duerme vestido. París habita en un carruaje, como bálsamo. El invierno de París es una noche brillante y prolongada. En las bibliotecas, jóvenes canosos, están inclinados sobre viejos pergaminos y trozos de papiro; ¡gustosa es la fama, mas en las tierras donde es cierto, se la paga a gran precio! Lindas artistas esconden de miradas irrespetuosas sus pies breves, copiando, en la cima de caballetes colosales, allá junto a los abovedados y magníficos techos del Louvre, los lienzos nubosos de Murillo y los de Rembrandt, que desdeñaba la luz del sol, y envolvía sus figuras en luz mística. Véndense por sumas cuantiosas, los cuadros de Gustave Courbet que quiso el triunfo del pueblo pobre en el gobierno de la nación, y el de la verdad gentil o terrible, en el arte. Anúncianse ventas famosas, como la de las joyas de la Corona, que no sientan bien a la cabellera suelta de la joven república. Sientan mejor a las jóvenes, flores que diamantes. Y de otra venta se está en víspera: la de las prendas de la señora de Blanc, la opulenta dama de Mónaco, que llevó al cuello un collar de perlas que no valía menos de ciento cincuenta mil pesos. Dicen que es un cuento de Scherazada, su joyero, y que parece tesoro de rey indio, por lo resplandeciente y numeroso: allí el zafiro de Siberia, la esmeralda del Tibet, los diamantes de África: collar hay de diamantes valuado en cien mil pesos. Y se inquietan los franceses malhumorados, temerosos de que estas joyas ricas, como los más notables cuadros de sus grandes artistas, vayan a dar a manos de ricos de Norteamérica, como Mackay o Vanderbilt, que pagan por las cosas de Europa precios de fábula. Un periódico se maravilla de que

Bichet, que es científico severo, diga que son cosas serias y dignas de estudio las maravillas del magnetizador Donato, que, a semejanza de aquel médico que escribió un libro lleno de certificados de gentes graves, para probar que a su voluntad podían perder las personas sometidas a su poder magnético, bien de súbito, bien por grados, la memoria, el albedrío y el habla; asombra ahora a París con su extraño éxito, y, al decir de diarios de Francia, priva o da—a su capricho—calor a los que se someten a estas pruebas, y retira o devuelve la luz a sus ojos, o pone en su mente el concepto que desea ver en ellas, o les da a beber borgoña espumante, que el catador jura que es caldo, o con el poder anonadador de su mirada, les detiene, les concede, les acelera el paso, y el que ha poco yacía bajo su influjo, como muerto, rompe en saltos frenéticos y danzas fantásticas.

JOSÉ MARTÍ

La Opinión Nacional. Caracas, 23 de enero de 1882.
[Mf. en CEM]

CARTA DE NUEVA YORK EXPRESAMENTE ESCRITA PARA *LA OPINIÓN NACIONAL*

Italia.—Las pascuas romanas. Antaño y hogaño.—Roma disputada.—León XIII, Bismarck y el rey Humberto.—Mazzinistas y federalistas.—El periodista Mario.—El profesor Ceneri.—El profesor Bovio.

Nueva York, 7 de enero de 1882

Señor Director de *La Opinión Nacional*:

Eran estos días para Roma en años pasados solemnísimos días, en que la Iglesia hacía ostentación fastuosa de su pompa, y se adueñaba con los misteriosos hechizos del color y la hermosura, que realzaban sus fiestas, del ánimo de los viajadores vagabundos que habían venido a Italia, en fuga del invierno, a dar al cuerpo sol de Roma, y al alma sol de arte. Al son fantástico de marciales trompetas, que llevaban la mente a la visión de ejércitos divinos y de alados capitanes, de cascos refulgentes y espadas de relámpago, el anciano robusto que era aún dueño de Roma entraba en hombros de sus sillarios, por la puerta de bronce de San Pedro, y abatían a su paso las armas los rudos soldados irlandeses y los brillantes soldados de Francia que amparaban su trono, y humillaban ante él las cabezas los potentados de la tierra, vestidos de sus más deslumbrantes atavíos; y cobijado por la capa pluvial, envuelto en nubes de perfumes, blandamente batidas por abanicos colosales de albas plumas, adelantábase el Pontífice hasta las gradas del altar excelso, que ostentaba tiaras relucientes de oro y de diamantes. Y decíase la misa de Pascua en griego y en latín. Y era Pío IX el sacerdote, que recibía de rodillas, entre los ecos de voces melodiosas, que parecían venir de lo Alto, el cáliz venerado, a cuya ascensión venían a tierra con estrépito las armas de ornamento de los nobles, y las de batallar de los soldados, y acatábase por súbito impulso, las sumas de mentes

poderosas que habían llegado a producir, con su faena de siglos, cuadro de tan magnífica belleza.

Mas con los años cambiaron los sucesos, y los irlandeses se fueron camino de Irlanda, y camino de Francia los franceses, y el rey de la Iglesia quedó sin más dominio que el que tiene en las almas católicas, y en el Vaticano, y el rey de Italia hizo su casa del Quirinal, que era la del Pontífice en estío. Apedreados han sido en las calles hace pocos meses los caballeros fieles que acompañaron, a través de Roma a su humilde morada última, los restos de aquel que en la mañana de Pascua llevaba en la mano poderosa las llaves de oro que habían de abrir a los hombres las puertas del cielo, y no con misa de pontifical, en la Basílica, sino con recepción privada en su palacio, conmemoró León XIII esta vez el nacimiento de Jesús. Roma está ahora de batalla, y aquella recepción fue un acto de ella, y otro la del Rey Humberto el primer día del año. Aprovecha el Pontífice estos días señalados, para hacer las declaraciones políticas que a su juicio urgen al bienestar de su sede; y nótase que, como si creciese su confianza en días mejores y cercanos, que tal vez le depare la amistad de Alemania, ni se habla tanto ya del viaje del Papa a Fulda, a Colonia o a Malta, ni se observan en las arengas del Pontífice aquella melancólica reserva y estudiada mesura que daba a sus discursos más aire de clamor de oveja que de rugido de león; y más son de plegaria que de amenaza. «¡Ved—decía a los cardenales en torno suyo congregados—cuánto es estrecha e intolerable la situación de la Iglesia Romana! ¡Oíd cómo me llaman rebelde a mi patria, y enemigo de Italia, porque demando el poder temporal de que he menester para asegurar el espiritual de mi Iglesia! ¡Mirad cómo se hacen caer odiosos anatemas sobre los leales católicos que piden garantías suficientes para la libertad de la cabeza de su Iglesia, y cómo la prensa y el populacho injurian a los mansos peregrinos, y cómo se convierten en triunfos democráticos las blandas sentencias con que el Gobierno intenta amparar nuestro decoro! ¡Y esa que véis no es toda la persecución que aguardo, porque os debo decir que la espero más cruenta! Pero yo he de guiar

la barca de Pedro por sobre las olas de ese mar alborotado, y he de mostrar mi fe, y pediros la vuestra en el día en que plazca al Señor calmar la tempestad que hoy la conmueve!»

Y el rey Humberto decía en el Quirinal el día primero del año: «Porque quiero que la respeten, Italia respeta a todos los pueblos que la distinguen con su amistad. Mas si por ajenos intereses, y pasajeras conveniencias, se intentare coartar en modo alguno la libre acción de Italia en asuntos que le conciernen, porque acontecen en su territorio y dentro de sus fronteras, mantendrá Italia su derecho a regirse por su leal saber, y su libre albedrío, sin acatar intervenciones inoportunas».

Y Bismarck, a quien iban sin duda encaminadas aquella fe en el socorro de que hablaba León XIII, y esta amonestación áspera y brava de Humberto, se apresuraba a decir en los periódicos que de él se inspiran, que la amistad que ya se pacta entre el Pontífice y Alemania, no envuelve idea alguna del imperio de coartar el libre ejercicio de los derechos de Italia. «"¿Y queréis»—dicen a esto los republicanos de Mazzini que desean una gran República central, y los federalistas que, fundándose en la antigua y próspera distribución de la península italiana, quieren una república federal,—«queréis que no nos unamos en campaña contra una ley de garantías que mantiene como un monarca inviolable entre nosotros a un caudillo rebelde que busca sin embozo y sin descanso el amparo de los pueblos extranjeros, para favorecer su poder personal y el de su tribu, con detrimento de la integridad, grandeza actual y futura e independencia de su patria?»

Y aún resuenan los aplausos que acogieron las ardientes acusaciones del osado federalista Mario, que respeta al Rey, porque le viene su autoridad de un solemne y libre plebiscito, pero no quiere en Italia más Rey que el Rey, hasta tanto que la monarquía, que sólo vive en estos tiempos hurtando prácticas ideales a la república, dé paso a esta amplia forma de gobierno que tiene en Italia, a más de las razones de los tiempos nuevos, el apoyo que le da la práctica gloriosa de épocas pasadas. Pues ¿no fue Venecia republicana ciudad famosa

y opulenta, dueña de las aguas del mar y del comercio de la tierra, y no es ahora Venecia monárquica ciudad entristecida y enfermiza, que no halla modo de rehacerse sino privándose de su histórica hermosura, y repletando de arena para hacer vulgar calle, sus canales, y echando a andar por los más bellos de estos, no ya aquellos canales de negros peces alados, que mecían en su seno nidos de poesía y amor, sino los de vapores jadeantes, que sustituyen, con el silbato del contramaestre, la voz del lánguido barquero que cantaba en otros días versos del Tasso?

Es lo cierto que ya están de paz Alemania y el Pontífice, merced a fatigas de ambos de una hostilidad estéril, y a haber menester Bismarck de los católicos para ejercer sin grandes angustias su poder, y el Pontífice, de Alemania para poner coto con este aliado temible a los desmanes del pueblo de Roma, que con prudencia singular y leyes enérgicas reprime el gobierno de Italia, mas no con tales leyes que contenten al Jefe de la Iglesia. Ya el caballero Von Schloezer ha salido de Washington, donde representó a Alemania doce años, y va camino de Roma, donde pactó con éxito los preliminares de la paz entre el Imperio y la Curia; ya los agoreros anunciaban, con más prisa que verdad, qué se proponía León XIII una vez firmada la paz con el emperador, valerse de ella como de arma contra Italia, que no le respeta, y Francia, que ciñe a los súbditos de la Iglesia a las prescripciones generales que obligan a todo hijo y vecino de Francia: y ya subieron a tanto los rumores que el Rey de Italia adelantó su propósito de no cejar en el empeño de ser monarca de toda su monarquía, y defensor del derecho de su pueblo a regirse en todas sus cuestiones por sí propio; y el Canciller alemán desmintió todo rumor de presión que pudiera enajenarle la buena voluntad de una potencia del Mediodía, rival de Francia, que le interesa mantener apartada de los franceses, como anda por desventura ahora y no en amistad íntima con ellos, a lo que tal provocaría su enemistad con Alemania. ¡De cuán mezquinas y personales razones depende en los sistemas monárquicos la paz de los pueblos! ¡Cómo, a los peligros

que crean los apetitos de los hombres, vienen a unirse los riesgos que originan los temores o conveniencias de una casta de caudillos, más atentos al goce de un poderío monstruoso y quimérico, que al desarrollo rápido, íntima mejora y empleo útil de las fuerzas de sus pueblos!

No en vano ama Roma tanto a ese Alberto Mario, que con ánimo sereno y elocuente pluma pide para Italia días grandiosos en que pueda, sin susto y sin reparo, darse como antes a cultivar la hermosura, de que la admiración de los hombres la ha hecho templo, y el tráfico remunerador, que llama de todas partes a sus ricas costas. No en vano premia Bologna, con cariño ardiente al profesor Ceneri, viril y elocuentísimo, que quiere que un solo hombre no sea rey de muchos, para que cada uno pueda serlo de sí propio, y que vuelve a la vieja villa etrusca con sus lecciones afamadas; reflejo del esplendor aquel que gozó, como maestra insigne de cánones y leyes, en los siglos más brillantes, corrompidos y revueltos de la cristiandad. No en vano es el altivo Bovio tan querido de los jóvenes de Nápoles, por ser ley que donde fue más cruel la tiranía sea luego más amada y eficaz la libertad: ni hay voz más grata a la de los ardientes napolitanos que la armoniosa con que en vibrantes frases su profesor Bovio les excita a pensar libremente, porque es aire del alma, y a obrar con virtud, sin lo que fuera máscara odiosa el librepensamiento.

JOSÉ MARTÍ

La Opinión Nacional. Caracas, 24 de enero de 1882.

[Mf. en CEM]

CARTA DE NUEVA YORK EXPRESAMENTE ESCRITA PARA *LA OPINIÓN NACIONAL*

España.—Usanzas de hidalgos.—Diputados de provincia y diputados madrileños.—Un mes en Madrid.—Católicos contra herejes.—La batalla de marzo.—Preparativos, recuentos y probabilidades.—La conversión de la deuda.

Nueva York, 7 de enero de 1882

Señor Director de *La Opinión Nacional:*

Por ser usanza de hidalgos, y buena usanza, ir a pasar la Nochebuena a la aldea de los padres, o a la pesada casa solariega, o a la humilde ciudad de provincia, donde habla el progenitor sesudo, envuelto en su ancha capa, con este platero, o aquel vendedor de paños, o aquel que vende drogas, y las cuenta; y porque el Ministro de Hacienda ha menester de calma y tiempo para convencer a los tenedores de bonos de la deuda española de la utilidad que a España y a ellos reporta la conversión que proyecta; y porque Sagasta necesita de estos meses para ver cómo ajusta las diferencias que entre sus sectarios van surgiendo, y para organizar sus huestes de manera que reciban sin daño, y sin venir a tierra, el mortal ataque que los ultramonárquicos y católicos les preparan,—Congreso y Senado han interrumpido sus tareas, y anuncian que no han de reanudarlas hasta marzo.—Hay diputados fieles a su provincia, que la cortejan, y son de ella, y no tienen a menos, como hábito, y no como cortesanía, hacerse hueco entre los labriegos que calientan su rala capa parda y su chaquetilla ruin, al amor de la lumbre, que chispea en el ancho hogar, y conforta al anciano de rostro lampiño que cuenta de sus mieses, a la esposa que hila en paz, y habla con los ojos a las doncellicas de la casa, a las que no sabe mal que los mozos les recuenten las travesuras de antaño, cuando eran chicos, y

merodeaban por las eras. Pero hay otros diputados, y son los más, que tienen a la provincia como escabel, y como pedestal; y la visitaron para hacer buena la recomendación del potentado o del ministro, en los días de elecciones, y ya no la visitan, porque gracias a las artes que ellos saben aguardan para la elección nueva, nueva recomendación de sus caudillos, en esa provincia, o en alguna otra que, en dando en las Cortes, toda provincia es buena.—Para aquellos diputados caseros son la bendición de los abuelos, la buena sombra de la casa añeja, el sol alegre del risueño patio, donde un elector agradecido, porque le han pagado este reclamo, o dado agua a su huerto, echa a andar el marranillo o la gallina, y en donde, en tiestos de barro rojo, ostenta sus hojas menudas la albahaca, y las suyas felpudas el geranio, bien guardadas tras de cristales, no sea que las marchite el cierzo, lo que es fama que debe hacerse con todas las flores. Y para el diputado urbano, para el que fue a la provincia y no vino de ella, para el que se señaló en Ateneos, tertulias y antesalas por su actividad, ambición, elocuencia, habilidad o brío, y se afilió en el bando de tal jefe que le place, a trueque de que el jefe, por verse defendido de ese buen soldado se valga de sus mañas y de sus amigos campesinos y le busque asiento en Cortes; para este gallardo madrileño, que no es fuerza haber nacido en Madrid para ser madrileño, sino hacerse de aquel donaire y ligereza, que como el perfume del vino generoso, son dotes de Madrid; para este vecino de las buenas casas de huéspedes de la calle Mayor, o la de Preciados, o las lóbregas de la calle del Sordo, que es callejuela, y va a dar a la hermosa plazuela del Congreso, por donde vive un Madrazo, pintor excelente, y de familia de pintores; para este diputado cunero, como se dice allá en jerga política, son los grandes y pequeños teatros, baratos y buenos; y el café aromoso de la Cervecería inglesa, si es que no prefiere el de la escocesa, que está al doblar, en la calle del Príncipe, y a un paso ambos del Teatro Español, casa de encantos, donde las damas lucen sus hermosos ojos, y tienen puestos los suyos los poetas.

¡Qué buen mes, un mes de Madrid! Se va a la Academia de San Fernando, y se estudia a Goya, y frente a los retratos de la duquesa de Alba, siente el poeta joven arder en torno suyo enloquecedores pebeteros, y flotarle en la espalda manto de beduino, con que pudiera, sobre corcel blanco, ampararla del frío, y llevar a los cálidos desiertos a aquella maravillosísima hermosura. Y se admiran los pies breves de la *Tirana* María Fernández, que fue famosa cómica, señora de galanes. Y aquella Santa de Murillo, que cura a los leprosos con sus manos, y al alma triste con verla. Se va al Museo riquísimo, a ver los Velázquez, que pasman; los Correggio, que convidan; y los árabes de Fortuny, que deslumbran. Se va al Retiro, que fue paseo de reyes, donde al sol de oro de Castilla, y en la clara atmósfera, limpia de impurezas por los aires de invierno, resplandecen, más que pasean, niños y damas.

Se pregunta asombrado el economista de dónde han fortuna esos lindos señores y suntuosas damas que así en días y horas de trabajo, huelgan. Se compran los periódicos traviesos, que se van ya haciendo periódicos ingleses, y alardean de graves, sin que por sobre la luenga levita londonesa deje de flotar, para quien sabe ver, el manto moro, porque los españoles empiezan a mirar mal los sueños, y bien los negocios, pero ellos no harán nunca negocios sino en la medida en que se los dejen hacer los sueños. Y ya entrada la noche, se va—lo que es desdoro para el culto Madrid—a ver lidiar un toro, sobre la escena una piececilla de un caballero Pina, que goza de fama por la abundancia, aunque no por el género, de su chiste, porque el chiste ha de ser como el Jerez, y no como el vino grueso de Aragón; o se aplaude en Variedades, que es teatrillo risueño, a una compañía de actores, que ha pocos años lo era de calaveras y de obreros, y en fuerza de ser ellos criaturas de Madrid, y de verlas, y de copiarlas en los teatros provisionales que se alzan en los barrios por Navidad y Pentecostés, han venido a ser cómicos excelentes, que a todos sus rivales vencen en el arte de representar con gracia tipos madrileños. O se va a Apolo, en que, con ser teatro muy lindo, ni actores ni

público hallan acomodo. O al Teatro de la Ópera, que se llama el Real, y merece serlo. O a ese Teatro Español que a cada cual parece cosa de sí mismo, porque allí ve la dama que le enamora, y el amigo grato; y hablan, por boca de actores familiares Alarcón y Tirso, y vive allí el ente misterioso de la raza, y el espíritu perdurable de la lengua. Al diputado que en Madrid se queda, aguardan esos placeres deleitosos; la entrevista furtiva en el Teatro de la Comedia, que es el favorecido de las altas damas, y los que van tras ellas, porque es airoso y cómodo; y allí trabajan actores en boga, que hacen gala de no ser actores de provincia y suburbio, sino del viejo Madrid, y de sus lindas marquesas.

Mas esta vez, algo más que esas alegrías de enero aguardan a diputados, senadores y ministros. Espérales en marzo una campal batalla, y han de fortificarse para ella. No han de dar al viento los enemigos la ocasión que el examen y debate de las leyes nuevas les ofrecen para poner en riesgo la existencia del gobierno de Sagasta. La lid, de que han sido nuncios las protestas de los prelados, y las excomuniones de Santander, está abierta. Y los lidiadores se están ajustando las armas. Es todo el código de un mundo nuevo el que ha de discutirse: allí aguardan, en la mesa del Ministerio, las leyes de reforma en el código civil y en el criminal, y en los procedimientos de ambos, las reformas de la tarifa, la ley que permite a las provincias y a las ciudades contraer empréstitos y demandar anticipos, las leyes que liberalizan la educación, concesiones de ferrocarriles, dictámenes sobre obras públicas. Y aguarda entre ellos una obra real, hecha de la mano misma del joven monarca, que no es por cierto un proyecto para impedir la emigración de asturianos y vascos, que debilita a España, ni para reformar las quintas, que privan de sus mejores brazos a la agricultura, ni para hacer obligatoria la enseñanza, y el conocimiento del comercio y la agricultura, ni para favorecer la siembra y población de las comarcas desatendidas, no: sino para organizar el ejército y reclutar soldados.

¡Tal parece que se vive en los tiempos del Cid Campeador! Entrañan esas leyes la vida entera de la nación, y de salvarlas el Ministerio sin quedar acreditada de irreligiosa la monarquía, luengos años de pacífica victoria gozaría el partido sagastino. A esto, pues, dirige con ojos certeros sus ataques el partido conservador vencido: a que el gobierno de Sagasta no logre que esas leyes sean votadas, o no lo logre sin que quede acusada la monarquía de irreligiosa. Y en esto estriba ahora la habilidad de Sagasta, sin lo que de fijo habría de abandonar el poder: en hacer votar sus leyes, sin que esto atraiga nota de falta de ardor en la fe sobre el monarca. Porque si alguna raíz tiene la monarquía en España, fuera de lo que le da espacio a echar las hondas divisiones que entre sí han abierto los mal aconsejados demócratas, es el espíritu católico, de que buena parte de España vive aún animada. Empujada de él, y aclamada por él, y como criatura de él, volvió la casa de Borbón al trono de Madrid: y sobre el partido conservador que, cualesquiera que sean sus veleidades de mozo o sus previsiones de monarca, el rey joven ha de cejar ante el riesgo de verse abandonado y tachado de traidor por los que le trajeron al poder, para dar en brazos de un partido inquieto y revoltoso, hecho de retazos, y de todos aquellos que le lanzaron once años ha del trono. No dan, pues, los conservadores esta batalla como batalla política, aunque lo sea ciertamente, sino como batalla religiosa. Se disponen a sacar a plaza y calles todo estandarte de comunidad y bandera de Iglesia que flamee en España, y presentarse con el imponente arreo de los nobles y obispos de otros tiempos, a los ojos inquietos del monarca; más como quien exige el cumplimiento de un tratado, y la paga de haberle traído al trono, que como quien da consejo y hace acto de vasallo. Revolucionan, para combatir a los hombres de la revolución. Dispónense a hacer alardes tales de lealtad a su fe, que más parezca España nación al paso de Pedro el Ermitaño que pueblo trabajador de un siglo laico. Aderezan los sucesos de manera que sea el debate de esas leyes un torneo a campo cerrado entre católicos y herejes, de modo que si el rey está con los católicos,

ha de abandonar a los herejes, y si se desatiende del clamor de aquellos, y se va con estos, ha de quedar tenido por hereje: y los suyos en libertad de volver los ojos en busca de príncipe más pío a quien sentar en el trono de Felipe. ¿Qué hará para conjurar ese peligro el diestro Sagasta? Porque así como, a pesar de su mayoría canovista, quitó el rey, atento al clamor de la opinión, el poder a Cánovas; así atento a los clamores nuevos, privaría el Rey del poder a Sagasta, a pesar de su mayoría sagastina. Mas el Rey ve que de los dos riesgos que corre su trono, el uno, que le viene de sus propios sectarios que le desconocerían cuando no representase sus desdenes y privilegios; es menos grave, por ser de clases decrépitas y añejas, que el que le viene del pueblo rebelde, decidido a desenvolver sus fuerzas, y buscarse manera de gobierno que le permita vivir a la par de sus ansias y sus tiempos. Por lo que el rey no abandonará a Sagasta, en tanto que este cuente con el apoyo de una porción señalada del bando católico. A lograrla, pues, dirigirá ese político hábil todos sus esfuerzos en estas vacaciones. Los de sus adversarios irán primeramente encaminados a privarle del concurso del grupo de estadistas severos que, con ser católicos fervientes, no estiman que la pureza del dogma se lastime, ni el código del Cristo sufra, con que los pueblos se eduquen ampliamente en acatamiento a las indómitas exigencias de la razón,—ni con que los intérpretes del dogma espiritual respeten el derecho de los pueblos a vivir en su época, y a sancionar el mutuo respeto que viene, como por mano suprema, ordenado, con el hecho de ser permitido que vivan en paz y mueran en paz sobre la tierra hombres de tan diversas comuniones.

Propónense los conservadores dividir los campos de manera que no haya campo intermedio, ni no se haya de estar con los heterodoxos, al lado de Sagasta, o con los ortodoxos, frente a él: y precipitar así a Sagasta, a que busque el amparo de las agrupaciones revolucionarias que tienen asiento en ambas Cámaras, por lo que, espantado el rey, privará del poder a aquel que no puede gobernar con las clases que lo trajeron al goce de un solio, sino con sus enemigos. Y así quedan los

bandos: canovistas y prelados amontonan todas las fuerzas de la monarquía añeja y la Iglesia: Sagasta procura apretar sus lazos con la agrupación moderada y católica que hoy le apoya, y que ha de ser en la gran lid su único escudo, porque en tanto que tenga a su lado a los caudillos militares que proclamaron la Restauración, y a viejos grandes de España, no podrá tacharse al Rey de ingrato, ni de enemigo de la fe católica. Junta Cánovas en torno suyo a los nobles soberbios y ásperos, que—como aquel conde de Jirón, que no reía nunca, y a quien es fama que presentándose vestido de estudiante envuelto en jirones, hizo reír a la duquesa de Alba,—recibirían hoy de buen grado con la rodilla en tierra, la frente humillada y el candelabro en la mano, al monarca que honrara su palacio, sin ver que es ya el monarca caballero de su tiempo, que usa sombrero de «hortera», como llaman en España a los dependientes de comercio, y «americana» humilde, que es el nombre de esas chaquetas largas que han puesto en boga los ingleses. Y Sagasta amonesta a sus revueltos partidarios, y les dice que no vienen bien batallas interiores, porque este sea Ministro, o aquel deje de serlo, cuando se tiene enfrente, armado de cruz e hisopo, a un enemigo diestro y formidable.

Invencible vendría a ser, caso de ganar la batalla próxima, por largo tiempo al menos, el gobierno de Sagasta, que rigiendo a la monarquía restaurada con los elementos de la Restauración, le habría conseguido sin embargo la benevolencia, si no el aplauso, de los elementos revolucionarios. Y grande sería entonces la victoria del partido liberal, que halló a su advenimiento al poder una deuda flotante de cuarenta y cinco millones de pesos, deudas privilegiadas y redimibles por trescientos ochenta millones, cinco déficit sucesivos que sin subir a más de veinte millones por año, no bajaron de diez, y deuda consolidada por más de mil ochocientos millones de pesos, sin que pudieran los acongojados contribuyentes abonar al Erario los ciento sesenta y siete millones destinados a los egresos nacionales y al pago del interés reducido de la deuda. Y el Ministro de Hacienda de

Sagasta, que es el hábil Camacho, ha logrado, con aplauso de amigos y enemigos, convertir y consolidar toda la deuda flotante, privilegiada y redimible, en otra deuda que se llama del cuatro por ciento, puesta en circulación con un quince por ciento de descuento, redimible a la par en cuarenta años, cuya operación ahorra al Estado veinte millones de pesos anuales. Y aun intenta el Ministro de Hacienda reducir, con el cebo de un interés mayor, puntualmente pagado, el crecido valor nominal de la deuda consolidada, sólo que para pagar el interés que en la nueva conversión, que ya se elabora, se pactase, habría que demandar a las Cortes su venia para aumentar a los ciento setenta millones de pesos que han sido votados para el presupuesto del año próximo, una adición de ocho o nueve millones, que el país pagaría en ligeros impuestos domésticos y contribuciones indirectas para nivelar así igual suma aumentada a la lista anual de egresos para mayores gastos de armada, ejército y fomento: aunque fuera mejor, por lo que al bien de los hombres importa, decir: fomento, armada y ejército. Que es hora ya de que las fuerzas de construcción venzan en la colosal batalla humana a las fuerzas de destrucción. La guerra, que era antes el primero de los recursos, es ya hoy el último de ellos: mañana será un crimen.

JOSÉ MARTÍ

La Opinión Nacional. Caracas, 27 de enero de 1882.
[Mf. en CEM]

CARTA DE NUEVA YORK EXPRESAMENTE ESCRITA PARA *LA OPINIÓN NACIONAL*

España.—Reyes alegres.—Alfonso en Lisboa.—Lisboa fantástica.—Palacios viejos y artes viejas.—Una exposición.—Un banquete.—Un baile portugués.—Una corrida de toros.—Una noche de ópera.—La hermosa Cintra.—La histórica Villaviciosa.—Traje de reina.

Nueva York, 21 de enero de 1882

Señor Director de *La Opinión Nacional:*

Los reyes, que se sienten sacudidos en sus tronos viejos, necesitan acercarse para defenderse: la época mitológica vio los combates de los dioses y los hombres: esta está viendo el combate de los reyes y los pueblos. La imaginación es águila, y vuela: y el interés es cerdo, y anda despacio: y es la lucha de los pensadores impacientes y los pueblos perezosos una lucha entre águilas y cerdos. Pero no está lejano el instante en que en el seno de cada cerdo nazca un águila,—en que el hombre, que viene despertando desde hace cuatro siglos, despierte cabalmente, y se adueñe de sí,—en que los monarcas como los dioses de la mitología, abran paso a los hombres. Es además un arte de la política tener a los pueblos como distraídos y aturdidos; y obligar sus ojos a espectáculos variados y nuevos, para que teniendo siempre qué mirar, no les quede espacio de mirar en sí, y se vean míseros y bravos y se rebelen. Es también uso de comerciantes en riesgo de quiebra obsequiar a cohortes de huéspedes con suntuosos festines y mágicos bailes, para que no pueda ser sospechado de pobre quien hace así gala de rico, aunque luego de la fiesta vaya a hundir su faz aterrada, lívida de miedo, en los cojines de su lecho que riega su mujer con lágrimas medrosas.

El Rey de España, acompañado de su esposa y su corte, ha visitado en estos días al rey de Portugal, que puso a Lisboa para la visita sus

ropas de fiesta. Los cañones rodaron por las calles, las plumas flotaron sobre los cascos; las iglesias exhibieron sus riquezas; la sangre de los toros enrojeció la arena; se limpió el musgo de las piedras de los castillos feudales; se llenaron las cárceles de presos. Los palacios fueron ramilletes de luces. En los bailes, el seno de las damas, cubierto de joyas, parecía nido de estrellas. Hubo fantásticos cortejos, alegres músicas, recepciones de corte, comida regia en sala perfumada. Exposición de ricas artes viejas, fiestas de toros, fiesta en el teatro, romería a Cintra, que es cesto de verdor, donde se levantan aún ruinosos palacios, y caseríos derruidos, como gusanos colosales que asomasen la cabeza entre los pétalos de una inmensa rosa. Hubo fuegos de artificio, en que pareció que Lisboa, y no sus reinas, estaba coronada de diamantes. Hubo revista de tropas. Y hubo gran cacería en los sotos famosos de Villaviciosa, que enferman a los reyes. Los ojos no han tenido reposo en esos días de fiesta.

Pocos días antes de la visita, rumoreaban los agoreros que se preparaban en la sombra modos de hacer pensar a los reyes en lo que estiman, los republicanos de ambos pueblos, extemporáneo e inicuo fausto, producido a costa de naciones empobrecidas, para redorar las casacas polvosas de los guardarropas monárquicos, y para el beneficio personal del Rey letrado y el Rey petimetre. Ya se decía, despertando honrados y enérgicos clamores de la misma prensa liberal, que algunos revolucionarios descorteses intentaban aprovechar la estancia de Alfonso en el palacio de don Luis, para hacer manifestación ruidosa de los sentimientos republicanos de los lisboenses. Aún vive Portugal, como España vive, en el seno del combate ardiente entre exaltados y moderados; aún odian los liberales portugueses la áspera carta de don Pedro, las aficiones aristocráticas de doña María de la Gloria, el insolente gobierno de Costa Cabral; aún responden las plazas de Lisboa a los clamores impacientes de la plaza de Madrid, como en la mitad primera de este siglo respondían las intrigas y convulsiones de los huéspedes del Palacio de Belem, a las querellas y sacudimientos del Palacio de la

Granja. Hoy, más que en vez alguna, teme el hijo del rey don Fernando, aquellas rebeliones populares que compelieron a su madre a jurar una constitución nacional, y se resistieron a reconocer en su padre al jefe de los ejércitos portugueses. Aún recuerda el actual ministro Fontes el gobierno autocrático del conde de Thomar y de Terceira. El rey don Luis, cuya frente se inclina, como si le fuera demasiado pesada la corona, o sintiera deseos de abandonarla, temió por su prestigio: sus ministros encarcelaron a los que de público se señalaban como cabezas de la manifestación republicana.—Y aún se pasean los presos por los sombríos corredores de su cárcel, leyendo artículos de Gomes Leal, cantando versos de Guerra Junqueiro.

En tanto el rey Luis y la reina María Pía, meditabundo él y ella airosa, dirigían el adorno del Palacio de Belem, palacio histórico. Recorrían el amable parque que lo circunda. Aderezaban para Alfonso, las habitaciones que ocupó, veinte años ha, su madre. Recordaban, como quien llora glorias perdidas, que no hace mucho tiempo engalanaban ese palacio mismo para el monarca de tierras que fueron portuguesas, para el Emperador del Brasil. De ricos cuadros llenaron los altos muros y los aposentos de ricas flores. En aquellos balcones en que el cortejo de la opulenta Isabel se asomó al Tajo, iba a asomarse ahora el cortejo del hijo risueño que ocupa su trono. Vistieron los reyes a los guardias del palacio de amarillo y de rojo, y adornaron el traje, porque María Pía es de Italia, con extrañas pecheras encarnadas y blancas. ¡Qué semejanza, la de los preparativos de un baile de máscaras, y los de una visita de reyes!

Paseaban la ciudad, que es solemne y hermosa, cohortes de gente nueva, gente buena del campo, que viene a ver reyes. El campesino de ancho sombrero y capa burda se codeaba en las hosterías con el pescador de cuello velludo, barba hirsuta, rostro atezado y gorro rojo. Tiene la capital portuguesa cierto aire de pueblo viejo, o villa de provincia, y andan las gentes como si no tuvieran gusto propio, y como si fueran a la vez árabes, ingleses y franceses. Lisboa estaba afanada, sacudiendo sus tapices, desbrozando sus calles, pintando de

fresco las casas ruines de sus oscuras callejas, embelleciendo sus hermosos muelles. Los reyes jóvenes venían contentos. Pasaban por las dehesas de Castilla, sembradas de trigales, matizadas de amapolas. Dejaban atrás bosques de robledales y de olivos. Hablaban, al ver desde el tren rápido sus añejos muros, de la buena porcelana que en otro tiempo se hizo en Talavera, tan celebrada como la del Buen Retiro. Consolábase el Rey de la aridez de la comarca extremeña, porque si no da frutos, da toros bravíos. Los golosos de la comitiva platicaban en voz baja de farinetas de Salamanca, longanizas de Vich, y chorizos extremeños. De un lado se veían manadas de toros, nerviosos y despiertos, y de otro, esbeltas aldeanas maliciosas, gruesos curas de pueblo, pobrísimos pastores. En arrogante puente cruza el tren el Tajo, que aún baña pies desnudos de campesinas enamoradas, aunque no bañe ya las plantas sonrosadas de la hermosa Cava, ni las calzas de cuero y oro del ardoroso don Rodrigo. Ya en tierra lusitana, que oyó en otro tiempo crujir lanzas y chocar cimitarras, brillan los campos verdes, y se muestran contentas de su limpieza, las aldeas graciosas. ¡Qué arrogante va la locomotora, que en quince horas ha hecho el camino de Madrid a Lisboa, y lleva a la ciudad desde las fronteras a los monarcas de España, al sonriente Sagasta, al grave senhor Fontes, a los consejeros de don Luis y de Alfonso, a los altos funcionarios de ambas casas reales, a la venerable marquesa de Santa Cruz, de blanco cabello y rostro apacible, a la elegante marquesa de Medina de las Torres, que son damas mayores en el cortejo de damas de la joven reina de España, la agraciada Cristina!

La estación rebosaba de gentes, de banderas españolas, portuguesas y austríacas, de escudos con las armas e iniciales de ambos monarcas, de coronas de siemprevivas, de guirnaldas de rosas. Al pie de las paredes, había paredes de soldados. Uníase al plegar y desplegar de los abanicos de las damas que aguardaban en la sala de espera, el murmullo de la muchedumbre apretada en los alrededores de la estación. No se veían en la estación más que flores

en manos de las damas, espadas en manos de los hombres. Brillaban los uniformes de los grandes oficiales portugueses, como si hubieran sido hechos de aquel afamado oro de Zanzíbar, que trajeron en sus barcos frágiles de la tierra ignorada sus antepasados valerosos. Se cuchicheaba que Cristina venía pálida: que el rey Luis distingue singularmente a Sagasta: que bien puede ser que al gabinete del senhor Fontes suceda un gabinete liberal: que los reyes van a aliarse para emprender una vigorosa política extranjera: que el príncipe don Carlos, hijo mayor de don Luis, va a casarse con la infanta doña Paz, hermana de Alfonso.

Músicas marciales, que rompieron en el hermoso himno real de España, cañonazos lejanos, y algazaras de campanas animaron la llegada del tren real a la estación. Preparan sus armas para el real saludo los ocho mil soldados que hacen orilla humana al Tajo, en larga y brillante hilera, que va desde la estación del ferrocarril al Palacio de Belem. ¡Qué lujosas iban las carrozas de los reyes! ¡Qué brillar el de las espadas de los oficiales! ¡Qué centellear el del sol sobre los almetes! ¡Qué caracolear el de los briosos caballos en torno a los carruajes regios a que dan escolta soldados y peatones y caballeros! La multitud se apiña tras la compacta hilera de soldados. En el río, de todas sus banderas están empavesados millares de mástiles. Parece la brillante comitiva aquella procesión de Rubens, que se ve en el Museo de Dresde: todo es penacho, gala, reflejo. Parece hoy de nuevo Lisboa aquella ciudad celeste que vio Byron. Como sentada en ancho circo, a ver correr el Tajo, está la gran ciudad. En los montecillos sobre que se empinan sus suburbios, levántanse casas mugrientas y ruinosas, como mendigos viejos que se asomasen a ver pasar la alegre procesión. Las ventanas están enganaladas con colgaduras, y con mujeres hermosas; y las calles del tránsito están repletas de pescadores, curiosos y pilluelos. Álzanse a lo lejos conventos negruzcos que parecen monjes encapuchados y huraños. Y se pierde por las callejas la muchedumbre colérica y harapienta, en tanto que

las puertas del gran Palacio de Belem se abren a los joviales y risueños reyes.

A poco, era la fiesta en el palacio Ajuda, morada de Pía y Luis. Entre generales, vestidos de azul y oro; prelados de túnica escarlata, y los consejeros y sus esposas, están reyes y reinas sentados en torno de la mesa del festín, regalados con la blanda música de diestras orquestas, ruido de hojas de palma que adornan la sala, perfume de rosas, aroma del blanco y rojo Oporto. Don Luis y Alfonso cambiaron brindis de amistad, que en el rey portugués tomó la forma de deseos de que se estrechasen aún más los lazos de cariño que atan a Portugal y España, y en Alfonso fue hasta decir que así ha de ser, porque pueblos que tienen en lo exterior las mismas garantías que defender, deben unir sus fuerzas interiores, respetando su mutua independencia, y desarrollar de acuerdo sus energías domésticas. El de Borbón tenía a su lado a la reina Pía. El de Braganza, que sólo ha venido a ser rey porque sus abuelos nobles se rebelaron contra el rey de España, tenía al lado a la reina de España. Ya se hablaba en el banquete de la carrera de caballos con que se celebraba al día siguiente la visita de los esposos españoles, se encomiaba el hermosísimo paisaje del lugar escogido para la fiesta hípica, y la ligereza y buena sangre de los corceles.

Cerca de las bocas del Tajo fue la carrera, ya al caer de la tarde, cuando las blancas flotillas de los pescadores, como contentas de su labor, esmaltaban a lo lejos el majestuoso mar sereno, y los viejos conventos semejaban gigantescos frailes que van camino de la villa, cuando ya el sol no quema, a buscar la pitanza de la comunidad; y brillaban a lo lejos, como centinelas que no duermen, el alto faro que se eleva en la islilla que surge en mitad de la boca del río, y el lazareto imponente, y sus hermosas y altas casas, destacándose, como castillos de hombres de paz, del noble cielo azul de Portugal, solemne y límpido. En grandes pabellones estaban las familias reales: allí don Luis, y sus robustos hijos, hechos a cazar y a jinetear, y nutridos en las artes de la cetrería, en letras y en lenguas: allí estaba

Augusto, el hermano de don Luis, que ama, como su padre don Fernando, los ejercicios atléticos: allí estaba, en lugar menos visible, como marcando grado inferior jerárquico, la que en un tiempo fue famosa por su hermosura, la condesa de Edla, esposa morganática de don Fernando. Alfonso y Luis bajaron a la caballeriza, acariciaron los corceles anglohispanos que triunfaron en la carrera, y felicitaron a sus dueños. Y cuando ya la noche, en aquellos climas perfumados enviaba como ave de anuncio, sus leves nubes pardas, volvieron los monarcas en sus trenes de gala, y los portugueses y visitantes en rústicos y pesados carruajes, a sus palacios y a sus hoteles, donde les aguardan, brillantes ya los uniformes suntuosos para el baile de la noche, los atentos ayudas de cámara.

Nunca estuvo más bello el Palacio de Ajuda. En cada muro una panoplia: en cada peldaño un jarrón de camelias: por puertas y balcones haces de banderas: en el monumental corredor plantas del trópico: en la Cámara del Trono, en vasos preciosos, rosas grandes, o colosales hojas; sobre artísticos muebles y mesas incrustadas de marfil, nácar y bronce, ramos de raras flores. Y lo engrandecía todo y le daba aire de poética y mística hermosura, la tibia luz eléctrica, cargada de ternuras y misterios. No fue la fiesta, a que, como a todas las del rey Luis, que es culto y pensador, asistieron personas de todas las clases y todos los partidos—una de esas asiáticas recepciones con que enamora a sus nobles el Palacio de Oriente de Madrid. Fue fiesta de Rey republicano. Y allí se veían sobre hombros de aristócratas, anticuados trajes de ceremonia, que llevaban penosamente como si a hombros de estos tiempos no sentasen bien trajes de otros; y mercaderes gruesos, y diputados provincianos, y periodistas montaraces, luciendo, mal de su grado, el calzón corto, las medias de seda y el zapato de hebilla de los bailes de corte. No esperaban a los invitados, gentileshombres de recamada casaca, que se retirasen luego de presentado el huésped, sin volver la espalda a los monarcas egregios, sino que estos platicaban con las damas y los ministros, y don Luis hablaba como con buen amigo con Sagasta, que es caballero

cortesano y sabe hablar y oír, en tanto que el alegre Alfonso valsaba pujantemente, y los huéspedes del palacio, que no eran menos de tres mil, entraban y salían a su placer, jugaban a las cartas, se lamentaban ante las pálidas bellezas de Lisboa, vestidas en su mayor parte de traje alto, del rigor de la etiqueta monárquica, que así sacaba a la vergüenza sus piernas atolondradas; o decían que habían visto al rey Luis hablando con el duque de Sexto, ayo del rey, de no limpia fama, y con el marqués de Vega Armijo, severo personaje; o gustaban manjares excelentes y gratos vinos en las lucúleas mesas, rebosantes de flores, que no se vieron durante la noche desamparadas de los caballeros y damas de la fiesta.

Ser rey o cortesano es ser esclavo, y es más esclavo, y de mucha más menguada esclavitud, el cortesano que el rey; pero el día que siguió al del baile fue de placer artístico, que fue a dar por desventura en la arena revuelta, en que caen en tierra, luchando como iguales, hombre y toro. Comenzó el día para los Reyes, inaugurando, en el que ha de ser Museo permanente de Lisboa, y es antiquísimo palacio remozado, la exhibición de tesoros «de artes retrospectivas» con que, como legítimo tributo de cosas que ya no existen a monarcas que dejarán pronto de existir, obsequió don Luis a los reyes de España. ¡Que gozo para los ojos, y para todo hombre que sabe que cada hombre es en sí el resumen de los tiempos, y el hijo de ellos, las maravillas de joyería, armería, tapicería y pintura, congregadas en aquellas quince ricas salas! Una era de cuadros de portugueses y españoles: allí había Coellos, que son magnos paisajes; Berruguetes, que son figuras nítidas y macizas; Canos, que son lienzos llenos de seres ideales; allí había Joanes, Pantojas y Parejas, que son timbres de las escuelas de Valencia, de Madrid y de Andalucía. Veíanse en otra sala, en grandes mostradores de cristales, las joyas de Asia, las piedras valiosísimas, los abanicos indios de suave plumaje, las cajas bordadas de manos sutiles de artistas de Oriente; y las armas, cruces, coronas y preciados esmaltes que posee la familia real portuguesa. ¡Las plumas de aquellos abanicos eran de aves nacidas en comarcas

remotas, donde doblaron la rodilla ensangrentada, al clavar en tierra la bandera triunfante de Portugal, el denodado Vasco de Gama y el hermoso Camoens! ¡Con qué tristes palabras recordaron, en los discursos que leyeron al dar por abierta la exhibición, todas aquellas glorias fenecidas don Luis I, y su padre don Fernando! ¡Con qué visible amargura volvieron los ojos a aquellos tiempos en que eran las casas de la ciudad, talleres de joyas y tapicerías acabadísimas, y las galeras portuguesas, señoras de la India y de la mar! Allí había una cruz y un vaso sagrado, hechos de aquel oro primero que trajo Vasco de tierra de Zanzíbar realzado de piedras preciosas, reciamente embutidas en la cruz y el vaso. Allí se leían, en elegante cáliz de oro, unas gallardas letras árabes. Allí estaban turbantes y cimitarras, recogidos de cadáveres de ilustres moros en las antiguas lides portuguesas, a la par de mosquetes y espadillas cortas, y de largas espadas de ancha taza, y la áurea espuela con que oprimían los reyes batalladores los ijares de su corcel de combatir, y las ligeras armas de parada que usaron luego, como ornamento y símbolo, los reyes modernos.—De pálidas e históricas colgaduras había una sala adornada en el Museo, y era la más bella, entre las de Flandes, Francia, Portugal y España, que allí había, una de que es dueño el español duque de Medinaceli, y que ostenta, hechas de mano portuguesa, en seis metros de lienzo bordado de cuatro metros de ancho, figuras de poderoso color y relieve, e intrincadas y caprichosas columnas de flores.

Pero reyes, diplomáticos e invitados quedaron absortos ante la colección maravillosa y deslumbrante de joyas y obras de arte de la Iglesia, que enviaron al Museo, en honor de Alfonso, todos los templos del viejo Portugal. Allí las riquezas de la opulenta iglesia de Mafra, de la de Evora, de la de Nuestra Señora de la Peña, de la de Lisboa, de la de Cintra, de la de Coimbra. ¡Qué lenguaje, el de aquellas casullas vacías, el de aquellos ciriales apagados, el de aquellos libros rugosos, el de aquellos cálices sin vino! ¡Qué proceso de las artes, desde el rudo vaso gótico, pesado cual casco de batallador, como que la mano

del obispo estaba hecha a la maza del guerrero, hasta la oriental y fastuosa casulla, bordada de esmeraldas, zafiros, topacios y rubíes en tela de oro! Allí había altares y retablos, pergaminos y piedras, joyeros y joyas, atriles y cruces, sobrepellices y albas. Nunca se ha visto, en cosas de iglesia, colección más numerosa ni más rica. Asombraba a los mismos prelados, que fueron a la Exhibición, y al baile del Rey. La perfección y abundancia de aquella colección brillante valieron al rey Luis, que gusta de ser tenido por hombre de arte, y lo es, espontáneas celebraciones. Y quedaron sobre los altares de piedra, los cálices sin vino. Y se fueron los reyes, camino de la Plaza de los toros.

No es la arena de Lisboa aquella arena de Madrid, de Valencia, o de Sevilla en que un pueblo frenético aplaude a la par, y con iguales palmas, al toreador que hunde su espada en el testuz del toro, o al toro que revuelve con sus astas las entrañas del caballo agonizante, y sacude luego al sol, con triunfantes mugidos, el cuerno ensangrentado. Se vocea, se injuria, se azuza como en las plazas españolas; pero ni el bruto muere a manos del hombre, ni puede hender sus astas, cubiertas en el extremo por una bola, en el pecho del caballo o del torero. Sólo puede venir allí la muerte de terrible golpe contra la valla de la plaza o contra la arena. Es el donaire, en imitación de los antiguos justadores moros, arremeter al bruto, caballero en diestro caballo, provocarlo, citarlo y detenerlo en su ciega carrera de un golpe de rejón sobre la cruz. La capa del picador flota al aire, en tanto que el viento agita las plumas del sombrero que alza en su mano triunfadora, y el bruto, ciego de dolor, escarba la arena revuelta que moja con su sangre. Capear al toro, afrontarlo, esquivarlo, encolerizarlo, domarlo, y hacerle bañar de espuma colérica el manto rojo con que el capeador excita y burla su furia, son, a más del rejón, los únicos lances de la lidia portuguesa. Luego vienen recios jayanes, lindamente vestidos, se abrazan al bruto, y dan con él en tierra.

De esa fiesta, que es toda de fieras, fueron los reyes a prepararse para otra suntuosísima. Era noche de gala en el Teatro de la Ópera, que es gran teatro. Brilla la sala a través del cable, de tanto como brillaba. ¿A qué contar de la ópera, que fue *Hamlet*? Era el escenario el palco real, y no el escénico. No tiene teatro alguno europeo más majestuoso teatro real que el de los reyes portugueses. Cuatro pisos de palcos tiene el teatro y el palco del rey, que tiene su pavimento en el primero, elevase, como nave de iglesia gótica, sobre seis columnas de mármol; que se destacan de las paredes de estuco, hasta el piso cuarto, de donde del dorado techo bajan colosales colgaduras de terciopelo carmesí y de oro, más que para hermosear el palco regio, para que brillen más los árboles de luces que lo adornan. Lucía realmente, como un drama histórico, el palco de don Luis, que parecía, a la vez, escena de gran teatro, y caja de joyas. Allí estaban don Luis, vestido de uniforme de gala de marina, y la reina de España que llevaba traje elegante de pálida malva, cubierto de encajes sutiles, y al cuello un millón de pesos en diamantes: exhibición lamentable, que requiere ese modo áspero de pintarla: el Toisón de Oro colgaba al cuello de Alfonso, sobre su traje de Capitán General, cubierto de cruces: ceñía el cuerpo esbelto de la reina Pía traje de seda roja, que caía sobre larga túnica de encaje, y ostentaba un collar de maravillosas perlas y transparentes esmeraldas, que es famoso en Europa. Estaban sentados en círculo ante la baranda del palco hermoso. El padre y el hermano de don Luis vestían de militares, y de marino su hijo mayor. Y a par y detrás con ellos, como deslumbrador cortejo, los ministros españoles y portugueses, el flexible Sagasta, el cortés Fontes, veintenas de generales y almirantes, y magnates y prohombres de Portugal y España. De los hombros de dieciséis damas de honor, vestidas de azul y blanco, colgaba el manto azul, que es el de ceremonia en la corte portuguesa, y cruzaba el pecho de las damas de Portugal la banda de la reina María Luisa. Tal fue la noche de gala, y no fue más, noche en que no se vieron las joyas del alma, y fueron hombres y mujeres muestrario de joyeros.

Don Fernando vive en Cintra, y allí fueron los reyes a almorzar con don Fernando, el día siguiente. En la Arcadia se piensa cuando se entra en Cintra, la de valles amenos, la de bosques tupidos, la de castillos que se extinguen como cansados de llamar en vano a sus dueños, la de linfas claras, cielo transparente, amables colinas. Se va a ella en tres horas, viendo de un lado el mar, y de otro las casas nuevas de los modernos nobles, que no son ya monumentos de soberbia, y fortalezas, como las de los nobles de otros tiempos, sino construcciones risueñas y ligeras, como de sibaritas que se sienten fatigados y saben que han de vivir poco, y dar la casa a otros señores. Parece que se ven asomar por entre las ramas de las arboledas de Cintra ninfas y faunos. Silvano tiene allí su morada. Las aves vuelan de las almenas del castillo moro, lleno de torrecillas y ventanas, al bosque espeso donde cuelgan del naranjal en flor sus nidos. Los claustros del castillo de don Fernando se derrumban, mas no se seca el agua de los torrentes espumosos que corre con ruido blando entre la maraña selvosa de hojas frescas. Por aquellos jardines en que pasean hoy el rey anciano y la condesa de Edla, pasearon en otros días los venerables alfaquíes, y piafaron, cubiertos de espuma, los nobles alfaraces. Aún brilla, decorado por los moros, el real palacio, en cuya arquitectura, como en la tierra en que se levanta, andan mezcladas razas diversas. En uno de sus departamentos está el Salón de los Escudos, que ostenta, pintados en su bóveda, setenta y cuatro de las más antiguas casas portuguesas. En Cintra se firmó la convención famosa, en tiempos en que bajo la mano del corso pálido, vacilaba como palacio de polvo bajo mano de gigante, la trémula Europa. En Cintra iban a morir en otro tiempo, como para calentarse los miembros ateridos, los ricos ingleses, y fue en tierras de Cintra donde floreció el naranjo primero que abrió sus azahares al aire de Europa. Únense allí casuchas a palacios, y quintas elegantes a musgosos escombros, y se pierde el espíritu contento entre aquellas sonantes arboledas, como si viviese en existencia superior, y se desligase de las ataduras urbanas. Por entre árboles y por sobre

cerros iban reyes y servidores viendo castillos y selvas rumorosas, caballeros en sendos burros, que no saben de vasallos ni monarcas, ni obedecen a más rey que al labriego que les vocea e injuria, y les da, para avivarlos, rudas palmadas en las ancas.

Esa noche; ¡qué hermosa estuvo Lisboa! Ardía en luces blancas. Parecía vestida de manto negro, sembrado de guirnaldas, de coronas, de festones, de haces de estrellas. Parecía un volcán encendido, desamparado de súbito de su corteza de piedra. Ceñían las paredes franjas de luces. Bosque incendiado semejaba el cielo. De los vaporcillos de recreo que atravesaban el río, se veía como una batalla de relámpagos. Y los buques del río habían envuelto en luminarias sus cascos y sus mástiles. Se oían músicas suaves y vocerío de pueblo.

Diez mil hombres de todas armas desfilaron en la mañana que siguió a esa noche bella, ante la plataforma real, decorada con los pabellones de España y Portugal, y Austria e Italia. Pareció robusta la infantería, menguada la artillería, pesada la caballería. Y tres mil personas asistieron al baile costosísimo que los comerciantes de la ciudad ofrecieron en el Palacio Viejo, en las cercanías de Lisboa, a don Luis y a sus huéspedes. Y en misa, que oyeron devotamente, rodeados de la corte, en la abadía de Belem; y en toros, que lidió en honor de Alfonso un elegante de Lisboa, a quien es fama que costó la corrida, entre flores y toros, una veintena de millares de pesos, para que luciesen, a los ojos del Rey risueño su habilidad de toreadores los jóvenes nobles de la ciudad; y en oír un drama clásico, de la tierra que cuenta entre sus glorias literarias al vizconde del Castillo, Almeida Garrett, y Herculano,—emplearon los reyes españoles, del brazo de los dueños de la tierra, su último día en Lisboa.

¿Y el pueblo? Oh! el pueblo no quiere que se case el príncipe Carlos de Braganza, con la princesa Paz de Borbón. ¿Qué ha de pensar el pueblo, si en él, como dice en un libro tremendo y desgarrador uno de sus más briosos poetas: *encontramse a dormir, junto aos humbraes das portas mendigos quasi nús, creanças quasi mortas?*

Pero los reyes españoles, antes de volver a su palacio de granito en la Plaza de Oriente, estuvieron de cacería en el sitio solariego de los duques de Braganza, en la histórica Villaviciosa. Sólo esperan los pueblos para despertar a que los reyes duerman; y cuando adormecido por los aromas de sus árboles del Retiro, y las blandas voces de las damas, dejó caer Felipe IV su cetro en las manos codiciosas del Conde-Duque de Olivares, los duques de Braganza se hicieron reyes, y con ellos Portugal fue libre. Es macizo y sombrío el palacio de los nobles de Braganza, donde los monarcas de hoy van a meditar ante los lienzos oscurecidos que conservan las efigies de sus gloriosos antepasados, por cuya paz eterna doblan las campanas de la iglesia vecina, que fundaron los arrogantes caballeros de la Orden Militar de Villaviciosa. Allí enfermó don Pedro, el primer hijo de doña María de la Gloria, cuyo trono vacante ocupó a su muerte su hermano el Rey actual, don Luis I. Por aquellos sotos, que son ricos, ha andado cabalgando, y riendo con malicia de la fatiga de sus cortesanos, el cazador Alfonso. En aquellas selvas ha estado luciendo la reina María Pía su traje nuevo de amazona, hecho como el de las damas de su séquito, de terciopelo verde, que ciñe al cuerpo, ajustado por cinturón estrecho, en larga túnica, por la que asoman los breves pies resguardados de miradas ociosas y espinas de la selva por calzas de cuero; flotan al aire, en la fantástica carrera, las verdes plumas que adornan su ancho sombrero de alas italianas.

JOSÉ MARTÍ

La Opinión Nacional. Caracas, 7 de febrero de 1882.
[Mf. en CEM]

CARTA DE NUEVA YORK EXPRESAMENTE ESCRITA PARA *LA OPINIÓN NACIONAL*

Francia.—Elecciones de senadores.—Triunfo republicano.—Gambetta ante la Cámara.—Gobernar realmente; o no gobernar.—El proyecto de revisión de la Constitución.—Los teatros de París.—*El noventa y tres*. —*Las mil y una noches*.

Nueva York, 21 de enero de 1882

Señor Director de *La Opinión Nacional:*

Copiosa en cosas graves ha sido en Francia esta quincena. Los monárquicos han sido una vez más vencidos y no violentamente, lo que no fuera cuerdo, porque los pueblos generosos se enamoran siempre de los oprimidos, aunque estos sean los que en su día los oprimieron: van los monárquicos franceses como en campaña de retirada, oponiendo el muro de un convento, el manto esmaltado de abejas de los Bonapartes, o el de flores de lis de los Borbones, a ese pacífico ejército de hombres fuertes y modestos que estudian y trabajan y se sientan, con poder incontrastable, en la casa de gobierno, con el libro a un lado y el arado a otro. Francia es gloriosa. Inglaterra, que parece la mansión de la libertad, niega a un diputado el derecho de sentarse en el Parlamento adonde le envía un voto numeroso, porque usa de su pensamiento libre. Los Estados Unidos que nacieron de padres que emigraron de su patria por exceso de amor a la libertad, y austeridad en la virtud, se inclinan a mancillar esa valiosa herencia, compeliendo a pueblos menores a que existan para el provecho y acomodamiento de la Unión Americana. Y Francia, que hereda de la historia errores arraigados y desórdenes, y todo hábito venenoso de gobierno, realiza denodada y serena ese tránsito grave de aquel mundo en que los hombres servían torpe y mansamente a un ser privilegiado, a este mundo nuestro en que los

hombres se ennoblecen por el ejercicio y el gobierno de sí mismos.

Los monárquicos han sido vencidos, en campo limpio y en batalla justa; en que tocaba a cada combatiente parte igual de sol. De setenta y nueve senadores que acaba de elegir Francia, sesenta y seis han sido republicanos, comprometidos de antemano a apoyar la reforma de la Constitución, con que intenta Gambetta poner en modo de que vayan en acuerdo y no en lucha peligrosa, la Cámara y el Senado. Trece fueron los monárquicos electos. Se pagan los pueblos más de lo que brilla y apasiona, que de lo que prepara en discreto silencio su ventura: y pasa a los gobernantes a las veces, como a los grandes actores en provincias, que no viendo estimadas las sutiles y admirables labores con que embellecen y vivifican el personaje que crean ante un público inculto, vociferan al fin y gesticulan, por lo que pasan a los ojos de los provincianos por actores que pasman y maravillan. Así los gobernantes, temerosos de ser olvidados o poco atendidos por su pueblo, si se dan a la faena silenciosa de preparar, con lentos adelantos y cuerdos detalles, la victoria definitiva de su sistema de gobierno, interrumpen o comprometen su labor, por no comprometer por su silencio y modestia su poder, con alardes de fuerza o de reforma que alimentan y placen al gusto popular. Esas elecciones para senadores nuevos, a pesar de llevar en sí tal importancia, que de ellas dependía la tranquilidad doméstica de la nación, sin la que, en pueblos como en hombres, se pierde toda capacidad para obra grande,—se han hecho en Francia con señalada calma, ya porque los pueblos latinos sólo aman lo que les pone en riesgo y los agita, y, sibaritas del peligro, gustan de verlo sobre sí para vencerlo, más que de sofocarlo antes de que surja; ya porque la detenida labor preparatoria con que todos los bandos de Francia habían dirigido a sus fines estas elecciones, y el conocimiento de sus mutuas fuerzas a que habían venido durante la faena previa de convencer votantes y enajenarlos al adversario, había previsto de antemano el resultado de los votos, y menguado en el interés que una elección dudosa hubiese inspirado. Y de esos sesenta y seis

senadores republicanos, de Freycinet, el exministro, ha sido electo en tres departamentos, como en premio de su honradez y su entereza, y Labordére, el militar que rehusó obedecer órdenes que creía que llevaban a ensangrentar a Francia, y robarle su libertad, con aquel golpe de Estado que fue temido en tiempos de Mac Mahon, ha triunfado con los votos de los intransigentes.

¿A qué pues, se dijeron luego de este triunfo los espíritus ligeros, y los que, como Horacio, gustan más de regalarse a la sombra de los tilos, con vino viejo cerca de su amada, que de ir a segar la vid con sus manos de guerrero en lo recio de la batalla? ¿A qué luchar por la revisión de la Constitución, si era el objeto de esta organizar el Senado de modo que estuviese en acuerdo, por tener mayoría republicana con la mayoría republicana de la Cámara? ¿A qué luchar por una victoria que ya tenemos conseguida con las elecciones? Mas no pensaba así Gambetta, en lo que ha obrado con esa mira en el porvenir y busca de lo estable que imponen con su grandeza serena y su patriotismo fructuoso, obediencia a sus sectarios rebeldes, y respeto a sus enemigos tenaces. Ha de darse forma permanente a instituciones que han de ser permanentes. Los fundadores de un pueblo, que van fundando con él una época, serían nimios si se satisficiesen con el triunfo efímero en una batalla aislada, que puede ir seguida de una derrota que comprometiera de nuevo el sosiego público, y con él la riqueza y la energía de la nación. Es de pueriles contentarse con haber ganado una batalla a sus enemigos. El que ama a su patria, ha de tender a fortificarla de manera que no puedan estremecerla ni ponerla en riesgo los caprichos de sus hijos. Puesto que es indispensable, en un país lleno de adversarios ambiciosos y avisados, que para que no se aprovechen de las querellas de los hombres republicanos que lo rigen no haya ocasión de querella entre la Cámara, que hace las leyes, y el Senado que las sanciona;—es indispensable constituir el Senado de manera que, por estar elegido por los mismos votantes, y en la misma forma que la Cámara, vaya siempre en saludable acuerdo con ésta. Y puesto que la Cámara tiene

el deber de ahorrar a su pueblo gastos que estima innecesarios e injustos por más que los sancionen alguna vez hábitos seculares y necesidades aparentes, es también indispensable que no pueda el Senado, por acariciar a instituciones cuya gratitud le halaga, y cuyo influjo teme, restaurar aquellas sumas que la Cámara declare inoficiosas y caducas.

Pero venían poseyendo a los diputados extraños miedos de la lucha, aun aquellos mismos diputados que en cortejo compacto apoyan al Gobierno, que no tiene sobre ellos dominio pernicioso y exclusivo, sino ese natural influjo que el ejecutante de un propósito ejerce entre los que lo estiman loable y práctico. Solicitados los unos por los republicanos conservadores, que ven la lucha con ansia, porque saben que la revisión de la Constitución los aleja del Senado, como están ya lejos de la Cámara, y por tanto de la gestión de los negocios públicos; y azuzados los otros por los republicanos intransigentes que quieren impedir a todo trance la consistencia que ganaría el Gabinete republicano que, a los beneficios que la república ha traído a Francia, uniese los de establecer sólidamente, con la concordia de los poderes legislativos, la certidumbre de la calma doméstica,—aconteció que comenzaron a anunciarse de público deserciones de adeptos y rebeldías de amigos que pondrían en caso de derrota el proyecto de revisión de Gambetta. Nada movió a este, sin embargo, de su propósito: que no le importaba que sus amigos lo abandonasen si quedaba él, por haber cumplido con su deber, amigo de sí mismo. En alto decía que ni le asustaban combates necesarios, ni necesitaba del apoyo de los que los temían. Para transacciones, hartas ha habido. En preparar se consumen energías preciosas. Es prudente no acelerar soluciones prematuras, pero una vez que se ha reconocido de su necesidad, es tiempo de llegar a soluciones. Sin éxito le observaron sus amigos cuán irritados tenía a los republicanos avanzados, el nombramiento del periodista Weyess, tan hábil como voluntarioso y autoritarista, para desempeñar la Dirección Política en el ministerio de Negocios Extranjeros, a quien nombró Gambetta, por

aprovecharse de la ciencia del hombre, sin tener en cuenta sus merecimientos de partido: y le encomiaron sin éxito la imprudencia de afrontar a esa cohorte poderosa, azuzada por los republicanos conservadores que anuncian en el *Gaulois* de Jules Simon, que, si se vota el escrutinio de lista que Gambetta quiere, será antes de dos meses dictador,—y por la infortunada contienda de los agentes de policía con los republicanos intransigentes que en procesión fúnebre iban, en el aniversario de la muerte de Blanqui, a mostrar su amor y respeto ante la tumba de aquel venerable y colérico anciano: Gambetta anunció que, a riesgo de perder el poder, en que no quiere estar sino de la alta y libre manera con que puede emplearlo en bien de su patria, presentaría a la Cámara, cualesquiera que fuesen los temores de sus adeptos, los esfuerzos de los conservadores, y las iras de los intransigentes, el proyecto de revisión de la Constitución, que asegura a Francia un gobierno decoroso, robusto y estable, a la Cámara el éxito de sus labores, y al país su calma que las resistencias reaccionarias del Senado constantemente amenazaban. Y respondió a una numerosa comisión de diputados que fue a saber de él su determinación final sobre la presentación del proyecto, como si con esta pregunta le intimidasen o pusiesen valla a su energía, que, resuelto a salir del poder si no se ponía por la reforma al país en condiciones de que su poder le fuese útil, nada más había de decir de lo que iba en el proyecto dicho. Afrontando esos miedos, esos intereses y esas cóleras, ha leído ante la Cámara, que le oyó como de mal grado primero y a poco con asombro, y al punto con respeto, el juiciocísimo preámbulo que justifica la necesidad de la revisión de la Constitución, y el modo sencillo con que se propone realizar ésta. Nunca pareció más firme, más imponente, más pujante. Su palabra no era torrentosa ni iracunda, sino reposada y convencida. Se presentía al luchador magnífico. Se veía a un maestro de hombres. Ni cortejó el éxito, ni aparentó desdeñarlo. No provocó la declaración de urgencia, que hubiera podido traer en la Cámara aquel día, agitada e hirviente, la derrota prematura del proyecto, por más que la mayoría

de los miembros de la Cámara hayan sido electos en sus distritos para llevar a cabo la revisión que ahora temen, porque tal vez dudaron un instante de la capacidad de su caudillo para permanecer en el poder, y quisieron captarse los favores de los que pudieran sucederle, o porque a la revisión de la Constitución sigue el proyecto de reforma del sufragio, y el establecimiento del escrutinio de lista, que hace creer a algunos diputados, en la necesidad de una próxima elección, en que pudiera su representación correr peligro. Pues ¿cuándo ha sido otro el obstáculo del hombre que el hombre? Y ya se aplaca la ira que produjo en los diputados vehementes la firmeza serena e incontrastable de Gambetta; ya dictamina sobre el proyecto una comisión especial numerosísima; ya se cree que, a merced de la rudeza, actividad y tenacidad con que se le ataca, enfrenará las pasiones de los suyos y descubrirá los móviles de las pasiones de los ajenos, ese hombre de Estado de mano firme y mente poderosa.

¿Adónde va París en tanto, a divertir sus ocios y a reposar de sus faenas? Es de bellacos y de petimetres, creer que París es ciudad de huelga, placeres y vicios: no tiene el trabajo humano mejor tienda de campaña, ni las ciencias más ocupado laboratorio, ni las letras más asiduo devoto que París. Los parisienses están ahora como que es año nuevo, de plácemes y estrenos. En el Chatelet, que es teatro grande, despliéganse en el escenario todas las joyas de la fantasía, los cuentos mágicos de Scheherezada, y los pasmos y glorias del Oriente: y hay camellos y elefantes, y Aladino y gran casa de tigres, y amores de sultanes y sultanas, y extravagante arbitraje de Cleopatra, que trae a la escena todas las maravillas, bañadas de luz intensa, del Egipto, en un capricho poético, dialogado para obra de espectáculo, que se llama *Las mil y una noches*. Abraham Dreyfus, que había escrito ya *La Gifle*, y esas comedillas de antefiestas, ligeras y brillantes como espuma, gana aplausos con una comedia de reír, que se llama *La Institución de Santa Catalina* en la que dos niñas bellas que piden novio a la santa, como las doncellas guatemaltecas lo piden cada martes a un señor San Antonio que hay en el pueblecillo

de Jocotenango, hallan al fin, tras intrigas curiosas y revueltas, esposos dignos de su resignación y de sus méritos. Hennequin y Albert Millaud, han escrito *Lili*, linda comedia, salpicada de música, donde luce la Judic su flexible hermosura, y Dupuis su vigoroso genio cómico, que pasa de oficio, y llega a sumo arte. En la Galette, Paul Meurice, amado de Víctor Hugo, da a las tablas, con singular fortuna todos aquellos siniestros y magníficos personajes del *Noventa y Tres* del Maestro, como llaman al poeta glorioso sus discípulos amantes y sumisos. El París encendido; la Vendée humeante; y aquellos tres colosos, que discutían la elaboración del mundo nuevo a puñetazos en una mesa de taberna y el austero Cimourdain, y el feroz L'Imanuz: allí están todos, seguidos del público agitado, suspenso, ardiente y clamoroso, y conmovido como aquel público osado y sensible de los dramas griegos. ¡Oh! sana y generatriz Naturaleza ya tan desconocida y olvidada, ¡no han de ser los dramas cantos de lira, ni mostrador de ingenio, sino escenas potentes y desgarradoras, donde se vea, en sus simas y en sus cumbres, el corazón humano!

JOSÉ MARTÍ

La Opinión Nacional. Caracas, 8 de febrero de 1882.

CARTA DE NUEVA YORK EXPRESAMENTE ESCRITA PARA *LA OPINIÓN NACIONAL*

Francia.—Caída de Gambetta.—El Ministerio de Freycinet.—Razón grandiosa.—Intereses contra reformas.—La batalla.—El domador rompe su hierro de domar.—La Cámara contra el tribuno.—En el asiento de la izquierda.—Programa del gobierno nuevo.—El programa necesario.

Nueva York, 4 de febrero de 1882

Señor Director de *La Opinión Nacional:*

Toda reforma origina un cambio, y todo cambio lastima intereses. Excepto en los grandes momentos históricos, en que se revela en el fondo del alma el león dormido, o en los grandes caracteres, que son leones que no duermen, los intereses se oponen siempre tenazmente a las reformas. Hay que esperar, pues, para que las reformas triunfen, ya a que su necesidad se haga tan visible que aquellos que se negaron a aceptarlas acudan espantados a decidirlas, ya a que los intereses de los que hayan de decidirlas vengan a estar del lado de las reformas.—Por eso ha sido vencido Gambetta, que ha dejado ya de ser Presidente del Consejo de Ministros de Francia. Y a eso espera. La paciencia es la dote de los fuertes. ¿Por qué ha de impacientarse el que nada quiere para sí, sino para su patria, y sabe que obra honradamente? Decía el latino que era harta grandeza haber intentado lo grande. La gloria no cede a los amantes bruscos que corren tras ella y la fatigan, sino a los amantes dignos, que la respetan e intentan ganarse su afecto por sus altas obras. Gambetta ha cesado de ser Presidente del Consejo, y De Freycinet, teniente suyo un día, y hombre austero y modesto, le sucede.

La lucha ha sido empeñada, y la derrota ha sido una victoria. Se siente regocijo narrando las acciones de un hombre sincero y

enérgico, que no quiere gobernar a los hombres, si para gobernarlos ha de cortejar sus vanidades, y de ir amoldando la Justicia,—que ha de dar, y no recibir, moldes,—a los intereses y pasiones de los que han de ayudarle en el gobierno. Para Gambetta, hay gusanos en el fruto de todo árbol cuya raíz está comida de gusanos. Y puesto que la nación le había encargado su cuidado, había de podar toda rama moribunda que estorbase el desarrollo de las ramas nuevas, y de limpiar de insectos la raíz roída. Mas los que viven a la sombra del árbol, hallan buena su sombra, y jugoso su fruto, y no quieren que se sacudan las raíces.

En una nación parlamentaria, es necesario que el parlamento sea la copia legítima del pueblo que lo eligió. Y si no lo es, ha de tenderse a que lo sea. Una nación no puede ser como una mente juvenil, llena de ensueños, de errores, de relámpagos, que ya lleva a morir sonriente y magnánimo en el torreón que luce la bandera amenazada de la patria, ya a perseguir, cual niño que echa a correr tras una mariposa, a una visión gallarda que encarna momentáneamente sus ansias de belleza. Una nación ha de ser como matrona grave que cuida de sus hijos, no como doncella irreflexiva, de alma blanda a los arrullos de todos los galanes. Una nación ha de querer que los elementos que la forman sean estables, sanos y grandiosos, y vengan de fuentes limpias y constantes, que corran a la luz, para que se pueda ver cuando se enturbian, y acudir en sazón a purificarlas. Ni la política ha de ser arte de escarceos, retazos y tráficos, ni es digno de la confianza de su país el que mira más a parecer bien a sus adversarios,—por su seguridad y gloria de hombre hábil,—que a intentar y realizar todas las mejoras que crea beneficiosas a su pueblo. Avergüenza la pequeñez de los hombres en los tiempos que corren. No ven la vida como un deber, sino como una casa de gozos. La verdadera grandeza es la mayor locura. Ser puro es ser bellaco. Osar lo justo es poner en riesgo a sus conciudadanos. Y no va habiendo más modo de vivir que ceder a toda indignidad privada o pública! Hace bien el orador de Francia en buscar a riesgo de esta

gloriosa derrota que ha sufrido, el modo de enaltecer los caracteres, de librar a la generación naciente de esa existencia irresoluta e infructífera que sofoca la actividad de los pueblos en toda época de tránsito y renuevo, de salvar a los representantes de los compromisos de compadrazgo y villorrio, que llevan al angosto Parlamento tal suma de intereses y miedos personales, que no hay modo de arrancar a la Cámara medida alguna enérgica y creadora, porque cada tímido representante, que mira más al bien de sí que al de la patria, teme herir con ella las creencias de tal dama, que le ayudó con su influjo, tal sacerdote, que puso en su favor a sus feligreses, o tal rico de aldea, que es hombre poderoso en eso de elecciones. Ni escribe el escritor, ni habla el orador, ni medita el legislador, sin libertad. De obrar con libertad viene obrar con grandeza.—Y en Francia, ese es el daño: los diputados, son diputados de un distrito, y llevan a la discusión de las leyes todos los compromisos sigilosos a cuya merced han asegurado su elección. Va el diputado al Parlamento obligado a no hacer cosa que disguste a sus patronos de provincia, y cargado de demandas de sus comitentes, de los cuales uno quiere que el río cruce por su heredad, y otro que el camino de hierro pase por frente de su hacienda, o que sea su hijastro ujier del Tribunal, o su pariente dómine del pueblo, y el diputado merca con su voto aquellas gracias, y deserta de su bando, para pagar a los ministros la merced, o queda obligado a ellos, y no es ya, su adversario rudo, sino un contendiente manso y bondadoso. O se expurga de estos males el sistema electoral de Francia, o no podrá gobierno alguno, nacido de los tratos y convenciones de diputados así comprometidos, intentar la política de fundación que ha de hacer de la Francia moderna un pueblo sólido y glorioso.

Ese ha sido el combate. Para que la Francia, que ha expresado repetidamente su voluntad de vivir en república, sea gobernada de cierto, y no de nombre, por los republicanos; para que sea legislada por un cuerpo de legisladores enérgicos y libres; para poder iniciar una política robusta, desembarazada, sincera y saludable; para

establecer aquel gobierno de hombres sensatos, que han de tener a la vez la dureza de los ricos para resistir, y la paciencia de los tejedores para elaborar; y para crear aquella manera de gobernación que ha de durar siglos, y deba sustituir, como que se aplica a trabajadores, comerciantes y letrados, a aquella otra monárquica que ha muerto, porque ya los castillos de los barones feudales se han trocado en factorías, y se hacen más arados que hachas de armas; para dictar, en suma, las leyes nuevas de los tiempos nuevos, es fuerza buscar modo de que los hombres encargados de esta tarea ruda y grandiosa, no traigan a ella miras egoístas y compromisos ruines que cercenen la majestad y la pujanza de las grandiosas leyes nuevas.

Ese ha sido el combate. Siendo causa de la inestabilidad de los gobiernos de la República y la pobreza de la política republicana, la actual manera de elegir a los diputados por distritos y no por listas departamentales, con arreglo a las cuales votaría cada elector por hombres de sus ideas que le fuesen desconocidos, y cuya libertad no coartarían con demandas ni favores,—era necesario que a la elección de diputados por distritos, se sustituyese la elección por listas departamentales. Y siendo el Senado, no freno de la Cámara de Diputados, como debe ser, sino adversario de ella,—urgía renovar, puesto que la Constitución que creó al Senado autoriza la renovación, el modo de elegir senadores, para que estos fueran electos con igual amplitud en los campos, donde anida la libertad, que en las ciudades, donde se forja la manera de violarla.

En la última campaña electoral, ese fue el programa de los republicanos adictos a Gambetta, que con ese programa triunfaron: la revisión del Senado, y la votación por lista, y no por distritos: «el escrutinio de lista». Llegado Gambetta al poder, pidió a la Cámara que, unida al Senado, acordase las reformas necesarias en el Senado, y consagrase el escrutinio de lista como nueva manera de elegir los diputados de la Cámara. Pero los representantes electos montaron en cólera, al ser invitados a votar una ley que desautoriza su elección

reciente, y les incapacita tal vez para la próxima, porque no es lo mismo ser persona notada en una ciudad o pequeña comarca, que gozar de fama y crédito en un departamento. Todo fue protestas y acusaciones. Decían que Gambetta escondía propósitos dictatoriales, y anhelaba el escrutinio de lista para figurar a la vez en todas las de Francia, y compeler a Grévy, con este plebiscito indirecto, a que le cediese la Presidencia de la República. Eligió la Cámara una comisión de examen hostil al proyecto, en la que unos abogaron por la revisión total de la Constitución, que quieren que se renueve de tal modo que cierre las puertas de la vida política a todos los poderes vencidos; y otros sostuvieron que debía estarse por las reformas del Senado, mas no por el escrutinio de lista; y otros, que fueron los menos, defendieron ambas reformas.

Escasos de razón los diputados, más ganosos de inmolar la reforma que de inmolarse, hacían caudal de todo incidente. La lucha llegó a ser tal que pareció que, si la Cámara votaba el escrutinio, quedaba como sierva de Gambetta. En su entrevista con la comisión, esta sostuvo que el Congreso y el Senado reunidos para revisar la Constitución podían discutir más o menos reformas que las propuestas a la Cámara por el gobierno. «¡La Constitución os dice que no puede eso el Congreso y el Senado reunidos, y si lo establecéis para que no se discuta el escrutinio de lista, estableceréis un precedente revolucionario, y daréis derecho de intervenir en él al Presidente de la República!» «¡Y a nosotros nos parece—replicaron a esa intimación de Gambetta los comisionados,—que quien nos habla de intervención del Presidente nos injuria, y vuestro deseo tenaz de hacer votar el escrutinio de lista cuando aún están distantes las elecciones en que ha de aplicarse, envuelve ideas ocultas de medro personal que la Cámara de la nación no debe satisfacer!»

En vano objetó Gambetta la inconveniencia de llamar a congreso a los Cuerpos Legisladores para medidas aisladas, cuando llamados ahora, era decoroso y oportuno que discutiesen las reformas de que en las últimas elecciones se había mostrado partidario expreso el

país. Explicó en vano sus altas miras. Ofreció en vano que respetaría la existencia de la Cámara actual, aun cuando reconociese como modo de elegir diputados un distrito del modo con que acaba ella de ser electa. «¡Vedlo,—azuzaban clericales y monárquicos regocijados con aquel obstáculo levantado por los mismos republicanos en el camino del caudillo de la república,—ved con que altivez se pasea por entre vosotros, ved con qué mal reprimida cólera se mesa con su mano pálida los cabellos, encanecidos de ambicionar!»—«¡Ahí lo tenéis,—voceaban los extremistas: habla como un monarca, pide como quien pide lo suyo, os trata como a sus siervos naturales, y quiere, con su primer acto, postrar a sus pies la Cámara!»

Jules Simon decía en el *Gaulois:* «¡Obedecedle, y será antes de dos meses Dictador!»

John Lemoinne decía en *los Debates:* «¡Respetad a ese hombre extraordinario, que cree a los demás capaces de la propia inmolación, porque él sabe inmolarse!»

«¿En qué, clamaban los amigos del tribuno—en qué está la dictadura? ¿En apelar personalmente a la comisión de examen del proyecto? ¿En realizar en el gobierno el programa que acaba de ofrecer al país que realizaría? ¿En pedir a los diputados electos para apoyar la revisión del Senado y el escrutinio de lista, que votasen las medidas para apoyar las cuales habían sido electos? ¿En solicitar de una Cámara que encierra los elementos de la Cámara anterior, que votase de nuevo el escrutinio de lista, que ya había votado la Cámara anterior? ¿En anunciar que de ser vencido en este lance, renunciará a gobernar, porque no puede gobernar sin medios de gobierno? ¡Decid más bien que estáis hechos a usar de los principios, no como deidades, que merecen culto, sino como armas de combate, que se quiebran luego que se usan; y os exaspera hallar un hombre fuerte y sereno que se cree obligado a poner en práctica, con riesgo de su poder, los principios que le han servido para llegar al poder que arriesga! ¡Decid más bien, diputados ambiciosos, que os negáis a aconsejar la necesidad del escrutinio de lista, porque perdéis con él la

probabilidad de ocupar esos asientos que debíais abandonar gozosos, si eso hubiese de redundar en el enaltecimiento de los caracteres, la pureza de las leyes y el decoro y tranquilidad de vuestra patria!»

El día 26 de enero ardía en pasiones la Cámara de Diputados. Se oía el ruido especial de los hombres coléricos. Rebosaba la tribuna de diplomáticos. Parecía que se iba a cometer una mala acción. Había grandeza en aquel magnífico escenario. Fue el día de la discusión del proyecto de Gambetta. Entre protestas y aplausos había leído días antes el diputado Andrieux,—más hábil, como tantos otros, para destruir que para fundar,—el informe de la comisión de examen del proyecto, que estimó buena la revisión del Senado; e inoportuna y como reveladora de osadas ambiciones personales, la parte de él que se refiere a la adopción del escrutinio de lista. El diputado Dreyfus apoyó a Gambetta, y el diputado Legrand a la comisión. Lockroy, polemista ardiente, pedía que se acordase la revisión total de la Constitución, contra Julien, que acusaba de loca, demanda semejante.

«¡Responda el gobierno lo que haya de responder a nuestro informe!», decía desde la tribuna Margaine, el presidente de los comisionados.

Y se vio adelantar hacia la tribuna a un hombre sereno, majestuoso, pálido. Rumor de asombro llenó el palacio. Le abrían paso, como movidos de respeto. Era el Gobierno.

La voz del orador no tuvo nunca la obediente blandura, súbito encrespamiento, y humildad apacible de aquel día. No injuria, porque los fuertes nunca injurian. No se encoleriza, porque el que aspira a gobernar a otros, ha de gobernar sobre sí. No se abate, porque ante el que cae con honra, los que hacen caer son los abatidos. Su palabra se hinchaba, como ola de mar, y se desbordaba, sonante y luciente. Defendía su proyecto, echaba en cara a los comisionados sus contradicciones, llamaba crimen al intento de comprometer, con una revisión total de la Constitución, el decoro de la nación; deteníase de súbito, para repetir, en rapto fogoso, a la comisión aquellas mismas palabras porque se había creído injuriada; callaba un punto, y como

los comisionados oían sumisos, ya quedaba su queja sin influencia; contestada y vencida; en períodos solemnes, que amigos y enemigos ahogaban con aplausos estruendosos, rechazaba, como domador soberbio que quebrase en la jaula de los leones su hierro de domar, aquellas villanas acusaciones de intentar violar en provecho propio las libertades y el honor de Francia. ¡Qué poder el de la palabra honrada! ¡Qué gran domadora la palabra humana!

¿Qué importaba que, al bajar de la tribuna, la Cámara rechazase, movida del temor de desaparecer por una ley que hería su prestigio, el proyecto que demandaba la adopción del escrutinio de lista? Aquel hombre que caía íntegro, quedaba íntegro. «¡Ahí os entrego,—decía aún un momento después, dominando con su voz vibrante y avasalladora el rumor de los grupos tumultuosos,—ahí os entrego, no mancillado por una concesión indigna, no conservado a trueque de cábalas humillantes, el poder que me entregasteis! La altivez en la defensa de la libertad necesaria para cumplir con los deberes que él impone, ha de ser igual a la presteza para abandonarlo, cuando se nos nieguen los medios de ejercerlo dignamente!»

Y de la Cámara fue el Presidente del Consejo de Ministros a presentar su renuncia y la del Consejo al Presidente de la República en cuyos salones paseaba, y platicaba en la noche de aquel memorable día, no con aquel fingido regocijo del ambicioso desengaño, ni con aquella desazón que nace de obrar torcidamente, sino con la serena desenvoltura de quien no tiene que temer la voz de los demás, ni su voz propia. Tal parece que ese hombre es ahora más poderoso que cuando era dueño del poder. Volverá a él, llamado por los que se lo arrebatan. Volverá, con todo el prestigio que merece aquel que saca mejor templado su carácter, de cada lucha en que se pone su temple a prueba. No cae por inepto, ni por imprudente, ni por soberbio, ni por débil: cae por sincero. La Cámara, hecha a vencer Ministros, no ha querido dejarse vencer por este que goza fama de vencedor. La Cámara no ha querido darse el placer maligno de abatir a un fuerte. Solo que hay debilidad oculta en todo alarde innecesario

de fortaleza. En suma: un interés y una preocupación han vencido a Gambetta. El interés fue el que tienen los diputados en no desautorizar su elección reciente, y comprometer o acelerar su elección próxima. La preocupación fue la que azuzaron clericales, monárquicos, e intransigentes, de que, siendo un combate de faz a faz el primer acto de Gambetta en la Cámara, Gambetta, que de quedar vencedor pasaría por el humillador de los diputados de Francia, había de sucumbir, con causa o sin ella; para que no pareciesen siervos suyos los diputados y él señor de ellos. Y en verdad que hay errores saludables. Viene bien que el que ejerza el poder sepa que lo tiene por merced y por encargo de su pueblo, como una honra que se le tributa y no como un derecho de que goza.

Francia tiene, pues, ministros nuevos, y Gambetta, a cuya merced queda el Ministerio que le sucede, por el número de votos con que cuenta en la Cámara, se ha sentado otra vez en aquella misma silla de diputado en que su consecuencia le da el derecho de sentarse siempre: su silla de diputado de la izquierda. De Freycinet, hombre práctico, político previsor, orador reposado y astuto, y caballero modesto, es el Jefe de los nuevos ministros; que son Jules Ferry, el enemigo jurado de la Compañía de Jesús, a quien llaman en París «El caballero de la democracia» León Say, a quien viene de abolengo, como que es nieto de Juan Bautista Say, el escribir con sencillez galana, y el dominar las ciencias económicas; Cochery, que está siendo ministro permanente, de puro ser buen ministro, lo que merece en verdad, como premio de aquella amistad leal que le unió a Thiers, a, quien acompañaba en los días de la negociación de tregua con Prusia, cuando volvía el glorioso anciano con los ojos rojos de llorar por la desventura tremenda de la Francia: ¡magnífico Lázaro, la tierra francesa! ¡Ese, y no otro, es el pueblo de que han de ufanarse y maravillarse los humanos! El almirante Jauréguiberry, que ha hecho hazañas de guerra en Crimea y China; Varroy, administrador excelente y laboriosísimo ingeniero; Humbert, que es abogado de nota; que escribió muchas páginas en el *Diccionario de Antigüedades*

Griegas y Romanas de Daremberg, mejor que el de Rich; Tirard, fundador de una casa de joyas, de quien cuentan que cruzó armas una vez con un escritor que se rió de su chaleco amarillo; y Goblet, letrado, orador y periodista de no escasa valía, son los Ministros de Marina, Fomento, Justicia, Comercio y Cultos. El de Guerra es el general Billot. «¡No temáis—dijo De Freycinet en su discurso de presentación ante la Cámara,—no temáis de este Ministerio agitaciones estériles, ni cóleras políticas. Venimos a administrar, más que a conmover. Venimos a favorecer toda labor de utilidad pública. Venimos a gobernar como hombres de negocios, más que como hombres de partido. En lo exterior, paz; en lo interior, trabajo. Tenemos fe en nosotros, y en vosotros. La libertad no peligra en nuestras manos, porque asegurar el bienestar de un pueblo es el único medio verdadero de asegurar su libertad».

Allí estaba, sentado en su silla de diputado de la izquierda, aquel que cree también que un pueblo trabajador es un pueblo libre, pero que sabe, porque su grandeza se lo dice, que en la época de tránsito de una civilización bárbara y corruptora, señalada por el enflaquecimiento de las naciones en provecho de las castas favorecidas, a otra civilización dignificadora y pacífica, que los hombres han de señalar como la edad en que han entrado al conocimiento y ejercicio de sí propios,—los legisladores han de ser algo más que mayordomos de pueblos, algo más que zurcidores de voluntades, algo como los Carlomagnos de la paz.

JOSÉ MARTÍ

La Opinión Nacional. Caracas, 22 de febrero de 1882.
[Mf. en CEM]

CARTA DE NUEVA YORK EXPRESAMENTE ESCRITA PARA *LA OPINIÓN NACIONAL*

España.—Los pueblos y los políticos.—La guerra de los generales.—Crisis en marzo.—Reyes nuevos y reyes viejos.—Peregrinos a Roma.—Fiesta en palacio.—El gobierno y el nuncio.—«Urge educar a las mujeres».

Nueva York, 4 de febrero de 1882

Señor Director de *La Opinión Nacional:*

¿Qué son los pueblos en manos de los políticos de oficio? Estos los mueven como si fuesen escudos de batalla, y se sientan sobre ellos, luego del triunfo, o los ponen en alto, en la hora de la derrota, como banderín de pelear. Están siempre los pueblos como de tránsito y de susto, y no bien se sientan, contentos y generosos, a su banco de trabajo, y suena el mazo en el yunque, y la hoz en el trigal, y hierve el vino en las cubas, y en los lagares el aceite, ya se detienen sierras y martillos, y se acongojan los labriegos, y caen flojos los brazos desmayados, porque tal general, descontento de que no quieren hacer prohombre a su sobrino, da airado con el pomo de su sable en la mesa de gobierno, o tal hombre civil anhela mantenerse en el poder, poniendo en concordia efímera a capitanes ambiciosos y uniendo en mayoría transitoria a odiadores de bandos diversos, por ser el odio ligamento fácil, tal como si un mendigo quisiese ampararse del frío halando de un lado y otro del cuerpo, para hacerse capa, los míseros harapos. ¡Cuándo habrá de ser que se fatiguen los hombres de esas tierras viejas de ser gobernados por vanidosos logreros! ¡Cuándo, en cruzada urgente y majestuosa, sembrarán de escuelas útiles y prácticas, como misiones de la religión moderna, ciudades y aldehuelas, suburbios y villorrios! ¡Cuándo, con súbito alzamiento del decoro, que echa abajo montañas, y con pujante

rebelión pacífica, apartarán de las urnas de votar a diputadillos y a alguaciles, y pondrán en esas copas de salud nombres de gentes sanas y buenas, que den a su tierra patria, zozobrante y congojosa, gobierno digno de hombres!

Ya están en guerra los caballeros mariscales. Ya el general Serrano, que ayuda a bien morir a la monarquía, para que le caiga en los brazos, y lo haga Presidente de la próxima República, se enoja porque el general Martínez Campos, brusco y astuto, se niega a nombrar Gobernador de Madrid a otro general elegante, que mueve bien la espada y la palabra, y está más del lado de la República que del lado del rey, el general López Domínguez. Ya, como la mayoría que apoya a Sagasta está hecha de secuaces de Serrano, que ven mal que los amigos de Alfonso crezcan en poder, y secuaces de Martínez Campos, que sólo en la fama de leal al rey que goza su caudillo fían honores y salarios,—anúnciase para marzo una ruidosa quiebra, tras la que Campos, que se unió a Sagasta para dar en tierra con Cánovas, se apartará del Ministerio de Sagasta, como para hacer puente con un gabinete hecho de sus sectarios del ala liberal del partido canovista, al formidable Cánovas, que no estima que, abandonado de Campos, cuyo prestigio de traidor a la República por amor al rey le ampara, pueda Sagasta continuar gozando del poder, en unión de los demócratas, a quienes habrá de aliarse, y contra los miedos de Palacio, que teme a neoconversos, las camarillas militares, que tienen puesta la espada del lado de la pitanza, y los clamores de las castas privilegiadas, que hacen mampuesto de su lealtad al rey. Es como un baile de disfraces, bailado sobre un tablero de ajedrez, a cuyo torno duermen descuidados los verdaderos jugadores.

Así como sacudidos violentamente por una mano enérgica, parecen mezclados por un instante líquidos entre los cuales es imposible toda mezcla, por lo que, a poco de estar en reposo, vuelven a mostrarse sueltos y distintos, como es ley de naturaleza,—así, agitados por el odio común al enemigo fuerte, parecieron unidos de modo muy estrecho Martínez Campos, que vive del renombre de haber

desenvainado su espada en pro del rey, y Sagasta, que vive de contentar y traer cerca del trono a sus enemigos naturales. El general, aunque no se le vea, lleva siempre ceñida la espada, sin que la pluma le parezca buena, a no ser que sea para ganar fama de benévolo y cuerdo, suscribiendo lo que no intenta cumplir. Y en los de Sagasta como en los de don Salustiano Olózaga, brillan siempre, a través de los vapores de corte que se los anublan, relámpagos revolucionarios. El general vive de apegarse al trono, y sacar provecho de haberlo alzado en sus hombros en la revuelta de Sagunto. Y Sagasta de no acercarse demasiado al trono, puesto que, si no ha de ganar, la confianza total de este, no le es bueno perder el agradecimiento de sus enemigos; por lo que el general se asusta de las concesiones que Sagasta ha menester, siendo condición de muerte para el uno, que quiere, placer a su monarca, lo que es condición de vida para el otro, que quiere, por el bien del rey, placer, más que a él, a los enemigos del Rey. Los de Sagasta se van hacia los demócratas, de quienes no les apartan doctrinas, sino fe en la habilidad de los diversos caudillos, y en los provechos que de su habilidad les vengan. Los de Martínez Campos se van hacia los conservadores, a cuyo lado les mantiene el miedo de perder, por comulgar con los demócratas, la confianza del monarca. De modo que, en el mismo Gabinete, cuanto hace Campos mira al Palacio de Oriente, por cuyas maravillosas escaleras se pasea el rey joven, y cuanto hace Sagasta mira a la plaza pública, en cuyo seno ven ojos penetrantes cómo se fragua y templa la tormenta. A esas diferencias ha venido a poner colmo el nombramiento para Gobernador de Madrid del general Castillo, que defendió con histórica bravura de asaltos de carlistas, a la hambrienta Bilbao, a la luz de las hogueras encendidas en los palacios de la villa por las granadas enemigas, en aquella guerra en que, por celos de generales, vinieron a morir en las crestas y laderas de Somorrostro los más gallardos mozos de la tropa española. Querían los de Sagasta a López Domínguez, que sabe más de artes de ciudad que de artes de batalla, y tiene más afición de

servir a su pueblo que a su monarca. Por lo que Campos nombró a Castillo, con gran ira de Sagasta y los suyos, por parecerle más aficionado a servir a su monarca que a su pueblo. Así quedan ahilados los ejércitos que han de entrar en liza en las próximas Cortes.

Y por ser el día de San Alfonso, el escogido por Martínez Campos para publicar el nombramiento del general Castillo, fue mayor el ultraje, y más clamoroso el vocerío de los liberales que se sienten por este hecho como expulsados de Palacio, y como sospechados de traidores, por un Rey a quien sacrifican, por los gozos y beneficios del mando, su fiereza, sus ideales y su decoro. Viendo como no les aprovecha este sometimiento, hablan de guerra, y comienzan a ver que no pueden parecer leales al hijo los que no fueron leales a la madre; y que son vanas su humillación y mansedumbre, y pierden tiempo valioso en conciliar lo inconciliable. A los castellanos viejos ha de parecer lo que decía Calderón en su hermosísima habla vieja, «que el traidor no es menester, siendo la traición pasada», lo cual vale tanto, en moderno romance, como que, una vez conjurada por el advenimiento de los liberales al gobierno, la revuelta que amenazaba al trono, no importa ya al Trono, luego que se ha servido de ellos, tener contentos a los liberales. Estos y canovistas, y moretistas, hormigueaban en la noche del santo, en el espléndido palacio como abejorros de oro—que no abejas. Las damas lucían, en torno al rey afable y a la reina vivaz, sus mantos de gala, y las que no pertenecen a la servidumbre de la casa regia, ostentaban ante ella en los negros cabellos las ricas diademas, en los labios encarminados la sonrisa de corte, y en los trajes suntuosos el cuerpo esbelto, que se salía de ellos como opreso. Ya no doblan la rodilla y besan la mano del monarca sus vasallos, porque por algo corren los tiempos, y en estos la faena consiste en poner en pie a los hombres que estaban arrodillados—sino que todas las castas y poderes del país pasan, con sus arreos de fiesta, encintados y bordados, ante el rey que los ve pasar; de pie bajo su trono, en tanto que en las arcadas del palacio, brillando como joyas al sol, lucen damiselas curiosas y niños contentos sus trajes de

domingo; y los cesantes, recostados en los pilares de los arcos, miran pasar, arrebujados en sus capas, las carrozas lucientes, y las mozuelas de las Vistillas venden aguardiente de anís, panales y agua; y las bandas marciales pueblan los aires de animados himnos; y la luz del sol juguetea con los pomos de los machetes, las hebillas de los uniformes, y las hojas de las bayonetas de los soldados.—¡Fiesta de rey moderno! Antes vestía el rey de cuero y hierro, y era conde batallador, que defendía de moros a sus comarcanos, y dejaba como el Cid a su Jimena, al salir a guerrear, veinte y dos maravedises para que se regalase cada día.—Por lo cual, y por otras cosas, se ve que no son estos tiempos de reyes.

De reyes no—mas sí de tentativas para impedir su desaparecimiento. La Iglesia quiere, en pago del apoyo que da a la monarquía, ser apoyada por los monarcas. Y vuelve los ojos a Alemania, que le ofrece apoyarla, porque necesita ahora de los votos de los partidarios de la Iglesia para su política interior; y los vuelve a España, donde se disputan el gobierno la monarquía republicana, semejante a la de Italia, contra la que la Iglesia pide amparo, y la monarquía autocrática, cuyos miembros llenan los salones del nuncio del Pontífice, a quien acatan y obedecen. Así como es más viva la llamarada última de una bujía que se extingue, y más lúcida la mente de los hombres en el instante en que, ya en brazos de la muerte, ven desde las puertas del mundo nuevo con más claridad el mundo que dejan, así son más vocingleros y alardeadores los esfuerzos de los partidos políticos amenazados de morir.

Los partidarios del gobierno de castas en España se aprovechan ahora, por la ineficacia de la casta real, y el empequeñecimiento de la nobiliaria, del influjo temible y aun cierto de la casta religiosa, a quien encomiendan la disposición y el éxito de la batalla acelerada por demanda de auxilio de la Iglesia de Roma. Ya llegan los actos de los católicos y las protestas de los liberales a parecer voces de guerra. El nuncio del Pontífice envía a los obispos una circular, en que les excita a favorecer el reclutamiento de peregrinos que los católicos de

España quieren enviar, en prenda de su fe, a postrarse a los pies del Pontífice, en Roma que les espera montada en ira. Los periódicos piden al Gobierno que prohíba al nuncio la instigación de un movimiento político, en que los secuaces de don Carlos hagan gala de su lealtad y de su número. El Gobierno de España dice al de Italia que no protegerá a peregrino español que se haga culpable de acto ilegal o demostración política alguna en Roma. El Ministro de Estado español dice en el Senado que estima suficientes las garantías de que goza el Pontífice en Italia, mas no se opondrá, porque no es derecho suyo oponerse, a las tentativas que pudiera hacer Alemania para mejorar la situación de la Santa Sede. El obispo de Madrid, en documento que va firmado por mucho señorío, ruega al pueblo español que se congregue, como hijos que van a ver a padre anciano, en torno a la bandera de los peregrinos que salen para Roma. Escúchanse agrias voces, con que el Ministro de Estado de España increpa al nuncio por favorecer con empeño y sin embozo el que es abiertamente, so color de religión, movimiento carlista. Y no se oyen por todas partes más que comentos de las frases osadas y vehementes en que aboga por el Pontífice, «víctima de liberales», el obispo de Madrid. Es una lucha encarnizada, afeada por el odio.

Un grupo de hombres estudiosos, negando los oídos por algunos instantes a este concierto de iras, ha estado meditando en torno de la mesa del Consejo Supremo de Educación, en la actual desventura, y modos de remediarla, de las mujeres españolas. No están en España a nivel el amor al fausto y los medios de satisfacerlo, por lo que los hombres, temerosos del conflicto que les acarrea el matrimonio, comienzan a huir de él. De tanto galán que anda de sobra nace el riesgo de tanta criatura que anda hambrienta. Y de tanto coser en las buhardillas frías, mueren, como a viento que segase todas las flores del prado, frágiles mujeres, moradas de almas amantes, que se van de la tierra sin empleo. Centenares de doncellas pobres acuden atentas, no fatigadas de la labor del día, a las clases abiertas para ellas en el instituto libre que fundaron, seis años hace, personas

caritativas. En balde piden que se las admita a oficios de telégrafos, oficinas y correos. En vano dan muestras de pericia y capacidad singulares en exámenes frecuentes. En vano ostentan grados académicos, ganados en campaña cerrada contra maestros astutos y profundos. Aún cruzan, como parvadas de mariposas a quienes se están cayendo ya las alas, riendo, triscando y gracejando, aquellas calles llenas de talleres, a cuyas puertas con el sol que se va, aguardan a la presa fácil turbas de criminales galancetes. Aún andan de vuelta ya al hogar que vive del jornal de la pobre hija, por aquellas estrechas baldosas de las callejas de los barrios ruines, que alegran con su ingenuo regocijo la flor humilde con que sujetan al pecho la mantilla, y el taconeo sonante de sus pies pequeños y veloces. Aún se ven, en la humareda espesa de los cafés madrileños, mancharse rosas y quebrarse lirios.

José Martí

La Opinión Nacional. Caracas, 23 de febrero de 1882.
[Mf. en CEM]

CARTA DE NUEVA YORK EXPRESAMENTE ESCRITA PARA *LA OPINIÓN NACIONAL*

Francia.—Gambetta, Jules Simon y Freycinet.—La Unión General y los labriegos lioneses.—Un libro nuevo.—Edmundo de Goncourt y sus amigos.—La mujer parisiense.—*La Faustin*.

Nueva York, 17 de febrero de 1882

Señor Director de *La Opinión Nacional:*

Gambetta está de viaje, Jules Simon, de derrota, y Freycinet de triunfo.—Jules Simon, dueño hasta hoy del Senado, en que imperaban miras de alianza con los poderes viejos, ha visto rechazar, por 157 votos contra 101, el proyecto encaminado a quitar virtud a las últimas leyes de expulsión de eclesiásticos rebeldes al poder civil; y aun caído Gambetta, triunfa el Senado de Gambetta. En la Cámara, los diputados aplauden, y confirman con 287 votos contra 66, el propósito de Freycinet, de aplazar la reforma de la Constitución para cuando sea oportuno sacarla a plaza. Y Gambetta anda por Suiza, y no en el gobierno; que siempre fue seguido por los hombres quien sirve a sus intereses, y no quien, por servir a la justicia, pone sus intereses en riesgo. Fue como dar a un león comida de urracas. Un hombre alto, ha de obrar altamente. Ser gobernante de hombres, no ha de venir a quedar en ser su cómplice. Si se ha de deber el triunfo a ocultaciones, a compraventas de decoro, a retaceos de la justicia, a compadrazgos y comadrerías—sienta mejor a un hombre grandioso el honor de la derrota que los regocijos del triunfo.

Gobernar hoy en Francia es como corcusir retazos sueltos, lo cual es tarea buena para costureras, no para escultores.—Gambetta cree que no puede gobernarse honrada y eficazmente en un país parlamentario sin que el Parlamento sea honrado y libre, y no hecho para el beneficio privado de sus miembros, sino para darles casa

augusta, bajo cuya techumbre piensen cosas magnánimas y seculares, urgentes en país magno que ha de durar siglos. Mas los que meditan en lo porvenir no tienen tiempo para darse a satisfacer todos los gozos y apetitos de lo presente; y como los hombres no aman de buen grado el martirio, ni son comúnmente seducidos por los placeres solemnes y sumos del propio sacrificio, y pensar en sí está más en uso que pensar en los demás, aconteció que los actuales parlamentarios, que sacan provecho del Parlamento y modo de vivir de presente, no quisieron dar eje al carro, ni casa grande a la República grande, ni cimiento a la República, ni manera de ser, libre y decorosa, al Parlamento de Francia. Por lo que Gambetta bajó sereno y contento del carro sin eje. Y volverá, cuando le permitan poner el eje al carro. Lo cual ha de ser antes de que el carro esté desvencijado. Suele pasar a los pueblos, lo que a las casas enemigas de médico, que llaman al fin al médico, pero demasiado tarde.—Gambetta anda por Suiza.

Y alrededor de sus arcas vacías, andan como sin alma los pobres labriegos lioneses, que iban en procesión a Lyon, como a París, a comprar billetes de Law; se iban en los tiempos de danzas y flores del Regente, o como las pobladas de antaño salían de cuajo de sus pueblos a que les curase de todo mal el adivino de la villa. Iban en procesión a comprar los papeles santos, que daban, como el pez y el pan de Nuestro Señor, muchos panes y muchos peces,—los papeles de que decía bien el señor cura, que ponderaba a sus feligreses las maravillas y fecundidad de aquella moneda prodigiosa, que se vendía en los mostradores de los bancos de La Unión General, banca grande donde habían puesto a crecer prelados y reyes sus ahorros, animados de júbilo secreto, cual si pudieran con riendas de oro poner freno a este hermoso corcel piafador en que cabalga, con sus alas de luz, el espíritu moderno. Ya se veían de nuevo los reyes destronados sentados en sus tronos; y aquellos obispos feudales, que decían misa armados de casco y coselete, limpiaban ya sus espuelas de pelear:—que el caballero Bontoux les había prometido que si ellos le daban sus

bolsas y su amparo, él subiría a tanto sus dineros que por ellos habrían de ser nuevos señores del orbe. Y aconteció que como ya no se batalla como entre el señor de a caballo y el pagador de los pechos, cuando este tenía que ampararse, armado de sayo de lana y garrote, de los golpes de lanza, espada y daga del señor que se le venía encima en su corcel, todo armado de hierro,—no fue esta vez de los magnates la victoria, sino de los pecheros, y La Unión General, toda dorada de oro de reyes, vino a tierra. Quebró con grande estrépito la banca milagrosa, y están ahora las buenas gentes de los campos, que por amor al medro y fe en sus padres de almas, pusieron sus dineros en la barca, con aquella experiencia, mas sin aquel gozo, de los mexicanos que vieron por primera vez caer al suelo humeante la cabeza ensangrentada del divino caballo español.

Los unos por avaricia, y por fe los otros, y los más por pereza, y no pocos por boga habían echado a andar, en esa barca de piloto ciego que llaman Bolsa, su buena fortuna. Mas es adagio que río que crece de súbito, crece con aguas turbias. Y el torrente estruendoso, deslumbra, se despeña, salta, devasta—mas no hace buenas las tierras comarcanas, como el agua serena del arroyo. El azar, como Saturno, devora a sus hijos. Los hijos de Ceres y de Jano, de la agricultura y de la paz, duran más que los hijos de Saturno. Así la Bolsa de París, que resuena de día como la fragua de Vulcano, y brilla como vivienda mitológica, ha hundido en ruina súbita a aquellos hombres locos, caballeros en el vértigo, que fían a la suerte caprichosa el cuidado y reproducción de sus haberes. No hay más que una vara, a cuyo golpe se abra en agua pura toda roca: es el trabajo. La riqueza que por otra vía nos venga trae oculto, en su seno cubierto de seda, un nido de sierpes.

Pero París, como la Mimí Pinsón de Alfred de Musset, trueca en diamantes para adornar sus dedos las lágrimas de sus ojos. Y más ocupado que de las arterías y mañas de Bontoux,—y del espanto y pobreza de sus nobles y de los campesinos de Lyon, empobrecidos a una,—y de la majestuosa caída del hombre más brillante y previsor de

la nueva República,—está ahora París en hojear, con su elegante mano nerviosa, las páginas pulcras de un libro de Goncourt, un libro pequeño, como otras muchas cosas admirables, y como aquellos pomillos de esencia que cuelgan en trenzas de oro del cinto recamado de las ardientes damas persas. El vino de Navarra pesa y el de Burdeos chispea, y el de París aturde, como pócima.

No hay extranjero que no se crea en París como en sus tierras de familia, donde todo le es grato y conocido, y es lo cierto que todos son en París, menos los parisienses, extranjeros. Ríe el hijo de París, como el de Atenas, de los bárbaros. Y se sienta en su gabinete de estudio, o en su silla de curioso reidor, a ver estrujar almas en aquel lagar de almas, como el que viaja por tierras extrajeras, se sienta en el lagar, a ver quebrarse, mondarse y trocarse en aceite las olivas. Hay Edmundo y hay Julio de Goncourt, y no se sacan ventajas en contar las maravillas de un mueble de Boule, de un techo de Lebrun, o de un crucifijo de Cellini, porque saben de arte ambos hermanos, como saben los pajarillos de sus nidos. Pero de Edmundo es el libro parisiense, el libro lóbrego y luminoso, el libro cándido y terrible, el libro sonriente y espantable, el libro terso, sonrosado, pulido y ameno. Edmundo de Goncourt, que ama la realidad, abomina la fealdad; y cuando pinta lo feo, le da la belleza que le falta con la manera de pintarlo. Así hizo en Calibán Shakespeare. Y por vencer a Calibán, así hizo en *Nuestra señora* Víctor Hugo. Eran todos amigos, Flaubert, los dos Daudet, el buen Durant, los dos Goncourt, Zola. De Durant, maestro muerto, era el método, y él tendía a los vivos sobre su mesa de escribir como el fisiólogo a sus liebres palpitantes sobre su mesa de mármol. De Flaubert, que vestía como moro, y cincelaba como godo, era la solidez maravillosa, la solidez radiante. De los Daudet, y más de Alfonso que de Ernesto, es la precisión, una precisión científica, que les da aire de médicos distinguidos, buenos médicos, amables, que alegran la alcoba del enfermo con sus trajes correctos, y el espíritu apocado con las galas de su plática amena. De Zola, es la desnudez que repugna, cuando es intencional y violenta, hecha, como

los cascabeles del polichinela, para atraer gente a la plaza; porque se impone y asombra cuando es espontánea. Y de los Goncourt, es la elegancia suma, el aire de salón, cargado de ámbar, el reflejo misterioso de la luz en la ancha colgadura voluptuosa, y ese vago susurro, como de pájaros que anidan, que se siente en los lugares en que los hombres aman. Goncourt, como Feuillet, escribe con guante blanco: mas no imagina, como Feuillet, criaturas tremendas o nubosas, vagas como la espuma en que las talla; no es, como Feuillet, exaltador y compasivo, no halla gozo ni utilidad en exagerar la bondad humana, porque si no le enseña al hombre la maldad no sabrá precaverse de ella, ni en exagerar la maldad de los hombres, porque no lleguen a morir de espanto, de verlo todo impuro. Y es Goncourt cual aquellos artistas refinados, a quienes disgusta como faena de aprendiz la tarea fácil. Sabe que en esta hermosa naturaleza, donde no hay dos seres contradictorios, y es cada ser como nido de gérmenes y suma de resúmenes de todo cuanto vive, se encrespa el alma, y ruge, y lidia, y duerme, y murmura como un mar pujante: y sabe que es el alma en París como un mar turbio. El cuerdo, que es domador de fieras, se sienta sobre las panteras y leones, y mira con esperanza a la tierra, y con ternura al cielo. El loco, que gusta de catar los manjares que no conoce, vagará en aquel mar como barquilla blanca despedazada por las olas.

La mujer de París nace a espantarse; pugna por ser joven, y se halla vieja; por ser pura, y se ve impura; por beber en la copa de la vida, que halla exhausta y manchada. Y sedienta, muerde al cabo la copa venenosa. En su alma, como en los paisajes de Díaz, se ve, por entre la selva negruzca el cielo azul; mas la ciudad, vasta como selva, envuelve en apretada maraña los caminos del cielo. Cada bocacalle es una fauce. Cada teatro, casa de tósigos. Cada hábito una mancha. El gozo es tan bello que parece justo. El deber es tan recio que parece azote. Tan maltratado el trabajo que mueve a rebeldía. Y en el sofá de cada hombre ocioso se sienta Mefistófeles. No es allí la vida para las mujeres que en aquella cuna nacen, árbol jugoso y lento, que tiene

semilla, y crece a tronco, a ramos, a pomas; sino vestidura implacable que impregna al cuerpo del recién nacido de los jugos, de la vida vieja. Se piensa con ajenos pensamientos; se goza con deleites artificiales; se muere por ajenos ideales; se ama con el amor ajeno. A esa criatura complicada, que muere a veces sin hallarse a sí misma, y sin haber tenido tiempo de buscarse; a ese ser mísero y hermoso en quien la depravación precede a la inocencia; a esa criatura que llama a todas las puertas de la tierra, fatigada de beber aguas salobres, en busca de aguas puras; a esa mujer encantadora y horrible, bella como una niña, hábil como un duende y frágil como un vaso; a esa mujer de París quiso pintar Goncourt en *Madame Gervaisais*, en *Renée Mauperin*, en *Manette Salomon*. Y este libro que los parisienses leen hoy ávidamente se llama *La Faustin*, que es una actriz, de alma de llama, que va con su espíritu,—triste de la tierra,—como la llama al cielo. Unos dicen que La Faustin, que prueba las copas de la vida, sin hallar una que ajuste a sus labios, es Sarah Bernhardt; pero dice Goncourt que esa mujer luminosa, vivaz, sedienta, arrebatada, triste, tiene más de aquella pálida Rachel, que preparaba con sus manecitas de hada cenas caseras para Alfred de Musset, que de ninguna otra actriz de Francia. Porque eso es La Faustin, la vida de un alma parisiense, y la vida de una gran actriz. A la vez pinta Goncourt los tormentos de un espíritu exquisito, puesto a vivir entre gentes que lo espantan, y las escenas bulliciosas y risueñas de esa existencia de teatro, donde todo es brillante y fugaz y ficticio como la lentejuela que ornamenta los trajes de los actores—y para, de tanto vestirles el cuerpo, en aposentarse en su alma. Hay en el libro ensayos de Fedra; y de amores hermosos, y de amores brutales. En cenas de actores platican poetas. En horas de victoria, vienen los hijos de sus obras; pintores, escultores, críticos, a poner flores, y murmurar avaricias, ante la actriz bella que triunfa. Junto a La Faustin, que llamea y se evapora, vive su hermana, rica en cosas de cuerpo, que engruesa, ríe y se arrastra. La doble vida, de espíritu que aspira, y carne que ceba, se vive en el libro. Hay páginas que son de historia. Hay

conversaciones, caídas en realidad de labios célebres. Hay escenas que parecen de Meissonier en lo exacto, de Manet en lo osado, y de Madrazo en lo vívido. Y hay, en suma, para el que lee, ese encanto indefinible y saludable que viene de contemplar una obra bella. Leer nutre. Ver hermosura, engrandece. Se lee o ve una obra notable, y se siente un noble gozo, como si se fuera el autor de ella.

¡Desconfían de la humanidad los cobardes y los míseros! ¡Los hombres serán hermanos, en tanto que los reúna la común contemplación de las obras hermosas!—Y *La Faustin* tiene de esa elegancia miniaturesca, de esa factura nítida, de ese engranaje de joyero, de esa solidez de esmalte, de esa belleza plástica que dan gozo.

José Martí

La Opinión Nacional, Caracas, 7 de marzo de 1882.
[Mf. en CEM]

CARTA DE NUEVA YORK EXPRESAMENTE ESCRITA PARA *LA OPINIÓN NACIONAL*

España.—Peregrinos y carlistas.—Los católicos de don Alfonso y los católicos de don Carlos.—El Pontífice, el nuncio y los ministros.—Nocedal.—Baile en Palacio.—Italia.—Los ancianos.—Milán.—César Cantú y los milaneses.—Los cambios en la historia.—Cantú dice cómo reforma su libro.—El mundo nuevo.—Garibaldi en peligro de morir.

Nueva York, 17 de febrero de 1882

Señor Director de *La Opinión Nacional*:

Ni es nunca en Madrid el invierno estación desocupada, ni lo está siendo, por cierto, el invierno de este año. No hay mente serena, ni diario sin ira, ni partido sin congoja. Ante los amigos de los tiempos nuevos, que ponen en peligro sus conquistas, con el ardor con que batallan en pro de los intereses de pecunia o fama que de ellas le han nacido,—forma en fila, más temible por más rencorosa, y por vencida, aunque no más ligada ni compacta, la servidumbre de los tiempos viejos. Ni de Cuba, donde se hunde una plaza de toros, que es cosa que no debe estar en pie, y sepulta a gran número de infelices; ni de los dramas nuevos, en que la Mendoza Tenorio, que es rica esencia en vaso endeble, luce sus artes trágicas o sus donaires cómicos; ni de historias de corte, porque es ley de las cortes que anden siempre abundantes en historias,—se han ocupado en estos días aquellos periódicos que se escriben, entre humo de cigarros y sobre mesa dura, al caer de la noche,—aquellos perezosos, que en lo mejor del día, resuelven las cosas públicas en sus pláticas, como resuelve drogas el mancebo en la farmacia,—aquellos graves desocupados, y personas de cuenta, que hablan maravillas y se rebozan en capa añeja en torno de las mesas apretadas del Café de la Iberia, o del más rico y famoso Café Suizo. No se ha hablado en Madrid en estos días

más que de peregrinos y carlistas.

¿Irán los peregrinos a Roma? ¿Es la peregrinación un homenaje al Papa, una petición al rey, o un ostentoso tributo de lealtad a Carlos VII? ¿El nuncio, el amable monseñor Bianchi, es persona sincera, que de veras quiere que sea la peregrinación cosa de católicos, y no de rebeldes, o es persona doble, que en voz alta niega a los carlistas el derecho de organizar el viaje de los peregrinos, y en voz baja les habla como a los caros hijos de la Iglesia, y urde con ellos el modo de peregrinar?

¿Pues Nocedal, aquel abogado sutil, aquel político vivaz, aquel Sagasta de letras, aquel polemista batallador, aquel diputado temido, que parecía muerto,—no está muerto? Y es tal el número de preguntas, de comentarios, de suspicacias, de insinuaciones, de ofensas, de alarmas, que se cruzan en los animados diarios madrileños, que pudieran a su sombra, como a la de los dardos del ejército de Jerjes, darse la próxima batalla.

¿Irán a Roma los peregrinos? ¿Les rogará el Pontífice que no salgan de España? ¿Obrarán de tal modo que el gobierno de España prohíba la peregrinación? Tales rencillas se han movido; en tales bandos se ha separado el elemento católico; en tales angustias han puesto los bandos rivales al Pontífice y a su nuncio, que por cobrar sueldo del rey, y por ser quien es, ha de presumirse que es fiel al rey, que ya se dice que León XIII y su nuncio desean que el Gobierno de España ponga coto a tanta avaricia de sacar bien para sí, de lo que sólo había de hacerse en bien del Papa.

Intentaron los católicos de Alfonso dar batalla en campo católico, que parecía aún en España todo almenado y formidable, al gobierno de los partidos liberales, más vencibles, en torneo monárquico, con estas armas que con otras: mas lo intentaron en provecho del partido alfonsino. No bien fue pública la idea, como los carlistas hacen arma principal de su lealtad religiosa, se hicieron del arma, como suya, los católicos de Carlos. Que están los carlistas hoy en ocasiones de victoria como el desierto en cuanto a aves, y no habían de dejar

pasar, sin pretender asirla, esta ave que les cruza por su desierto.—Mas si a los de don Carlos importa poco, a trueque de mostrarse vivos y fuertes, acompañarse de los de don Alfonso, los de don Alfonso no han de querer, porque les temen y odian y les interesa no darles ocasión de vida, ir acompañados de los de don Carlos.—Y antes cejarían en el empeño, que consentir en ir a Roma como tenientes de sus enemigos. Que los de España no van a Roma, sino por lo que se haya de decir de ellos en España.—Y no ha de haberse esgrimido un arma, para que nuestro contrario nos la arrebate, y nos la sepulte en el costado.—El nuncio del Pontífice, urgido por los ministros visibles del rey, que son los liberales, y los ministros invisibles, que son los conservadores, ni confesaba que veía sin enojo los activos trabajos carlistas, ni ponía mano en impedirlos. Se habló de retirada del nuncio de Madrid, y del embajador español del Vaticano. Buen número de obispos, que aman más a su Pontífice que al príncipe pretendiente, negaron en documento público a las juntas carlistas el derecho de encabezar, ni hacer carlista, la peregrinación. Las juntas que obedecen al hábil Nocedal, se reunieron para preguntar al Pontífice si desaprobaba sus trabajos, para no seguir en ellos, o los aprobaba, para continuar en su labor, aunque no pluguiese a los obispos. El cardenal Payá y Rico, que es arzobispo de Santiago, dijo que el Pontífice quería ver a los hijos de la Iglesia y no a los que hacían de la Iglesia antifaz y mampuesto, y medio de logro. El Embajador de España en el Vaticano repetía en incesantes telegramas que el Pontífice anhelaba que no tuviese carácter político el viaje de los españoles a Roma. Se decía en voz alta que, a seguir siendo como ya era, un motín sigiloso la peregrinación, haría el gobierno que no saliesen de España los buenos peregrinos. Dijo *El Liberal,* muy leído periódico, y escrito por hombres jóvenes, hechos a la lid política, y avisados, que el nuncio había recibido orden del Papa de ayudar a Nocedal, cabeza de los carlistas, en las labores de organización,—a lo que respondió el nuncio publicando un telegrama del cardenal Jacobini, Secretario de Estado de León XIII**,** en que declara que la

peregrinación a Roma ha de ser dirigida por los obispos, cabezas naturales de los católicos, y no por Nocedal, cabeza de los carlistas. Y de esto se sigue no ser cierto, como los malévolos susurran, que se da en sigilo a los católicos de don Carlos el amparo que en lo visible se les niega;—que como no irán navarros ni vascongados a Roma, puesto que no van los carlistas, la procesión de viajeros se hará al cabo, mas muy mermada, porque los de don Carlos tomarán a empeño entonces, mostrar que la España católica está con ellos, y privar de esta ocasión de alarde a los secuaces de don Alfonso.—Urge poner en claro estas urdimbres, para que los hombres sacudan al fin sus lanas y se libren de las tijeras de los cardadores.

Hubo en la Bolsa de Barcelona pánico, y en la de Madrid, aunque duró poco; y en el Palacio de los reyes hubo duelo y baile. Fue el duelo por una dama ilustre, que nació en Inglaterra, cuidó de la infanta Isabel, casó con el conde Calderón de la Barca, y deja buenos libros sobre España y México. Y el baile fue suntuoso, porque da aquel palacio aire regio a cuantos cobijan sus ricas techumbres, y se amparan de sus resplandecientes artesones. Hecho por un autor de poema parece aquel palacio. Escalera hay tan armoniosa y solemne, que parece estrofa. Y de ver a la infanta Isabel, que de duelo por su aya, recibía en su habitación la visita de pésame de los concurrentes a palacio, volvían las damas regocijadas a gustar en las ricas mesas de la cena sabrosos manjares en vajilla de plata; y vino rojo de Francia en las esbeltas copas.

Italia

Los ancianos, coronados de canas, como los montes coronados de nieve, resplandecen. Hay tanto gozo en venerar como en ser venerable. Es nauseabundo un anciano que ha vivido vilmente. Es glorioso, y da anhelos de gloria, un anciano que ha vivido bravamente. Esos son monumentos que andan, y que aun cuando caen en la tierra, y emparedados en su ataúd se hunden en ella,

quedan en pie. Así aman los lombardos a su anciano; a aquel que ha escrito tantos libros que pudieran ser pedestal para su estatua; al que huroneó en los mundos, y sacó de ellos para ponerlas a la luz, hazañas de guerreros, maldades de tiranos, cantos de bardos; a aquel trabajador, que ve la noche como una culpa cuando ha pasado el día como un regalo; al que, aún pequeñuelo, contaba ya con verba alada y fogosa las maravillas de la libertad, las cóleras de los pueblos, y las heroicas rebeldías y las magníficas batallas de las repúblicas de Italia, que batallaron con coraza de oro; a César Cantú, ya octogenario.

Dícese ahora que el alba, que es en Lombardía fiesta de pájaros, le ve en su mesa de labor, tajando con su ciclópea historia lo que halla errado y viejo, y poniendo a trueque todas las que los hombres nuevos, celosos de la tierra, han arrancado de sus senos. Dícese, que como lo tiene ofrecido, trabaja el historiador en traer a nivel de este tiempo de asombros aquel libro, que con haber parecido obra de investigador pasmoso ha medio siglo, parece ahora en uno y otro trecho, obra de estudiante adornado, o de poeta perezoso, que cree que lleva el mundo en sí, y dado al regalo de mirarse, no ve al mundo. Dícese que el patriarca, no cansado de andar, ni de maravillarse, toma de nuevo su sombrero de sol y su bordón, y como viajero que anda en busca de fuentes de río, mueve el paso hacia las selvas escondidas, donde es fama que surgen fuentes nuevas. Y hace el anciano de su pluma a la par cincel que amolda las edades, y les da aire de estatua, y piqueta que echa, abajo briosamente los pedestales flojos y cansados, sin que mueva al artista a compasión la estéril hermosura de su obra inútil. Parece el anciano lombardo, en esta faena de mente, como un hombre que lleva a cuestas un monte.

Dos meses hace, Milán estaba alegre, Milán afamada, con su Corso Francesco, esmaltado de tiendas, a cuyo umbral piafan los corceles uncidos a elegantísimos carruajes, llenos de aquellas damas escultóricas, hermosas como estatuas animadas. Bajo sus plazas, que son bosques, frente a su catedral sonriente, que es como hija suntuosa, en aquella familia de altos templos góticos, esquivos y

negruzcos, que más que obras de hombres, parecen tallados de mano divina en seno de montañas, de donde ha caído al soplo de artífice la capa de tierra, para que los humanos admirasen la obra sombría y desnuda de la divinidad maravillosa; junto a las paredes de aquel palacio que ostenta aún en uno de sus frescos al «pallido corso» del poeta Carducci, todo arreado de Júpiter, puesta la mano férrea en la cabeza del águila vencida; por aquella ciudad elocuentísima, hecha a maldecir tiranos y vencerlos, paseaban con desusada animación letrados y alumnos, y se reunían en grupos, y hablaban con aquel gesto vehemente y rostro luminoso de los discípulos de Sócrates, visible aún en jóvenes de Francia, cuando hablan como novicios en templo de Sol, del maestro Víctor Hugo. Y era que Cantú leía en la Sociedad Histórica de Milán, por él creada, las causas de los cambios que ya realiza en su obra, y hacía coro al *hosanna* de los tiempos y volvía de los bordes de la tumba, cuya frialdad le dio en el rostro, con su libro reformado bajo el brazo, como si la muerte le hubiese dicho, con sus labios severos, que no la merece quien no ha comprado con su labor infatigable y útil, el derecho de pasear por su palacio silencioso.

Los años santifican; los años embellecen; los años, como aliento poderoso, soplan sobre el espíritu, y le dejan limpio, y libre de esas pasioncillas gusanosas que nos lo envenenan y nos lo roen en lo mejor de nuestra vida. ¡Y es hermoso ver rodar, al soplo recio del tiempo, cuerpo abajo esos gusanos! Ama más el hombre viejo. Y se le ama más. Si erró se le perdona. El hombre tiene necesidad de venerar. Goza en olvidar lo impuro. Exagera, como si necesitase mucho de él, lo puro. Nadie, en aquellos días de conferencia del historiador, que fueron dos, y dos festejos, recordaba a aquel narrador acusado de haber torcido los hechos, de modo que callaban la verdad, por decir bien de la Iglesia; nadie recordaba al diputado, que en, obediencia, al mandato del Pontífice, negó su voz a su nación, y se apartó del Parlamento, porque no quería su Pontífice que los suyos fueran «ni electos ni electores». Veíase sólo al trabajador

maravilloso, que ha puesto en junto en forma bella todos los trabajos de los hombres; al narrador fluidísimo, que pone magia y brillo en cuanto narra; al investigador altivo, que prefiere errar en lo que ve por sí, que copiar sin yerro lo que han visto los otros; a aquel niño precoz que antes de bozo tuvo fama, y escribía en los bancos de la escuela la historia de las gloriosas ligas lombardas, que poblaron la tierra milanesa de guerreros, e hicieron cejar a los hombres rubios y voraces, que venían, sacudiendo como maza su cetro de emperadores, a abatir con su brazo del norte los pueblos de la luz, y sentarse como sobre canes, sobre ellos. Veíase sólo aquel bravo cautivo de los austríacos, abominador de los tiranos de su tierra, que de las pajas del jergón de su calabozo fabricaba plumas, y de la mecha carbonizada de su bujía, hacía tinta, escribía con ellas en la sombra *Margherita Pustela,* y dibujaba en su mente los contornos de aquel gran libro futuro, de aquella *Historia Universal* valiosa, que dio casa a los tiempos.

No es uso en Italia, como en Francia y en los Estados Unidos, leer en público, ya porque es pueblo cercano al mar, y hecho de espuma, ya porque la palabra meridional se desborda del vaso que la encierra, y gusta, más de aletear libre como águila, que de andar entre rieles, como vagón de ferrocarril. Pero el amor al anciano, el afán de oír su voz, en tantos años no oída, el anhelo de saber de aquel maestro en el arte de contar, las reformas que entiende que han de hacerse en el arte; el placer de mostrarse noble, amando a quien merece ser amado; y esa ansia con que se apegan los hombres a todo lo que se va, como ganosos de borrar con un amor cuasi póstumo el remordimiento de haber mirado con tibieza al que está en riesgo de irse, llevaron a todo Milán a las lecturas de César Cantú, el contador mágico, el descriptor pintoresco, el pensador rebelde, que de una parte mira a la Biblia como libro capaz de errar, y no como libro revelado, y por otra acusa a su época de ciega y pretenciosa.

Aquellas dos lecturas fueron una confesión, un anuncio, una batalla; confesión generosa y espontánea de los crecimientos

maravillosos de los hombres de estos cincuenta años; anuncio de la tarea que es fuerza emprender para poner la historia de ha cincuenta años a par de lo que se sabe en estos años nuestros, y batalla contra esa fe en la omnisciencia humana que oscurece y mengua, y saca de Dios el espíritu de los hombres. Y fueron además las dos lecturas una procesión de pueblos.

Para César Cantú, la mente tiene límites. Cierto es que ha de pretenderse trasponerlos, porque los astros andan, y deben andar los hombres,—mas es cierto también, como Cantú piensa, que reconocerlos es más honrado y más científico, y más saludable, que negarlos. La historia universal no ha de construirse con arreglo a las creencias parciales y sectarias del que la escriba—sino como un reflejo leal de lo que el Universo dé de sí. «La tradición—dice Cantú—ha de ser su base: la tradición sujeta a buena crítica». En lo que yerra, porque ya la razón va demostrando lo que puede ser, y no se ha de enseñar que fue lo que no pudo ser. «La historia universal—decía el lector, a quien oían absortos y ansiosos los fieles milaneses—pregunta a la paleontología cuántas edades han pasado desde que las aguas depositaron treinta grupos de estratos fosilíferos sobre las primitivas rocas ígneas ¿cuántas centurias se han necesitado para formar los estratos coralinos en que reposan las Islas Británicas? cuántas para la formación de las rocas madrepóricas que sustentan las islas del Pacífico? Pues, ¿quién puede responder a estas preguntas, si el hombre, único ser que aquí abajo tiene la noción del tiempo, no existía entonces?» Como iba examinando las ciencias, que contribuyen con sus revelaciones a la historia, para ver qué debe la historia tomar de ellas, echaba en cara a los biólogos la inconsistencia de sus asertos, puesto que si es verdad, como los biólogos dicen, que toda la vida surgió de una célula primitiva, diciendo con esto que el mundo no fue producido por creación, sino por continuado desenvolvimiento, viene siempre a pararse en que alguien empolló la célula, y le dio vida, y la dotó de facultad de sentir y dar conciencia. En cuanto a cosas; ¡cómo ha cambiado el mundo! La tierra va

quedando como hornalla de que se sacude la ceniza, llena de carbones encendidos. Pero en cuanto a hombres, no quiere el anciano lombardo creer que corren parejos el adelanto moral y el material, ni quiere creer que acusen adelanto esa fe nueva en el abolengo del hombre, que le hace nacer de simios, ni la creencia en que el conocimiento de sí ha venido desenvolviéndose de seres que no tienen conocimiento, ni que el mundo de fenómenos psíquicos, el soberano mundo espiritual, haya nacido como un vástago del orden físico, del bajo mundo corpóreo.

Mas ya no hay valla para los modos de saber. La ciencia histórica ha crecido y cambiado, a la par de todas las ciencias. Se han descubierto pueblos ignorados. Se han sacado a la vida naciones sepultadas. El Egipto de Jorge Ebers, no es el Egipto de los sabios de Napoleón. Ni el rey Osimandias, en cuya existencia real se creyó antes es más que un mito; como el rey Mery. Y los hicsos, aquellos pastores, no fueron déspotas rudos, sino reyes sabios, que alzaron ciudades y llenaron los desiertos de monumentos. Y los muy celebrados catálogos de librerías son inventarios de muebles sagrados, y no nombres de libros. Babilonia surge de entre las sombras, con su séquito de astrónomos caldeos, que descubrieron el zodíaco, y su torre que acabó Nabucodonosor, y que comenzó, cuarenta generaciones antes, el primer rey babilonio. No es igual, mal que pese a los tenaces, la cronología histórica de los asirios a la cronología bíblica. Se sabe más de los fenicios, caballeros de la mar, y de los árabes, caballeros del desierto. Ponen pasmo a los hombres los templos borrados de la India, que parecen montes, trabajados con obra de encaje. Ciñen los brazos de damas alemanas los brazaletes de las heroínas de Homero. De Italia, tan anhelosa de saber, no se sabe aún la cuna:—y a Milán mismo no se le recuerda de más lejos que de cuando era capital de los ásperos insubros. Ni ya empieza la historia de galos y germanos en los tiempos en que Vercingétorix peleó sin fortuna, y Tácito escribió con encendido estilo, sino en los fondos de las selvas, donde los ancianos barbudos daban leyes, de

pie sobre los dólmenes. La Edad Media, como seno de madre, dio de sus sombras creadoras a nuestra Edad, que no la rechaza ya como hija impía, sino que anhela conocerla, porque nació de ella.—¡Y en esta Edad Moderna, parece que los hombres tienen ya escogido el punto en que han de apoyar sus escalas en el cielo!

«¡Adelante, siempre adelante!» Así decía medio siglo ha César Cantú famoso, y los milaneses acaban de oírle decir, con la juventud perpetua del genio.—«¡Adelante, siempre adelante!»—No arrancará ya su historia de aquellas fuentes cercanas, y aquellos nimbos confusos, de que la arrancó hace cincuenta años, sino de las fuentes nuevas, y de las sendas recién abiertas en las entrañas de lóbregos bosques. Tomará de las ciencias nuevas lo absolutamente cierto, y dejará a un lado lo hipotético, lo presuntuoso, lo probable. Inclinará su cabeza nevada sobre pergaminos y sobre archivos, y buscará las causas de los sucesos, no en las razones visibles, que son casi siempre falsas razones, sino en aquellas íntimas, que están en cartas y bibliotecas, y andan ignoradas. Errará probablemente el anciano maravilloso. Historiar es juzgar, y es fuerza para historiar estar por encima de los hombres, y no soldadear de un lado de la batalla. El que puede ser reo, no ha de ser juez. El que es falible, no ha de dar fallo. El que milita ardientemente en un bando político, o en un bando filosófico, escribirá su libro de historia con la tinta del bando. Mas la verdad, como el sol, ilumina la tierra a través de las nubes. Y con las mismas manos que escribe el error, va escribiendo, la verdad. La pluma, arrebatada por un poder que no conoce, va rompiendo las nubes que alza. Y a despecho de sí mismo y de sus pasiones, la verdad quedará dicha, porque reposa en el fondo de los actos humanos como la felicidad en el fondo de la muerte; y el escritor glorioso, buen hijo de la brava Lombardía, habrá hecho un servicio a los hombres.

Y en tanto que el cardenal Jacobini, Secretario de Estado del Pontífice, recibe en su casa con halagos al barón Von Schloezer, que viene de Alemania a ajustar la paz del Imperio y de la Iglesia, y que,

con voto copioso, acuerda el Parlamento de Italia, menos sujeto a compromisos de distritos que el de Francia, que las elecciones de diputados sean por departamento, y no por distrito,—van tristes por sus calles los napolitanos, temiendo que el héroe que paseó victorioso la Lombardía a la cabeza de sus francos, y puso la bandera de tres colores en los palacios de Roma, muera al fin cuando tal hombre no debía morir,—en el seno de aquella ciudad que alzó con su bravura de los pies de sus imbéciles monarcas, en el seno de Nápoles. Acostado en camilla, pasó oyendo sollozos Garibaldi por aquellas calles en que aún resuenan los vítores con que, al paso de su caballo de triunfo, le saludó la ciudad alborozada. Unos son padres de hijos; y otros, como Garibaldi, cuya muerte se aguarda, padres de pueblos.

JOSÉ MARTÍ

La Opinión Nacional. Caracas, 8 de marzo de 1882.
[Mf. en CEM]

CARTA DE NUEVA YORK EXPRESAMENTE ESCRITA PARA *LA OPINIÓN NACIONAL*

España.—El ejército parlamentario.—Varios cuerpos de ejército.—Ideas e intereses.—Las contribuciones y los contribuyentes.—Un nuevo académico.—Cuba.—Alianza Ibérica.—Amistad de Francia y España.—Castelar y los eslavos.—Mabille desaparece.—La Pomaré y la Rigolboche.—Cuadros y estatuas.—Millet.—Henri Regnault y *Automedonte*.—Caballos famosos.—Cosas europeas.—Gambetta crece.

Nueva York, 4 de marzo de 1882

Señor Director de *La Opinión Nacional:*

Ya están al abrirse las Cortes de España. Habrá batalla entre los cortesanos de buen grado, que por altanería de su carácter o hábito y tradiciones aman de veras la corte,—y los cortesanos de mal grado, que, traídos por el propio interés a las gradas del trono, sienten en ellas la tristeza de la libertad perdida, de cuyos campos nuevos vienen, y a donde aún les lleva lo que tienen de hijos libres y fieros de las montañas del norte, e hijos impacientes y belicosos de los caballeros del desierto que alzaron un día sus palacios de encaje a la sombra de las montañas rosadas de la Andalucía.—Habrá batalla entre canovistas y sagastinos. Y como Sagasta fundió, al excesivo calor del común odio, de metales de varias naturalezas su espada de batallar, enfriado ya un tanto el odio primero, puesto que los odiadores ocuparon el puesto apetecido, la espada amenaza caer, suelta la liga, rota en pedazos, a menos que no la funda de nuevo Sagasta con presteza, y mezcle en ella, si el rey tiene a bien dejárselas mezclar, materias afines: lo cual quiere decir que habrá batalla entre los diversos elementos del partido sagastino, en cuyo seno lidia Martínez Campos por la preeminencia del rey, con la que va

la suya propia,—y el astuto general Serrano, y Balaguer, el poeta catalán, y Romero Ortiz, el orador culto, y López Domínguez, general de la libertad, mantienen la necesidad de que el gremio de los conversos a la monarquía obre sin tutor y sin vigía, y sean los amigos excesivos del monarca reemplazados en el Gabinete por aquellos que el monarca tiene con justicia como amigos excesivos de la Revolución.

Es el duelo mortal, que no se esquiva. Estas de ahora, son escaramuzas. La libertad no puede vencer con un rey que desconfía de ella. El rey no puede entregarse a la libertad que lo desama, volcó el trono de su madre, y sólo se ampara de su trono para adquirir a su sombra fuerzas con qué volcarlo. ¿Se creará, de la próxima ruptura que se aguarda con la reunión del Parlamento, un partido intermedio y vago, encabezado por Martínez Campos, a quien llaman los norteamericanos «hacedor de reyes», cuyo partido será sólo puentecillo frágil, que traiga de nuevo sin transición brusca al poder, al hosco Cánovas, con lo que, se encenderán a toda prisa las hogueras revolucionarias en el campo de Sagasta,—o se entregará de lleno el rey, contra lo que anuncian sus precedentes y sus intereses le aconsejan, a la banda democrática, con lo que se engrosarían un tanto las filas carlistas, mantenidas en la esperanza de hallar un rey a lo don Pedro, y entrarán al gobierno con Sagasta los secuaces de Moret, que no vacila en servir graciosamente a don Alfonso de Borbón, aunque en las puertas de su ministerio, cuando era ministro revolucionario, estuvo escrito por largo tiempo con grandes letras negras aquel letrero que decía: «Cayó por siempre la raza espuria de los Borbones?».—Ambas cosas pueden acontecer, aunque como están en riña los intereses de la libertad y los del rey, y el rey ha de decidir en esta contienda de reñidos intereses, bien puede ser que la decida en su provecho, a menos que no vea beneficio indirecto en decidirla aparentemente contra él,—y que entren a suceder a Sagasta, si este no retiene con sus voces melifluas a su lado a Martínez Campos, si Martínez Campos aún no se siente fuerte para andar solo,—el que

llaman los norteamericanos «hacedor de reyes» y su mermado séquito. Martínez Campos no es cabeza, sino brazo; y en cuanto a nudos políticos sabe más de tajarlos que de atarlos. Con las dificultades han de venir los deslindes, y volverán a hallarse al cabo, de un lado todos los defensores del rey, o los que con defenderlo se defienden, y del otro los que por impaciencia de carácter, instinto de raza, convicción honda y honesta, tradición o provecho, aman la Libertad.

Y ahora se anuncia un campo nuevo de combate. Como el Ministro de Hacienda, que es Camacho, no pudo reducir la deuda de España de un millar ochocientos mil pesos a setecientos millones, sin ofrecer a los tenedores de bonos de la deuda, en recompensa del capital nominal que pedían, un aumento considerable en el interés efectivo de sus bonos, gravó con súbitas creces a los contribuyentes interiores, que organizan sindicatos de comerciantes y resisten desde los altaneros municipios, y se niegan a pagar los derechos de consumo, que en España, como en todas partes, vienen siendo odiosos, y los derechos de traficar, que ya no pagaban en la suma cuantiosa que ahora les exigen. El sindicato de comerciantes de Valencia, hace gala de resistir al gobierno en una circular que envía a la prensa, y el gobernador de Valencia, disuelve el sindicato. Y el Ministro Camacho alienta, para que imiten al valenciano, a los demás gobernadores. En cosas de dinero, no es prudente obligar a ser generosos a los que no aprovechan directamente de su generosidad; y como a los mercaderes y pequeños consumidores, que no poseen bonos de la deuda, no importa el monto de una deuda que no ha de pagarse, ven de mal grado que se les echen cargas nuevas para realizar un beneficio nominal y beneficiar a bonos que ellos no poseen. Y los capitalistas de España se llaman también a engaño, por haberse engañado ellos mismos, porque, apenas presintieron el alza de la deuda, acapararon bonos de ella, que tenían como riqueza segura, por el mayor interés que acarreaban, y el alza súbita que con él, y el aminoramiento de la deuda nacional, tendrían los bonos: y

ahora acontece que han de aguardar a julio de 1883, que es para cuando juzga el previsor Camacho que los nuevos ingresos del gobierno estarán ya al corriente, y que el aumento de renta de la nación que con ellos ha calculado, será ya fijo, y le capacitará para el pago del interés nuevo de los bonos: con lo que los capitalistas, que ven llenos de sombras este año y el que viene, y más vecinos del umbral del Palacio que de la sala del Trono a los amigos de Sagasta, se atemorizan y aíran, y dicen cosas duras del Ministro, que no ceja, y se prepara ya al debate recio que le aguarda en las próximas Cortes.

Y en la grave Academia ¿qué acontece? ¿Qué académico nuevo irá a sentarse junto a Alarcón, que debió su silla a la reforma de su fe política, más que a la de su estilo; junto a Guerra, cuya *Vida de Alarcón* el mexicano, sabrosamente escrita, se gusta como manjar delicadísimo; junto a Tamayo, que ha ganado con su pasmoso *Drama Nuevo* perdurable fama; junto a Valera, que faceta el estilo, como al diamante el abrillantador? ¿Será acaso un caballero de los tiempos nuevos el que entre ahora a la casa sagrada de la lengua? ¿Echegaray tal vez, que ha llenado la escena de España de personajes gigantescos, en los que, aunque parezca extraño a algunos, se empequeñece la grandeza de la concepción por lo confuso e imperfecto de la forma, lo cual acontece a toda cosa grande del reino de las letras, que anda cayendo y luciendo, y rebosando y jadeando, antes de hallar definitivo molde? ¿Martos acaso será el nuevo académico, cuyos discursos suenan a golpear de martillo de plata en bien templado yunque? ¿O Pi y Margall severo, que da a la lengua la solidez y la pureza del granito, y a la literatura de su patria obras nuevas, honradas y jugosas? ¿Será Moreno Rodríguez, majestuoso orador de la república, que pronunció años ha un excelente discurso demosténico? ¿O Salmerón, que ingiere en el habla castellana el sesgo rudo, el vuelo intrincado, las voces superiores y pospuestas, y el vigor meduloso del habla alemana, que llevó a España ese maestro de los Giner y los Azcárate, que le siguen y le honran, el magno hombre don Julián Sanz del Río?

Pues no es, a lo que se dice, ninguno de ellos, sino el bravo mancebo católico, que, con méritos propios, aunque muy por bajo de todos esos méritos, en lo que hace a letras,—corre tras la fama de Aparisi y Donoso, que han dado en estos tiempos voz de profeta y voz de apóstol a la Iglesia de Cristo. Por defensor de ella lo eligen, más que por mantenedor de la buena lengua, sin que el lidiador ultramontano lleve a la casa académica más libros que ese brío con que pone en alto, y pasea en las cortes solemnes, el estandarte de don Carlos,—y esas agrias, valientes y pomposas polémicas suyas en que brillan más la lealtad del carácter, la energía del hidalgo, y el lujo de la imaginación, que esas dotes de buscar causa y hallarla, y juguetear y escarcear con su lengua y expurgarla de lo impuro y enriquecerla con novedades legítimas, que han de brillar marcadamente en un letrado académico.

De Cuba, el nombre humilde que va al pie de estas letras, quita al que las escribe el derecho de dar juicio, aunque ve atizadas las hogueras que en Cuba no fueron nunca apagadas; y mira tristemente cómo es inhábil, y será siempre inhábil, el gobierno de España para poner remedio a los males de la Isla, porque poner remedio a la Isla es quitárselo a España; y ve con dolor, y con miedo por los que ama, cómo van los gobernantes de la Antilla a merced de la banda española antillana, que compele a la banda liberal a una batalla tremenda y decisiva, para lo que no ha tenido la previsión ni la energía de prepararse. Ah!, cosas de la patria, que rebosan, y quitan freno, y ponen alas, a la pluma loca!

Del tratado de comercio de España y Francia hablaremos, por el cual entrarán desde ahora en España más baratos los vinos franceses, y las lindas cosas de Francia, que recibe también desde hoy a menos precio los artefactos españoles, y esos gruesos vinos primitivos de un vaso de los cuales hacen holgadamente los franceses una botella de sus vinos buenos. Y es notable en el tratado que España consiente en que los buques de Francia entren y salgan, como buques de su propia matrícula, en los puertos de la Península y de sus

colonias, de lo cual han de alegrarse los bebedores de la Antilla, a los que envían, como a siervos obligados a pagar a buen precio los productos del dueño, muy mal vino los mercaderes catalanes, por lo que fue de moda y de necesidad en las Antillas comprar caras las botellas de Francia.

Y hablan de alianza, que es cosa trascendente, Portugal y España, la cual alianza propone a los portugueses el señor Barbosa, y rechazan, con su vigor de provincianos que aman y aborrecen a la par a la vieja metrópoli, aquellos briosos pensadores lusitanos a quienes sienta mal la primacía de España, que fue dueña de su tierra, y la unión de los monarcas, que tiene que venir en daño de los pueblos. Esta de la Unión Ibérica es trama antigua y generosa, mas no está aún en sazón, porque Portugal la mira con miedo, como si por ella fuese a reentrar en servidumbre de España, y no se haría hoy en virtud de arranque simultáneo y amigo de dos tierras vecinas, sino para favorecer planes monárquicos que ayudarían a don Luis a traducir en paz a Shakespeare, sin miedo a sus rebeldes, y pondrían a España en camino de recobrar a Gibraltar, y de extenderse por el Mediterráneo, a la vez que ayudarían a mantener en el trono, desde el cual atiende a sus pobladas caballerizas, al joven don Alfonso.

Dijo en París tales cosas, en una entrevista con estudiantes servios, el afortunado general de Rusia, el bravo Skobelev, que ha puesto en ocupación las buenas lenguas y las buenas plumas europeas, temerosas de que sea cierto, cual quiere el general, más ganoso tal vez de ganar gloria y extinguir nihilistas que de vengar razas,—que invada el centro y oeste de Europa la ola asiática, y sean todas las comarcas de Europa comarcas eslavas. Castelar publicó, a seguida del discurso de Skobelev, su artículo de alarma, en que convida a latinos y a germanos a unirse estrechamente, de modo de hacer valla a las ambiciones rusas.—Mas anda poco quien anda lleno de cánceres. Y Rusia está llena de cánceres. Señaló el término del siglo anterior la revolución gigantesca del Este. Señalará el fin del siglo en que vivimos la revolución tremenda del Oeste. Tentativas de invadir, y

no invasores reales, para sofocar males internos hará Rusia. Pero le morderán los pies y le roerán las manos los males internos.—Este no es el siglo de lucha de las razas,—sino el siglo de afirmación de los derechos.

Francia

París ha estado estos días, no de airadas revueltas políticas, sino de exhibiciones, y los Mirlitones en un lado mostraban orgullosos el retrato de un médico hecho por el pincel sombrío y acerado de Bonnat, que pintó a Víctor Hugo creando y a Thiers meditando, y la Cremería, que es sociedad de artistas que rivaliza con los Mirlitones, lucía un cuadro severo y nebuloso, en que el pintor Lerolle puso en el lienzo las sombras de la tarde, con aquella vaguedad mística y verdad leal con que pintó Millet sus cuadros,—Millet, que ha poco muere de hambre, por haber dicho la verdad en el arte, como si fuese la verdad puñal que se vuelve contra el seno en que se alberga.

Tiene la tierra sus lobos y sus ovejas, y es fuerza, para gozar holgadamente de la vida, u ofrecer las carnes mansas al diente del lobo, y el vellón a su sueño,—o ser lobo. Aquel que quiera libertar a las ovejas de la servidumbre, morirá comido de los lobos y abandonado de las ovejas.—Y los Mirlitones, como sus rivales, han estado este año pobres de obras, porque los certámenes dan en camarillas, que los famosos no han menester, y que rechazan a los que pueden llegar a ser famosos, por lo que luego que sirven a los que lo provocan, languidecen y acaban. Mas eran de ver un lienzo bueno de Bastien Lepage, que es artista genioso; a quien mueven anhelos de crear, y ve espíritus, y los pone en el lienzo; y una escultura de Gustave Doré, esbelta, graciosa, osada, como todo lo que trabaja su cincel, o agrupa su lápiz maravilloso, que hace nacer en las láminas la yerba, y graba nubes.

Fue en otro tiempo casa de pintores noveles, de jóvenes bellacos, y de desocupados extranjeros, un jardín en cuya atmósfera espesa se

ahogaban las rosas.—Y ahora acaba Mabille, porque no le ha ido bien en tiempos de la república.—Aquellas mozas que cantó Nadaud, aquellas reinas lívidas que historió Monselet, aquella Pomaré desenfrenada, aquella *Rigolboche* descocadísima, que ponía el pie, en su frenética danza, en el ala de los sombreros de los concurrentes al jardín, y en el decoro de los hombres, aquella *Frissette* frágil y reidora, aquella Rosa Pompón fornida y tentadora,—fueron un día como lucecillas de colores, alimentadas de óleo venenoso, que dieron brillo y alegría al jardín que vino a ser un ruin albergue y hogar desmantelado de los plebeyos del vicio. ¡Cómo consuela, cuando se anda por París, y se llevan los ojos llenos de las contorsiones frenéticas de mozos indecorosos, que truecan en muñecuelo de sonajas, esta criatura solemne y radiante que puso la naturaleza en el cuerpo de los hombres—ver a esos mancebos aplicados, que llenan bibliotecas, laboratorios y academias, cuyo cráneo va quedando ya escaso de cabellos, absortos en la pesquisa de la verdad o la hermosura!

En Italia, en donde estuvo pocos días ha Gambetta, vivió un joven francés, morada de tal espíritu, que quemó a poco el pálido cuerpo que detenía su vuelo fiero; y de él, del ardiente y generoso Regnault, amigo del catalán Fortuny, pintor de Judit y de Salomé, y pintor de Prim; de Enrique Regnault es el hermosísimo *Automedonte,* que acaba de vender en esta tierra en cinco millares de pesos. Del pasto viene el hijo de Diores, que con una mano en alto embrida el caballo maravilloso que husmea, en la tempestad que se acerca, la muerte del glorioso Aquiles, y con la otra mano inclina a tierra otro de aquellos magnánimos y espléndidos corceles que presintieron y anunciaron el fin funesto de su dueño heroico. ¡Qué crinaje! ¡parece ola de mar! ¡Qué erguirse el de uno de los brutos, como para rasgar con sus manos elegantes el seno del viento tempestuoso, que trae muerte! Se oyen ruidos, y se ven espumas, y se escuchan de lejos los carros de la batalla en aquel lienzo. Eran caballos para que cabalgasen dioses—no como aquellos blancos caballos pacíficos que

vio pastar Eneas al poner pie en tierra de Italia, y le parecieran a nuncios de guerra, sino como aquellos que, uncidos a un carro, lanzó Mitrídates al seno de los mares mugidores, para templar con tamaño sacrificio la furia de las aguas encrespadas.

De novelas y cuadros, y de las cosas de Egipto, que quiere entrar a ser dueño de sí, y de Servia, a quien enardece igual anhelo, y de Rusia, que intenta ofuscar con sueños de conquista la mente inquieta de sus campesinos, se ha hablado más estos días que del arte suma, no loable, con que Rochefort agrupa cargos viles sobre aquellos cuyo éxito envidia, o cuya serenidad odia,—de las elecciones nuevas,—del viaje de Gambetta por Italia, de las escaramuzas que se anuncian en la Cámara de Diputados. En Egipto, no quiere el nuevo gobierno de Francia costosas aventuras, o, temeroso de que le crean aventurero, busca para entrar en ellas el acuerdo de un consejo de naciones, en lo que Inglaterra, que no anhela guerras nuevas, le acompaña. Hácense elecciones para el Senado y para la Cámara, porque allí faltan dos, y en la Cámara catorce representantes, y a pesar del poderío que los señores del feudo, o sus amigos, mantienen aún en las comarcas rurales, y a pesar de las aficiones monárquicas del señorío, de estos dieciséis electos hubo uno solo, el caballero Haentjens, bonapartista, que no fuese republicano. Y en París, donde hierve siempre la revuelta loca y generosa, y se es tirano en el modo de hacer frente a los tiranos,—lo cual es justificarlos en vez de hacerles frente,—fue electo Cadet, amigo de Gambetta, por mayoría abundante. De las cuatro comarcas que le eligieron senador, Freycinet escoge la del Sena, que honra señaladamente a quien elige, y en tanto que boga bien, como llevado por vientos amigos, el gobierno nuevo, nótase con asombro, lo que no causa extrañeza a los que lo previeron, que nunca fue más cierto el poderío honrado de Gambetta, y que con caer voluntariamente, por no transigir ruinmente, no hizo más que costear un recodo difícil de la política azarosa, y dar en excelente fuerza. Se alzó imprevista tempestad, que le sacó del sueño en que acumula bríos para grandísima batalla, y le lanzó al timón de

la barca; pero los dioses de los vientos, no hechos a la viva luz de los mares a que les llevaba el piloto nuevo, le quitaron las riendas de la nave. Con lo que el piloto ganó fama y fue puesto en puerto, y entrevió la nación el mar de luz.

JOSÉ MARTÍ

La Opinión Nacional. Caracas, 23 de marzo de 1882.
[Mf. en CEM]

CARTA DE NUEVA YORK EXPRESAMENTE ESCRITA PARA *LA OPINIÓN NACIONAL*

Italia.—Garibaldi.—El Külturkampf.—Rey, Pontífice y pueblo.—Guerra por Roma.—¿Adónde va el Papa?—Liberales y pontificales.—Graves anuncios.

Han venido de Italia escasas nuevas. Nápoles goza, oyendo decir que para Pascuas estará ya Garibaldi de tal manera restablecido que irá a Palermo, a celebrar con los turbulentos sicilianos el aniversario de sus tremendas Vísperas, y andan por toda Italia inquietos los ánimos, y el Vaticano esperanzado, y el Quirinal sombrío, y los republicanos impacientes, porque se susurran cosas graves, y vuelve a ser puesto en duda el dominio de Roma. Renace íntegro aquel antiguo problema del poder temporal de los Pontífices.

Corre Italia el riesgo de venir a ser tierra distribuida y retaceada como Turquía y Grecia, por dar paz y contento a los pueblos magnos que son hoy señores de la tierra. Se lisonjean con esperanzas vanas los que creen que los emperadores y sus caballeros dejarán sentarse en paz a los hombres en su silla de hombres libres. Los jefes de los hombres trafican con ellos, como un dueño de hacienda de crianza trafica con sus rebaños. Hay seres excelsos que viven, como el Beato Angélico delante de sus cuadros, arrodillados ante ideas puras y excelsas, que tornan a sus ojos de inspirados cuerpo real y aspecto humano.

Pero el caballo de Atila y la espada de Breno andan aún en la labor de segar y arrollar ideas excelsas. El Pontífice ha menester del apoyo de Alemania para que compela a Humberto a devolverle a Roma, que apetece. El Canciller demanda en cambio el apoyo a sus medidas de gobierno de los partidarios germanos del Pontífice. Ni Alemania ama al Pontífice, cuyo poder intentó echar en tierra con aquella larga y tenaz lucha por la cultura, que ya corre en la política del tiempo con

el nombre histórico de Külturkampf. Ni los católicos de Alemania aman al Canciller, cuyo gobierno y medidas abominan, aunque les presten ahora apoyo, y palabra y voto, en cambio del empuje que el Canciller ofrece a los anhelos de la Corte Pontificia.

Faz a faz, y con armas mortales, combaten los amigos de la Italia nueva y los defensores del poder temporal del Papa. Dicen aquellos que el gobierno de Italia garantiza sobradamente la independencia personal que el Papa necesita para el ejercicio de su poder sobre los espíritus, y que si el pueblo se la amenaza, es porque el pueblo sabe que el Pontificado aspira a un dominio temporal que Italia ha sacudido, y ya no ama, es porque el pueblo cree que en el Vaticano se forja a la callada y en la sombra la espada que ha de segar el cuello de la nueva Italia, de esa Italia hermosa, cuyos hijos femíneos anhelan mostrar a la tierra que son aún aquellos que acompañaron a César a través de los Alpes y las Galias, y arrancaron en recia batalla el manto de pieles a las espaldas velludas de los ásperos bretones.

Y a eso dicen los amigos del Pontífice que no tiene poder para salvar de injuria al Papa el gobierno del Rey italiano, que no pudo salvar de ella los restos de Pío IX: que ya no respeta la autoridad pontificia el pueblo de Roma, y el pueblo está cercano siempre de intentar esclavizar la autoridad que no respeta: que en caso de guerra de Italia y un pueblo extranjero no podría el Papa, que de fijo tendría relaciones en ese pueblo, porque las tiene en todas partes, comunicar con sus fieles, porque sería esto visto como traición a Italia: que el Pontífice debe gozar de libertad bastante para que, como quien usa de derecho propio, pueda entenderse por sí y sin intermediario con los católicos todos de la tierra.

Los amigos de la nueva Italia quieren a Roma para Italia, y brindan en altas voces con sus más hirvientes vinos porque la que fue ciudad de los emperadores, sea la casa perpetua de las ideas democráticas, emperatrices nuevas. Y los amigos del poder temporal quieren que vuelva a ser la gran ciudad, privada hacienda del Pontífice, y que las tierras que la rodean sean tierras neutrales, en neutralidad

mantenidas por la vigilancia de los poderes de Europa; y que el rey Humberto pliegue mansa y humildemente la triunfante bandera, cuya asta luciente quebró en pedazos la cerradura de los calabozos pontificios.

Ya se susurra, con visos de verdad, que están en tratos el Quirinal y el Vaticano, que pueden ir hasta que el Pontífice y el Rey acuerden llamar a Consejo a las naciones todas de Europa, y someter a ellas la decisión del problema romano. Ya se niega con ira por los amigos del Rey noticia que así pone en tela de juicio la hazaña difícil y la obra singular del pueblo de Italia, y de su propio padre. Ya dicen al rey los pontificales que no puede ser guardián ajeno el que no puede serlo de sí propio, ni mantener en respeto del rey de la Iglesia al pueblo romano, el que no sabe mantenerlo en respeto del rey de la nación. Y ora se señala a Salzburgo, como lugar de refugio que el Pontífice elige, no sea que pongan en él las manos locas los coléricos romanos, enardecidos por la lucha violenta que comienza; ora se renueva el rumor de que no irá León XIII a Salzburgo, como se cuenta,—ni a los Estados Unidos, donde él anhela ir, por dar vuelo a la fe, y atraer ovejas con su mansedumbre, y con su pompa al rebaño católico,—sino a Malta, en que le dará alojamiento de buen grado la cortesía inglesa.

«¡Guarda!—dicen los italianos—que no volverá a Roma, sino a sentarse sobre nuestros cuerpos exánimes, el Pontífice que salga de Roma».—«¡Guarda!—dicen serenos los amigos del papado—que hubo pontífices que abandonaron disfrazados la ciudad, y otros que no la ocuparon nunca, ¡y he ahí la Santa Sede en Roma!»

Y Humberto, en tanto, ganoso por una parte de ahorrarse la batalla a que le empuja un anciano a quien respeta, y a quien tal vez ama, cruza agitado sobre su caballo de cazador los sotos vecinos, como si le guiase espíritu de cólera,—mira ceñudo a los pueblos que rumian modos de poner en vergüenza y en guerras a su pueblo,—-y aumenta sus soldados.

La Opinión Nacional. Caracas, 2 de marzo de 1882.

[Mf. en CEM]

CARTA DE NUEVA YORK EXPRESAMENTE ESCRITA PARA *LA OPINIÓN NACIONAL*

Francia.—Poetas nuevos y poetas viejos.—Augusto Barbier ha muerto. —Los terribles «Yambos».—Los «Yambos» y la Academia.—Barbier, Musset, Gautier, Hugo.—Víctor Hugo protesta contra la sentencia de los nihilistas.—La fiesta del patriarca.—Versos de Coppée; de Manuel y de Gramont.—¡Gloriosos ochenta años!—Un pesar de Mme. Edmond Adam.—La abrogación del Concordato.—Parvada de hechos.

Nueva York, marzo 18 de 1882

Señor Director de *La Opinión Nacional:*

¡Qué generación ilustre de poetas, aquella a que ahora reemplazan Coppée agraciado, Déroulède impetuoso, Delpit atrevido, Manuel grave, Mendes cincelador, Sully profundo! ¡Qué generación de gloriosos rebeldes, aquella que se desciñó de la frente, como si se desciñera un yugo, la peluca académica, y mantuvo con brío que los cabellos abundantes de los jóvenes deben llevarse al aire para que los oreen los vientos, doren las llamas y fortifiquen las tempestades de la vida,—mas no encerrarse bajo la peluca polvosa de Laharpe, hecha a cubrir cabezas sin cabello! Porque no está sano el espíritu académico en vestir de formas arcaicas pasiones y creencias de épocas pasadas; sino en hablar puramente cosas nuevas. Y acaba de morir en Francia uno de aquellos robustos luchadores, que puso tanto oro en su primera lanza de batalla, que no pudo hallar luego, para las batallas nuevas, lanza de oro. Las almas, como las cuerdas, vibran y estallan. Acaba de morir Auguste Barbier, que escribió los *Yambos*. Luego escribió *Il Pianto*, *Lázaro*, *Las Silvas*, *Con los poetas*; pero aquella magnífica rudeza, aquel sacro ardimiento, aquella honestidad viril, aquella heroica cólera de los *Yambos* de 1830,—no señalan aquellas iras artificiales con que el poeta se empeñaba penosamente

en mantenerse a aquella altura súbita a que le encumbró su ira real. Nació Barbier—en lo que anduvo afortunado—en época en que de las revueltas humanas habían surgido a flote cosas nuevas, que herían los ojos. Miró y segó lo nuevo.

¡Grandes poetas nacen, en tierras donde lo que existe está ya cantado, o no es digno de cantarse, y mueren silenciosos y desconocidos, lleno el seno de tormenta, ahogados por sus cantos! Niégase el caballo noble del *sheik* a que le cabalgue el fellah mugriento, como si hiciese ofensa a su hermosura el ruin jinete; y las almas jóvenes y virtuosas, nobles como el caballo del Egipto, se sacuden, como se sacudiría la mano del fellah, las vilezas que, apenas salen a la luz, les echa encima la vida. Los *Yambos* de Barbier fueron corceles árabes, en el garbo, en la armonía de sus contornos, en el fuego de la mirada, en lo deslumbrador de la carrera, en el brío de la mordida. Fueron el choque de un alma virgen y una nación vetusta, fueron el himno de guerra de los hombres jóvenes. Ni a Arquíloco ni a Aristófanes echaban ya de menos los franceses, porque había un poeta de veinticinco años que, como Aristófanes, ponía el dedo acusador en la frente de los culpables, y les flagelaba las espaldas con sarmientos de acero como Arquíloco. André Chénier había sido tan vigoroso como Barbier, pero más culto. Y no cauteriza bien mano blanda de dama, sino mano montuosa de herrero. La lengua de Auguste Barbier era a la par brutal y melodiosa: sus versos no eran angelillos retozones, ni damiselas de corte, sino jueces y profetas. De la victoria aspirada brotaron las *Mesenianas* de Casimiro Delavigne, que llenan el alma de veneración y de tristeza, y ponen en la faz palidez grave, como si se saludara a los vencidos: de la libertad ofendida brotaron los *Yambos*. Los poetas, como las lonas de los buques, se hinchan con los vientos.

No hay en tiempos bonancibles poetas grandes. Ni hay tiempos agitados sin poetas; cada gran suceso halla un gran cantor. Mas no puede haber cantor grande allí donde no hay sucesos grandes. Y luego de los tremendos *Yambos* que no fueron por cierto como

aquellos risueños e ingeniosos con que la hija de Pan y de Eco consoló a la tristísima Ceres, sino como manojo de llamas que el poeta colérico sacudía en la faz de los malvados y de los hipócritas—se dio Barbier a estudiar, no ya en la vida, generosa maestra, sino en libros, maestros muertos. Su genio debilitado por su primer esfuerzo, se reencendía a veces al sol de Italia, o al calor de la indignación, este otro sol. Hasta que al fin, con asombro y pesar de los que habían visto en los *Yambos* a un poeta desembarazado, nuevo y viril, vino a ceñirse Barbier la peluca de Laharpe. Y no fue ya su musa como aquella madre de los campamentos galos, que con la profecía sacra en los labios, y la rama del muérdago en su mano, guiaba desnuda de pies y de cabeza a las huestes heroicas de sus pueblos, sino dama de letras reposada, temerosa del sol y de la nieve, trocada de color a puro afeite, que cultiva, entre ancianos almibarados y risueños, flores de ingenio al fuego de la estufa. Y el corcel árabe se trocó en pacífica hacanea, en la que cabalgaba sonriente, en su traje de sedas antiguas y abalorios, la acariciada Academia. Llora,—decía Chenier a la virtud,—«llora si muero!» Y aunque, si no en cuanto a vida, que él llevó muy recogida y muy austera, estuvo en cuanto a letras, a punto de ser como aquellos a quienes él había flagelado «zascandiles que bailan sobre la frase»,—salta a la muerte de Barbier a los labios aquel verso suyo en que él decía que «su verso rudo y grosero era en el fondo hombre honrado».—Él era uno de los de la generación briosa. Sintió y habló, y fue grande. Se es grande en razón de la suma de sentimiento que se pone en lo que se habla.

El genio perfecto, como el sol, deja la tierra fecundada cuando se aparta de ella. El genio incompleto, el genio mental, el genio que tiene las alas en la frente, pero que no tiene los pies en el corazón, centellea y deslumbra y deja la tierra lóbrega, como la luz de los relámpagos. Barbier cantó,—no «en aquellos días de mala estrella para el canto» como dijo Bayard Taylor de los del poeta Bryant—sino en aquella época, venturosa para las artes y las letras, en que, a modo de heraldos gentiles de los tiempos nuevos, tañía Alfred de

Musset su lira de oro, colgada de rosas marchitas y de enebro, y de su guzla esmaltada y obediente arrancaba Téophile Gautier canciones vibrantes y amenas, y de su arpa olímpica, por entre cuyas cuerdas vuelan águilas, hacia brotar la poderosa mano de Hugo versos luminosos y terribles, que ora hendían la esfera como rayos, ora se despeñaban con estruendo, como lluvia de piedras encendidas que arrojasen sobre los hombres culpables los dioses coléricos. Barbier lució en aquellos días en que Gautier pedía que la rima no fuese un zapato cómodo, en el cual pudiesen entrar sin trabajo pies grandes y pequeños,—y Musset veía la luna sobre una torre, como el punto de una i sobre la i,—y Hugo, como para celebrar los veintiocho años que cumplía entonces, ponía en escena, como titán que había de poner espanto y rota en tierras de pigmeos, a su robusto *Hernani*.

He ahí una mano generosa, ya que no sabe escribir más que la palabra suma: amor. He ahí un anciano resplandeciente, en cuyos ojos tristes y centelleantes se adivina el noble menester del alma humana de quitarse sus ropas de tarea y vestirse en la región de la luz serena su manto de triunfo. ¡Los que han derramado sangre tendrán que volver a la tierra a borrarla con sus lágrimas! Sólo tienen derecho a reposar los que restañan heridas,—no los que las abren. Y Víctor Hugo hace misión de restañar heridas. Hombres hay que no darían limosna a un pobre por no descomponer, con el ademán de dar limosna, su andar gracioso. Gentes hay que sofocan todos los movimientos de su corazón, y no le dan suelta hasta no ver si cuadran a la comunidad que les rodea. Hugo ama y tiembla, y se espanta de ver matar, y cuando ve las manos febriles del verdugo enarbolando los maderos del cadalso, extiende hacia el juez duro los brazos generosos, y le pide, en nombre del Dios que crea, que no niegue a Dios y no destruya. Y dirán de él que es pedidor frecuente, y que prodiga sus clamores, y que ya va siendo uso que no haya crimen de otro sin protesta de él. Mas no se vive para ser aplaudido por los egoístas, sino por sí mismo. Es tal y tan inescrutable maravilla una existencia humana que bien merece que se intente su salvación, a

trueque de parecer intruso o soberbio a los censores. No hay cosa que enoje a los hombres vulgares como las acciones extraordinarias que les ponen ante los ojos de relieve su propia incapacidad para ellas.—Por eso tiene la verdadera capacidad tantos enemigos. Víctor Hugo acaba de publicar una vehementísima plegaria, en que ruega al zar de Rusia poderoso, que eche abajo el cadalso que espera a los fanáticos políticos a quienes su tribunal ha sentenciado a muerte. Si el zar intenta, a lo que dice, darse a la cura activa de las miserias de su pueblo, ¿por qué poner la mano de la ira sobre los que obraron erradamente, llevados del anhelo de curar esas miserias populares? Más culpables son los delitos por la intención que los engendra, que por el modo con que se cometen. Los crímenes no aprovechan a la libertad, ni cuadran a estatuas blancas, manos rojas. Pero ¿no son coautores de esos crímenes nihilistas la resistencia a conceder lo justo, y la impaciencia infructuosa que lleva en vez de acelerarlo, a hacer vergonzoso y tardío el triunfo de la justicia? Perdonar es desarmar. Los patíbulos truecan en mártires a los fanáticos políticos. Su propia sangre, derramada por el verdugo, va a borrar la sangre ajena con que mancharon sus manos. La clemencia inesperada hará más bien al zar que la mortandad siniestra. ¡Ha de tenerse en cuenta que los montones de cadáveres son luego el pedestal de la venganza!

Y ¡qué día tan hermoso, el día 25 de febrero, en que cumplió Víctor Hugo ochenta años! París es como la familia del anciano. Juana y Jorge, los nietos del poeta, tienen un padre en cada parisiense. Se sienten aquellos hombres agradecidos como los hijos del poeta. Un año hace, bien se recuerda que se colgaron de banderas alegres los arcos de la villa, y en los umbrales de la casa del anciano plantaron manos amigas un laurel de oro y ante su casa austera, señalada aquel día como lugar de peregrinación, pasaron con flores en las manos, y vítores en los labios, y lágrimas en los ojos, docenas de millares de hombres. El anciano, con sus dos brazos apoyados sobre los hombros de sus trémulos nietos, lloraba silenciosamente. Sus labios temblaban como hojas de árbol a aire bonancible. Lucía su

rostro, cual luce la nieve de súbito iluminada por el sol. Pusieron a sus pies alfombras de palma. Colgaron las paredes de su casa de coronas. ¡Oh, qué versos debieron fraguarse ese día en el pecho del anciano! ¡Tan hermosos debieron ser, que no pudieron hallar forma en los labios! Sólo los seres superiores saben cuánto es racional y necesaria la vida futura. Pues vivir, ¿qué es más que ser águila, encerrada en ruin jaula, en que viven a par búhos y palomas? Ha de venir la atmósfera radiante donde puedan, camino del sol, volar las águilas!

Este año, fueron fiestas más íntimas. En los teatros, himnos de los poetas, y del pueblo, juez y poeta. En la casa, allá en la que se llama hoy Avenida Víctor Hugo, muchedumbre de amigos, que van a nutrirse de juventud en el espíritu de aquel anciano, muchedumbre de colegiales, a quienes pareció mayor honor ver «al maestro de frente poderosa», que el honor de haber sido soldado a las órdenes de aquel «corso de cabellos lacios» de Barbier, en el sangriento día de Austerlitz. La Comedia Francesa abrió sus puertas sacras a la multitud que se entró por ellas a raudales, a gozar de la representación gratuita de *Hernani* famoso, que en honra del que desentrabó y renovó el teatro de Francia, daba la casa de la Comedia, que es templo del teatro. Ni a Esquilo ni a Shakespeare ha igualado Hugo, pero es Esquilo y Shakespeare del teatro francés. Entró en la escena a manera de godo formidable, armado de casco poderoso y de coraza reluciente, que postró a los golpes de su hacha de armas recias, y humilló con sus pies calzados de sandalias de oro, a la muchedumbre de regocijados autorcillos, de cabellera empolvada, zapatos de raso, y linda chupa de seda de colores.—¡Qué vítores, cuando los concurrentes a la Comedia descubrieron en el fondo de un palco al poeta, sentado entre la linda Juana y el pensativo Jorge; que parecen ramas endebles, que perecerán cuando perezca el tronco, y que platicaban cariñosamente con Paul Meurice, brillantísimo ingenio, y con Auguste Vacquerie, poeta grave, y magno caballero de la prensa! ¡Qué vítores cuando el arrogante actor Mounet-Sully, de mirada fogosa y voz ardiente, recitó ante el busto de Hugo unos

versos amables de François Coppée, en que celebra a la naturaleza próvida que ha dado a su poeta bondadoso, brillador y osado, la noble edad del roble que resiste, del águila que vuela y del Sol que alumbra!—Y luego acabada ya la fiesta del teatro, la muchedumbre rodeaba enajenada el carruaje del poeta, y gritaba ¡Viva Hugo!

En aquel mismo día, representaron los actores de la Gaîté el drama conmovedor que Paul Meurice ha hallado en aquellas páginas del *Noventa y Tres*, que es libro que parece hecho de mano de gigante, y luego del drama, Eugéne Manuel, el amigo de los débiles, celebró en versos profundos y apasionados a aquel que ha previsto y presoñado todo lo que los hombres aman hoy y sueñan y es cada día más grande y más bueno y lleva en sus pupilas claras cosas eternas, y abrió el siglo y debe cerrarlo, para que diga, con sus últimas voces, cómo se ha de amar. Y en el Odeón, que es teatro hermoso, se leían versos de Louis de Gramont que ha traducido a *Otelo*, y que, con acentos de hijo, loaba aquel que, nacido en época de grandes, ha sobrevivido a todos, porque fue más grande que todos. Y allá, en su casa hospitalaria, recibía el poeta de manos de los que prepararon la fiesta en su honor un año ha, una copia en bronce del *Moisés* de Miguel Ángel, aquel hombre de bronce, y les decía en pago que aceptaba aquel presente con ternura, «y en tanto que llegaba aquel otro presente que es el más grande que el hombre puede recibir: la muerte». Y como fatigado viajador que ampara el cuerpo cansado de los viajes en un puerto humilde y amigo, decía que viviría en sus nietos, y los legaba a aquellos que le oían, a que se los amasen y se los protegiesen. Y los que le oían se agruparon en su torno, como hijos que quisiesen sacar vida de sí, y quedar sin vida, por prolongar con ella la existencia gloriosa de su padre.—¡Horas de sol, tan gratas para el alma perturbada! Espectáculo extraño, que acusa la mejora del espíritu, el de esos hombres enamorados de su apóstol! Flagelar a los apóstoles ha sido uso: no amarlos.

Ese goce hubo para Hugo. Y para la señora Edmond Adam ha habido un pesar. Es su casa palacio, taller de ideas, y como casa de la

patria. Y es la señora amiga de las artes, por lo que, temerosa de que no bastasen al mantenimiento de su casa afamada, en que las ideas nuevas tienen una sacerdotisa digna de ella, los réditos de su caudal abundante, arriesgó gran porción de este en juegos de Bolsa, de cuyos azares se la suponía conocedora, por la amistad que la une a los poderosos de la política y la Banca, que influyen en ellos. Y se fue de viaje, y al volver se halló en grandísimas pérdidas, que hacen creer que no podrán ser ya, como eran, suntuosamente hospitalarios sus salones, y cuyo monto, que fue suma alta, ha pagado la dama perdidosa con singular fidelidad. Ha de sentirse ese capricho injusto de la fortuna. No es la señora de Edmond Adam, señora pretenciosa, ni dama empeñada en ahombrar damas,—que será en vez de enaltecerlas, rebajarlas y afearlas,—sino espíritu ardiente, levantado, a quien fueron concedidos a la vez la serenidad que conforta, el genio que guía, y la honestidad que ampara.

Y ahora viene esa parvada de hechos brillantes y curiosos que hacen siempre sorprendente, y siempre amable y nueva la vida de París. Al amor de una misma lumbre, hablan los concurrentes a un salón del libro nuevo del elegante De Chervillé, que escribe «desde su jardín» cartas instructivas y sabrosas; celebran el éxito no amenguado de *El señor ministro,* que es la novela última de Jules Claretie, y loan de paso las conversaciones seductoras que sobre «La vida en París» mantiene animadamente este poeta trabajador con los lectores de *Les Temps,* que es diario bueno; lamentan que no haya parecido cosa notable el baile *Namouna* en que Lalo, que escribe excelentes sinfonías, ha hecho más música de ciencia que de baile;—cuentan entre coros de risas el argumento de *Una perla,* comedia nueva que no es para memorada entre nosotros, a pesar del éxito extraordinario que en París alcanza, porque cuenta cosas de Boccacio que allá parecen naturales, y son diarias, y en la honesta Caracas parecerían como atentados al decoro.

Y en otra sala se habla de que la Cámara de Diputados tiene decidida la alteración, si no la abrogación del Concordato que viene

ligando a Francia y a la Iglesia a deberes que una y otra desdeñan, o cumplen de mal grado; y se cuenta cómo la Cámara, con el aplauso del Gobierno decidió por 343 votos contra 139, el estudio atento de la proposición del diputado Boysset, que quiere que el Concordato sea abrogado; lo cual dejaría a la república en condición de obrar sin trabas y de frente, y no como obra ahora, que cuanto hace es falta, porque rige un compromiso entre el poder civil y el eclesiástico, que viene siendo ley desde el mes mesidor del año IX de la República, en que lo ajustaron el Papa de entonces y el Primer Cónsul, y al cual, en tanto que no lo revoque el poder que lo otorgó, ha de estar, de buen o mal grado, la República sujeta. Y diputado ha habido, que fue Jules Roche, el cual entrándose por una hendija del Concordato que le pareció vulnerable, pidió la supresión inmediata de cuarenta y una diócesis, a lo cual se oponen los pensadores republicanos, porque creen que es tener en poco la grandeza de las instituciones de la República procurar su triunfo con artes menudas de gabinete y pasadizo. Creen que la República debe querer bravamente lo que quiere, y decirlo en voz alta y campo abierto, como cumple a gentes honradas y leales, mas no ir arrebatando con argucias el poder que juzga haber menester para su existencia: lo que valdría tanto como querer hacer magnífico palacio con los materiales que arrancasen a las paredes vecinas uñadas de raposos. No zorras, sino águilas, ha de llevar tras de sí el carro de la República.

JOSÉ MARTÍ

La Opinión Nacional. Caracas, 1 de abril de 1882.
[Mf. en CEM]

CARTA DE NUEVA YORK EXPRESAMENTE ESCRITA PARA *LA OPINIÓN NACIONAL*

Italia.—Fiestas y duelos.—El bravo Médicis.—Giovanni Lanza.—Humberto y los italianos.—Carnavales sangrientos.—Caballos y bujías.—El diario del canónigo rebelde.—León XIII y su secretario.—Cardenales nuevos.

Nueva York, marzo 18 de 1882

Señor Director de *La Opinión Nacional:*

De grandes fiestas y grandes duelos ha estado estos días Roma. En el Vaticano andan los ánimos sobresaltados. Los romanos celebraron cariñosamente el día de San Humberto. En los carnavales hubo fiestas bárbaras. Y ha muerto Médicis. Y ha muerto Lanza.

Era la hermosa cabeza de Médicis como hecha para rematar el cuerpo de un buen soldado de la libertad. Era blando en la paz, como conviene a quien sabe ser fuerte en la guerra. Los hombres sólo son pequeños cuando los fuerzan a serlo las circunstancias en que nacen o existen. Se magnifican, apenas les rodean circunstancias magnas. Decidió Italia ser libre, y rehacer la obra que desde la caída de Roma había sido deshecha, y Garibaldi y Médicis fueron soldados. Ellos batallaron juntos: ellos cabalgaron a la par por las llanuras argentinas en que los bravos de la Banda Oriental revolvían sus caballos entre las masas de soldados de don Juan Manuel de Rosas: ellos libertaron a Sicilia: ellos defendieron a Roma; y luego que la vieron libre, y cabeza del reino, pusieron sus espadas, quebradas por el puño, del lado de la paz. Hay espíritus blandos, que se rizan como la superficie de los mares, a unos y otros vientos, y van donde va el aire: y hay espíritus tercos, en que una vez que una idea arraiga, truécase en raíz de árbol, que no se arranca sino rompiendo con su empuje la tierra que la oculta. Así Médicis, espíritu terco. Sintió que debió amar la libertad,

y se dio a ella como se da un can a su dueño. Nació en Milán cuando Milán era de austriacos, y de ver a su madre sierva de aquellos dueños, le poseyó un amor vivo a su madre, y un grande odio a los dueños. Previó que su brazo habría de defender a su patria, y se marchó a tierras extrañas, donde se batallaba, a educar su brazo. Él, hijo de duques, se hizo en Portugal catador de Oporto. Peleaban en tierra española liberales contra carlistas, y él ganó fama en Cataluña y en Valencia de bravo oficial contra los soldados de don Carlos. Era Buenos Aires, en tiempo de Rosas, mazmorra ensangrentada, y él fue a golpear con el puño de su sable, a la cabeza de los «colorados», los muros de la mazmorra. Resucitó en Francia, donde siempre que es ahogada resucita la idea libre, y llevados de aquellos aires de 1848, dieron al mar Garibaldi y Médicis la barca *Esperanza*, y alzaron en sus mástiles con alegría y fe heroicas, la bandera de tres colores de la patria que iban a fundar. ¡Cuánta derrota gloriosa! ¡Cuánta victoria maravillosa! ¡Cuánta serenidad en la desventura! De caer, no se tomaban más tiempo para embestir que el de sacudirse el polvo de la caída. En Novara los vencieron, y como acababa de alzarse entonces Roma en república, fueron a Roma. Fortalezas tenía la ciudad contra las armas de Francia que la asaltaban, mas no fue ninguna tan recia como el pecho de Médicis. Dos veces le hirieron, y él hirió más de dos veces. Tras aquel mes de junio de 1849 que fue mes de hazañas y estéril defensa, cayó Roma, y fue vencido Médicis, que, once años más tarde, luego de que Garibaldi había puesto en tierra de Sicilia sus mil y un soldados legendarios, llevaba a los sicilianos cuatro mil amigos, y tomaba a Messina, organizaba la milicia de Palermo y maravillaba en los campos de Volturno, y ayudaba a rendir a Capua. Si le invitaban a rebeliones interiores, negaba su brazo a los soldados de oficio. Si se guerreaba con Austria enemiga, en 1866, batallaba contra Austria, y ganaba las batallas de Seveso y del Borgo. Como amigo le amó Víctor Manuel, y le tuvo por jefe de su casa; y como a padre le miraba Humberto, que dejó en sus manos leales el cuidado de la casa real. Fue brazo, y no cerebro. Fue virtuoso como una roca

es dura. En batalla, no lo hubo más bravo. Cerraba por entre los enemigos, clavaba en sus cañones la bandera de los libres, resplandecía como héroe griego.

Y murió Giovanni Lanza, que ayudó a Víctor Manuel a crear la Italia nueva. Estudió para curar males de hombres, pero le sacó de sus estudios el anhelo de curar los males patrios. Turín le tuvo entre sus estudiantes rebeldes y animosos; el Piamonte sintió antes su energía en sus destinos, que él en sus labios el bozo; Cerdeña, que reunió en los tiempos del triste Carlos Alberto su primer Parlamento, hizo presidente de él a Lanza. Fue ministro con Cavour, con Marmora, con Sella. Puso los ojos en Roma, y ayudó a su rey a que pusiese en ella sus ejércitos. Fue constructor en esta época que se señala por el número excesivo de los que destruyen. Llevó al pecho, por haber auxiliado a crear a Italia, el collar de la Orden de la Annunziata, que es orden de reyes. Y ahora que ha muerto—el pensador Minghetti, el elocuente Crispi, el polemista Berti dijeron a la Cámara sus méritos, y se vistieron de lienzos negros, para dar honra a aquel de quien la hubieron, la mesa presidencial y el banco de los Ministros. ¡A cuán mala hora muere este hombre que supo crear, y aquel hombre que supo defender! No quieren los pueblos fuertes que se alce, en mitad del mar del sur, esta nación gallarda. La acosan, la amenazan, la minan, la aíslan. Bien hacen sus hijos generosos en posponer, para cuando la patria esté en asiento formidable, sus querellas y afanes domésticos. Bien hace el Rey marcial en regir blandamente a su pueblo sensato, que le acompañará, como a cruzada de la libertad, a la pelea en que los pueblos fuertes quieren sacar a prueba el brío de los vasallos del monarca joven. Es buena fortuna de este Rey, de ir con su pueblo, en estos tiempos señalados por la lucha decisiva de los pueblos y sus reyes.

Así estuvo de gala la inquieta Roma el día de San Humberto, y parecía sala de fiesta el Corso, muy lleno todo de alegres banderas, y la plaza de Venecia y la de San Lorenzo lucían al aire coronas y pabellones, como para poner en olvido la escena terrible que pocos

días ha, dejó lleno de sangre de niños y de hombres el pavimento de las plazas.

Fue el carnaval romano, no ya risueño y famoso, y gala de grandes, y días de buen chiste, y de ver damas, y de lucir carrozas, máscaras, corceles e ingenio,—sino este carnaval nuevo, en que las clases llanas hacen nivel de la careta, y toman venganza ruda de los favorecidos del nacimiento o la riqueza, y sacan del disfraz valor para poner en público su ira. Y ya no pasean por bajo los balcones cuajados de prelados y de damas, aquellos cortejos singulares de caballeros de la ciudad, y artistas alegres, y viajeros ricos, empeñados en lides de donaire con las romanas risueñas, que los cubrían de hojas de flores,—sino que corre riesgo de salir codeado, azuzado, ofendido, vejado, el que por su malaventura se echa a andar en esos días de carnaval por entre la muchedumbre descocada y desenvuelta que repleta el Corso. Este año tuvieron los carnavales fin sangriento.

Aboliéronse, y repusiéronse, aquellas terribles carreras de caballos, para las que eligen potros sin domar, cuyas cabezas nobles coronan de penachos, y a cuyo vientre aprietan cincha estrecha, de la que cuelgan bolas de acero erizadas de aguijones, que al lanzar a la carrera los azorados potros, les flagelan y sajan los ijares, y los empujan, como si fueran despeñados, por entre las aceras henchidas de curiosos que con vocerío ronco y salvaje saludan de uno y otro lado del Corso el relinchar, el cocear, el rebramar de los corceles frenéticos y enfurecidos, que van a dar al cabo en la plazuela de Venecia ¡Oh, y qué espanto este año! Un desventurado que no se refugió en la acera a tiempo cayó a tierra revuelto con un potro; sobre este, cayó otro de los animales desbocados; recularon al verlos, heridos de terror, sus compañeros, y se entraron de súbito por la ancha masa humana, que rompió en alaridos espantosos, y se esparció, como huyendo de lava de volcán, por las calles vecinas, en tanto que en el balcón desde donde veía la fiesta la Reina, caía una de sus damas desmayada, y, ya rendidos los corceles, se alzaban de tierra, expirantes, a niños pequeñuelos, a hombres y mujeres. Masa

informe hicieron los cascos de los caballos de la cabeza de un guardia infeliz.—Y a poco ¡qué algazara en la plaza de Venecia! Ya no veía la reina Margarita desde su balcón la fiesta de las bujías de carnaval, en que es el juego ofrecer las bujías a que los transeúntes las apaguen, y hurtarlas de ellos, en tentar apagar las de otro;—y Humberto conmovido estaba, no en palacio, sino a la cabecera de las víctimas; pero allí donde los caballos feroces pusieron miedo y muerte, allí bullían las gentes, que llenaban el aire de risas y júbilo, y serpeaban las luces fugitivas por entre la masa voceadora, y que, al dar la medianoche, se echó como río en mar, en la plaza gigantesca, donde entre vítores estruendosos, la efigie de Carnaval, quemada a esa hora, moría chisporroteando. Y hoy se clama porque esa usanza bárbara que llenó de horror a Roma, sea para siempre abandonada. Y el pueblo lee, ávido, los rudos artículos en que *L' Opinione* lo demanda. Y estas voces de diarios van unidas a las que anuncian que va a publicar un diario nuevo el canónigo rebelde de San Pedro, que abjuró de su fe y abandonó su canonjía, y tomó puesto entre los clérigos protestantes, que reciben con gozo al mundano y elegante conde Enrico de Campoello. Y dicen que su diario va a llamarse *Il Lavaro,* y a decir mal de la Iglesia Romana, de la que cuenta el conde raras cosas, y a decir bien de la Iglesia Protestante, con cuyos dineros va a imprimir su periódico el canónigo, de quien narran las lenguas oficiosas cuentos de abad frondista, que le muestran de antaño aficionado más que a cantar horas de coro, a pasear con hábitos seglares entre las turbas de la plaza de Colonna y ver las comedias burdas y zarzuelas salpimentadas que sacan a las tablas los actores alegres del teatro de la Alhambra.—Por lo que no parece que preocupe tanto al Vaticano la creación del diario de Enrico de Campoello, cuanto le preocupa la sátira recia e implacable de ese otro diario afamado que se llama *Fanfulla,* o del otro no menos famoso, *Capitán Fracasse.*

Y del Vaticano se cuenta que no están en paz el cardenal Jacobini y el Pontífice, porque este declara que le tiene fatigado la ineficacia de

la política benévola que trajo a la Iglesia con su advenimiento, y el cardenal mantiene, que de armarse en guerra ahora, no vendrán bienes, sino daños graves, a la Iglesia. Pero publica León XIII su encíclica, en la que mueve vehementemente a los obispos de Italia, a que batallen por el poder temporal e independencia inmediata del Papado, y vean de librarlo de la tutela que le enoja. Y como Von Schlœzer, que es el enviado de Alemania, no sale del Palacio, júzgase que el Pontífice tiene el apoyo del imperio, ganoso hoy, tanto como de atraerse votos de diputados clericales, de mover disturbios en la nueva Italia, porque no llegue a ser pueblo robusto, de cuyo poderío no viniera bien a los germanos.—Y ya se cuenta que va a crear el Papa nuevos cardenales, y se dice que uno de estos ha de ser el reverendísimo Mac-Cabe, que en Dublín hace de arzobispo, y lucha grandemente contra los caudillos de la liga agraria de Irlanda, que quieren que se revise en las tierras irlandesas el modo de poseer, por cuanto no parece bien que un puñado de señores de otra isla posea toda la tierra y vivan malamente los esclavizados naturales, cuya labor no basta a pagar al señor arrogante la renta de las tierras. Dícese que los arzobispos de Sevilla y Argel, y el Patriarca de Venecia, contarán entre los nuevos cardenales. Y como mira el Papa con ojos amorosos a la rica y fiel Iglesia de Norteamérica, ya andan contentos los católicos de Baltimore, que es ciudad muy católica, porque su obispo va a recibir, como recibió el de Nueva York, gracia del Papa.

JOSÉ MARTÍ

La Opinión Nacional. Caracas, 3 de abril de 1882.
[Mf. en CEM]

CARTA DE NUEVA YORK EXPRESAMENTE ESCRITA PARA *LA OPINIÓN NACIONAL*

España.—Los salones de Madrid.—Danza e intrigas.—Don José Moreno Nieto.—Un orientalista.—Ya se abren las Cortes.—Iras en Cuba.

Nueva York, marzo 18 de 1882

Señor Director de *La Opinión Nacional:*

Ni Madrid puede ser lúgubre, ni lo ha sido en verdad este invierno. La corte ha estado alegre, y de baile han estado los cortesanos. Estos meses de febrero y de marzo son meses de tertulia y saloneo, y de anudar amores y preparar cábalas, y de platicar de damas y caballeros sobre las cosas más bellas de la vida y los problemas más arduos del Estado. Que París tiene a la señora de Edmond Adam, y Madrid a la señora de Buchenthal, que no va a la zaga de la dama francesa en elegancia, riqueza e ingenio. Y los parisienses celebran a la marquesa de Galliffet, que parece que da de la vida que le sobra a su hija que hubo vida de ella,—y los madrileños tienen para celebrar a la hermosa compañera del general Serrano, cuyos sectarios elegantes hacen cruel mofa, ante la hermosa dama que sonríe, de la manera llana y novicial con que trata a los amigos de su esposo la compañera del general Martínez Campos. Y en verdad que al entrar por la casa del general Martínez Campos parece que se oyen voces ásperas, y al subir las anchas escaleras de la casa del duque de la Torre, parece como que halagan el oído voces melodiosas. La hermana de Castelar, de ancha frente, inteligencia viva y modestos hábitos, oye en su salón concurrido cómo se hablan, a manera de hermanos que se echasen en cara las faltas a la madre, los jefes de los más opuestos bandos, que reñirán mañana en cortes, como hijos que clavasen con mano desatentada en el seno de la madre aceros profundos.

Dice bien de España este odio al odio. Los cabecillas de los bandos

se pondrán a punto de morir; pero una vez a este punto, darán su vida por salvar del riesgo a que los han expuesto a sus rivales. España llegará al goce de la libertad sin aquella depuración enorme y tremenda de la República Francesa. Defendió la libertad con brío, antes que el resto de las tierras, y merece gozar de la libertad en más paz que ellas. En los salones del conde de Casa Sedano, que es como un Morny de Cánovas, que salió de Cuba quince años ha, elegante y travieso, y es hoy en la corte de Madrid, señor de cuenta y conde de casa, que es un género novísimo de condes,—úrdense, en tanto que la mocedad danza, las tramas en que ha de hacerse escollar a Sagasta avisado, el cual agrupa en torno suyo séquito numeroso de hombres graves y atentos y decidores arrogantes e impacientes que destejen con manos destrísimas las tramas que manos blancas y manos rudas tejen en la casa del Conde. Todo es bailar, e ir de teatros, en estos meses que anteceden al de Semana Mayor, en la cual saldrán a lucir las damas madrileñas sus sayas de medio paso, en seda verde, roja o amarilla, y sus chapines breves que parecerán cisnecillos de colores, y sus mantillas blancas, y abanicos luengos, y lánguidos ojos—porque es en esos días moda recogerse el cabello en alta torre, prendida con calados peines de carey muy fino, e imitar en un todo el garboso vestir de las señoras de la corte de aquel, sobrado benigno, monarca don Carlos IV de cuya corte fue rey el atrevido Godoy, esclava la desleal María Luisa, y pintor el glorioso Goya.

En esas alegrías andaba Madrid, cuando moría, en su casa humildísima, un hombre valioso: don José Moreno Nieto. Era hombre dotado de fuerza primaria. Creyente por benévolo, era rebelde por instinto. La fe que él creía su consuelo, era su tormento. La fe, como vigía avaro, apagaba en su mente toda luz que encendía en ella la razón. Fue Moreno Nieto uno de esos veedores perspicaces, a quienes es dado analizar con sus ojos clarísimos, todos los datos de un problema, y fibras de un cuerpo: mas no fue, o porque no le alcanzó la mente, o porque se lo estorbó la convicción filosófica, uno de aquellos constructores osados, y mejoradores briosos, que ponen

mano en lo carcomido, y en alzar sobre sus ruinas edificio nuevo. Era de ver, cuando analizaba en aquellos sus discursos afamados algún conflicto grave de estos tiempos nuestros con qué pasmosa agilidad movía la mente y se entraba por entre los aspectos del problema, y los iba desenmarañando y apartando, y daba al fin con todas sus raíces; mas era de apenarse luego, cuando al punto de indicar maneras de mejora a aquellos daños que había puesto de relieve, vacilaba y cejaba, como si tuviera miedo de investigar o de decir, o como si esa falsa conciencia que se suele aprender en libros y en escuelas, sofocase las revelaciones luminosas de su conciencia espontánea y real. Terminaba puerilmente lo que comenzaba grandiosamente. En analizar, fue pujante; en presentar, no tuvo rivales; en decidir, fue tímido. Otros luchan con los demás; Moreno Nieto luchó contra sí mismo. Era su palabra abundantísima: es fijo que a no ser por aquella su bondad excesiva, o por aquellas indecisiones y tormentos de su juicio, hubiera parecido uno de los más grandes oradores de su tiempo. Pero las oscuridades de la mente entorpecen las palabras, que salen turbias y desmayadas a los labios. Es preciso creer firmemente en aquello en que nos empeñamos que otros crean. Fue Moreno Nieto rector de la Universidad, y no ponía más cuidado en dejar pagado de su bondad al más venerado maestro que al más humilde discípulo.—Hablar con él, era sacar lección de cortesanía. Tuvo en política, por las alturas en que andaba su mente, importancia de juez; y por su benevolencia y honestidad, cargo de conciliador. En saber, tuvo iguales, mas no superiores. Parecía su mente espejo, que retrataba lo que veía. Gustaba de ver sus discursos en letras grandes, y con anchos márgenes, como si llevara a todo aquel amor de la hermosura y aquel concepto de la armonía que dan a sus obras todas apariencia artística. Ha muerto pobre. Su amigo, catedrático austero, Pisa Pajares; y otro amigo suyo que lo amó y emuló, Cánovas del Castillo, han rogado a la prensa, que, en agradecimiento al amor y verdad que enseñó el muerto, muevan a los españoles a que lleven fuego y pan a la casa que ha quedado

huérfana de aquel que se ha llevado en su mente el calor y el trigo de la casa.

Y ha muerto también el caballero Rivadeneyra, que supo mucho de cosas de Oriente, y habló sus lenguas y vivió en sus comarcas, y fue algún tiempo ha cónsul de España en Teherán. Allá estudiaba tal vez los orígenes de aquellos abencerrajes valerosos, que pusieron pie en tierra de España, y alzaron, frente a los lóbregos y corpulentos castillos godos, aquellos palacios alados, que parecen, más que hechos de piedra, hechos de espuma, en la hora en que a luz fresca del alba la bordan y decoran rayos tibios de oro y reflejos de nubes coloreadas.

De cosas de política, dícese que ni Martínez Campos cede a Serrano, ni Serrano y López Domínguez, que son uno, ceden a Martínez Campos, ni sabrá Sagasta cómo continuar gobernando con uno a la diestra y otro a la siniestra, cuando ninguno quiere estar a la siniestra, y los dos quieren estar a la diestra. Dícese que, como vieron los católicos que no habrían de sacar provecho político de la romería intentada, ni piensan ya en ir a Roma, con lo que se ve que no querían dar muestra de fe, sino valerse del entusiasmo que la fe enciende, para azuzar discordias ajenas y medrar a su amparo. Dícese que como el Ministro de Hacienda ponía empeño en hacer pagar las nuevas cargas, y lo ponían mayor los mercaderes y consumidores en no pagarlas, se concertó al cabo la creación de un nuevo sindicato del comercio, que no tuviese ofendido al gobierno como el que existía, para que el gobierno pudiese ceder sin desdoro a las demandas de los contribuyentes alarmados. Dícese en suma que andan graves las cosas cubanas, porque el bando español quiere ser rey del rey, y mandar solo en la Isla, y el bando liberal, que es un grupo de la población cubana, se ve amenazado y burlado, y tachado de desleal por los gobernantes de la metrópoli y los de la Isla, por lo que piensa en desbandarse, que será como decir que los que en la Isla sostenían la capacidad y voluntad de España para regir a Cuba amorosa y justamente, reconocen que no tiene España esta

capacidad ni voluntad, y se niegan a luchar estérilmente en inútil combate.—Porque se les concediese gobierno autonómico luchaban; y ya dice el gobierno que es pecado de traición aspirar a la autonomía. Si continúan luchando les llamarán rebeldes. Y rebeldes les llamarán, si desisten abiertamente de la lucha. Esos males vienen a los pueblos de no decidirse a hacer a un tiempo por la libertad todos los sacrificios que la libertad merece.—Y ya se anuncia que, sofocando iras, ha ofrecido Sagasta, para ver de evitar que el bando liberal se disuelva, e ir ganando los votos de la Isla para los sagastinos, que presentará antes de abril en las Cortes sus planes de reforma en el presupuesto, y otros planes: lo cual hará para conjurar esta tormenta que le viene encima, y para que no se le merme en las luchas de Cortes el número de votos, con los que hoy le acuerdan los diputados cubanos. Mas es lo cierto que, sin acontecimiento alguno visible que mueva a tales temores, ya tiene el jefe de la Isla autoridad, que le envía el Rey, de mirar como no concedidas aquellas leyes de libertad de prensa y de garantías de persona que, como don raro y generoso, había enviado el Gobierno de Sagasta a los cubanos:—¡jugueteos pueriles, indignos de los que los soportan y de los que los intentan! No se alcanza lo grande sino por medios grandiosos.

JOSÉ MARTÍ

La Opinión Nacional. Caracas. 4 de abril de 1882.
[Mf. en CEM]

CARTAS DE NUEVA YORK EXPRESAMENTE ESCRITAS PARA *LA OPINIÓN NACIONAL*

Francia.—Meses alegres.—Plática parisiense.—Libros y dramas.—*L'abbé Constantin*, novela nueva.—La joven norteamericana.—*Son Excellence Satinette*.—Un discurso de Renan.—Un libro de Zola.—Alfred de Musset y su *Barberine*.—*Mon fils*, comedia buena.—El rudo Pedro y el elegante Santiago.—Cuentos y díceres —La viuda de un poeta.—La deuda de Francia.

Nueva York, 1ro de abril de 1882

Señor Director de *La Opinión Nacional:*

Son estos meses bellos para los parisienses, y no hay mano sin libro, ni teatro sin estreno, ni jardín sin flores, ni día sin su parvada de sucesos. ¿Quién no va a ver la *Barberine* de Alfred de Musset, en la que hace de esclava una hermosísima rusa, romántica amazona, de ojos sombríos, habla áspera, y continente majestuoso? ¿Quién no pasa por aquellas librerías de los bulevares, que atraen como abismos, y dan gozo sólo con dejarse ver,—o por aquellas otras más modestas de las cercanías del Odeón, donde compran los pobres,—o por aquellas riquísimas y escondidas de la calle que va del Panteón al Luxemburgo,—sin hacerse del libro nuevo de Renan, o del de Zola, o del de Chervillé, o del de Halévy? ¿Quién no se sienta a leer, al amor de una mesa de café, el *Gaulois,* que es diario osado y ameno, hecho todo de ingenio, donde Zola publica ahora su *Pot-Bouillie,* que es título en que el ingenio falta,—sin oír hablar de que Reinach, que escribe en el *Voltaire,* está al batirse con Rochefort, que no escribe con pluma, sino con saeta, y que, por celos mutuos, andan cambiando injurias y armas Périvier, del *Fígaro,* y Cornèly, del *Clairon,* y otros que escriben en el *Petit Populaire* y en el *Gil Blas*? De fijo que en una mesa cercana están hablando, entre penachos de humo de

tabaco belga, que no es buen tabaco, y sorbos de café achicoriado, que no es buen café, del vehemente artículo en que Alexandre Dumas, que es hijo piadoso, compara su padre a Shakespeare, por la robustez en el pensar, la presteza en el concebir, y aquella originalidad y fuerza de creación que hacen de su novelilla más ruin, nido de dramas:—o de aquel otro artículo en que Aurélien Scholl, que escribe gallardamente, murmura de la crinolina, de la que es bien murmurar, porque hurta su ingenua nobleza al cuerpo femenino.

Hay en la armonía de las obras bellas algo de sagrado. Quebrar sus líneas, alterar su forma, disimularla, privar a los ojos del beneficioso espectáculo de la hermosura, que ennoblece, es como culpa de sacrilegio, que no ha de ser perdonada a sastres, ni a modista, ni a damas caprichosas que consientan en hacer mostrador de sastres su belleza.

Y ¿cuál es esa novela celebrada que anda ahora en manos de todos los que leen, que dicen bien de ella? Es *L'abbé Constantin,* de Ludovic Halévy, que ganó fama escribiendo con su amigo Meilhac obras de teatro sobrado especiadas, y ahora se ha dado a escribir libros puros, porque los pecados de antaño se le perdonen, y no le cierren las puertas los hogares, en donde es bueno ser amado, y la Academia, adonde miran con ojos codiciosos todos los que escriben en lengua francesa. Era Halévy desdeñador de embarazos en sus obras primeras, y Belot y Feydeau le ganaban en crudeza, mas no en intención osada. Y este libro de ahora es una historia hermosa, en que se cuentan los amores de una doncella norteamericana, adinerada y franca, con un teniente francés, pundonoroso y pobre, los cuales amores rematan, gracias a los buenos oficios del abate, que es varón llano y santo, en matrimonio, tras mucho resistir del teniente, que no quiere que le tengan por cortejador de herederas acaudaladas, lo cual vence la doncella de Norteamérica, que, habituada al dominio de sí misma, no halla mal en poner su mano generosa en la mano reacia del noble soldado. Esta mujer joven de los Estados Unidos, que anda ahora, como tipo singular, en lances de teatro y de novela, tiene en el

libro de Halévy la serena honestidad y varonil firmeza que a las veces se notan en esta tierra en las mujeres jóvenes. No es por cierto la doncella neoyorquina, que nace aturdida, y vive loca, y muere sin haber vivido. Es tal vez la doncella buena de las ciudades interiores, donde la notoriedad pone freno a la libertad, y esta no para en ocasión frecuente de pecado, ni lo modesto de la existencia acarrea ese insano apetito de parecer rica, que va siendo en estas damas ansia única, lo cual envilece y descarna la vida, y hace del alma anzuelo de pescar, y del cuerpo un festín de los deseos, y de la existencia un tonel de las Danaides. Halévy pintó con mano cariñosa a la doncella buena, que se llama Bettina en el libro, y dice la verdad con tan sencilla nobleza que a nadie le ocurre llamarla atrevimiento, y hace de lado ciertos hábitos menudos de los pueblos viejos con tan casto brío, que pone respeto, en vez de invitar a los osados a que le falten a él. Y Juan Reynaud, que es el teniente, es tan reacio, que aunque Bettina, movida por su honradez, le tiende la mano que Juan no se atreve a pedirle, es fuerza que el abate le predique, y le diga que no hay razón para su miedo de ser tenido por cazador de esposa rica, para que consienta en hacer hogar con Bettina acaudalada. ¡Hermosísimo libro hizo Feuillet de asunto semejante, que se llama *Le roman d'un jeune homme pauvre,* y que es joya finísima, que debiera estar, no en biblioteca, sino en joyeros! Como vetas delicadas de tenues colores tiñen las hojas de los pálidos narcisos, así delicadas escenas, frases inolvidables, arranques conmovedores esmaltan el libro sano de Feuillet.

Y ¿ese otro libro, de letras compactas y cubierta amarilla que aquél lee? Es *Une Campagne,* un tomo en que Émile Zola, que escribe en el *Fígaro* cosas justas e ingeniosas a las veces, y a las veces pueriles y brutales, ha reunido aquellos de sus artículos del año que tiene por mejores.

Y ese que lee con avaricia *La Republique Illustrée,* no lee el semanario hermoso, sino la novela que en él publica Edouard Cadol, que quiere fama, y la busca malamente, sacando a relucir gentes

notorias en su novela *Son Excellence Satinette,* que es aquella baronesa de Kaulla, de quien se dijo que fue espía de Prusia, y puso sus gracias al servicio de su empleo, lo que es más para olvidado que para repetido. La inteligencia tiene sus nobles, y no parece ese Edouard Cadol uno de los nobles de la inteligencia.

Y ¿ese otro libro pequeño, que los periódicos copian y alaban, y los estudiadores leen ávidos, y deja la alegría fortificante que se siente cuando se entra en posesión de una verdad? Es un libro de ese que escribe con rayos de sol y nubes de colores, y dice frases que parecen banderas de combate que ha de llevar en la batalla de la paz la cohorte humana. Es un discurso de Renan, que este leyó días hace en la afamada y augusta Sorbona, donde hablan los grandes, y oyen los que se sienten con fuerzas para hacerlo, y donde Renan dijo que era para montar en ira o mover a risa la creencia de que los hombres han de ser guiados, como por guía suma, por lo que han dado en llamar espíritu de raza, cuando es tal la magnificencia y esplendidez del espíritu humano que en él comulgan a una todos los hombres, descuidados ya por fortuna de esos odios mezquinos y barreras de hábitos que en bien de sus apetitos, o en cura de sus miedos, han venido sustentando y aprovechando los manejadores de los hombres. «No es la historia humana—decía Renan—un capítulo de Zoología. El hombre es ser racional y ser moral. La libre voluntad está por encima de las sugestiones ruines del espíritu de raza. Una nación es un alma, un principio espiritual, elaborada de lo pasado, con vida en lo presente, y toda gran junta de hombres con mentes saludables y corazones generosos puede crear la conciencia moral que constituye una nación». —¡Oh, ya alborean los tiempos en que no se erguirán, ni como amenazas, ni como barreras, las nacionalidades, y en que los hombres todos de la tierra, dados a amarse, sentirán en el pecho robusto la fruición beneficiosa, y el ennoblecimiento maravilloso, que vienen del viril amor humano!

¡Oh, los poetas, los caballeros de la paz, los heraldos de vestidura de armiño y de clarín de oro, de los tiempos nuevos! Esos espíritus

inquietos, que azotan y consumen con llamas los cuerpos que los ciñen; esos hombres insomnes y extraños, de brazo perezoso, color pálida y miradas profundas; esos héroes enfermos, que de jirones de su corazón ponen las alas a sus cantos—esos son los nuncios generosísimos de la época magnífica, lejana. Hubo en Francia un poeta, de quien sacaron ahora a las tablas en la Comedia Francesa un cuento dialogado, que no previó los tiempos, y murió de vivir en el suyo, y no poder volver a los pasados—que fue Alfred de Musset. Tiene París su *Revue des Deux Mondes,* que es colección muy rica en maravillas, adonde, en lo que va de siglo, han llevado los talladores de la prosa, y los caballeros del verso, sus primicias, y en donde se tenía a gran gala publicar cosa que fuese de George Sand, o de Alfred de Musset. Y como Buloz, editor muy astuto, apremiaba a Musset por cosa nueva, escribió el poeta, con aquella su pluma de cisne negro un cuento hablado, de una dama fidelísima, cuyo marido fue a la guerra, y a quien quiso seducir un galancete barbilindo, que se burlaba de la rueca en que la buena esposa trabajaba, de lo cual tomó venganza la casta dama dando una falsa cita al barbilindo, que fue regocijado y se halló preso, sin ver más que una rueca que le caía por la ventana, ni oír más que la voz de la traidora, que le decía que allá le iba la rueca, a que hilase en ella el monto de su pan, porque no comería sino por lo que hilase, y en razón del hilo que hiciera se le daría buena o mala pitanza. Por lo que el galán se dio a hacer hilo, en lo que estuvo hasta que vinieron a mofarse de él; el marido que volvía cubierto de gloria, y la reina, que acompañaba al buen soldado.

Pero era de ver en *Barberine* que así se llama el cuento, y es tradición de Arabia, y de Nantes, y de la vieja Inglaterra, no la trama, desnuda y boccaciana, sino la rica labor de aquel tejido. Aquel estilo serpea como arroyuelo, ondea como humo de hashís, fragante y azuloso, sonríe, retoza, saluda, brilla, quema. Es como, si en vaso lleno de ricas piedras, rebosasen, al travesear en ellas una mano suave, las piedras de colores. Mas esas gracias de la lengua parecieron pálidas a los concurrentes a la comedia, hechos a ver en el

teatro los héroes nuevos de Hugo, que usan puñal de Esquilo, y versos nunca usados,—o esas otras creaciones atrevidas, brillantes y provocadoras de una turba memorable de paradojistas audaces y psicólogos. Y pasó *Barberine* desconocida, como pasa la sonrisa que embellece los labios de una virgen a los ojos de los hombres voraces y estragados.

La Comedia Francesa es teatro de maestros, y el Odeón, de principiantes. ¡Qué gozo de hallar un nuevo hombre de mérito! ¡Parece como que se añade de súbito un miembro a nuestra familia! Ya le hacemos lugar entre nuestros hijos; ya le aderezamos cubierto en nuestra mesa, y servilleta blanca, y plato modesto; ya nos parece que estamos en deuda, por el placer que nos ha dado la obra buena, y salimos en busca de gente a quien decir bien de la obra, como manera de pagar la deuda. El principiante que el Odeón ha sacado a luz se llama Émile Guiard, que ha hecho una muy linda comedia, no comedia de reír, que es cosa de poca monta, y queda para pequeños, sino buen trozo de copia; en que se da nombre inventado a seres reales, y se ven a la par, como andan por la vida, héroes y bellacos, y el corazón queda movido, y como contagiado del ejemplo heroico, y ganoso de darlo. Esa es comedia.

Eso es *Mon fils.* Ya Balzac, profundísimo veedor, e imponente pensador, hizo novela de los dolores de una casa, en que una madre de dos hijos, desdeña al hijo bueno, que es humilde, y se da toda al amor y beneficio del mal hijo, que es hombre de ingenio, y de maldad, y brilla. En esta comedia de Guiard ¡cómo trabaja el buen Pedro, que es hombre de campo, y de virtud, en tanto que su madre, enamorada de su hijo Santiago, que estudiaba medicina, vive para el estudiante, que gasta lo que Pedro ahorra, y lleva vida de señor, favorecido por su madre y por su hermano! Para Santiago es el regalo, la buena novia rica, a quien ama en secreto Pedro, y el buen calor de madre, de quien se siente Pedro desamado, por lo que llora de esas lágrimas que no se ven,—y son riego fecundo, cuando no lava abrasante, para el alma,—en tanto que la madre alocada y el hijo

preferido van camino de París, adonde llama a Santiago un enfermo agradecido, y donde, al cabo, a condición de que la madre campesina que urde el matrimonio no asista a él, Santiago casa, con desdén de la noble Camila que le devuelve su promesa porque no le estorbe, con la hija acaudalada del enfermo. Y la madre vuelve llorosa a su terruño, donde el buen Pedro ara; y Camila, antes de casada, queda viuda; y Santiago, que hace vida de París, y vive como huésped avergonzado en casa de su rica y danzadora esposa, vuelve a las tierras paternas, para morir en ellas, y burlar así fatigas que le pesan, y acreedores que le acosan; a lo que se rebela Pedro honrado, porque puesto que con la vida se contrajo la deuda, se tiene la vida empeñada a pagarla, y

—«¡Ea, hermano, que no hay que llorar: si no tenemos tierras nuestras, yo araré las de otros. ¿No querrá de mí para su labriego la señora Camila?»

—«¡Para mí, señor y marido te quiero, nobilísimo Pedro!» a cuyo grito se alzó la sala agitada y llorosa, y celebró con dilatadas palmas al autor bueno de esta comedia cierta y noble.

Ha de irse al teatro como a fuente de virtud: a templar el alma para lo difícil, a no perder el hábito de lo heroico, a familiarizarnos con lo extraordinario, de que la faena diaria nos aparta,—a cobrar fuerzas.

Y a la salida del teatro ¿qué cuentan estos que apuran, en vaso de cristal tenue, chocolate humeante,—o aquellos que saborean un buen lenguado, cubierto de salsa de oro—o aquellos que a lentos sorbos gustan el coñac perfumoso de Angulema?

Cuentan que Bertall ha muerto, que fue dibujador eximio, y fue hombre de ingenio grandísimo, que publicó *La comédie de notre temps,* donde no hay tipo de Francia que no esté pintado, y *La vie hors de chez soi,* que es algo precioso, donde andan como vivos los alegres franceses, ya jueguen, con ademanes febriles, en torno a las mesas puestas de Mónaco, ya se adornen el ojal de la levitilla de verano con el menudo azahar que recogen del suelo florido de Menton, que es lindo lugar de reposo, en el Mediodía de Francia; ya

suban fatigados, envidiosos de los tercos ingleses, las crestas de los nivosos montes suizos; ya rían, cortejen, bastoneen y dancen en las alamedas de Pau benéfico y la amable Niza.

Cuentan que León Say, que es Ministro de Hacienda, no quiere que el gobierno deba muchos dineros, porque ya debe 121 millones de libras esterlinas, lo cual dice que fían de él, y está bien puesto, pues le dan tanto, pero le pone en riesgo, caso de guerra futura o disturbio imprevisto, de haber de acudir a ruinosos empréstitos para pagar las rentas de la deuda enorme, por lo que urge dar de lado el pensamiento de comprar para el Estado, como otros prohombres de la República quieren, los ferrocarriles de Francia, para cuya compra había de hacerse mayor la deuda de la nación, que ha de mermarse, y no aumentarse.

Cuentan que Vacquerie, que es poeta bueno, y autor de *Tragaldabas,* drama romántico, va a dar al teatro *Hans et Marie,* que es drama heroico, y trabajo de peso. Cuentan que fue curiosa la fiesta de la Media Cuaresma, en que las lavanderas y mozos y mozas de los mercados vienen a los bulevares en procesión burlesca, y en aderezos raros y ridículos, de los que no fue el menos jocoso uno en que se hacía mofa de La Unión General, de mala fama.

Y cuentan que Gambetta pone ahora mano diaria en su periódico excelente *La Republica Francesa; y* que Juana Bonaparte, hija del príncipe Pedro, hombre sombrío, que mató al noble Víctor Noir, casó con Villeneuve Esclapon, marqués legitimista; y que la señora Autran ha muerto, y como antes de ser esposa del buen poeta Autran, lo fue del norteamericano Fitch, manda que con Autran se entierre su corazón, que fue ardiente y bueno, y con Fitch el resto de su cuerpo, como señal de póstuma lealtad. ¡Qué conflicto, en la hora de despertar, el de un alma con dos dueños!

JOSÉ MARTÍ

La Opinión Nacional. Caracas, 12 de abril de 1882.
[Mf. en CEM]

CARTAS DE NUEVA YORK EXPRESAMENTE ESCRITAS PARA *LA OPINIÓN NACIONAL*

España.—La calle del Florín.—Lacayos, generales y ministros.—Se abren las Cortes.—Los bandos enemigos.—Problema venidero.—Batalla de capitanes.—Las leyes liberales.—La ley de matrimonio.—Las reformas cubanas.—Dorregaray.

Nueva York, 1ro de abril de 1882

Señor Director de *La Opinión Nacional:*

Ya está animada la calle del Florín, que es ancha calle, a la cual dan las ventanas que fueron tribuna de los oradores republicanos el día en que de buen grado dejó el trono el buen rey Amadeo, y entró la nación a ser hacienda, y la aventaron, cual suele con la riqueza no trabajada el rico nuevo.—Ya se cierran las puertas misteriosas tras de los elegantes caballeros, en quienes se adivina señorío, ora porque les venga de creer que se los da lo viejo de su casa, ora porque lo tengan en sí, que es el mejor, ora porque lo hayan de encarnar en sí los votos y deseos de las personas mayores que los alzaron diputados por el distrito. Ya, rapados de cabeza, ligeros de pies, y solemnes como arúspices, recadean y mandadean los rugosos ujieres, que huelgan, como pastor en su traje de domingo, en las luengas levitas azules, esmaltadas de botones de oro, que les visten el cuerpo provinciano. Ya, como chispas del yunque de Vulcano, que debió ser rudo y torcido, vuelan palabras quemantes de los labios macizos de Cánovas. Ya, a manera de comisario del imperio, o de prestidigitador hábil, que llama la atención sobre sí para que no vean los espectadores curiosos las partes flacas del juego de la escena, vocea patria desde su banco de Ministro el ponderoso isleño, que administra las Islas, y se llama, como si para sí hubiera escogido nombres, León y Castillo. Y, a cada riesgo que, como una red, sale al paso de los

ataracea-dos liberales, pone en alto el Ministro de las Islas el estandarte brillador y toca en torno pitos y tambores, como los ujieres de la Universidad de Zaragoza en días solemnes, y anuncia que del lado acá del mar está llena la tierra de menguados herejes, que osan cansarse de poner la cabeza abatida en almohada de cadenas, y de comer pan de Santander, y de sentarse en cumbre de volcán que oyen rugir, contra cuyos grandísimos culpables sacude el estandarte el isleño bravío, para que con los juegos del sol encendido en el rojo damasco y áureos flecos y con el eco sonante de sus voces, que hablan de honra y peligro de la patria, que es modo de aturdir y de llamar, se diviertan los ojos y distraigan los oídos de los clamores católicos hostiles, retos de mercaderes enojados, murmuraciones de secuaces descontentos, y secas voces de Palacio,—que son cosas que traen como en pilares de cera el edificio sagastino, y en susto y en vaivén a sus inquietos moradores:—que se saben desleales a la monarquía, y más sus sepultureros que sus médicos y aguardan a su vez de su monarca, más que remedio, sepultura.—Son los guantes de los palacios reales como aquellos de Catalina de Médicis: perfumados con veneno. Y puesto que esas cosas van dichas, queda dicho que están ya abiertas las Cortes.

Quieren las batallas campos y batalladores. Ya los batalladores están prestos, pues, como arrecia la enemistad de los de Cánovas, agrúpanse, mal de su grado, en torno a Sagasta, sus tenientes ambiciosos, que creen que el goce casual de unas migajas de talento, que hubieron en el reparto universal, como en los granillos de azúcar de un homeópata suele haber una que otra partecilla de las medicinas que sobre ellos salpica el curador, no son un deber de estar reconocidos a la naturaleza bienhechora, que les regaló con buenas dotes, sino un derecho a vivir en alto, como estatua de mármol, de que sea sustento, como tributo natural, la patria. ¡Como si fuera algo más la inteligencia que el deber de emplearla dignamente! Y, a más de sus tenientes, batallan con Sagasta los secuaces de Moret que de él esperan mando, para cuando los amigos del general que trajo al

rey, medrosos de reformar, deserten de las filas de los reformadores que necesitarán entonces auxiliares osados, que serán los demócratas, los que no gusta el rey. Y los secuaces de Castelar, que esperan cuerdamente a que, a manos de sus propios mantenedores, venga a tierra la casa monárquica, para sentarse sobre las ruinas, con rostro afable y manos cansadas. Y los secuaces de Martos, que hacen que sonríen, y ofrecen que apoyan, y están sentados ya sobre fusiles. Cánovas, en tanto, concierta con los suyos los modos de batallar, y como toda España está en grita contra el Ministro de Hacienda, porque, por lucir de reformador ha cargado a España de gravámenes, y porque los pueblos son niños, que no tienen ojos para lo futuro, sino para lo presente,—contra el Ministro de Hacienda y sus reformas quebrará lanzas Cánovas. Como acontece que, con ofrecer mejoras a los cubanos, y enviarles a un Capitán afamado de benévolo, ha avivado Sagasta los males de la Isla, porque las mejoras, fueron burlas, y el Capitán ha sido rudo, y a los isleños confiados, a quienes la esperanza de esos beneficios confortaba, no queda ya hoy sino la esperanza burlada,—mantendrá Cánovas que intentar mejoras liberales en la Isla es darla a los rebeldes, y que cuando los pueblos han hecho ya una vez su mano a la guerra, no basta solamente arrancarles el arma de las manos, aunque sea besándola sumiso, como fue en Cuba, sino cortarles el brazo. Porque ve siempre delante de sí Cánovas, en las cosas de la Isla, aquella apuesta imagen del arcángel, que alza la espada recia, y pone el pie robusto en la garganta del gran ángel rebelde. Sólo que los cuerpos oprimidos, estallan.

Y como entre los partidarios de Sagasta, los hay que tienen miedo a descontentar a la Iglesia y al rey, más que porque les importe descontentarlos porque reciben gracia de su poder, y no esperan recibirla del poder venidero, o no tienen aún fe en su advenimiento,—Cánovas provocará combate en las leyes de matrimonio, que los de Sagasta piden tales que serán como ligaduras y mordazas para la Iglesia, y que forzarán a los medrosos a mudar de bando, y pasarse al

de Cánovas, con lo que habrá Sagasta de llamar a sí, para no alzarlos en su contra, a los demócratas, si el rey le da permiso, en lo que cabe duda, porque no ha de llamar el castellano a los que echen abajo su castillo.

¡Qué caudal de sucesos! Si el rey se da, de miedo de enojarlos, a sus naturales enemigos, que lo son aunque no lo quieran ser, porque el que educa a los pueblos los aparta de los reyes,—rebosará la ira de los monárquicos, que son ya, con lo que llevan de alejados del mando, cárcel estrecha a su cólera,—y exigirán, con voces de guerra y con espada tinta en sangre, que rey que crearon no deje de ser su criatura. Y si el monarca vuelve a los suyos, y desatiende a los liberales y quita la ocasión de regentear a los demócratas conversos, que quieren yugo de oro, estos limpiarán de sus sandalias todo polvo de monarquía e irán a avivar, en sus celos, los leños encendidos de la Revolución.—Nada sucede sin que tenga razón real de suceder. El hecho es un resultado, y como copa de árbol, la cual se ve, y viene de raíces invisibles. Cuando ya no haya raíces, vendrá abajo la copa. De esos escarceos, y calvario, y freno, ha menester la libertad en España. Es barco de dos velas el espíritu, y es la libertad una vela, y la prudencia la otra. A veces porque la prudencia retiene, imaginan los impacientes que estorba, sin ver que estorba como la tuerca de retención de los trenes que, acortando el paso en los despeñaderos, impide que el tren llegue en astillas ensangrentadas al hondo de la peña. Contener es acelerar. La tardanza en la preparación asegura la tardanza en la posesión.

Estas pruebas, y demoras, y juicio que como esencia suya dejan, y reflexiones que vienen de ellas, son el caudal que la monarquía, que es como madre egoísta que fue bella, y tiene celos de la belleza de su hija, lega al cabo, como reparadora ofrenda, y como en descargo de su demora, a la República, su hija.

Ya ha habido batalla en Cortes, que fue recia, y de capitán a capitán. No hay miedo en echar a combatir a un juicioso de aldea, acorazado de la verdad, y hecho a obrar a la luz, contra un

escarceador de Parlamento, hecho a esgrima italiana, que es saltarina y juguetona, y salta como cebra, y revolotea como tábano y hiere de costado. Pero es temible la batalla entre dos esgrimidores, porque, como se conocen las artes, se las esquivan, y el más astuto da al fin con las hendijas de la armadura del contrario. En esos pueblos de Europa que viven ahora en época de tránsito, en que no cabe medro sin ocultar la verdad de lo que se desea, porque si se está por lo pasado, se corre riesgo de perder el apoyo de los que están a lo futuro, que ya comandan, y si se está a lo futuro, córrese riesgo de descontentar a los amadores del pasado, que mandan todavía; en esos pueblos históricos, que son ahora pueblos embrionarios, y como en larva, lo cual se ve en lo confuso de sus letras, en lo inquieto de sus hombres, en el descolor de su teatro, en lo vario y numeroso de sus leyes, en lo híbrido y movedizo de sus teorías; en esos pueblos en renovación, en que se notan a la par, como señales de estos tiempos, la pereza, entendible de los poseedores de antaño, en dejar de poseer, y la pereza, meramente humana, y tal vez útil, de los poseedores venideros en recabar su definitiva posesión, son las lidias de los Parlamentos como simulacros de batalla, y boxeo con guantes, en que, a la par que se hace vacilar y bambolear al adversario, se le da cortésmente, por miedo de que, montado en ira, desnude la mano, y dé con ella recio, y porque en esta mezcla de creencias que lleva a los hombres a comenzar en sus adversarios, o a parar en ellos, todo hombre sabe que golpea un tanto de sí, y único elemento del mundo nuevo, en aquel a quien golpea, y da suavemente.

En suma: discútese en Cortes, por una y otra razón, que hay más de una, la política visible, y no la cierta. Que la política es como el rostro, que no revela, sino encubre. Los de Cánovas pidieron a las Cortes que aprobasen un voto de censura al gobierno de Sagasta, y Cánovas, con sus artes de Italia, apoyó la petición, y dijo que habían sido vanos y peligrosos los alardes de bondad de los liberales para con los cubanos, que no se satisfacen, a lo que parece, con cosas de poca monta, y a lo que respondió León y Castillo, como si fuese

cierto, y no le estuviesen oyendo periodistas desterrados, y cubanos obligados a estar fuera de Cuba, que los isleños gozan de los mismos derechos que los españoles, lo cual sería en verdad triste cosa para los de España. Y no hubo fracaso del Gobierno, o lado vulnerable, en que no hiriese Cánovas temible. Pero como el Ministro de Justicia reconociese, a un ataque áspero del censor, que el Parlamento tiene el derecho de rever los actos de todas las autoridades públicas, para que estas no queden sin castigo en sus errores, como decía el censor que iban a quedar, fue alejado de la discusión el voto de censura, no sin afirmar Sagasta que nunca se vieron gatos y mujeres en paz tan perfecta como en su tranquilo gabinete, de lo que rieron extraños y propios, y el mismo que lo decía.

Y hay leyes nuevas, como la del matrimonio, que, a cambio de que la Iglesia se obligue a reconocer que son válidos los matrimonios civiles, y que han de inscribirse todos los matrimonios, para que tengan validez, en el registro civil,—reconoce, lo cual parece a la Iglesia más injuria que concesión, que son válidos, a par de los civiles, los matrimonios meramente religiosos. Los tribunales eclesiásticos y la Sede Romana deciden ahora de las querellas matrimoniales, y la ley nueva quiere que sean estas querellas decididas, como todas las demás, en los tribunales de la nación, y no en los de la Iglesia. El matrimonio bien contraído en cualquiera otra nación, es bueno para la ley nueva. Y si uno que se desposó luego de los esponsales, se arrepiente de casarse, no será obligado a casarse, sino a pagar los costos del proceso que le mueva el ofendido. Ve la Iglesia que pierde, de ser votada esta ley, arma mayor: y no habrá esfuerzo que no haga porque no se la prive de esta arma.

Como el haber ofrecido a los cubanos reformas decisivas había reencendido las esperanzas de los isleños, y el enviarles reformillas de befa, más hechas para irritar que para apaciguar, ha traído nueva y grave agitación a la Isla, que de los liberales de España esperaba crédulamente bienes, y ve ahora, como otros vieron de ha mucho, cuáles bienes ha de esperar de los liberales,—vese el gobierno de

Sagasta forzado a idear reforma que parezca buena, y vuelva la fe a los que la tienen perdida, por lo que ha presentado en Cortes una ley en que anuncia que entraba, para seguridad y contento de los cubanos, la autoridad, hasta hoy nunca entrabada, de los Capitanes Generales, de los cuales dice la ley en el preámbulo cosas gravísimas, y la que, como para poner alivio a los males que causan, da a los Capitanes el derecho de suspender las garantías constitucionales,—aunque tienen,—en lo que va la magna concesión que ha de poner en gozo a la Isla—que anunciar la suspensión de las garantías a la metrópoli, luego que las hayan suspendido, como al Consejo Supremo de la Isla, en que son consejeros el Obispo de La Habana y el Arzobispo de Santiago, y el Segundo Cabo de la Isla,—que se llama así del tiempo en que se llamaba cabo a los jefes de ejército, como a Cortés, a quien el duque de Rivas llama cabo,—y del Intendente, y del Regente y Fiscal de la Audiencia, que es como si se hiciese en fábula un consejo de lobos, para saber de ellos si había estado bien el comerse a una oveja. Y la ley dice, para que el gozo de la Isla no se amengüe, que si el Consejo Supremo no aprobase la suspensión de garantías ordenada por el Capitán General, este no ha de estar a lo que el Consejo opine, que es justamente lo que se hacía en Flandes, en los tiempos en que era rey de España Felipe el Segundo, y gobernaba a los flamencos el buen duque de Alba.

Y otra ley se ha leído en Cortes, que es la de empleados en Cuba, la cual admite a los hijos de la Isla a puestos menores, la cual sería ley muy codiciada en otra tierra, mas no ha de hallar aplauso mayor en una tierra que prevé tales daños, y sufre ya talmente, que ha de mirar con ojos flameantes de corcel rebelde esa merienda de ratones.

Peleó en tierra de Cuba, y ha muerto en la de España, un caudillo de la majestad, acusado de cruel, y que valió más para capitán de horda que para hombre de estos tiempos, en que parece que el hombre que ha vuelto a merecer la libertad por la sangre que ha vertido por ella, reentre en el goce de ella. El que ha muerto es Dorregaray, que fue jefe de carlistas, y lugarteniente de don Carlos.

Era hombre apuesto, rudo en el consejo, y recio en la batalla. Llevó los hombres a morir:—ese debiera ser el epitafio de los matadores. Y ese es su epitafio.

JOSÉ MARTÍ

La Opinión Nacional. Caracas, 15 de abril de 1882.
[Mf. en CEM]

CARTAS DE NUEVA YORK EXPRESAMENTE ESCRITAS PARA *LA OPINIÓN NACIONAL*

Italia.—Las catacumbas y los arqueólogos.—Hallazgo.—Irene y Ágape.—Una columna egipcia.—Un conde asesino.—Una condesa valerosa.—Ópera póstuma.—Los siete cardenales nuevos.—El día del Pontífice.

Nueva York, 1ro de abril de 1882

Señor Director de *La Opinión Nacional:*

Ha estado Italia toda espantada del crimen de un conde, el cual ha muerto de veneno, que le llevó a su prisión su esposa. Los arqueólogos han estado de fiesta, porque han hallado cosas nuevas curiosísimas. Y a la par han celebrado los fieles de la poesía el nacimiento de Virgilio, y los de la Iglesia el de León XIII. Y siete capelos adornan ya la cabeza, antes tocada de la humilde mitra, de siete cardenales nuevos, escogidos entre los que más brillan y batallan por el recobro de los dominios de la Iglesia.

Roma abunda en arqueólogos, y estos veneran al profesor Rossi, que, como varón moderno espantado del ruin modo y viles causas que se descubren en la batalla de la vida, se ha refugiado en lo muerto, que no engaña, ni mata, y da al hombre el placer inefable de crear, dándole a hallar de nuevo lo perdido, y el de conocer la causa de las cosas, que es insaciable y noble apetito de nuestra alma. Las piedras, para esos hombres, son espíritus esclavos, criaturas benévolas, míseras, mudas, que quisieran hablar a quien les habla, y no pueden hablarle. Interrogan esos buscadores con largas miradas los secretos de las piedras. Un vapor espiritual y luminoso emerge de los monumentos agrietados y negruzcos. Parece que las miradas ansiosas del observador ponen vida en las ruinas que observa. El estudiador las acaricia, como si fueran cosa

suya, y muy amada; y las mueve con esmero, como si no quisiese lastimarlas. No es un duelo, sino un enamoramiento. Y al fin la piedra cede, movida a piedad de su amador, y le habla. Así ha andado por las catacumbas de Roma el arqueólogo Rossi; se sentó donde se sentaron los cristianos hambrientos; se entró por las sombrías cuevas donde murieron, alimentados de divina fe, y clavadas en el seno, seco de hambre, las agudas uñas, y los ojos en la cruz amada, hecha con hondos canales en la piedra, de donde salía, a favor de la sombra, lumbre de abismo misteriosa; ha echado abajo con sus manos los restos de las tapias que, para que no les alcanzasen los soldados de los emperadores, alzaban tras de sí, en los negros recodos de las callejuelas de la inmensa cueva los cristianos perseguidos; ha sentido ante aquellas tumbas húmedas de paganos y de fieles que pueblan los vastos muros subterráneos, cómo ante todo martirio, se doblan, como al poder de mano férrea e invisible, todas las rodillas; y ha hallado al fin, allá donde se alza, un tanto lejos de Roma, la puerta de San Sebastián, una piedra que explica aquel misterio de la cena profusamente repetido, entre inscripciones varias, en los sepulcros de aquellos hombres que vivieron en los tiempos en que la luz tenía que refugiarse, de miedo de los hombres, en las cuevas. Y ¡aún está empeñada la batalla, y aún es culpa la luz, y causa males a quien en sí la lleva; e ira a aquel que ve que la lleva otro, o no se quiere que se vean, puestas a ella, sus deformidades! En gran número de sepulcros en las Catacumbas anda pintada una cena misteriosa, a la cual tenían unos como imagen de la Eucaristía, en que se recibe, merced al bien obrar, el pan eterno, pero que era para otros aquel banquete místico con que celebran las almas que reposan la llegada a su huerto del labrador que, porque fue bueno, y aró bien, va a reposar. Pero ahora ha hallado el buscador Rossi una pintura al fresco de la cena, que es tal que pondrá paz a las disputas de los arqueólogos, porque en aquellas inscripciones de cristianos se dice que, luego de morir, las almas descansaban en paz y caridad con Dios, y allí se ve a un

cristiano sentado a la mesa del banquete entre dos figuras alegóricas, a una de las cuales, que es Irene, o la paz,—de aquella buena Iris, mensajera de Juno, que está en el cielo porque nunca dio a Juno nuevas malas: «Irene, da caldam», porque era uso de romanos mezclar el vino con agua caliente; y a otra de las cuales, a Ágape, que quiere decir en griego caridad, y entre los cristianos de la primera Iglesia era nombre de banquetes de paz: «Agape misce mihi». Con lo que se ve, que el banquete de las tumbas es de aquellos tiempos en que aún tomaba el sentimiento nuevo formas a la poesía antigua, y que con él se celebraba no la sangre que no se seca y el pan que no se endurece, sino el descanso del espíritu de los fieles, que comen sentados,—y no de pie, como se come en la vida,—entre la paz y la caridad. En eso está el trabajo de los hombres: en celebrar esos banquetes en la tierra.

No es de las menores maravillas de Roma la Biblioteca Alejandrina, ni es de poca monta entre sus curiosidades un librillo, forrado en muy rugoso pergamino, que cuenta cómo era Roma ha dos centurias, y que, como en testimonio de que aún pervadía a la ciudad cristiana el espíritu pagano, llamase *El Mercurio errante de las grandezas de Roma*, en cuyo libro ha hallado el bibliotecario razón de una columna egipcia, de granito rojo, que ha de estar por la plaza de San Luis de los franceses, cerca de donde se alza ahora el Senado, y tuvo Roma en los tiempos del Papa su casa de correos. ¿Qué será de la plumilla ruin que escribe esto, cuando así yacen debajo de la tierra, con los pueblos que los admiraron, los monumentos nacidos a conmemorarlos? ¡Qué ridícula, la soberbia humana! ¡Qué sabia la modestia! ¡Qué mundo inmenso, el mundo en que es tan pobre cosa un hombre que padece tanto! Parece Egipto pueblo hembra, hecho a seducir por su hermosura, y a ser así codiciado y profanado! En París se alza, como gigante que acusa, y desterrado que se queja, el obelisco de Luxor! ¡Y en Roma, hace de cimiento a los palacios de los históricos Patrizzi y los arrogantes Giustiniani, esta

columna hermosa, escondida bajo tierra en castigo de su crimen, el crimen de haberse erguido!

Viene ahora a la memoria, por culpa bien distinta, ese conde asesino, que ha traído preocupada a Italia, no hecha a ver castigados crímenes de condes. Fue cosa sombría, que ha rematado en tragedia. Era Alejandro Faella noble en pobreza, comido de avaricia, y tenía amigo rico, que se llamaba don Virgilio, y era párroco. Fue siempre el Faella hombre torvo y temido, que luego de haber fabricado una casa de campo, que allá llaman *villino*, y de haber abierto en ella una cisterna, que decía él era para guardar vinos, despidió un día al ama y criados, y a cuantos en la casa había, lo cual fue en el día en que, cubierta la cabeza de su bonete de uso, y doblada sobre el brazo la capa sagrada, fue a ver la casa nueva don Virgilio, que anduvo con tan mala fortuna que puso el pie en la boca de la cisterna que Faella había sellado mañosamente con unas rajas de leña, tapadas con una red, oculta bajo yerbas y hojas secas, entre las cuales, al remate del año, fue hallado,—cubierto de piedras, y con la mano alzada como para protegerse en la horrenda caída, el cadáver del mísero don Virgilio con su bonete y su capa de paseo: a cuyo descubrimiento se vino, entre otras razones, por haber recibido el subprefecto de la ciudad un singularísimo documento, que fue un folleto sobre locomotoras, algunas de cuyas palabras impresas unidas a las que iban escritas sobre ellas, decían que don Virgilio había ido a Génova, porque se sentía en vena de recorrer la tierra como misionero, y que elegía a su amigo querido, el buen conde Alejandro, para que repartiese, conforme a su juicio, su hacienda entre los pobres de Imola, que fue el lugar del caso. Y Faella decía que le debía el párroco muy gruesa suma, en cuya deuda se iba, y por lo cual le dejaba sin duda aquel testamento, como medio de pagarle. Pero como la última vez que se vio a don Virgilio, se le vio en compañía del conde; y como era raro que el párroco acaudalado hubiese tomado dineros del conde en penuria, por más que enseñase el conde las cartas de pagar

del párroco; y notasen los campesinos que la cisterna había desaparecido, y que de ella emanaba extraña fetidez, vínose a aprehender al conde, de quien se averiguó que había falsificado gran número de letras de cambio de personas varias, con las que había recabado grandes sumas, y que aquella cisterna en que murió el párroco, no fue para el párroco hecha, sino para un acreedor de Faella, que era acreedor y amigo. En eso iba el proceso, y no ha acabado. Dicen que murió de mal de corazón; pero los que el día antes de su muerte vieron salir de su celda a una mujer arrogante y pálida con los labios lívidos, la frente erguida, y los ojos brillantes y secos, dicen que murió como se moría en los tiempos de nobles en Italia. ¡Aún es esa una virtud, cuando se ha cometido un crimen: saberse matar!

La fiera condesa se ha ceñido las tocas de viuda; a la par que los romanos aplaudían, como si con sus voces amorosas quisieran despertar a aquel hombre afligido que vivió en Bérgamo, y cantó sobre la tierra cánticos celestes, la ópera póstuma del triste Donizetti: *El Duque de Alba.* ¡Qué tormento, tener los pies atados a la tierra, y sentir en la frente aires divinos, y en el corazón trova amorosa, y las alas entrándose en las nubes! La claridad del cielo, de puro viva, ciega para la tierra. La superioridad es una especie de locura. ¿Pues qué ha de hacerse, con candelabro de Venecia suntuoso, en cueva oscura en que los hombres andan arrastrándose? De esos males sufría el que dejó sin terminar El *Duque de Alba,* que fue puesto en escena en el teatro de Apolo, que es en Roma gran teatro, y donde ha pocos años, porque no supiera el pueblo villanías de nobles, representábase otra ópera de Donizetti, *Lucrecia Borgia,* con un nombre de máscara, *Elisa da Fosco.* Así como cantaban *la Traviata,* mas no la llamaban *Traviata* sino *Violeta.*

Más graves cosas que esas de poner vendas a los ojos populares, ocupan ahora al Vaticano, donde, en el día aniversario del nacimiento de su jefe, oyó la Iglesia de su pastor quejas sentidas, y palabras de fe, y voces de batalla, como que dijo el Pontífice que era en verdad tan grave

la cuestión romana, que no podía fiarse al tiempo ni al silencio el encargo de resolverla, sino que ha de hacerse de modo que la libertad y dignidad del jefe de la Iglesia sean amparadas de toda extraña influencia, lo cual cree León XIII que ha de ser al cabo, porque las pasiones que los demagogos azuzan en los países que no aman ya a la Iglesia, vendrán a espantarlos de manera que buscarán refugio en los brazos del Papa, como depositario sumo que es sobre la tierra de la moralidad y el orden. Cuyo discurso dejó contentos a los miembros del Colegio Sagrado. Con el nombramiento de siete cardenales consagró León XIII el mes que con ese discurso había empezado, y son los cardenales nuevos el arzobispo de Dublin, que se llama Mac-Cabe, y es celosísimo mantenedor de la Iglesia Romana en Irlanda, que es tierra muy católica; monseñor Joaquín Lluch y Garriga, que es arzobispo en Sevilla, y tiene agradecido, con su fervor activo, al Papa; Charles Lavigérie, arzobispo en Argel; Domenico Agostino, que ya lleva el palio en Venecia; Angelo Jacobini, primo del Secretario de Estado de León XIII; Pietro Lasagni, Secretario del Sagrado Colegio; y monsignore Ricci-Paracciani, mayordomo de la casa del Pontífice en tiempos de Pío IX. El premio aviva el celo, obliga al que lo recibe, y enciende en ardor nuevo al que lo desea. De Alemania, que entra en miedo de los que piensan libremente, porque del pensar con libertad en religión, se viene a pensar con libertad en política,—vienen ahora a Roma voces que, aunque parecen de auxilio, son de angustia, y el Vaticano remozado, se apresta a la liza, y le da jefes.

Luchan así por el poder los hombres, en tanto que con amorosas trovas, luego de mil novecientos años de nacido, celebran los romanos a aquel que cantó en versos dulces como el jugo de las uvas sabrosas de Falerno, y cuya sana y benéfica poesía, que engrandece y alegra, fue como aquel noble vino de Sabina que, en honor de Mecenas, había guardado Horacio en vasos griegos.

La Opinión Nacional Caracas, 17 de abril de 1882.
[Mf. en CEM]

CARTAS DE NUEVA YORK EXPRESAMENTE ESCRITAS PARA *LA OPINIÓN NACIONAL*

España.—Cataluña contra España.—Barcelona revuelta.—Madrid agitado.—Proteccionistas y librecambistas.—Sesión solemne—Sagasta afronta la rebelión.—Castelar, los demócratas y los catalanes.—Ha de votarse el tratado de comercio con Francia.—Cafés y teatros.—Sarah Bernhardt en Madrid.—El teatro hermoso.—Un torero moribundo.

Nueva York, 15 de abril de 1882

Señor Director de *La Opinión Nacional:*

Rudo ha sido el principio de la primavera para España. Se ha rebelado Cataluña, que quiere que sus productos ásperos y costosos sean preferidos en el resto de España a los más baratos y mejores de otras tierras. Ha hecho frente Sagasta a la rebelión, y declara que no ha de querer el mal de todas las provincias españolas porque continúen gozando de beneficios indebidos los fabricantes catalanes. No quiere Cataluña, que teje linos, lana y algodones, que celebre España un tratado de libre comercio con Francia, porque aunque de esto vendrá que los franceses compren mucho más vino del bueno de España, y que España toda compre a bajo precio los tejidos que hoy compra a precio alto, vendrá también que Cataluña no tendrá ya cómo vender sus lienzos burdos, o habrá de buscar modo de tejerlos mejor, de lo que no ha menester ahora, puesto que, burdos como son, los vende.—Y eso es la ira: no es revuelta de pueblo, sino de magnates. Ni la azuzan republicanos, que han aprendido a ser prudentes; sino canovistas, que no se hallan con estar fuera del mando, y con que brille en él Sagasta. Y hubo en las calles de Barcelona vivas a la república, mas eso es arte vieja, que consiste en pagar bien una docena de gritadores, para que se

achaque a un bando inocente lo que en realidad hace el bando que no grita.

Grande ha sido la agitación en Barcelona. Y en Madrid, grande. En Barcelona, no había tienda abierta: no había fábrica en labor: no había calle sin muchedumbre. De agitadores se han llenado las cárceles. De diputados, iban y venían llenos los ferrocarriles. A Andalucía, a Castilla, a Oviedo enviaban mensajes los rebeldes. Querían alzar a España contra lo que le urge, que es abrir al mundo sus mercados, y abrirse los del mundo. Y no respondió España. Alto es el castillo de Montjuich, y tres cañonazos anunciaron desde él a Barcelona que la tierra catalana había sido declarada en estado de sitio—lo que es tanto como romper de un golpe de bayoneta la carta de derechos personales;—verdad es que los catalanes comenzaban por querer romper la carta de derechos de la Nación. Porque a la faz de las Cortes, que quieren el tratado generoso, y de España sensata, que las apoya, y de las declaraciones de los comerciantes españoles, que quieren el crecimiento del comercio, y el abaratamiento de los productos—pedía la osada Cataluña que no votasen las Cortes el tratado con Francia.

Azuzaban los ricos a los pobres anunciándoles que de ser el tratado decidido, caerán en ruina sus industrias, y con ellas la labor de los que las trabajan. Pero el dañado no va a ser el pueblo, que comprará en poco lo que venía comprando en mucho, sino los que le venden, que tendrán ya que vender lo que vendían por mucho, por poco. Sólo que el pueblo no sabe que la verdad no es lo que se ve, y que prever es la buena manera de ver, aunque parezca que por mirar mucho hacia adelante no se mira bastante lo presente. Y los barceloneses, azuzados, como los obreros de las ciudades todas de Cataluña, se pusieron sus ropas de fiesta, para gozar de la huelga sombría, y los cafés se llenaron, y la anchurosa Rambla, y de pie y sin dormir aguardaban los soldados en los cuarteles. Allá en los barrios bajos, policía y obreros vinieron a las manos. Las tienen pesadas los catalanes, y las tiene ligeras la policía. La

amenaza no era, sin embargo, bulliciosa, sino sorda. Poner miedo querían, no verter sangre. Ni una tienda había de abrirse, ni de rodar en las fábricas una sola rueda. Ya era que entraban en el Palacio del Gobierno los fabricantes ricos, y oían durezas del gobernador, que los acusaba de empujar el motín, y ofrecían que abrirían sus talleres si el Gobierno enviaba a ellos sus tropas, como ofrecía enviar, contra la ira pública. Ya era un oficial de Estado Mayor, que cruzaba a rapidísimo galope, camino de la Casa de Gobierno, las calles rebosantes, que, al verlo pasar, rompían en murmuraciones y blasfemias. Ya era una junta de personajes magnos, a quienes, para que le ayudasen a traer los ánimos a paz, había convocado el gobernador.

Madrid oía con desasosiego tanta mala nueva. Más desamor que amor hay en Madrid para los catalanes. No quiere al resto de España Cataluña, ni es Cataluña querida del resto de España. Gran hilera de gente ansiosa esperaba a las puertas de las tribunas públicas del Congreso, que son allá pequeñas, como hechas por gobierno a quien conviene no ser muy oído. Y un chicuelo sale de la hilera apretando en su mano un luciente duro, que para ganar puesto ha estado allí sin dormir toda la noche, como hacen otros aguadores, y perezosos, y buscavidas, y un señor acaba de comprarle bien su puesto. Llenas están ya dentro las tribunas de los enviados catalanes, y rebosa el salón circular sus diputados, y habla, en medio de vítores, Sagasta altivo, que lee en Cortes los telegramas que hora tras hora envían de Cataluña, y anuncia bravamente que ha de mantener el derecho de las Cortes a votar, el del gobierno a hacer obedecer sus votos, el de la nación a vender bien sus frutos y comprar baratos los extraños, y los presupuestos nuevos que gravan a España en ocho millones anuales para librarla de novecientos millones de deuda cuyo interés la roe. Y dice que a ira opondrá ira, y al poder de la rebelión el poder del gobierno, y que no habrá demostración alguna en las provincias que impida que el tratado de comercio con Francia sea votado, ni temor que la haga oponerse con toda su energía a

la ambiciosa rebelión que intenta privar de sus derechos a la mayor suma de España.

Al rey fueron a ver, enviados de Cataluña, y el rey les dijo que quería ser, por sobre todo, monarca constitucional. Reuniéronse en ancha y hermosa sala del Congreso todos los diputados demócratas, a oír las quejas de fabricantes y obreros catalanes que gustan de no tener que sufrir rey, pero que exigen que en el comercio se les tenga como a reyes. Castelar oía inquieto y atento. Los catalanes hablaban de prisa y con ira. Ni federales, que mantienen el derecho de cada provincia a obrar como le plazca, y están de gozo por este conflicto de la provincia y la nación, que viene en apoyo de su doctrina; ni los demócratas dinásticos, que habrán temido que los vean en público con los antidinásticos, asistieron a la junta, que fue larga y vehemente, y en la que Martos, que es gran prometedor, y Carvajal, que sabe conciliar, ofrecieron buscar modo, que no han de hallar por cierto, de acordar las necesidades de Cataluña, que hace de lobo en eso del comercio, con las del resto de España, que hace de oveja. Y Castelar, que presidía, habló severa y hermosamente, y aconsejó a los catalanes que estuviesen en paz, y mejorasen sus industrias para competir con las extrañas, y desoyesen a los que quieren hacerse pedestal nuevo para el poder, manchado con noble sangre catalana, y miras en que la libertad es de una pieza, y ha de aceptarla entera el que la acepta, y acatarla, cuando mejora y afirma el comercio, como cuando mantiene y asegura los derechos y la vida de los hombres:—que no es mueble alquilado, que se use cuando se le necesite, y se devuelva cuando estorbe.

Y a eso ya Barcelona estaba henchida de soldados; poblaban sus cuarteles fusileros que venían de las provincias vascas; anclaban en sus aguas buques fuertes del rey. La comisión del Congreso a quien se fió el encargo de dar opinión sobre el proyecto del tratado con Francia, dijo que le parecía el trabajo excelente. Dijéronlo también los comerciantes madrileños. Corrió como cierto que los catalanes se apaciguarían,

porque consentía Sagasta en añadir un artículo al tratado, por el cual pudiera cesar éste al punto que lo quisiese uno u otro gobierno contratante, con lo que, para cuando vuelva al mando Cánovas, queda el tratado muerto. Mas no ha de parecer eso bien a Francia. Y los pasillos de las Cortes rebosan. Y los cafés henchidos bullen. Los oradores jóvenes de la Cervecería se ensayan ante la maquinilla de café que hierve sobre la mesa de mármol, para cuando les venga en turno decir en altas voces desde los bancos de caoba del Congreso cosas magistrales.

Los políticos sesudos que repletan el Suizo dicen que los conservadores del Congreso y los liberales proteccionistas han hecho liga, y votarán contra el tratado. Los caballeros cesantes que se juntan en la Iberia discuten calurosamente las artes de Sagasta, que a los españoles enamora, por lo travieso y brioso, aunque les haya airado a veces por lo mudable y amigo de sí. Y ya se sabe que Sagasta no hará caso de gabinete el del tratado, lo que es cosa muy hábil, que sale en derechura a ahogar la esperanza secreta de sus enemigos, que ya le veían por tierra, y abandonado por los suyos, lo que no sucederá ahora, porque deja a cada diputado en libertad de votar con las provincias catalanas o con las demás provincias, con lo cual si queda vencido, lo será de modo que le traiga descrédito, mas no muerte.

Y ya están fatigados los madrileños de esas cosas graves de Barcelona; y de la sesión del primer domingo de este mes, que fue solemne y conmovedora, como que ya iba la noche adelantada, y aún se leían en el Congreso, en triste silencio, los telegramas que traían las malas nuevas de la creciente rebeldía de Barcelona. Ya hablan de teatros, que Sarah Bernhardt está en Madrid, y para ella se abrieron las puertas del Coliseo Real, que fue antes, en los tiempos en que se llamaba corral a los teatros, corral muy bullicioso, de muy buenos actores; pero que no ha vuelto a ser, luego de convertido en suntuosa casa de arte, coliseo de drama, sino de ópera.—Hermosísímo estaba el

rico teatro, y en su palco los reyes, y en los suyos las damas, que parecen, vistas de lejos en aquellos palcos de paredes rojas, con sus galas muy vivas, joyas aladas. Allí los grandes; allí los elegantes; allí los juzgadores. *El Lunático* hablaba con Leopoldo Alas, y *Asmodeo,* que es don Ramón Navarrete, con Ortega Munilla; y era todo hacerse lenguas de la actriz francesa, que se ha casado ahora con un griego; y decir que va con ella el arte sumo, pero que la Matilde es más fogosa, y que si fuera española, no diría como Teodora Lamadrid aquel «¡arre, burro!» saladísimo de *La villana de Vallecas*.

En tanto, pálido y agonizante, estaba en su lecho el torero Ángel Pastor. Lució al sol el vestido azul y oro; echó al aire, ante el palco del rey, la montera de negros alamares; tomó trémulo la muleta de capear y la cortante espada; y el toro, airado, clavó su asta en el cuerpo del torero. ¡Eran toros muy buenos, que sembraron la plaza de hombres heridos, y caballos despedazados! Expirando le sacaron de la arena, con la hostia le tocó en la plaza misma el sacerdote los cárdenos labios; vacía quedó la plaza, y llena la calle de gente que iba tras la camilla del torero. Y al pie de su cama, su mujer llorosa y sus temblantes hijos. Y la casa llena de nobles y de enviados de Palacio. Y en la pared, manchado de sangre, el traje azul y oro. Y Madrid, alegre.

José Martí

La Opinión Nacional. Caracas, 2 de mayo de 1882.
[Mf. en CEM]

CARTAS DE NUEVA YORK EXPRESAMENTE ESCRITAS PARA *LA OPINIÓN NACIONAL*

Italia.—El centenario de las Vísperas.—Las Vísperas Sicilianas.—El de Anjou y Prócida.—Los sicilianos y el Pontífice.—Fiesta en Palermo.—Regata: discursos: monumentos.—Vino de Siracusa y vino de Marsala.—Mercaderes, mártires y caballeros.—Roma.

Nueva York, 15 de abril de 1882

Señor Director de *La Opinión Nacional:*

El mes de abril, mes de amores de aves y de alba de la tierra, ha sido mes de fiesta para la histórica Palermo. Un día todo fue en ella sangre y susto: hoy todo ha sido flamear de banderas, y brillar de luces, corear de alegres voces, y colgar de farolillos y festones el balcón risueño, y celebrar con altos y populares regocijos la bravura de aquellos sicilianos que, seiscientos años ha, revolviéronse fieros y clavaron los puñales vengadores en la garganta, llena de cantos y de vino, de los mercenarios franceses, y de cadáveres de soldados de Anjou alfombraban las calles, que contaban al amanecer del tremendo día de pascuas, más que piedras, cadáveres! Y fue que el Papa, que odiaba a los Hohenstaufens rebeldes, que por conquista se habían adueñado de la tierra, llamó en apoyo de su odio, y contra los Hohenstaufens a Carlos de Anjou, afamado de bravo, y le ciñó corona y le regaló aquella tierra, de que a poco era señor aquel rey nuevo; mas sus soldados se dieron, cansados ya de cazar hombres, a cazar damas,—y se iban por las calles en busca de Margaritas como el lobo se entra por el valle en busca de ovejas,—y querían beber a los sicilianos el vino de sus cubas, que ellos les daban de mal grado, y el de sus almas, que estaba en sus mujeres, y no quisieron darles,—y como en ese día de Pascua los de Palermo andaban

de gorja taberneando y danzando en el pueblo cercano de Oretto, en cuya danza y taberneo no quisieron admitir a los franceses, que andaban arma al cinto por las calles,—montaron los de Francia en cólera y so pretexto de ver si allí llevaba arma escondida, Drouet de Genlis, que era alto oficial y mozo insolente, hundió su mano en el seno de una linda siciliana que de brazo de su hombre cerca de él pasaba, a lo que cayó muerto, de un golpe de puñal del bravo hombre en el pecho inmundo, lo cual fue la señal para la matanza, que, como las campanas de la iglesia tocaban a vísperas a esa misma hora, se llamó la matanza de las vísperas, en que no murieron menos de 8 000 franceses,—aunque no el de Anjou, que se fue a Nápoles—y tras de los cuales, como con aquella dama de los Hohenstaufens a quien tocaba en herencia la Sicilia, estaba ya casada con Pedro de Aragón, vinieron a ser una, por tiempos luengos, aunque todos llenos de miserias y disputas, las coronas de Sicilia y Aragón.—Y quedó el Papa vencido, repuesto el señor viejo, y el francés muerto.

Y este 31 de marzo, en que cumplían seis siglos desde aquel día del ejemplar horrible, celebró la isla de Sicilia con gran pompa, no el crimen por de contado, si lo hay en volverse contra tamaños profanadores de patria y de mujeres, sino aquel brioso espíritu de independencia que sacó al fin de la tierra a los malvados. Fueron terribles aquellas vísperas. Manchados quedaron de sangre los viejos castaños y los grandes olmos. No cruces de madera señalaban el lugar en que habían caído las víctimas, sino, clavadas hasta sus gargantas, cruces de puñales o de espadas. Los puñales aquella noche tuvieron alas. Se oía en la ciudad ronquido sordo y bronco, como de monstruo que muere en la sombra, o de hombres rabiosos y hombres moribundos. Los brazos eran astas, rematadas por hoja afiladísíma. Los angevinos vestían de ricas sedas y de amarillos cueros, que a poco fueron rojos. Es temible la cólera de los hombres de ojos negros. Cuando venció el de Anjou a los Hohenstaufens, levantó, sobre las cabezas del pueblo amenazante que

quería a sus viejos dueños, un cadalso grandísimo, en que rodó la cabeza hermosa del príncipe Federico, que era mancebo gallardo de unos dieciocho años,—la cual cabeza tomó con manos firmes su hermano Conrado, que tenía aun dos años menos, y la besó con labios ardientes y convulsos, y la miró con larguísima mirada, y la puso en el tajo; para quitarse de su mano noble un guante que echó al pueblo, como en demanda de varón que le vengase, cuyo guante recogió del suelo, pálido de odio, un varón eminente, llamado Juan de Prócida, en tanto que al lado de la del hermoso Federico rodaba la cabeza de Conrado. Y los franceses quisieron luego mancillar a las damas de la casa de Prócida, porque el espectáculo de la virtud ofende a los malvados, y les entra prisa por destruir aquella causa de remordimiento, que les acusa perennemente de su vileza: asaltaron la casa, ganosos de bestialear en madre e hija: mataron al hijo mozo, que vino a defender a hermana y madre, en lo que perdió la vida sin evitar la injuria bárbara. Y Carlos de Anjou, el rey, ante quien el viejo Prócida postró en demanda de justicia la blanca barba, se encogió de hombros. A lo que el pueblo sacudió los suyos, que los tiene de león, y echó a tierra como montes de arena, a aquellos millares de villanos, y el rey para salvarse, más que en mar de agua, bogó en el mar de sangre de los suyos.—Y a eso llaman los hombres las Vísperas Sicilianas.

Y como ahora dicen que de Roma, de donde fue a Sicilia el de Anjou coronado, viene peligro para la libertad de la nueva Italia; y se susurra que el Pontífice quiere otra vez a Roma, a lo que se resistirán los italianos, por lo que vendrán tal vez a Italia, como soldados del Pontífice, hombres rudos de otras tierras, que harán como los de Anjou con patria y con mujeres; y como de murmurar de esto no vienen cariños para el Sacerdote Cristiano, sino sustos y rencores, el centenario de las Vísperas, que fueron contra los soldados franceses que llamó en su apoyo el Papa de entonces, pareció a los republicanos de Italia ocasión excelente para mostrar cómo verían de nuevo los italianos casos como

aquel que paró en traer soldados de fuera para contentar los deseos pontificios, y coronar a hombre tal como Anjou. Hubo bandos entre los republicanos, porque los más sensatos estaban temerosos de que el vinillo rojo de Tarento o el blanco de Gerací, que enciende la sangre de los sicilianos y pone sus manos cerca de los puñales que llevan al cinto, sacase al aire los puñales, o a los labios voces inoportunas e irreverentes, y otros republicanos fervorosos dijeron que todo acaecería como ha acaecido, en buen orden y gozo saludable, y que no habría querellas ni malas voces, sino muestra apacible de la fuerza del pueblo, y anuncio de lo que hará en caso de riesgo, porque la capacidad para ser héroe se mide por el respeto que se tributa a los que lo han sido.

Las fiestas de Palermo han sido fiestas cívicas, y de iglesia, y de pueblo. La del Espíritu Santo, que es iglesia vieja y buena, que los de Palermo aman, fue consagrada a las Vísperas al alba del día 31, y el día fue de discursos, en que se dijo bien que la celebración del centenario no quería decir odio a Francia, aunque los de Anjou fueron franceses, sino aborrecimiento sano y generoso a toda invasión de gobierno o ejército extraños que quisiesen venir a poner ley en la voluntad de Italia libre. Habló bien el senador Périni, y mejor el diputado Crispi, que es de los que mejor habla en Italia. Las calles, llenas de aquellos sicilianos pintorescos, parecían jardines. No eran días de hacer vino, como se hace en la isla, sino de beberlo; ni de guiar por la campiña fértil el arado rudo, sino de llenarse las manos de castañas, de las que da la isla, y vaciarlas riendo en la falda amarilla, franjada de rojo, de la moza robusta; aquella moza siciliana, admiración de pintores, de cabello negrísimo, de pómulo saliente, de boca encarnada, de ojos dolorosos. Cesto de flores de fuego era de noche la bahía, toda iluminada. Por el día hubo regata empeñadísima, que fue buena, porque no hay quien reme con más gracia y presteza que esos marineros de Sicilia, que tienen el corazón hecho al peligro, el rostro al sol, y el brazo al mar. Y muchas madres lloraron de gozo, porque, en celebración del centenario de las Vísperas,

dio el municipio a sus hijas casaderas buenas dotes, para cuyo regalo se escogieron, lo que las bellas vanidosas han de tener en cuenta, no las mozas más bellas, sino las de más virtud de la ciudad. Porque Francia es la patria de los hombres, y la madre generosa de su libertad, que riega siempre con su sangre los árboles que siembra, no quisieron los sicilianos enojar a Francia, ni que se hiciese arma contra ella el caso de haber sido franceses las víctimas de las Vísperas, y se celebraron fiestas democráticas, en las que fueron muy agasajados los trabajadores que al congreso de ellos que va a haber en Palermo, habían venido de tierras francesas. Corría libérrimamente el gozo y el vino, y para los ricos era el de los viñedos de Siracusa, que dan uva muy fina, y para los pobres el de los viñedos de Marsala, por donde entró con su séquito de soldados voluntarios en 1860 el legendario Garibaldi, al golpe de cuya espada vengadora vino abajo el trono ruin de Francisco II, manchado por alevosías de los reyes Borbones y lascivias de sus reinos, el cual fue hecho magno de Garibaldi, que dio la isla a Italia, y se albergó luego a dar descanso al brazo gloriosísimo, y no pagado, en su isla de Caprera; en memoria de cuyos acontecimientos, y principalmente del sitio de Palermo, que echó al mal rey a Nápoles, y dejó libre la tierra, se ha alzado un monumento en la ciudad, cuyo velo cayó a tierra entre el repicar de las campanas, el vocerío de la muchedumbre, el estruendo de las orquestas y los rayos del sol, el día último de las fiestas de las Vísperas, lo cual fue coronarlas dignamente. ¿Quién dijo que la libertad no había tenido caballeros? Tantos tiene como mercaderes, como mártires y como sacerdotes. Los mercaderes, como la yedra venenosa, nacen en las paredes de todos los templos. Luego Jesús los echa.

¿Y en Roma? En Roma hay misterios. Porque ha ido de Inglaterra, a tratar con el Pontífice, Monseñor Capel, que es muy hábil monseñor, y que va a ver cómo junta de nuevo en amistad a Inglaterra y al Papa, lo cual contentará mucho al cardenal Jacobini, el secretario de León XIII, muy partidario de esas amistades, y de que el Pontífice se atraiga a los

pueblos libres, puesto que ya lo son casi todos los de estos tiempos, y se ha de vivir con los tiempos, y no contra ellos. Y de un lado parte un telegrama en que el rey Humberto felicita a Garibaldi, que está en Sicilia, el cual ayudó mucho a que su padre tuviese valioso reino:—y de otro lado, otro telegrama anuncia que está para quedarse, y no para salir, como se dijo, en la secretaría de León XIII, el cardenal Jacobini, que no veía con ojos buenos la política vivaz e inquieta que inició hace algunos meses, fatigado de lenidades, el Papado.

JOSÉ MARTÍ

La Opinión Nacional. Caracas, 3 de mayo de 1882.
[Mf. en CEM]

CARTAS DE NUEVA YORK EXPRESAMENTE ESCRITAS PARA *LA OPINIÓN NACIONAL*

Francia.—Quincena de poetas.—El banquete de las «reidoras».—La recepción de Sully Prudhomme en la Academia.—Sully, poeta rebelde.—«El tormento divino»: «Los destinos»: «La justicia».—Los parnasianos.—La forma y el pensamiento en la poesía.—La poesía filosófica.—Los poetas y los tiempos.—*Los Rantzau*.—Drama nuevo.—Got, Coquelin y Worms.—Los actores franceses.

Nueva York, 15 de abril de 1882

Señor Director de *La Opinión Nacional:*

Esta ha sido quincena de altas letras, de drama nuevo, de excelentes discursos, de banquete a un poeta, de galas académicas. No había en la Academia de Francia más que dos grandes bardos, que son Víctor Laprade, hombre honrado que tañe con plectro seguro en lira de bronce, y Hugo, en cuya lira hecha de robustos troncos y cuerdas de oro se posan a la par, con asombro de los hombres, las águilas y las palomas. Y ahora ya son tres los bardos de la Academia, porque con Laprade y Hugo está Sully Prudhomme, poeta de mente osada, corazón puro y lengua casta, para quien es la poesía, como para todos debiera ser, sacerdotisa veneranda a cuya espalda delicada no han de echarse vulgares pensamientos que mermen la belleza de su rostro con la fatiga que le cuesta acarrearlos, sino que han de quemarse a sus pies, como homenaje digno a su augusta hermosura, esencias muy ricas. La poesía es un dolor. Desgarra el pensamiento las entrañas del poeta, como desgarra el hijo las entrañas de la madre. La poesía unge, y da el poder de ungir. El poeta es aposento de un ser divino, luminoso y alado, que rompe el pecho del poeta, cada vez que abre en su cárcel las alas. El

poeta es devorado por el fuego que irradia. No hay verso que no sea niña mordida de la llama. El resplandor más vivo viene del dolor más bárbaro.

Y esta quincena, toda ha sido para esos hombres generosos. Acá los amigos buenos de Prudhomme celebran su entrada en la Academia con un amoroso banquete. Allá andaban los diaristas afanados en cantar bellezas de la vida pura del bardo laureado, y decir bien de sus muy hermosos versos. Allá era la ceremonia en la Academia, en que Sully Prudhomme leyó el elogio del caballero Duvergier d'Hauranne, el académico a quien sucede, tras cuyo elogio vino el del académico nuevo, que hizo con un tanto de desgarbo y rudeza, Maxime du Camp, más notado porque piensa con independencia y brío, que porque escribe con elegancia y con donaire.

El banquete fue en casa de Lelardelay, que es hotel bueno. En casa de Durand, que es hostelero que sabe su arte, y el arte de sonreír, que ayuda al de la hostelería, hubo comida gozosísima, que fue la comida de las Reidoras, las cuales son damas de renombre, que están en boga y reinan en teatros, y gustan de reunirse de vez en cuando para comer en mesa donde no aceptan a galanes, de lo que ya andan cansadas, pues que este año llevó cada una al banquete a dos caballeros, que no atendieron a las damas, como es ley, sino que fueron atendidos por éstas, las cuales, como novísimas Altisidoras, sirvieron a la mesa a aquellos venturosos y deslumbrados duques.—Allí centelleó la verba parisiense, y se rió con la buena risa. En torno a Sully Prudhomme, había esa tierna alegría con que se saluda el gozo de un amado hermano. Él estaba en medio de ellos, trémulo de placer, y como medroso de aquel júbilo, porque la alegría asusta y aflige a las almas delicadas. Y ellos tenían en alto las copas, y brindaban con voces entusiastas por el joven maestro del buen verso. Fue hermoso ver a Francisco Coppée—que contendió con Sully por el puesto en la Academia y quedó vencido—alzarse «en nombre de todos los que guardan en su corazón el culto del

arte profundo y exquisito», y beber a la buena ventura de su rival afortunado. Y fue bello ver alzarse a Sully, a decir de Coppée que no por mejor, sino por más viejo, le había preferido la Academia, y que ahora que ya estaba allí el mayor en edad, allí esperaba al autor de *Le Passant,* su generoso hermano. Ahí estaba Jean Aicard, poeta bueno que hace decir cosas excelentes y puestas en razón, a los pastores. Allí Paul Déroulède, que ha alzado inquieta bandera contra Alemania en sus *Cantos del soldado,* y ha puesto de acuerdo la fe religiosa y la libertad republicana en *La moabita.* Allí Gastón Paris, que saludó en Sully al poeta de los hombres nuevos de la Francia, tristes, graves e inquietos, mantenedores generosos de verdades que no triunfarán a tiempo para apaciguar el espíritu y laurear la frente de sus nobles y melancólicos soldados. Allí Théodore de Banville, este esmaltador de la lengua, joyero delicado de la frase, que contenía trabajosamente el noble llanto que le venía a los ojos, cuando ante tanto juzgador severo, decía Sully que le tuvo por maestro, y le debía su fama y sus méritos. Allí André Lemoyne, cantor tierno y discreto de las *Rosas de antaño,* que es dependiente de librería y poeta bonísimo, y que contaba a todos cómo Sully es de alma excelente, que una vez le oyó querellarse de no poder volver a Holanda, a ver cuadros de Rembrandt, el pintor del sol, y se entró por su casa a la siguiente mañanita, a decirle que la Academia le había concedido el premio Vilet que es de seis mil francos, de los que él guardaba como señor titular y los cuales repartía entre seis amigos, de los que él era uno, por lo que le traía ya sus mil francos, para que fuera a Holanda el poeta pobre, a darse gozo de espíritu y ver cuadros de Rubens. Más generoso vino llenaba aquella noche los pechos que las copas. No hay gozo como honrar. Fortalece el ánimo cansado ese espectáculo de hombres que se aman. Así como no hay cosa que aflija más que ver rostros de envidiosos. Tienen el ojo encendido del sediento, y la color enfermiza de los enanos.

En la Academia fue otra fiesta. ¿Qué dama francesa no sabe versos del «Vaso roto», que es poesía famosa de Sully, o de aquella otra en que aconseja a los amantes tímidos que no se quejen, porque aquellos que se aman ya sin timidez no son dichosos, de puro poder serlo,—ni se conmueven ya cuando se miran,—ni tiemblan ya cuando se dan las manos? Y en la Academia había muchas damas francesas, y muchos caballeros graves: y en sus asientos estaban los envidiados académicos, muy lucidos con sus casacas adornadas de palmas verdes, y muy estorbados con su luciente espadín de ceremonia. Tenía la fiesta aire nuevo, como la poesía del recipiendario: porque la Academia suele elegir a sus miembros entre los dóciles, que son como aquellos bajeles de orilla de que habla Quevedo en la musa segunda de su sermón estoico,—que no peligran ni se anegan, mas no suele sacar sus miembros de entre los rebeldes, que son como bajeles bravos, que navegan en mar desconocido y ancho. Y Sully es un rebelde. Menguada le parece esa poesía churrigueresca, hecha a manera de portada de iglesia o de bastidores de teatro, muy llena de recovecos y armazones, y de papelillos de colores brillantes, que parecen desde lejos zafiros y rubíes y perlas y esmeraldas de encantada gruta. Para él la poesía ha de ser a modo de polen fecundante que cae en la corola de la flor amorosa, húmeda y entreabierta—el consorcio espontáneo del pensamiento hermoso y la frase perfecta. El pensamiento ha de encajar en la frase, como joya en corona. La frase no ha de ser como dorado manto gigantesco que cubra a un pigmeíllo. Ni el verso ha de ser llamado a voluntad, como esclavo obligado a servir a toda hora a su señor, sino que ha de andar libre, y reposar descansado en la mente fresca, para que cuando llame a él la grande idea o la emoción pujante, se alce robusto, suelto y vigoroso, y no cansado y ruin, de tanto andar.

Parnasianos llaman en Francia a esos trabajadores del verso a quienes la idea viene como arrastrada por la rima, y que extienden el verso en el papel como medida que ha de ser llenada, y en esta hendija, porque

caiga majestuosamente, se encajan un vocablo pesado y luengo; y en aquella otra, porque parezca alado, le acomodan un esdrújulo ligero y arrogante. Y luego los versos suenan como agua de cascada sobre peña, muy melodiosamente; mas queda de ellos lo que del agua, rota al caer, queda, y es menudo polvo. Ni ha de esforzarse la rima a obedecer mal de su grado al pensamiento, porque ni este cabrá bien en ella, ni ella será ala buena a este. Ni ha de ponerse el bardo a poner en montón frases melodiosas, huecas de sentido, que son como esas abominables mujeres bellas, vacías de ella. Profana la naturaleza a la hermosura poniéndola en criaturas insensibles.

No fue Sully, por de contado, parnasiano, aunque trabajó mucho sus rimas, las que, para ser buenas, han de ser tales que el poeta hable naturalmente en ellas, en la hora de poesía,—porque no el estudiar, sino el haber estudiado, vale en ciencia, como reza el refrán latino,—ni el trabajar, sino el haber trabajado vale en ciencia poética. Y ¡qué hermosos versos ha escrito Sully con esa rima rica! ¡Cómo, de bien que siente, dice bien! ¡Sus ideas parecen, encajando naturalmente en sus versos, como amante privada de su amado, que se echa palpitante y trémula en sus brazos apenas lo recobra! Es Sully Prudhomme pensador sesudo que sabe de qué está hecha la tierra, y qué es el cuerpo del hombre, y cómo anda su alma, y cómo andan los astros del cielo. Sabe de medir montes, y de ver hervir los metales ricos que duermen en sus senos. Estudió ciencias, y fue empleado de minas. Luego fue aprendiz de notario, lo que era como aprisionar en un cráneo vacío a una mariposa. Padeció puesto que amó. Hizo primero versos de discípulo, un tanto hojosos, en que asomaba ya el maestro. Tuvo los ojos puestos en las alegrías de la tierra antes de llevarlos gravemente a sus misterios y a sí mismo. Mas fue siempre a la par que hombre de ciudad, meditador austero. Los espíritus selectos se disgustan pronto de las artes de esa casa de engaños, que es la vida urbana. Más que como coraza del corazón, usase del pecho como antifaz de él. Son los rostros

disimuladores de abismos. No hay siervos más compadecibles que los que viven vida de ciudad.—Y el poeta, con su blanda mirada, veía tanto hombre mezquino y tanta lágrima quemante, y tanta rica vida muerta en flor, y decía que a tener él poder de dioses, haría eterna la vida,—sin reparar en que ya lo es;—y buenos a todos los hombres,—que en verdad nada aflige como ver hombres malos; y «aboliría el adiós», que tener que decirlo es sin duda quedar vivo después de haber muerto; y no dejaría en los ojos humanos más lágrimas que las muy dulces del gozo. Por eso es Sully poeta: porque ama a los hombres. A las veces, detiénese en su camino de buscador de lo ignorado, a que llama con inspiradas voces, y piensa en aquellos colegiales de cabeza pequeña, maltratados en las escuelas por pedagogos rudos y maestros alquilones, que ven en la escuela cárcel suya y no templo de almas,—y llora el poeta por aquellos niños que esconden sollozando su linda cabeza rubia en la almohada. Otra vez, fatigado de anhelar, se toca los hombros azotados por el golpeo impaciente de las alas palpitantes, y se revuelve airado y desagradecido contra el ángel celoso que le clavó en la espalda aquellas inquietas y rebeldes alas. Morir no le asusta, porque sabe que, «abiertos a inmensa aurora», los ojos que acá se cierran ven aún «al otro lado de la tumba». Le inquieta «el apetito incurable de un paraíso lejano». Vive atormentado del ansia de lo divino y aterrado del silencio imponente y tenaz del Universo; y lleva en la frente pesadumbre, y en el corazón despojos, y «más inquieto mientras más sabedor», detiénese sobre las cenizas del último templo, y llora arrodillado. De esos miedos está lleno su *Tormento divino.* De esas póstumas esperanzas, su *Vía Láctea.* De esos piadosos respetos, su *Grand Chartreuse.* De ideas centelleantes, su *Agonía*.

Pero estos tiempos no son de vagar sino de obrar. De nuevo se han confundido las lenguas de los obreros de la torre; y los unos traen escalas para subir, y los otros azadas y piquetas con que demoler. Hay un gran ruido de vendas que caen a tierra. Los hombres ven sus llagas y,

discutiendo los modos de curarlas, no ven que crecen. No se tiene, enfrente a tanta angustia, el derecho de soñar. Soñar, aunque sea una tortura, parece un regalo. Cuando todos los hombres son Sísifos, no está bien en hombre ser Jeremías. La poesía tiene vergüenza de sí misma. Los poetas tienen como a una culpa serlo. Se les aplaude y se les desdeña. Se les oye como a pajarillos enjaulados, o como a perezosos encantadores. Y los poetas, angustiados, distraen los ojos del hermoso cielo y los ponen en las llagas humanas.—¡A fe que la poesía los acompaña de mal grado! No se oye su voz dulce en este concierto de gigantes y de demoníacos. Pero el poeta, acusado de pajarillo canoro, clava el águila a la tierra, por la cual arrastra la gran águila las alas poderosas. Eso es la poesía útil. Esa poesía, afligido de los dolores de los hombres, escribió después Sully Prudhomme. Ver males es desear curarlos. Ver incrédulos, es espectáculo que espanta, y hace arder en deseos de darles fe. Los hombres están viviendo como si la vida se acabara con la muerte, y es necesario tener piedad de ellos, para que no se aterren luego, y decirles que la vida no se acaba! Deja ver en sí la tierra contradicciones aparentes, y suelen los malos vivir de reyes, y los virtuosos de siervos, por lo que no parece a algunos necesaria la virtud, ni el mal odiable,—y urge explicar que las causas de pecado no son más que ocasiones de vencerlo, y que queda un suavísimo goce de obrar bien, y se entra en espanto, y miedo y odio de sí, luego que se obra mal. ¡Puede el aturdimiento acallar las voces del alma moderna y arrepentida en esta casa de goces, pero no en el silencio de la tumba!—Y Sully quiso contar esos problemas, y decir que el mal no es más que la ocasión del bien como dijo en *Los destinos,* poema grave,—y que la justicia es ley humana suma; que en lo mismo en que es violada se demuestra, y reina hoy, aunque parece a veces que no reina, y está por cima de toda inquietud y todo escándalo, lo cual dijo en su poema *La justicia,* que es su magna obra; pero magna a modo de águila que arrastra grandes alas por la tierra! El verso, que se yergue unas veces arrogante, marcha

penosamente, en otras, como encadenado y desmayado. La poesía no es como ley romana, escrita en piedra, sino como espuma de vino valioso, que rebosa del vaso. El espíritu tiene necesidades terrenas a que el raciocinio basta, y ultraterrenas vagas y extrañas, a que acude la vaga poesía. Blonda, perfume, nube: ¡eso es poesía! No es que no hayan de decirse en ella altas verdades, sino que han de decirse en otra forma. La verdad, como los cuerpos, tiene varios estados. La poesía es estado vaporoso, nuboso, sumo. En forma de precepto da la verdad, el raciocinio filosófico. En forma de imagen da la verdad, la poesía. No nace de pensar ni del que la escribe. ¡Nace escrita! El poeta no ha de ser soberbio, porque no crea lo que parece suyo. Lo que brota de él como llama súbita, que en él prende ya que es su cráneo muro escaso, ¡eso es Poesía! Lo que incuba y trabaja con la mente, y pule con el *stylo* cuidadoso, y labora con pena grandísima,—¡esa es la mera jerga del oficio, hecho a calor de estufa, que acabará con las pasiones que la engendran, y no soportará la luz del sol.

Ya queda, pues, el generoso poeta, en busca de aquella imposible unión entre el verso caliente y movible de sus primeros años, en que llegó a dar a sus ricas imágenes y nobles afectos expresión acabada,—y las ideas filosóficas que seducen, en esta edad de males descubiertos y remedios ignorados, a los austeros pensadores. Ya queda en su sillón de la Academia donde le entienden su alto y rico lenguaje, que el vulgo tacha de incomprensible y nebuloso, sin ver que no es defecto de la nube que el ojo vulgar no llegue a ella, sino defecto de vista en el ojo. Ya queda, de sus amigos muy amado, de sí mismo contento, de sus palmas verdes justamente orgulloso, y de los críticos muy loado por su excelente y sincera obra, y por su vida serena, ingenua e inmaculada.

¿Y el drama nuevo? Es un drama de esos dos vehementes sentidores, a quienes finge la imaginación como vestidos siempre de blusa de campaña, y gorra roja; trémulos los labios de santa ira, calientes las

mejillas del fuego del hogar, lucientes los ojos de fe viva y puesta la mano en el gatillo del fusil, que mira a la mísera Lorena y a la triste Alsacia. De Erckmann-Chatrian es el drama nuevo, y se llama *Los Rantzau.* Dicen que ha sido cosa maravillosa, y que la casa de Moliére, que es el Teatro Francés, era todo un solo hombre para aplaudir la noche del estreno. Dicen que Got, que fue educado de caridad, y sirvió luego de soldado, y es hoy actor famoso, pasma y espanta cuando haciendo de Juan Rantzau, que odia a su hermano Santiago, sabe de labios de su hija que ama a su primo, el hijo de su hermano, y la estruja y sacude, y amenaza de muerte, y echa a tierra, con rabia de Montesco; y se detiene luego horrorizado y lívido, de ver cómo la ira le ha puesto a punto de manchar sus manos con sangre de su hija. Dicen que Worms, que es comediante excelso, y dio realce al don Carlos del *Hernani* de Víctor Hugo, que es carácter magno—cuenta con singular ternura sus amores infortunados con la hija del tremendo Juan—porque es tal el odio que los hermanos Rantzau se tienen, que la villa está partida en bandos, que apoyan a uno y otro hermano, y es ese odio cosa de fieras, y una de las leyendas tristes de la villa. Pero vive entre los villanos un maestro de escuelas que hace de apóstol y Mercurio, y enfrena a Juan la cólera y a Santiago arranca lágrimas, y da a los enamorados traza de verse y salvarse; y va caldeando aquellas almas rudas, y desarrugando aquellos hondos ceños, lo que hace el actor Coquelin sutil y airosamente hasta que vence el amor de los hijos al odio de los padres, y los hijos felices sonríen, y los hermanos vencidos se abrazan, y el buen maestro dice cosas excelentes, y el teatro ama y llora. ¡Aquél no es Coquelin sino el maestro! ¡Y aquél no es Got, sino Juan Rantzau! Got tiene fama de ser actor eximio que se deja así de lado para ser quien la comedia le hace ser. Y Coquelin es un travieso Fígaro, un revoltosísimo Marcarilla, un ejemplar criado de aquellos muy felices que dibujó Molière, y un Tabarín tristísimo, en aquella comedia de Paul Ferrier, buen dramaturgo joven, en quien Tabarín es un payaso, cuya mujer lo desama y burla, y hay una

dolorosa escena en que, a tiempo que Tabarín divierte al público contando como fingidas las penas propias, sabe en la escena que su mal llega a colmo, y su mujer le ha abandonado, y rompe en lágrimas terribles, lo cual toma a gozo el público, que aplaude y ríe, de aquel gracejo extremo del payaso. Y ¡qué propiedad, qué manera humana, qué naturalidad la de los actores franceses! Regocija verlos por las tablas. Es la verdad de la mentira. Y es que estudian: la propia grandeza no es más que el deber de acrecentarla con nuestras labores. Recibir dones sumos no es más que contraer el deber de cultivarlos. Porque es como quien recibe un caudal en depósito y lo emplea mal. ¿Quién que tiene alas, las deja caer en tierra?

JOSÉ MARTÍ

La Opinión Nacional. Caracas, 4 de mayo de 1882.
[Mf. en CEM]

CARTAS DE NUEVA YORK EXPRESAMENTE ESCRITAS PARA *LA OPINIÓN NACIONAL*

Francia.—Recepción en la Academia Francesa.—Pasteur, Renan y Littré. —Una heroína de circo.—Una heroína de teatro —*Madame La Diable*.— París, su exposición y sus pintores.—Bouguereau.—Georges Clairin.— Carolus Duran.—Laurens.

Nueva York, 6 de mayo de 1882

Señor Director de *La Opinión Nacional:*

Días ha, era un poeta el que ceñía su talle con la casaca académica, que en Francia suele ser premio a los talentos originales, y no, como en otras Academias, a los que no lo son; y ahora acaba de caer en hombros de un caballero de la ciencia la envidiada casaca. Ya, como Claudio Bernard al lado de Hugo, se sienta el médico Pasteur al lado de Sully Prudhomme. Estaban los corrillos literarios de curiosidad y gorja, burlando de antemano las cortas gracias oratorias del admirable médico, que sabe más de hallar átomos de células, y matar enfermedades en átomos, que de ahilar en elegantes frases teorías sorprendentes, o llenar huecos mentales con parafraseos de ingenio. Y como tocaba a Pasteur el elogio de Littré, en cuya silla se sienta ahora, parecía a los curiosos que había de ser la fiesta como ver a un enano luchando trabajosamente por poner en pie un gigante muerto. Erraron. Debiera siempre errar quien desea mal. Fue el elogio del neoacadémico ingenuo y caluroso, y a trozos, imponente, como cosa que sale de alma honrada. Pintó Pasteur aquella vida pura, puesta entera al servicio del descubrimiento de las leyes que rigen la inteligencia de los hombres, y que no erró en lo que hizo, sino en lo que dejó de hacer por miedo de errar. Pintó a aquel anciano benevolente, que vio en cada palabra suma de historia humana,

y en los hechos de la mente estados progresivos y fatales, y dibujó aquella vida pacífica y serena, para quien fue el descubrimiento gozo diario, el trabajo alimento, carga el reposo, y la muerte recompensa bien ganada. Pero Pasteur, encorvado sobre los átomos, ha vivido penetrado de asombro de las maravillas de la obra viva; y ha sacado del examen del cerebro el respeto del Dios que lo crea; y no la negación del que concentra en aquel montón de masa blanda todos los efluvios del Universo, todos los tonos de la luz, todo el oleaje de las fuerzas eternas, y todos los presentimientos, suaves como luz de luna, que calman y fortalecen al magno ser humano. Y afirmó su respeto y admiración calurosa por el carácter sincero, hábitos ejemplares, y clarísima mente del positivista,—mas puso en alto las revelaciones de su propia ciencia, y llamó al positivismo enteco, e incompleto, lo que remató Renan, que era el académico que había de responderle, acentuando con corteses censuras y mundanas gracias la áspera y valerosa homilía del científico. El comercio de lo pequeño no hace más que exaltar la fe en lo grande. Aíra y rebela el alma, que se aparta de lo ruin, piafa como caballo árabe, y va a su centro.

Unos salían, contando elogios del académico nuevo, de la casa de las letras, y otros venían en séquitos de féretro florido, camino de la casa de una muerta. Pálido jacinto parecía, caído sobre nieve, la mano poco ha viva y nerviosa de Emilia Loisset, amazona brava, que yacía ahora, toda cubierta de rosas y coronas, en su ataúd de seda. La mimaba París; la requerían de amores príncipes; era, en su circo de titiriteros, cortejada como reina, y amiga de reinas. De abuelos y de padres le venía el hábito de cabalgar, y habían sido jinetes de circo, como su hermana, casada hoy con un príncipe, sus padres y sus abuelos. Hace un mes, era de ver cómo iban lado a lado, por las avenidas del Bosque de Boloña, seco y triste, la Emperatriz de Austria, enamorada del peligro y de quien lo ama, y la elegante Emilia, domadora del peligro.—Y el caballo de Emilia, como si se sintiese nacer en el dorso alas, se revolvía en saltos febriles y

se sacudía la carga frágil; mas parecía la esbelta criatura hecha a sentarse sobre alas; y el bruto rendía al cabo el ánimo rebelde; y caracoleaba en torno al caballo de la Emperatriz, espumoso y obediente. Al fin, la criatura débil vino a tierra, de donde la alzaron lívida, como azucena a quien se hubiera escapado de súbito su aroma. Vació París por ella sus jardines; manos de viejos nobles, y de damas altísimas, le tejieron guirnaldas y coronas, y a sus pies puso un hombre de casa real, en nombre de la señora del palacio de Austria, su tributo de flores.

El circo está de luto, y el teatro de la Renaissance, que semeja casa de paganos, y lo es, está de gozo. Tiene París a la Théo discreta, que parece una hetaira pudorosa, y a la Judic amable, cuya risa es sonar de cascabeles, y a Jeanne Granier afamada,—que son todas como vasos de alegría, resplandecientes y chispeantes, y llenan de curiosidad a los transeúntes, de placer francés, que es placer sumo, que tiene de griego y de romano, a los sensuales parisienses,—y de copiosos francos las gavetas de los que emprenden en farsas y operillas. Como el himno fue griego, y el villancico es español, la canción es francesa. La canción embriaga, como el vino; sus refrancillos arrastraban como brazos de moza descocada. Aman más a la canción los franceses, que amó a Alexis el pastor de Virgilio. El teatro mismo en que canta Jeaune Granier parece copa de oro, ceñida de gruesas ninfas, como las copas gentílicas de frondosos pámpanos. Y la que canta ahora es ópera diabólica, en que ella hace de diablo, lo que le está bien, por lo que va todo París a verla, y a llenarle las tablas que pisa de muy costosas flores. A esa hora, mueren de hambre niños, y ciegan de excesos de labor doncellas puras, y sollozan en cuartos sin luz enfermos solitarios. ¡Tal vez ese dinero que ha comprado las violetillas parmesanas que la Jeanne Granier pisa, habría vuelto la vida a alguna mártir de la labor, que muere de no poder ir a cobrar fuerzas a tierra de violetas! Y la nueva operilla, que tiene de función de magia y de ópera, se llama *La señora del Diablo,* que es esposa de Nick, diputado del Averno, a quien envía el padre Luzbel, a

que perturbe la paz de alguna sencilla aldea, donde hace años no suena una campana que avisa a la ciudad cuando una esposa olvida su juramento de fidelidad a su marido, lo cual no sucede en París, donde la campana está sonando siempre. Pero Nick es casado en el Averno, y su esposa viene con él a la brillante tierra, envuelta en uno de los pliegues de su manto rojo. Y a poco todo es campaneo en la iglesia, y alarma en el pueblo, y entrevistas y citas en las casas y posadas del villorrio, por donde entra y sale, como alada culebra, la desolada diablilla, que frustra al infiel Nick sus más secretos planes, y le trueca en agria fruta o piedra dura las manzanas ajenas en que se dispone a clavar los dientes golosos. Y por un escotillón se hunde Jeanne Granier en traje de danza, y áurea como espiga en sazón, flotando como el maíz en su tallo, en velos verdes, y por otro agujero del tablado reaparece tocada como hurí, con negra cabellera, recamado vestido, y ojos suntuosos. Hasta que al cabo cae en trampa la diabla, lo que acontece en un salón de casa de comer, donde Nick tiene trabada incasta travesura, con lo que fina la ópera, en la cual se cantan en coplas muy lúcidas los vivaces números de la música traviesa de un cancionero revoltoso, hijo de bulevares, y maestro nuevo, Gastón Serpette, que es por cierto buen nombre de opereta.

Mas no es allí sólo donde París revuelto afluye, ni da crédito a los rumores de que la vida del grandioso Hugo está en riesgo, ni le absorbe tampoco la lectura de las cartas, nunca hasta hoy publicadas, en que Jorge Sand cuenta, con su lenguaje apasionado, macizo y sereno, sus desamores y apartamientos del barón Dudevant que fue su esposo: es la exhibición de cuadros magnos, de pintores de Francia y de toda la tierra, donde París tiene los ojos en este mes de flores. No están allí este año ni Gérôme, que dibuja sus figuras con alambre, y pinta cielos cárdenos, y esclavas hechiceras, y cuadros que parecen envueltos en el coloreado humo del hachis; ni Meissonier, pintor micrógrafo, que da al relieve de la vida la robustez de la verdad, y el color de lo grande a lo pequeño; ni el español Madrazo, que pinta al aire libre, y empapa su paleta en aire

lleno de sol, y lo pone en el lienzo; mas sí están y brillan por entre dos millares de pintores, que vienen a batallar por lauros de la brumosa Inglaterra, la gélida Rusia, la rota Polonia y la América lejana, el místico Bouguereau, que pinta en vez de carnes nácares, y exhibe ahora dos límpidas figuras, de esas suyas que parecen obra de quien ha visto mejor mundo, donde el espíritu es más sereno, y es más bella y más púdica la carne:—y el delicado George Clairin, que ofrece a que le admiren una mujercita traviesa y encantadora, a la que puso *Frou-Frou* por nombre, y ha vestido de exquisitas y ligeras ropas, de las que surge, como miel de fruta madura, el busto rico, rematado por pícara cabeza. Allí Benjamín Constant, que no pinta con colores, sino con joyas, atrae todos los ojos a su lienzo rico, que llama *El triunfo de un rey moro* que triunfa en la Alhambra, donde estaría bien y no cabe loa mayor, el resplandeciente cuadro. Carolus Duran, maestro en sacar luces de sombra, envió al salón, no sus retratos, que parecen vivos, y tienen de Velázquez y de Rembrandt, como el mismo Duran tiene, sino *Un entierro de Cristo*, que es como ensayo poderoso de lienzo venidero, y como muestra de la fatiga de una grande alma, cansada ya de hacer cuadros de paga, para provecho de la bolsa, asalto de la Fama, y fruición del vulgo. Un pintor que ama a los reyes, y retrató ha poco a Dumas, que vendió un cuadro suyo en más de lo que dio por él, como mercader judío, lo que causó en París escándalo, exhibe en el salón una Francia gloriosa, que no es para él esta de ahora, laboriosa y pacífica, sino mujer cubierta de armadura, que lanza en mano y escudo al brazo, y plumado y luciente casco al aire, surge de entre los aparatos de batalla de Rocroi, en densa nube de humo, que deja ver rodando en tierra musicales trofeos y lauros verdes. Más cerca cuelga un lienzo bello y máximo, todo lleno de franceses de estos días, que ven pasar, como entre polvo de oro, a los soldados nuevos, portadores de los lujosos estandartes que regaló la República a sus guerreros, un año hace, en el gran día de fiesta del catorce de Julio, en que ha un siglo la Bastilla vino abajo, y se

calentaron los franceses a nuevas hogueras en el campo de Marte venerado. Roll pintó esto, y Laurens, que desdeña figurillas, y la fama que viene de pintarlas, porque hoy los hombres tienen pereza de sentir y de pensar, como vergüenza de confesarlo, y acusan de vago o crudo—aquello que les espolea el sentimiento desmayado o el juicio torpe y lánguido,—Laurens pintó aquella hora triste en que leyeron los jueces de México la sentencia tremenda a aquel que se ciñó manto de emperador forrado de mortaja, incauto y ambicioso y mísero Maximiliano. Y un pintor cuenta en colores las bodas de Bretaña, y otro, que es Manet, que no ve en los objetos líneas, sino masas, copia el mostrador lujoso de ese teatro de locuras, que se llama de las *Locuras pastorales,* donde de fijo que quedarían espantados de lo que viesen los pastores. Y Gustavo Doré, de mente boscosa, cincel altivo, dramática imaginación y fantasía soberbia, pasma en la Sala de Escultura con una obra de sus manos, esbelta y grandiosa: un vaso de bronce.

JOSÉ MARTÍ

La Opinión Nacional. Caracas, 16 de mayo de 1882.
[Mf. en CEM]

CARTAS DE NUEVA YORK EXPRESAMENTE ESCRITAS PARA *LA OPINIÓN NACIONAL*

Darwin ha muerto.— El jardín del naturalista.—Sus libros famosos.—*El origen de las especies*.—El origen del hombre.—La teoría de la selección natural.—La teoría del hombre arboreal y velludo.—Viaje con Darwin por la América del Sur.—Influencia de América en Darwin.—Sus dos libros sobre nuestra América.—Lo que vio en el Brasil.—Lo que vio en Buenos Aires.—Darwin en Patagonia.—En la Tierra del Fuego.—En Chile.—En la abadía de Westminster.

Nueva York, 6 de mayo de 1882

Señor director de *La Opinión Nacional*.

Darwin era un anciano grave, en quien resplandecía el orgullo de haber visto. El cabello, cual manto blanco, le caía sobre la espalda. La frente remataba en montículos en las cejas, como de quien ha cerrado mucho los ojos para ver mejor. Su mirada era benévola, cual la de aquellos que viven en trato fecundo con la naturaleza, y su mano blanda y afectuosa, como hecha a cuidar pájaros y plantas. En torno suyo había congregado un mínimo universo, a semejanza del que llevaba en su ancha mente, y acá era un cerrillo de polvo húmedo, en que observaba cómo los insectos van elaborando la capa de tierra; allá, en grupo elocuente, una familia de plantas semejantes, en que por varios y continuos modos, había venido a parar en ser planta florida la que al principio no lo era; bajo aquella urna, era una islilla de coral, que le había revelado la obra magna del insecto mínimo; en aquel rinconcillo del jardín, era un grupo de plantas voraces, que se alimentan de insectillos, como aquella terrible planta de África, que acuesta sus hojas en la tierra, y atrae a sí, como el león, al hombre, al que recoge, como

con labios, con sus hojas, y estruja y desangra a manera de boa, para dejarlo caer ya yerto en tierra, abriendo sus hojas anchas, luego que ha satisfecho el hambre matadora: con lo que van juntos en la vida humana, por el apetecer, fascinar y estrujar, el arbusto, el árbol, el león y la serpiente. Ya se le veía, sentado junto a su copioso y pintoresco invernadero, memorando laboriosamente, y poniendo en junto los hábitos de los cuadrumanos y los del hombre, por ver si hallaba razón nueva que añadir, con la de originación de la mente del hombre de la mente de los simios, a su teoría de la originación del ser humano en el cuadrúpedo velloso, de orejas y cola puntiaguda, habitante de árboles, de quien imaginaba, en sus soledades pobladas de hipótesis, que podría venir el hombre. Ya se le hallaba en su hermosísimo cuarto de estudiar, repleto de huesos y de flores, y de cierta luz benigna que tienen los cuartos en que se piensa honestamente, hojeando con respeto los libros de su padre, que fue poeta de ciencia, y estudió con celo y ternura los amores de las plantas, y los ensayos de su abuelo, que ardió como él en deseos de sacar respuestas vivas de la muda tierra. O ponía en junto sus obras magnas, humildes en el estilo, fidelísimas en la observación, fantaseadoras en la teoría que saca de ellas; y luego de dejar hueco para dos, ponía primero *El origen de las especies*, en que mantiene que los seres vivos tienen la facultad de cambiar, y modificarse y mejorar, y legar a sus sucesores su existencia mejorada, de lo cual, examinando analogías, y descendiendo de la escala de los seres vivos, que todos son análogos, va a parar en que todos los animales que hoy pueblan la tierra, vienen de cuatro o cinco progenitores, y todas las plantas, con ser tan numerosas y varias, de otros cuatro o cinco, las cuales primitivas especies, en lucha permanente por la vida con seres de su especie o de especies distintas que quieren vivir a expensas de ellas, han venido desarrollándose, y mejorándose, y reproduciéndose en vástagos perfeccionados, siempre superiores a sus antecesores, y que legaban a sus hijos superioridades nuevas, merced a las cuales la creación

sucesiva, mejoradora y continua, ha venido a rematar de las móneras, que son masa albuminosa e informe, o del *bathybius*, que es mucílago vivo, en el magnífico hombre: cuya ley de creación, que asigna a cada ser la facultad de vencer en la batalla por la existencia, a los seres rivales que se oponen a su poder de modificarse durante su vida, y reproducir en su vástago su modificación, —es ésa la ley, ya famosa, de la selección natural, que inspira hoy a los teorizantes cegables y noveles, que tienen ojos ligeros, y sólo ven la faz de las cosas, y no lo hondo,—e influye en los pensadores alemanes, que la extreman y dan por segura,—e ilumina, por lo que la exagerada teoría lleva en sí de fundamentos de hechos lealmente observados, el seno oscuro de la tierra a todos los estudiadores nobles roídos del apetito enfermador de la verdad. Y al lado de este *Origen de las especies,* que fue tal fiesta y asombro para el pensamiento humano como el *Reino animal* de Cuvier, donde se cuentan cosas épicas y novelescas, o la *Historia del desarrollo* de Von Baër, que reveló, a luz de relámpago, las maravillas de la tiniebla, o los libros de geología del caballero Carlos Lyell, que ponen de nuevo en pie mundos caídos,—la mano blanda del sereno Darwin ponía su *originación del hombre*, en que supone que ha debido existir el animal velloso intermedio de quien cree que el animal humano se deriva, lo cual movió a buena parte de los hombres, no hechos a respetar la libertad del pensamiento soberano, y los esfuerzos del buscador sincero y afanoso, a cóleras injustas, que no siente nunca ante el error el que posee la fuerza de vencerla. Por de contado que la semejanza de todos los seres vivos prueba que son semejantes, sin que de eso sea necesario deducir que vienen los unos de los otros; por de contado que existe semejanza de inteligencia y afecto entre el hombre y el resto de los animales, como existe entre ellos semejanza de forma,—sin que por eso pueda probarse, con lo que no hay alarma para los que mantienen que el espíritu es una brotación de la materia, que el espíritu ha venido ascendiendo en los animales, en desarrollo paralelo, a medida

que ascendía su forma. La alarma viene de pensar que cosas tan bellas como los afectos, y tan soberbias como los pensamientos, nazcan, a modo de flor de la carne, o evaporación del hueso, del cuerpo acabable; y el espíritu humano se aíra y se aterra de imaginar que serán vanos sus bárbaros dolores, y que es juguete ruin de magnífico loco, que se entretiene en sajar con grandes aceros en el pecho de los hombres, heridas que nadie ha de curar jamás, y en encender en la sedienta mente, pronta siempre a incendio, llamas que han de consumir con lengua impía el cráneo que lamen y enllagan! Mas no revela la naturaleza esa superior suma de espíritu en acuerdo con cada superior grado de forma; y quien mira en los ríos del Brasil, ve que el cerdo de mar, como madre humana amorosa, lleva a su espalda cuando nada a todos sus hijuelos; y que el mono de América, más lejano en su forma del hombre que el de África, está más cerca de él en su inteligencia; y que una menudísima araña construye, y recompone con singular presteza si se las quiebran, redes para cazar insectos en que está resuelto el problema de los eneágonos, de fórmula no revelada aún a los hombres.—¡Y es que es loca la ciencia del alma que cierra los ojos a las leyes del cuerpo que la mueve, la aposenta y la esclaviza,—y es loca la ciencia de los cuerpos que niega las leyes del alma radiante, que llena de celajes, y doseles, y arrebola, y empabellona la mente de los hombres! El pensamiento puede llevar la mano a hacer saltar en pedazos el cráneo, y puede hender la tierra, y llenar de mar fresco la arena ardiente del Sahara: y el cráneo frío enfría para la tierra el pensamiento, y el polvo del Sahara puede ahogar, en su revuelto torbellino, el cuerpo en que anida el espíritu de un héroe. La vida es doble. Yerra quien estudia la vida simple. Perdón ¡oh mis lectores! por esta lengua mía parlera que se va siempre a cosas graves!

Estábamos en el gabinete [de] Darwin, y le veíamos allí,—poniendo de lado lo que el áspero Flourens, y Haeckel que lo venera y adiciona, y el respetuoso Kölliker han dicho de sus obras,—ahilar en un hueco de su

estante, tras sus dos libros máximos, tantos otros suyos: *Las plantas insectívoras,* que parecen fantástico cuento; *La antefertilización del reino vegetal,* que saca de sí mismo los elementos de su vida; *Las formas diferentes de las flores en plantas de las mismas especies*; el *Poder del movimiento de las plantas,* donde se narran maravillas, y travesuras, y misterios de árboles, arbustos y algas, las cuales suelen, en la estación del amor, disputar una parte de sí a que busque en su hogar retirado la esposa apetecida; y *La estructura y distribución de las rocas de coral*; las *Observaciones geológicas en las Islas Volcánicas*; y su monografía, llena de revelaciones y sorpresas de los animales de la familia Cirripedis, y ese último libro suyo, que mueve a cariño y agradecimiento por la ternura que revela su inefable amor a lo pequeño, y por la nueva gala de ciencia, siempre grata a la mente, que a él se debe, en el cual libro dice cómo los gusanillos generosos van labrando para habitación y sustento de los seres vivos, aquella parte de la tierra en que surgen después, perfumosos y frutados, los próvidos vegetales. —Y allá por entre sus libros, rebosábanle muestras de la admiración humana, y diplomas, y collares de Prusia, medallas de Inglaterra, y títulos de maestro honorario de las Academias que ha poco le burlaban, y de las universidades que ponen en duda su teoría, mas inscriben los hechos varios, y numerosos, y por él descubiertos,—que son tantos que parecen bosque que enmaraña y ofusca a quien entra en ellos,—en la cuenta de las más grandes, ingenuas y venerables conquistas humanas.

Y ¿aquellos dos libros primeros, para los que dejó hueco en su estante? ¿Pues no lo sabíais? El genio de ese hombre dio flor en América: nuestro suelo [lo] incubó; nuestras maravillas lo avivaron; lo crearon nuestros bosques suntuosos; lo sacudió, y puso en pie, nuestra naturaleza potentísima. Él vino acá de joven, como naturalista de una expedición inglesa, que salió a correr mares de África y de América; se descubrió, movido de respeto, ante nuestras noches; se sentó, asombrado de la universal hermosura, en nuestras cúspides; loó con

altas voces a aquellos indios muertos, que un pueblo romántico y avaro, hecho a matar y hambrear, segó en su primera flor; y se sentó, en el medio de las pampas, en medio de nuestros animales antidiluvianos. Acá recogió en las costas pedrezuelas muy ricas y de muy fino esmalte, duras como conchas, que imitaban a maravilla plantas elementales; allá observó pacientemente, escarbando y ahondando, cómo fue haciendo el mar los valles de Chile, llenos aún de incrustaciones salinas; y cómo la tierra llana de las pampas se fue, grano tras grano, acumulando en la garganta de la desembocadura primitiva del viejo río Plata; y estudió en Santa Cruz lavas basálticas, maderas salificadas en Chiloé, fósiles cetáceos en la Tierra del Fuego, y vio cuán lentamente se fue levantando en el lado del Orto la tierra de América; y cómo Lima del lado del Ocaso, ha subido ochenta y cinco pies de tierra desde que puso planta en ella el hombre; y cómo toda esta tierra americana, de un lado y del otro, ha ido ascendiendo gradual y lentamente, y no por catástrofe, ni de súbito: todo lo que está sencillamente dicho, no como autócrata que impone, sino como estudiador modesto, en su libro de *Observaciones geológicas sobre Sud América*.

Y es el otro de sus libros sabrosísimo romance, en que las cosas graves van dichas de modo claro y airoso, y cuenta a par las gallardías del gaucho y los hábitos de los insectos, y cuándo hubo caballos en la vieja América, y cómo los doman ahora. Es un jinete sabio, que se baja de su cabalgadura a examinar las cuentas azules que ciñen, a modo de brazalete, las muñecas de las indias de la Cordillera, y a recoger el maxilar de un puma fétido, en cuya piel se ven clavadas aún las uñas de los cóndores. No hay en ese *Diario de investigaciones de la geología e historia natural de los varios países visitados por el buque de Su Majestad* Beagle, *bajo el mando del capitán Fitz-Roy, de 1832 a 1836*, esa arrogancia presuntuosa, ni ese culpable fantaseo de los científicos apasionados, que les mueven a callar los hechos de la naturaleza que contradicen sus doctrinas, y a exagerar los que las favorecen, y a

completar a las veces con hechos imaginarios aquellos reales que necesiten de ellos para serles beneficiosos. El libro no es augusto, como pudo ser, sino ameno. Ni es profundo, sino sincero. No se ve al sectario que violenta el Universo, o llama a él con manos impacientes, sino al veedor pacífico que dirá implacablemente lo que ha visto. En cosas de mente, no ve más que lo que sale a la faz, y no profundiza hombres, ni le mueven mucho a curiosidad, ni se cuida de penetrar su mundo rico. En cosas de afectos, siéntase venerador a la sombra de los árboles de tronco blanco de la honda selva brasileña, y esgrime marcador de hierro contra los que azotan a su vista esclavos a quienes tiene por miserables. Es un fuerte, que no perdona bastante a los demás que sean débiles. Y es que, sobre haber nacido en Inglaterra, lo que hace soberbios a los hombres, porque es como venir al mundo en la cuna de la Libertad, — era Darwin mancebo feliz, de espíritu primerizo, y no conocía esa ciencia del perdón que viene con una larga o con una triste vida. La tristeza pone en el alma prematura vejez. Y desde su cabalgadura, o desde su choza ruin, medía la tierra, hundía su mano en la corteza de los árboles, bajaba a abruptas criptas, subía a fragantes montes, recogía insectos, huesos, hojas, semillas, arenas, conchas, cascos, flores; comparaba los dientes del caballo nuevo de la pampa rica, con las mandíbulas colosales, como ceñidor de tronco de árbol del caballo montuoso de la pampa primitiva, que murió tal vez de hambre, ante los árboles súbitamente secos en que saciaba su apetito, tal vez de sed, junto al gran cauce enjuto del río viejo. Y fue aparejando hechos, pintando semejanzas, acotando en índices la suma de animales de que hallaba restos en diversas capas térreas; viendo cómo las razas de animales de la tierra propia crecen y prosperan, y cómo las de los traídos de otras tierras se empobrecen y avillanan; cómo hay plantas que tienen de reptiles; cómo hay minerales que tienen de plantas; cómo hay reptiles que tienen de ave. Y pone en suelta en el libro lo que después apareció, con *El origen de las especies,* puesto en su mente en cerrado conjunto.

A caballo anduvo la América frondosa. Vio valles como los de Mesopotamia, vio hombres como recién hechos de fango. Vio ríos como el Leteo. Navegó bajo toldos de mariposas, y bajo toldos de truenos. Asistió en la boca del Plata a batallas de rayos. Vio el mar luciente, como sembrado de astros: pues ¿las fosforescencias, no son como las nebulosas de los mares? Vio la noche lujosa, que llena el corazón de luz de estrella. Gustó café en las ventas del Brasil, que son nuestras posadas; vio reír a Rosas, que tenía risa terrible; atravesó la Patagonia húmeda; la Tierra del Fuego desolada; Chile árido; Perú supersticioso. Aguárdase a monarca gigantesco cuando se entra en la selva brasileña, e imagínale el espíritu sobrecogido, con gran manto verde, como de falda de montaña, coronado de vástagos nudosos, enredada la barba en lianas luengas, y apartando a su paso con sus manos, velludas como piel de toro añoso, los cedros corpulentos. Toda la selva es bóveda, y cuelgan de los árboles guirnaldas de verde heno. De un lado trisca, en manada tupida, el ciervo alegre; de otro se alzan miles de hormigas que parecen cerros, y como aquellos volcanes de lodo del Tocuyo, que vio Humboldt; ora por entre los pies del caminante, salta el montón de tierra que echa afuera con el hocico horadador, el taimado tucutuco; ora aparece brindando sosiego un bosquecillo de mandiocas, cuya harina nutre al hombre, y cuyas hojas sirven de regalo a la fatigada cabalgadura. Ya el temible vampiro saja y desangra, con su cortante boca, el cuello del caballo que más que relincha, muge; ya cruza traveseando el guaibambí ligero, de alas transparentes, que relucen y vibran. Ábrese un tanto el bosque, mojado recientemente por la lluvia, y se ve, como columna de humo, alzarse del follaje, besado del sol, un vapor denso: y allá se ve la espléndida montaña, envuelta en vagas brumas. Mezclan sus ramas mangos y canelos, y el árbol del pan próvido, y la jaca, que da sombra negra, y el alcanfor gallardo. Esbelta es la mimosa; elegante, el helecho; la trepadora, corpulenta. Y en medio de la noche, lucen los ojos del cocuyo airado, que da tan viva lumbre

como la que enciende en el rostro humano la ira generosa! Y grazna el cucú vil, que deja sus huevos en los nidos de otros pájaros! El día renace, y se doblan, ante la naturaleza solemne y coloreada, las trémulas rodillas.

Y luego del Brasil, vio Darwin a Buenos Aires. Salíanle al paso, ingenuos como niños, y le miraban confiados y benévolos, los ciervos campestres; los bravos ciervos americanos, que no temen el ruido del mosquete, mas huyen despavoridos, luego que ven que la bala del extranjero ha herido un árbol de su bosque! Leyenda es el viaje; hoy esquivan tímidos el rostro de los indios; mañana ven lucir en medio de la noche los ojos del jaguar colérico, a quien irrita la tormenta, y afila sus recias uñas en los árboles; ayer fue día de domar caballos, atándoles una pata trasera a las delanteras, y a estas la cabeza rebelde, y la lengua al labio, y echándolos a andar, sudorosos y maniatados, con la silla al lomo, y el jinete en ella, por el llano ardiente, del que vuelven jadeantes y sumisos; el almuerzo es con Rosas, que tiene en su tienda de campaña, como los señores feudales, cortejo de bufones; la comida es con gauchos, con los esbeltos y febriles gauchos, que cuentan cómo el tirano de la Pampa, que tuerce árboles, y con ponerles la mano en el lomo, doma potros, hace tender a los hombres, como cueros a secar, atados en alto, de pies y manos, a cuatro estacas, donde a veces mueren. De un lado veía Darwin el árbol sacro de Waleechu, de cuyos hilos, que en invierno hacen de hojas, cuelgan los indios piadosos, porque la naturaleza humana goza en dar, ya el pan que llevan, ya el lienzo que compraron para los usos de la casa, ya la musiquilla con que divierten los ocios del camino, porque aquel árbol espinoso está al terminar dificilísimo pasaje, y le ve el indio como nuncio de salud, a quien sacrifica sus prendas y caballos, tras de lo cual cree que ni sus cabalgaduras se cansarán, ni la desgracia llamará nunca a él: y es que se sienten felices, con ese gozo penetrante que deja siempre en el alma el noble agradecimiento: que es tal en ellos el árbol, que si no tienen

cosa que darle, se sacan de sus ponchos un hilo del tejido, y lo cuelgan a un hilo del árbol. Y más allá ¡qué magnífica sorpresa!—Allí están los roedores gigantescos, testigos de otros mundos; restos de megalonix; huesos de megaterio; vestigio del gran caballo americano. Y qué ancas las de esas bestias montañosas! Qué garras, que parecen troncos de árbol! Y se sentaban al pie de aquellos árboles colosos, y abrazados a ellos, traían a sí las ramas, con estruendo de monte que se despeña, y comían de ellas! En mal hora revuelven un nido de avestruz, que el avestruz ataca sin miedo a los viajeros de a pie o de a caballo que revuelven sus nidos. Ruge el jaguar que pasa, seguido de gran número de zorras, como en la India siguen al tigre los chacales: ¡que lo que en otras tierras es chacal, en América es zorra! O es el ganado airoso de las Pampas, que sorprende al viajero por su elegancia y perspicacia, porque parece el rebaño una parvada de escolares traviesos. O son los indios mansos de la Cordillera, que brillan como genios del llano, en sus corceles recamados de plata, que ellos guían con fuertes e invisibles riendas de alambre: y al sol lucen el estribo fulgente, el cabestro enjoyado, la gruesa espuela, el mango del cuchillo. O son ya los eunucos del llano, que guardan ovejas, los perros pastores.

Ya el camino desmaya, y la tierra se entristece; el gaucho, como amante que anhela ver a su amada, mira a la Pampa que abandona. Andan en horda los pacíficos guanacos, celosos de sus hembras, que cuando sienten llegada la hora de morir, van, como los hombres de la Tierra del Fuego, a rendir la vida donde la rindieron los demás guanacos de su horda. Y de súbito la comitiva tiembla, y los guanacos huyen, y es que viene rugiendo el puma fiero, que es el león de América, que se pasea del Ecuador fogoso a la Patagonia húmeda, y que no gime cuando se siente herido: ¡bravo león de América!—Y más allá están guanacos muertos, y en medio de ellos el puma terrible, harto de su presa, y sobre ellos, como corona del puma, bandada de buitres que aguardan las migajas de la fiesta del león. Los viajeros andan silenciosos; los arbustos

están llenos de espinas; las plantas son enanas; son de lava los cauces de los ríos; secas yacen las piedras de sus márgenes; en gotas de rocío apagan su sed los roedores famélicos del bosque. Así fue para Darwin la árida Patagonia.

Y ¡qué negra la Tierra del Fuego! Poco sol, mucha agua, perpetuo pantano: turbio todo, todo lúgubre, todo húmedo y penoso. Los árboles, sin flores; las plantas, alpinas; las montañas, enfermas; los abismos, como fétidos; la atmósfera, negruzca. Y a poco, como divinidades del pantano, los fueguianos asoman, fangosa la melena, listado el rostro de blanco y encarnado, de piel de guanaco amparada la espalda; desnudo el pardo cuerpo. Mas, a poco que se les mira, surge de aquella bestia el hombre. Golpean en el pecho a sus visitantes, como para decirles que confían en ellos, y les ofrecen su pecho luego, a que los visitantes golpeen en él. Tienen magos, y tribus, y excelente memoria. El homicidio es crimen, de que se vengan los elementos, desatando sobre los fueguianos sumisos su cólera. Han oído hablar del diablo, y dicen que allí no hay diablo. Saben de amar y agradecer, que es saber bastante.

Se entró de allí el viajero en mares, y luego en tierras de Chile, donde todas las montañas están rotas, por la busca de oro. Ya no acompañaba al laborioso inglés, ni cargaba su gran caudal de reliquias de ciencia, el gaucho romántico, temible y alegre, suelto y luciente como un Satán hermoso, sino el guaso presumido, con su espuela pesada, sus botas blancas, y en negras o verdes calzoneras muy anchos calzones, y el chilpe roja y el burdo poncho. Así pasaron por montañas mondas, esmaltadas como breves bosques verdes, como esmeraldas perdidas en ceniza; por los puentes bamboleantes que cuelgan sobre el turbio Maipo, con su inseguro pavimento de cueros secos y de cañas; por las islas flotantes del lago Taguatagua, que son como grandes cestas de raíces viejas en que han nacido raíces nuevas, sobre las que cruzan los caminantes, como en cómoda lancha, de una a otra margen del lago. Y a las faldas de aquellos montes mondos leía el viajero los libros de Molina,

que cantó los usos de los animales de la tierra; a Azara, cuya obra es tesoro; al buen Acosta, que dijo de las Indias cosas no sabidas. Y emprendía un nuevo viaje, a ver de cerca los pálidos mineros, con sus luengas camisas de oscura y ruda lana, sus delantales de piel curtida, sus ceñidores de color vivo, y sus airosos gorrillos rojos; y ve espantado a los míseros apiris, que son hombres y parecen bestias, y salen de la ancha boca de la mina jadeando como monstruos moribundos, hasta que echan a tierra la gran carga, que es de doscientas libras, o más libras, y emprenden viaje nuevo, riendo y gracejando, y contando que sólo comen carne una vez a la semana. Y ya salía de Chile el viajero, y ya tocaba a las minas de nitrato de sosa en el solitario Iquique; y aún veía ante sus ojos, como aparición permanente y radiante, aquel valle de Quillota, que da gozo de vivir, aquellos llanos verdes y apacibles, que parecen morada natural de la mañana, aquellos bambúes místicos, que oscilan como los pensamientos en la mente, aquel Ande nivoso, que el alba enrubia y dora y el sol poniente tiñe de vívida grana.

Cargada así la mente, volvió el mancebo a Europa. Ni día sin labor, ni labor sin fruto. Revolvía aquellos recuerdos. Echaba, con los ojos mentales, a andar a la par los animales de las diversas partes del globo. Recordaba más con desdén de inglés, que con perspicacia de penetrador, al bárbaro fueguiano, al africano rudo, al ágil zelandés, al hombre nuevo de las islas del Pacífico. Y como no ve el ser humano en lo que tiene de compuesto, ni pone mientes cabales en que importa tanto saber de dónde viene el afecto que le agita y el juicio que le dirige, como las duelas de su pecho o las murallas de su cráneo,—dio en pensar que había poco del fueguiano a los simios, y no más del simio al fueguiano que de éste a él. Otros, con ojos desolados y llenos de dulcísimas lágrimas, miran desesperadamente a lo alto. Y Darwin, con ojos seguros y mano escrutadora, no comido del ansia de saber a dónde se va, se encorvó sobre la tierra, con ánimo sereno, a inquirir de dónde se viene. Y hay verdad en esto: no ha de negarse nada que en el solemne mundo

espiritual sea cierto, ni el noble enojo de vivir, que se alivia al cabo, por el placer de dar de sí en la vida,—ni el coloquio inefable con lo Eterno, que deja en el espíritu fuerza solar y paz nocturna; ni la certidumbre real, puesto que da gozo real, de una vida posterior en que sean plenos los penetrantes deleites que con la vislumbre de la verdad, o con la práctica de la virtud, hinchen el alma:—mas, en lo que toca a construcción de mundos, no hay modo para saberla mejor que preguntársela a los mundos. Bien vio, a pesar de sus yerros, que le vinieron de ver, en la mitad del ser, y no en todo el ser, quien vio esto; y quien preguntó a la piedra muda y la oyó hablar; y penetró en los palacios del insecto, y en las alcobas de la planta, y en el vientre de la tierra, y en los talleres de los mares, reposa bien donde reposa: en la abadía de Westminster, al lado de héroes.

JOSÉ MARTÍ

La Opinión Nacional Caracas, miércoles, 17 de mayo de 1882
[Mf. en CEM]

El Almendares, La Habana, entre julio y noviembre de 1882

CARTAS DE NUEVA YORK EXPRESAMENTE ESCRITAS PARA *LA OPINIÓN NACIONAL*

Francia.—*Père Divorce*.—El juego de la Bolsa y los juegos de azar.—Los dos proyectos de Naquet.—La duquesa de Chaulnes y la duquesa de Chevreuse.—Un banquete a un maquinista.—Victor Hugo.—Lo que dice Rouher.—Lo que dice Ollivier.—Eugenia.—Radicales y moderados.

Nueva York, 23 de mayo de 1882

Señor Director de *La Opinión Nacional:*

París ha andado en estos días ocupado en murmurar de sus duquesas, en almorzar a la sombra de las lilas, en condenar el asesinato bárbaro del Ministro inglés y su secretario en Irlanda, en lamentar la muerte triste, la muerte solitaria en la sigilosa nieve, de los bravos norteamericanos que fueron a explorar el polo Ártico, en celebrar en las Cámaras a Freycinet, que declaró con acentos vigorosos su ánimo de mantener alta en el Egipto rebelde la bandera de Francia, y en aplaudir a *Père Divorce.*

Père Divorce es Naquet, el orador sutil, el observador penetrante, el abogado vehemente, el previsor tenaz. Le viene el sobrenombre del ardor con que ha procurado que el divorcio vuelva a ser institución francesa. Pocos años hace, reían de él las Cámaras que acaban de aplaudirle; mas saber esperar es gran talento, que falta a casi todos los que están dotados de talento. El talento no es más que un desequilibrio entre el que lo posee, y la masa vulgar. Si quiere sacar provecho de la vida, o ejercer influencia en ella, ha de hacer no obra de león, que espanta con su magnífica hermosura a los habitantes de la selva, sino obra de gusanos. Las ideas grandiosas, que deslumbran a su aparición como relámpago, no triunfan sino cuando se deciden a ser obra de

insectos. Así se ha ido levantando la capa de la tierra: en hombros de gusanos. Así se va construyendo también el mundo espiritual. El ser humano coronado en una extremidad de resplandores angélicos, se arrastra en la otra extremidad como gomosa oruga.

Naquet, es un trabajador infatigable: su oficio no es revelar, sino construir. No le perturba el ansia de lo futuro: le inquieta más la mejora de lo presente. Ve que es en Francia el matrimonio mero tráfico de dotes o enlaces de mutua conveniencia: o culminaciones frágiles de simpatías generalmente pasajeras, a las que no lleva la amante temblorosa el ramo de azahares cargado de gotas frescas de rocío, ni el amante lleva aquel recogimiento religioso de quien siente que entra en un templo inmaculado. No debe, pues, darse carácter perpetuo a enlaces que se ajustan por razones transitorias. Allí donde el matrimonio es la unión racional de dos seres que se son útiles o agradables, los cuales no entienden al unirse que haya razón alguna que les ligue luego que su mutua utilidad o agrado cesan,—el divorcio no viene a ser más que aminoramiento de las envilecedoras uniones ilícitas, que en esos países viejos surgen, como flores de cieno, de los matrimonios perturbados. Puesto que en Francia ha llegado a ser el matrimonio una institución meramente humana, su legislación compete a los hombres. Y esto defendió Naquet año tras año, en las Cámaras con juiciosísimos discursos; en los salones de leer, con ingeniosas y vivaces lecturas; en los salones de recibir, con su conversación chispeante, andariega, resplandeciente, amena, persuasiva. Hoy se ganaba la voluntad de una alta señora: mañana, la de un reacio diputado: luego, la de un periódico influyente. No ha trabajado como monomaníaco, sino como apóstol. Tras de él, y azuzados por él, vinieron los novelistas, los dramaturgos, los discutidores.

—«¡Elegid, decía Naquet, entre el divorcio que os intimida, o el adulterio que os envilece! Si queréis extirpar el adulterio, autorizad el divorcio».

—«¿Y los hijos?», clamaban sus adversarios.

—«Vale más vivir en la compañía de padrastros indiferentes que de padres impuros!»

Al cabo, Naquet ha leído su proyecto de ley de divorcio ante la Cámara de Diputados. Y la Cámara no lo desatendió como otras veces, sino que lo aceptó a discusión por extraordinaria mayoría.

Y no es que el divorcio sea institución deseable: es que libra a los espíritus fatalmente arrastrados a la satisfacción de sus deseos, del crimen,—¡huésped bárbaro! Les quita la ventura, que queda sepultada para siempre en el hogar roto, pero les deja la estimación de sí mismos. Los adúlteros van por la vida como ebrios.

Ese es un proyecto de Naquet; ved ahora otro. Naquet piensa que deben legislarse los males que no se pueden evitar. En estos tiempos suntuosos, sólo los que nacen con temple de mártires tienen capacidad de ser austeros. La tierra es hoy una cortesana tentadora. Llena el espacio aire de hetaira. En las almas, hay dos huéspedes: el deber, pigmeíllo;—y el apetito, voraz gigante. Uno es el objeto de los hombres: improvisar riquezas. Y la riqueza que exige la satisfacción de los apetitos que la vida actual despierta,—es mucho mayor que aquella que los hombres pueden adquirir con el empleo honesto y tenaz de sus facultades naturales. Lo que no puede darles el trabajo, lo piden al azar. Juegan inmoderadamente a la Bolsa. Esperan cada día convulsos ante una copa vacía, o un cigarrillo extinguido, o un diario en que no leen, las nuevas de su fortuna. Hoy van raídos y hambrientos por calles excusadas; mañana pasean ricos carruajes, al lado de damas de pasear, por entre americanos indiferentes, nobles de antaño, bailarinas famosas, príncipes imbéciles. Esa esperanza perpetua en una fortuna posible, perturba al hombre como un tósigo, y lo envilece, porque le deshabitúa al ejercicio metódico de sí, y a la conformidad con sus recursos naturales, de cuya conformidad y ejercicio viene a los hombres verdadera y durable ventura. ¿A qué hacer, dícense los jugadores,

trabajo rudo y mal pagado, si, como lluvia de oro, al comprar acciones que alcen, se entrará por nuestras puertas la fortuna resplandeciente, llenas las manos de besos, los labios de convites, la frente de verbena, el seno de goces? Y trabajan de mal grado, y sin sentido, con la mente confusa, y la esperanza puesta, no en sí mismos, que es esperanza que no engaña, sino en la loca fortuna. ¿A qué emplear, se dicen, estos dineros de nuestra lucha en tierras, ni en comercio, ni en industria, ni en interés seguro,—si es cierto que en las casas de acciones hacen el dinero con alas, y con tenerlo un mes en ella, viene el dinero doblado a nuestras manos sin trabajo? Y llevan los haberes de la lucha, pacientemente acumulados, a un mostrador de accionistas:—los cuales quiebran a poco, como quebró con estruendo la Unión General, y dejan a esos perezosos y desventurados sin haberes.

Naquet se ha dicho que, puesto que el mal es inevitable, porque lo es que los placeres de la vida moderna despiertan en la sensual naturaleza humana el ansia de gozarlos, a lo cual sigue la busca de los medios, para satisfacerlos, es fuerza poner freno a este mal amenazante que absorbe los ahorros de los pobres; aviva la astucia de los logreros, afloja la energía de los franceses, y priva de gran suma del trabajo personal y creador de sus hijos a la patria.

Se juega a las acciones como al *bacará* al *whist.* El Código francés declara hoy ilegal el cobro de las deudas contraídas en el juego de acciones, como el de las contraídas en los demás juegos de azar. Es necesario, para asegurar el porvenir de Francia, y estimular el hábito del trabajo seguro y honesto en sus hijos que se juegue menos a las acciones. Naquet mantiene que si se obliga a los jugadores de acciones a pagar las deudas que en este juego contraigan, el número de jugadores será menor, y mayor por tanto el de hombres honrados.—El infatigable *Pére Divorce* quiere que se borre del Código de Francia la cláusula 1965, que legisla para el juego de la Bolsa como para los demás juegos de azar.

Están siendo esos proyectos la comidilla de los salones, aunque este mes de mayo es más de andar en ríos y travesuras campestres, y almuerzos en la fragante yerba primeriza, que de fiestas y salas, mas no hay en París quien no comente el proceso famoso de las dos duquesas, que son la de Chaulnes, que quiere que le devuelvan sus dos hijos, y la de Chevreuse, que es suegra de la de Chaulnes, y la trata de mala dama y esposa impura, y se niega a darle sus nietos.

Es escándalo grande, y los escándalos, como búhos espantados a un rayo súbito de luz, huyen de las plumas honradas. Dirémoslo en suma. Esa duquesa de Chaulnes es un insecto de oro. Con decir que la acusan de vida parisiense, y que estuvo casada con esposo a quien no amó, queda dicho todo. Se presenta en el tribunal envuelta en luengos lutos. Le cae sobre la espalda, mal sujeta en red breve, la cabellera áurea. Tiene la hermosura opaca de las rosas después de mediodía. El tribunal parece teatro. Y teatro griego, en que los actores señalaban desde el tablado con su dedo acusador a las víctimas de sus censuras; y la duquesa de Chaulnes parece actriz. Un año hace dijo mal de ella Aurélien Scholl, que usa de pluma galante y libre; y el conde de Dion, a quien acusan de tener en la duquesa su condado, le quebró en los labios la atrevida pluma.

Esta madre sin hijos es hija de los viejos reyes de la áspera Lituania, y su suegra desciende de los bravos De Luynes y de los caballerosos Rohans. Casó el duque de Chaulnes con la joven hermosa, porque a él le pareció bien su belleza, y a la madre su abolengo regio. Pero a poco, nuera y suegra se odiaban. Quería la anciana que su hijo se separase ruidosamente de la turbulenta hermosura que París había conocido con su nombre propio de princesa de Galitzine. Él era devotísimo, y ella tenía otras devociones. La duquesa nueva huía de la vida monástica de la casa solariega como cebra saltadora huye del domador; y la duquesa madre era más fiera; hecha a domar cebras. Ya tenía la joven esposa entablada demanda de separación contra el enfermo duque, cuando

murió este, recomendando que no le entregasen a su esposa sus dos hijos, que el tribunal le dio en custodia. Pidió la madre a sus hijos, y se los negó con áspero recado, el consejo de la familia ducal, presidido por la de Chevreuse. De aquí el proceso.

Y como la duquesa anciana es dama varonil, gran protectora de benedictinos, gran enemiga de los caballeros de la república, y amiga grande de los caballeros de la Iglesia, a quienes ha defendido con el poder de su genio instigador y con el de su brazo, porque es fama que abofeteó con su mano ducal a uno de los gendarmes que empleó el gobierno francés en la expulsión de los eclesiásticos rebeldes,—este proceso personal ha venido a ser proceso político, en que la duquesa de Chaulnes tiene de su parte a los enemigos de la Iglesia, y a las buenas almas, que creen que los hijos estarán mejor al lado de una madre, siquiera casquivana que al lado de una abuela iracunda, que odia a su madre; y favorecen a la duquesa de Chevreuse los elementos eclesiásticos y monárquicos que le están obligados, por ser la casa de Chevreuse albergue de todos ellos, como lo fue de los gallardos frondistas la casa de aquella de Longuèville, dama hechicera, y por ser la duquesa de hogaño, si menos afable joven y discreta que la princesa seductora, no menos activa, batalladora y astuta que la famosa princesa. Maître Betelaud, que de Rabelais acá vienen llamando en Francia *Maître* a los letrados, acusa de veinticuatro pecados magnos a la duquesa joven que, sentada en su sitial enfrente de su acusador, lo oye impasible, o mira con ademán de súplica a los jueces, o vuelve los claros y húmedos ojos al público que rebosa en la sala del juicio, henchida esta vez de hermosuras de fama, curiosos de alto mundo, y acicalados galanes. Está siendo una guerra parisiense que resuena en los diarios, en los pasillos de la Cámara, en los tribunales, en los teatros, en los salones. Tiénese por seguro que el tribunal volverá sus hijos a la madre. Venden a miles los pilluelos, folletos en que cuentan vergüenzas de la duquesa joven, o crueldades de la anciana. En los kioscos de los

bulevares alumbra a la par de la luz eléctrica una descocada caricatura del *Diario para reír* que excita a risa gruesa y los retratos de los dos niños de Chaulnes, que ya llevan en sus dos blancas frentes esta mancha de barro.

Era el duque muy rico y señor de heredades valiosas, que montaban a un decenar de millones de francos. Era Galitzine muy pobre y de gustos tales que la acusan de haber gastado en los seis años de su mísero matrimonio medio centenar de miles de pesos, y era la casa del duque mansión conventual, donde pareció profanación el aire de hetaira que trajo consigo la ardiente princesa.

Víctor Hugo, entretanto, presidía a quinientos hombres buenos, nobles de estos tiempos, que no ostentaban en sus escudos las lanzas con que hirieron, por disputas de señorío, a otros pechos, ni fueron ungidos caballeros por dama castellana, sino por la hermosa Libertad. Los quinientos hombres buenos honraban a un artesano, a un mecánico, a un conductor de locomotora, al bravo Grisel. Y honraban a Gambetta, que premió al artesano con la cinta codiciada de la Legión de Honor. ¡Qué gozo, y qué perspectiva! Ya el plebeyo de los gremios come del mismo pan, y se sienta a la misma mesa, y ostenta la misma insignia del señor.

Grisel salvó a ciento veinticinco hombres de la muerte. «¡Os ordenamos que paséis con vuestra locomotora ese puente!»—le decían coléricos los directores del ferrocarril en que como maquinista estaba Grisel empleado.—«¡Pues os desobedezco, y no paso! Ganar un salario no es contraer la obligación de ser cómplice de un crimen. Ese puente está para caer. ¡Yo no llevo a morir a tantos hombres!»—Y en este mismo instante, en que el mecánico honrado desafiaba al explotador avariento, caía con estruendo el puente roto.

Al acabarse el banquete, un anciano radioso, de ojos serenos e iluminadores, de faz homérica, salía de la conmovedora fiesta, rodeado de hombres que iban como alejando con esmero obstáculos de su paso.

Parecía una visión. Parecía una nube de plata. Parecía un mensaje de la altura. Parecía el cortejo de un monarca, monarca de monarquía desconocida en la tierra. Era Víctor Hugo. Y más adelante veíanse hombres que estrujaban airados un diario: era un ejemplar de *El Intransigente* en que Rochefort, un ebrio de odios, excusa el asesinato de los ministros liberales que Inglaterra arrepentida de oprimir, enviaba generosamente a Irlanda. No es hidalgo el que no estima la hidalguía de una nación, o de un hombre que confiesa que yerra. No: no hay perdón para los actos de odio. El puñal que se clava en nombre de la Libertad, se clava en el pecho de la Libertad.

Rouher y Ollivier, los caudillos del bonapartismo, han dado consejos a su partido, y disculpas de sus actos. A Ollivier le ven con odio sus mismos secuaces: desertó de la mesa gloriosa de los hombres sinceros para ir a comer manjares de autócratas. No perdona ocasión de disculparse de la catástrofe que por sus consejos cayó sobre su patria y por su anhelo culpable de salvar el imperio de Napoleón, necesitado de renovar su esplendor con el brillo de la guerra, a costa de la sangre y a riesgo de la independencia de la Francia. Decid «¡Ollivier!» en Francia, y veréis anublarse, o encenderse en ira todos los rostros. Ahora se queja de que los republicanos son injustos para con él al hacerle responsable de la terrible guerra. Alega que él no tenía autoridad sobre el Ministerio de la Guerra ni sobre el de Marina; que Napoleón III regía por sí estos ministerios; que él hubiera querido hacer ministros a Trochu y a Julien de la Gravier, y Napoleón prefirió a Leboeuf y a Rigault de Genouilly. Y dicen que Ollivier tiene llenas de hojas escritas sus carteras, y que unas de ellas hacen un libro en que narra la caída del imperio que era una fortaleza quebrantada que él quiso salvar de la ruina atándole en torno su corbata blanca; y que las otras páginas son otro libro de combate, en que el consejero presuntuoso, que no entiende cómo puede salvarle aun de la vergüenza de su derrota la dignidad del silencio, intenta forzar la

atención pública que huye desdeñosa del mal consejero. Ollivier viene de Roma, y mantiene en su libro que el Papa no está libre en ella.

Rouher, más sensato, no provoca la lucha. Su partido le busca, y su opinión es código. La leyenda bonapartista muestra que los Bonapartes no triunfan sino por los desórdenes de los partidos liberales. Cuando los dueños de la casa andan en querella, se entran a hurtadillas por la casa. Son búhos, que salen de las sombras. Es fuerza, pues, según Rouher, esperar a que los partidos liberales se desordenen. Los pueblos son conservadores por instinto. Gustan de ser regidos liberalmente; y gustan más de no ver en peligro su existencia, ni sus haberes, aunque sólo hayan de salvarse a costa de sus propias libertades. Cuando un pueblo ve a sus timoneles en querella, y más ocupados de ver quién guía que de guiar bien el buque, bendicen a cualquier hombre osado que se hace del timón con mano fuerte, y guía. Rouher aconseja a sus partidarios que esperen, que no se desunan, que no muevan al príncipe Víctor que se rebele contra el príncipe Napoleón, que tengan fe en el porvenir del príncipe Víctor, que tal vez, como búho joven, podrá surgir de las sombras que puedan traer de nuevo los mismos republicanos a la Libertad. Parece como que entre esas palabras se ve pasar un zorro. «Esperad—dice Rouher a sus amigos—los acontecimientos pueden repetirse».

En tanto, la república magnánima reconoce el derecho de la emperatriz Eugenia a poseer un castillo que le disputaba el ayuntamiento de Marsella y a la vez que un grupo de fanáticos aterraban en Lyon con sus voces a una suntuosa dama inglesa, porque por su semejanza con la emperatriz y sus hábitos regios la tomó por la viuda de Napoleón, reposaba la infortunada española, gala un día del palacio generoso de la condesa de Montijo, en la hermosa casa parisiense de la duquesa de Mouchy, su buena amiga.

Los buques franceses, con aplauso de Francia, están anclados, y dispuestos a guerra, frente al Egipto rebelde. En las Cámaras, los

radicales mueven guerra a los moderados, que en debate animoso, tachan, con aplauso público de enemigos de la libertad a los que, sin traer consigo plan, ni concepto, ni fuerzas de la regeneración total por que abogan, prefieren fortalecer con su hostilidad a los enemigos del mundo nuevo, que hacerse acreedores a su confianza con su sinceridad y su paciencia. En política, es crimen derribar lo que no se puede reconstruir. Cuesta mucho trabajo alzar un mundo de las ruinas, aún en pie, de la fábrica altiva de Carlomagno, Luis XI y Luis XIV. Se ha de hacer despacio lo que ha de durar mucho. En pueblos, sólo edifican los que perdonan y aman. Se ha de amar al adversario mismo a quien se está derribando en tierra. Los odiadores debieran ser declarados traidores a la república. El odio no construye.

JOSÉ MARTÍ

La Opinión Nacional. Caracas, 1ro de junio de 1882.
[Mf. en CEM]

CARTAS DE NUEVA YORK EXPRESAMENTE ESCRITAS PARA *LA OPINIÓN NACIONAL*

España.—Ensayo de política racional.—Escala de partidos.—Un partido nuevo.—De Pidal a Pi.—El ala derecha y el ala izquierda de Sagasta.—La batalla en el campo sagastino.—Los juicios por jurado.—Cataluña independiente.—Ineficaces reformas para Cuba.—España, las potencias y Marruecos.

Nueva York, 23 de mayo de 1882

Señor Director de *La Opinión Nacional:*

La política española no tiene bajamar. Vive en marea alta. Y es que el país siente que está de tránsito, y anhela llegar al término de este largo viaje, que comenzó en 1812, y aún no acaba. Entonces empezó, con aquellos hombres magníficos y venerables, el combate entre las instituciones desacreditadas y las que han de sucederles. Ya estas pasan del período embrionario. Ya andan por cauces fijos. Ya, como que se han visto en naufragios, conocen el modo de salvarse. Los hombres son pródigos de dineros y fuerzas en la juventud, y económicos de ambas después de ella, y los partidos políticos son como los hombres. No estima la riqueza sino aquel que la ha perdido y ha tenido que reelaborarla. Solo en la larga derrota aprenden los partidos políticos el valor de la victoria. Las parcialidades democráticas de España se mueven como ejércitos de veteranos adiestrados. Hierven en pasiones, pero conocen la necesidad de dominarlas. Son cautos, lo cual viene siempre de haber sido vencidos. Los partidos de España son hoy como excelentes ensambladuras, que se desencajan y reagrupan, y quedan en cada forma nueva como ensambladuras perfectas.

Grandísima victoria de los españoles es haber elaborado al cabo esta política racional, sincera y visible, cuyos elementos se ajustan o

desapartan con arreglo a pacífica y serena lógica. Ese país de imaginación se mueve hoy con arreglo a una perfecta política de razón. El campo ultraconservador, que es el del pretendiente don Carlos, encaja por su extremo más liberal en el extremo menos liberal del campo conservador: el ala izquierda de este, encabezada por Martínez Campos, ajusta en el ala derecha del partido sagastino, cuyo bando radical, ganoso de reformas activas y de trabajos visibles, se engrana con la agrupación más conservadora del elemento democrático. Así ligados los diversos que aceptan la monarquía de don Alfonso como monarquía de derecho,—líganse de igual manera con los que sólo la aceptan, como los carlistas y los republicanos, como monarquía de hecho; y a la par que los carlistas que son ultramonárquicos y ultracatólicos, apoyan con sus votos y sus partidarios a los más católicos de entre los monárquicos, así los republicanos que pudieran llamarse extracatólicos y extramonárquicos, apoyan a las agrupaciones más liberales de la monarquía.

Ahora se presenta ocasión nueva de combate en esta política artística e impaciente que no por ser de las menos cimentadas es de las menos interesantes de las actuales de Europa. Ahora se ofrece una ocasión de desencaje y reagrupación. Ahora se forma un partido nuevo, necesario al equilibrio de este organismo verdaderamente bello. Las pruebas de razón seducen a los que la cultivan. Sagasta subió al poder merced al ajuste de tres fracciones: él era, en la formación rudimentaria de los partidos en esta nueva época de la política española, el caudillo de la monarquía: Cánovas era el caudillo de la derecha: hacía falta un grupo intermedio, que acercase los extremos de estas agrupaciones rivales, y Martínez Campos creó el grupo intermedio, que se acumuló, por ser pequeño para el triunfo, y por necesitar de programa definido, al bando liberal, el bando de Sagasta.

Pero como al toque de un nuevo agente se verifican en un cuerpo nuevos cambios químicos, y se revelan elementos suyos que yacían

ignorados, a la presencia del nuevo elemento conservador en el bando liberal, surgieron alarmados los elementos más liberales de este bando. Y se dibujaron marcadamente en la mayoría sagastina las tres agrupaciones: el ala conservadora, que usa de las libertades como pretexto y en realidad las teme, mandada por Martínez Campos; el ala radical, que usa de la monarquía como pretexto, y en realidad la odia, comandada por varios y elocuentes guiadores, que se llaman Linares Rivas, Pelayo Cuesta, Balaguer, Navarro y Rodrigo; y el ala intermedia, que es el séquito personal de Sagasta, a quien ha librado el manejo de su fortuna, y que se da a trechos, con cierto amor secreto y vehemente a la libertad, a la libertad, que la conservará en el mando mañana, y a la monarquía, que le da y puede continuar dándole el mando hoy. De estas tres subagrupaciones el ala conservadora tiende a sofocar toda tentativa del ala radical a abrir puertas al espíritu democrático, que se entra a raudales, y con pujanza juvenil, por todas las puertas; el ala radical tiende al establecimiento inmediato de las instituciones democráticas, sin cuyo goce ni asegura su lealtad, ni concede probabilidad de larga vida a la monarquía; y el ala intermedia tiende a poner en acuerdo a los dos bandos extremos, arrancando concesiones al resistente grupo conservador, y conteniendo impaciencias del descontento grupo liberal, porque si aquel se vuelve al campo canovista de donde vino, queda Sagasta como jefe imponente de un bando rebelde y peligroso; y si el ala radical se une a los demócratas que la apoyan, queda Sagasta como jefe sin séquito, y como caudillo sin color marcado y prominente, que es puesto que no cuadra al que ha venido siendo dentro de la monarquía el único caudillo posible de las huestes democráticas.

Pero el conflicto había de venir al cabo. Intereses e ideales guían a la vez a los políticos. Los campistas conservadores quieren para sí la primacía en el gobierno de Sagasta, y los puestos: ¡algo ha de valer la espada deshacedora de reyes!—Los radicales sagastinos piden para sí

igual primacía, y puestos iguales; ¡algo ha de pagar la monarquía por el alquiler de esos demócratas prófugos!

En vano había venido Sagasta, con su ala intermedia, conjurando el peligro; sonreía en vano con igual blanda sonrisa a los conservadores de quienes ha menester, y a los radicales cuya fuga teme. Decía a Campos: «Sin mí, no tenéis programa, ni fuerza, ni apariencia formal de partido político, ni sois más que un general afortunado, seguido de un grupo de espaderos». Y decía a los radicales: «Sin Martínez Campos, no somos aún bastante fuertes para inspirar confianza a la monarquía que duda de nosotros, y nos ve como a sus Judas, que habremos de venderla a la República».

Mas surgió el partido democrático monárquico, creado por Moret con buen acuerdo para que no hubiese de volver el poder, caso de ruptura de Sagasta y Campos, a los conservadores, por no haber, salvo el de Sagasta, partido liberal en la monarquía. Y el rey lo vio con buenos ojos, porque los demócratas de Moret unidos a los radicales de Sagasta, y a los republicanos de Castelar y de Martos que los apoyarían en Cortes, reúnen mayoría bastante en las Cortes actuales, para que el poder recaiga en ellas sin conflicto,—y porque el rey piensa tal vez, con notable cordura, que le vale más agasajar a sus enemigos poderosos, que desafiar su poder, echándose de nuevo en brazos de los canovistas impotentes para salvarle, y odiados.

Apenas tuvo el ala radical este campo nuevo, amenazó de fuga a Sagasta, si no se sacudía del imperio enojoso de los acomodaticios y avarientos campistas. Le exigieron que los pusiese en aprieto, y provocase su salida del gabinete. Le urgieron a que propusiese reformas inmediatas y republicanas, a las cuales no quiere Campos asentir, porque no vaya a tenerlo la Corte por uno de sus enemigos encubiertos. Ni Sagasta sufre de buen grado la forzada compañía de Campos, ni gusta de dar un nuevo jefe a la democracia dentro de la monarquía. Él ve por su interés, y sus radicales por el suyo. Él quiere la presidencia del

Consejo y los radicales quieren el Consejo. Este ha sido el conflicto: este el problema. El ala radical se ha alzado contra Sagasta, y amenaza ir a robustecer como un ala conservadora y más monárquica, al partido infante de los demócratas de Moret, así como Campos se alzó contra Cánovas, y fue a dar robustez, y a servir de ala más monárquica y más conservadora al partido liberal que había venido aspirando en vano al poder dentro de la monarquía.

Los elementos de la querella flotaban por el aire. El primer debate de la Cámara ha puesto de relieve la querella. No bien se anunció por el Gobierno su propósito de establecer, como preparación al jurado, juicios públicos y orales, que son menos que el jurado, y más que las actuales formas de juicio,—alzáronse en rebelión los radicales sagastinos, exigiendo a su jefe que propusiese el establecimiento inmediato de un jurado, puesto que un pueblo que manejó ya sin riesgo y con honor esa institución, no necesita prepararse para ella, y porque ya se fatigan de verse en la casa propia, alejados de la mesa del poder por los campistas forasteros y de ver las libertades racionales que España ansía sujetas a conveniencias y a caprichos de gente mandariega, que no da a la libertad sino aquello que puede servirle como un cebo para atraerse la opinión y como un arma para amenazar a la monarquía.

Susurráronse al punto cambios graves. Linares Rivas, orador muy brioso, renunció el puesto altísimo que, por buen amigo de Sagasta y gran molestador de Cánovas, gozaba en la Administración de Justicia, y anunció que pediría en Cortes el restablecimiento del jurado. A Linares Rivas se unieron todos los tenientes que comandan el ala radical. Moret, Martos y Castelar anunciaron que sus fracciones votarían con Linares Rivas. Todo ha sido reunirse en casa del general López Domínguez, capitán de los descontentos, y rival de Campos. Todo es aún asegurar que se creará un partido nuevo del ala radical y de los demócratas moretistas, y que será jefe de ellos el siempre diestro general Serrano. Los descontentos claman por la adopción inmediata del juicio por

jurados, del presupuesto económico, del matrimonio civil. Sagasta les responde que no está España aún madura para el establecimiento fructífero, y no efímero, de esas instituciones. Los tenientes rebeldes andan en permanente cónclave. Sagasta llama a deshora de la noche a la casa de su consejero mejor, que es Serrano mismo. Los sagaces no tienen por probable que los perpetuos compañeros de Sagasta, que deben a sus artes la posibilidad del poder que comparten, riñan con él para ir a comandar y no a mandar en absoluto, en campo nuevo, y aliado, más en campo que en suma tardaría poco en ser, por rivalidades de jefes y aspiraciones políticas diversas, campo enemigo.

Pero el cable hace creer que Sagasta, que sabe de magia, ha conjurado esta tormenta; que los tenientes hechos a la voz de su hábil capitán, han cedido a su voz; que Alonso Martínez, el Ministro de Justicia, anunció desde el banco del gobierno que el gabinete introduciría en la sesión próxima el proyecto de ley de los juicios por jurado, y un nuevo código penal, más encaminado a corregir que a espantar, y a purificar que a corromper, como corrompe y espanta, con sus penas envilecedoras, el código vigente. Tales son cárceles y presidios en España; que el que entre en ellas sale criminal jurado. El Saladero mismo de Madrid es escuela y taller de grandes robos. Los alcaides de las cárceles son verdugos de los presos que no los sobornan, y compañeros de los que los sobornan. Y una flor que cae en un presidio de España, sale llaga. En verdad que es tiempo de atender a esa señora ilustre y modestísima, que pide con acentos de evangelista y de profeta que se truequen en penitenciarias los presidios, y estos y las inmundas cárceles en escuelas para los pecadores. Concepción Arenal se llama esa dama ilustre, no tiene España otra más grande.—Decíamos que el riesgo de desarme del bando sagastino parecía, merced a la promesa del Ministro, conjurado. Es tregua: no es desenlace. O, ya más arraigado en el Palacio Real, se aparta Sagasta de la compañía de Martínez Campos, a quien él no quiere por jefe, y quien no se aviene a ser mero teniente de

Sagasta—o va el poder, por mano intermediaria o sin ella, a dar en manos canovistas.

En esto andaba Madrid, y por Cataluña andaba, pidiendo independencia, una banda de insurgentes. «¡Cataluña independiente!», oyó asombrada Barcelona, y los campos vecinos oyeron, como en los tiempos del malaventurado Conde-Duque de Olivares: «¡Cataluña independiente!» Pero dicen que esa que vocea es asonada y no guerra; que no son más de ochenta los abanderados; que salieron de Barcelona numerosas tropas, y los pusieron en fuga; que los campesinos les admiran, mas no los siguen; que ya han caído en prisión cinco de los rebeldes. Bello es que los pueblos combatan por su libertad: mas sólo tienen el derecho de combatir por su libertad los que no oprimen la de otros...

Tanto como de las cosas catalanas, se ha hablado estos días de las cubanas. Con pompa, como quien lleva a cabo obra magna, ha presentado a las Cortes sus proyectos de reforma en el presupuesto y comercio de Cuba, el hábil y activo, mas en esto infortunado, León y Castillo. Bate bien a Cánovas este brioso isleño con su palabra diestra; mas ni él, ni otro alguno de los suyos, tiene ánimo ni poder de calmar los males de la Isla. Todos esos proyectos, muy voceados, tienden a hacer libre el tráfico, de aquí a diez años, entre España y Cuba. Mas ¿qué con ello? Es como dar una cáscara de nuez a quien pide embarcación con que surcar los mares: o una piedrecilla de color a quien perece de hambre: o como quien emprende camino del Este para encontrar a quien lo llama por el Sur.—Cuba no vive del tráfico con España.—En el tráfico de que vive Cuba, en el tráfico con los Estados Unidos, en ese no legislan: en ese anuncian que no valdrá a los importadores de frutos extranjeros en la isla introducirlos en España donde pagan poco, y sacarlos de nuevo de España para la Isla, como frutos españoles, porque esos frutos extranjeros habrán de pagar siempre los derechos que pagarían si se introdujesen directamente en la Isla. Y en otros males

voraces no legislan. Toda Cuba está en prenda, o en quiebra. Todas las propiedades están en hipoteca. Todas las fortunas en concurso. Embargadas, las haciendas y sus rentas. A pesar de que aún existe el trabajo esclavo, el país no puede pagar ya al gobierno las contribuciones de que este ha menester para mantener su ejército, y su otro ejército de espías, y su otro ejército de empleados. Pues ¿qué será cuando los esclavos se alcen; o el trabajo se interrumpa por falta de caudales para aumentar la producción; o los Estados Unidos, que reciben ya azúcar de muchas partes, cierren sus puertos, airados de que España mantenga cerrados los de la Isla a sus frutos, a los azúcares cubanos? ¿Qué será cuando, dado que todo vaya por lecho tranquilo, como río manso, la ley de patronato venga a haber de cumplirse realmente, y los productores de azúcar a pagar salario a sus trabajadores, si hoy que no pagan salario, no tienen ya cómo pagar las contribuciones atrasadas, ni las nuevas?

Pues a eso pone remedio el Ministro de las Colonias anunciando que el presupuesto de la Isla monta a $36 500 000 para el nuevo año, de los cuales se habrán de colectar 21 000 000 en las aduanas de Cuba, y 9 000 000 de los propietarios míseros de esas haciendas que están todas en concurso, en embargo, o en prenda: y que a más, esa triste tierra debe $53 000 000 por los gastos de la guerra mantenida contra ella, para pagar los cuales no cuenta el Ministro con más ni ofrece más, que la hipoteca por diez años de las contribuciones de la Isla al Banco Español de La Habana el cual reunirá en una sola deuda las varias que la Isla tiene, por cuya deuda unida emitirá acciones redimibles a tres por ciento de interés, de las que amortizará el Banco una porción cada año! No se cuenta, para pagar las varias deudas, más que con el medio por el cual la mayor de esas deudas se contrajo! Porque la Isla debe mucho al Banco por esas contribuciones, que se le daban en garantía, y no alcanzaban a cubrir sus anticipos. En suma: quedan en pie, sombríos e insolubles, todos los problemas.

Y en España, se agita el de Marruecos. España teme que si las tropas de Inglaterra y Francia invaden el Egipto, no haya alfanje en cinto, ni caballo sin jinete, ni moro sin espingarda, de Egipto a Marruecos. Ve España cómo la morisma está encendida, y Túnez muerde colérico el freno de Francia, y Trípoli parece campo de batalla, y lo es ya Egipto, y se anuncia general alzamiento contra todos los cristianos, y el sultán de Marruecos es impotente para domar a los moros tunecinos que llenan sus comarcas, ni a los airados marroquíes. Cuenta España sus soldados, y ve que tiene 130 000, los cuales no echará sobre Marruecos si la querella de Egipto no para en guerra, que encienda toda la morería del norte de África, mas sí moverá contra África sus huestes, si el alzamiento de los moros pone en riesgo sus dominios africanos, que la hacen agasajada de potencias grandes, cierta de un porvenir próspero, estimada y temida de Inglaterra. Ahora mismo saca España provecho de estar a la boca del Mediterráneo, y en el camino de la India, porque Rusia y Alemania, celosas del poder inglés en Asia, quieren alzar a España contra los ingleses, y fortalecerla en sus dominios marroquíes, lo que obliga a Inglaterra a ser dadivosa con España, y tenerla de amiga, por lo que dan por cierto los buenos políticos de Madrid que el gobierno inglés reformará benévolamente los impuestos que en las Islas Británicas gravan los vinos españoles, con lo que crecerá mucho la riqueza de España, y ajustará al cabo la contienda pendiente sobre señorío del agua alrededor de Gibraltar, y derecho de suzeranía de España sobre las islas Sulú y parte de la de Borneo.—¡No en vano fueron de Londres a Madrid aquellos caballeros resplandecientes, a llevar al rey mozo la rica Jarretera! Rusia tiene en Madrid al hijo de Gortschakov famoso, el cual también merece fama; y Alemania emplea allí a su conde Solms, que es uno de sus embajadores más diestros y seguros. E Inglaterra, que envía sus buques por las bocas del estrecho en que tiene España señorío, quiere tener libre el paso a la India.

JOSÉ MARTÍ

La Opinión Nacional. Caracas, 2 de junio de 1882.

[Mf. en CEM]

CARTAS DE NUEVA YORK EXPRESAMENTE ESCRITAS PARA *LA OPINIÓN NACIONAL*

Italia.—Reforma del sufragio.—Las Cámaras votan el escrutinio de lista.—Excavaciones.—Entre poetas.—Entre campesinos.—Entre cardenales.—El caballero Errington.—El verboso Ollivier.—León XIII e Irlanda.

Nueva York, 23 de mayo de 1882

Señor Director de *La Opinión Nacional:*

Donde Gambetta cayó, Depretis ha triunfado. Los diputados y senadores de Italia, ya a punto de volver a sus departamentos a batallar en elecciones nuevas, acuerdan que la buena manera de elegir es la del escrutinio de lista, en que no va el diputado a la Cámara porque así cuadre o interese a los caciques del lugar, sino que va por las ideas que encarna, lo cual garantiza su partido que le presenta en su circunscripción como candidato, sin que quede el diputado comprometido a esas fruslerías bochornosas que le obligan luego, por complacer a sus electores exigentes, a compadrear con el gobierno que se las concede, ni ha de atender el legislador a dar placer o no dar disgusto con sus votos a los caciques que le eligen. El partido propone a los diputados: los partidarios los votan. Así, todo hombre útil a un partido político está seguro de su elección, puesto que sus copartidarios cuidan de ella, y no se ve forzado el hombre público a andar domando aldeas, y trabando votos, y conciliando rudas voluntades, lo cual priva de independencia al diputado, y le deja con más cargas, y con menos decoro. ¡Mercadear un honor, aunque se vaya a hacer un bien con el honor que se recibe, es cosa que saca el rubor de todo hombre puro al rostro! Más vale ser olvidado de la muchedumbre que verse obligado a cortejarla.

Los diputados franceses, que venían de triunfar en las ciudades y pueblos amigos, y de recibir beneficios de sus cacicazgos, no gustaron del modo nuevo de elección, por no estar bastante ufanos de su valer para esperar que su partido les propusiese en elecciones nuevas como candidatos, y por parecerles más seguro volver a ser electos por los pueblos y ciudades que ya les eligieron, que ser escogidos entre centenares de hombres de cuantía por un partido que pudiera bien necesitar poco de ellos, y más de otros.—Los diputados de Italia no han temido lo que los de Francia. De fijo que el partido reinante se lo premiará incluyendo sus nombres en la lista de candidatos. Este modo de elegir es más honrado, porque no triunfan en las urnas, ni influyen en el voto razones personales, sino ideas; ni queda electo el señor del pueblo, o el amigo de los señores, sino el hombre desconocido, o conocido por sus méritos, a quien una agrupación política escoge entre los más meritorios. Esta manera de votar ennoblece el sufragio, en verdad corrompido. En las elecciones ¡cuánto hombre que vota a su adversario, por una u otra obligación que le ata! ¡Cuánto hombre que deja de votar, porque no le place el diputado de su distrito! ¡Cuánta compra y cuánta venta, a la faz de las urnas! Con este modo nuevo—ni la dependencia de sus electores entraba al elegido, ni las consideraciones al elegido coartan la independencia de sus electores. Estos, seguros de la libertad de su voto, votan: hoy, que ven como el voto se mercadea, no votan. Y los partidos colocarán en sus listas de candidatos, para asegurarse la elección, a sus mejores hombres.

Fuera de ese éxito magno, que acredita la destreza del anciano ministro que lo alcanza, y es el caballero Depretis, de rostro noble y barba nevada, y palabra serena y persuasiva—apenas hay cosa, en este mes de pájaros y flores, que dé faena a la pluma.

Con el Uruguay, dice ya el cable que está en paz Italia, a quien el gobierno uruguayo satisfizo.

En Nápoles ágiles buzos, empeñados en tareas de ciencia, y en

conocer los senos misteriosos de la bahía solemne, hablan por luengos teléfonos desde el fondo del mar limpio con los que, en la playa o en la superficie, del otro extremo del teléfono les responden.

En Roma, excavan, y surgen paredes erguidas, casas rotas de señores romanos, fríos testigos de aquellos opulentos banquetes, de aquellas melodiosas conversaciones, de aquellas quejas de esclavos, de aquellos amores de Horacio y de Tyndaris.

Entre médicos, hablan de un doctor Lombroso, que ha exprimido el maíz, y hallado en las enfermedades del grano rico el germen de la bárbara *pellagra*, la enfermedad que roe a las robustas mozas y a los magníficos mancebos de las campiñas de Italia.

Entre campesinos, hablan de una tierra de que cuentan mucho, y adonde van los más recios mozos de la campiña, a cuya tierra llaman México, donde el suelo es muy rico y los montes son de oro, y el maíz no está enfermo, ni hay nunca hambre ni frío, y donde llaman ahora a italianos.

Entre poetas, háblase como el desatamiento de un haz de relámpagos, del libro nuevo de Giosue Carducci. ¡No hay Cavalotti, no hay Stechetti, no hay Edmundo de Amicis! ¡Cavalotti es pueril! ¡Stechetti, es romántico! ¡Amicis, es un cincelador! ¡Carducci solo es Hércules! Sus versos, si condenan, hieren como clavos: y si aman, se extienden arrogantemente en grandes pliegues, como piel de león.

Entre cardenales, no se habla de Carducci, que es como hablar de Satán, a quien lo igualan por lo fogoso de sus ojos, lo áspero de su lengua, y su blasfema rebeldía, y su velludo rostro,—sino del eminente caballero Errington que ha ido de Londres y ha hablado a solas con el Papa, a quien dicen que llevó recados de lord Granville, ministro de la reina Victoria.

Y celebran mucho a Errington los cardenales, porque es inglés muy devoto la cual parece condición rara en ingleses, y va a Roma a ver cómo reanuda amistades solemnes entre el gobierno protestante y la

Sede Católica cuyas amistades no son, sin embargo, sinceras, sino interesadas porque, a cambio de la autoridad que con acatarlo presta al Pontífice, quiere Inglaterra que el Pontífice, ante quien los irlandeses se postran como siervos, le ayude a poner paz, con la influencia de la Iglesia en la revuelta Irlanda.

Dos siglos hace que vivían como extraños, cuando no como fieros enemigos el pueblo de Enrique VIII y el jefe de la Iglesia, y hay una cláusula severa que impide que vaya de Roma enviado alguno eclesiástico a la corte de Inglaterra. Pero lord Granville fía en las artes de su amigo Errington, que es londonés muy culto, como Bismarck, también necesitado del apoyo del Pontífice, fía en las artes de Shloezer, que es caballero que hace que le quieran, y sabe hacer que quiere. Todo hombre culto es un embajador posible.

Y el Pontífice agasajó mucho a Mac-Cabe, el cardenal nuevo de Irlanda, con cuyo nombramiento ha cautivado León XIII la áspera voluntad de los de Erín, turbulentos y rudos.

Y a Ollivier, el ministro de Napoleón, trató también el Papa con cariño, porque Ollivier, con su verba abundante, le dijo que se dolía de verlo preso en Roma; y de esto sin poder, por no emplearlo en darle libertad y señorío; y le empeñó promesa de publicar un libro vehemente, donde flagelaría a Humberto altivo, y preguntaría, dando con la pregunta titulo al libro: *¿Está el Papa libre en Roma*?

JOSÉ MARTÍ

La Opinión Nacional. Caracas, 3 de junio de 1882.
[Mf. en CEM]

ÍNDICE GENERAL

1882. Escenas europeas

La Edición Crítica de las *Obras completas* de José Martí (1853-1895) recoge sus manuscritos e impresos conocidos hasta hoy: proclamas, discursos, manifiestos, comunicaciones, dedicatorias, cartas, correspondencias periodísticas, crónicas, artículos, ensayos, narraciones, obras de teatro, poemas, semblanzas biográficas, traducciones, dibujos, borradores, fragmentos de escritos y cuadernos de apuntes.

El contenido de los tomos se ha ordenado y combinado por fechas, temas y géneros, apreciando tanto la evolución y línea del pensamiento martiano como el paralelismo de su accionar político, periodístico y literario, simultaneidad que empieza a manifestarse a partir de los años 1875-1876, para intensificarse posteriormente. Organizar cronológicamente los textos nos permite observar esa evolución del pensamiento martiano, pero —a su vez— separa en diferentes tomos grupos de textos que habitualmente (y por deseo expreso del autor en su carta devenida testamento literario) se han presentado juntos, como ocurre con las Escenas norteamericanas y las Escenas europeas.

La confrontación de los textos con sus originales —o variantes de estos— ha conllevado a la natural rectificación de erratas, así como la fijación del texto más permisible. Los escritos de época han suscitado convenciones editoriales, atendiendo a los modernismos en la ortografía y el lenguaje. La peculiar puntuación martiana ha sufrido modificaciones imprescindibles, pero siempre respetando la intencionalidad del autor.

Estas *Obras completas* son fruto de la colaboración de investigadores y editores del Centro de Estudios Martianos, expertos conocedores de la obra y de la caligrafía de Martí, estudiosos de la obra martiana en el mundo y numerosas instituciones, que han convertido esta "obra" en reflejo de la sentencia que incluyó Juan Marinello, en 1963, en su prólogo a la edición de las *Obras completas* de la Editorial Nacional de Cuba: "Una edición crítica es el hombre y su tiempo —todo el tiempo y todo el hombre—, o es un intento fallido".